

S A G A M A R G A R I T A I



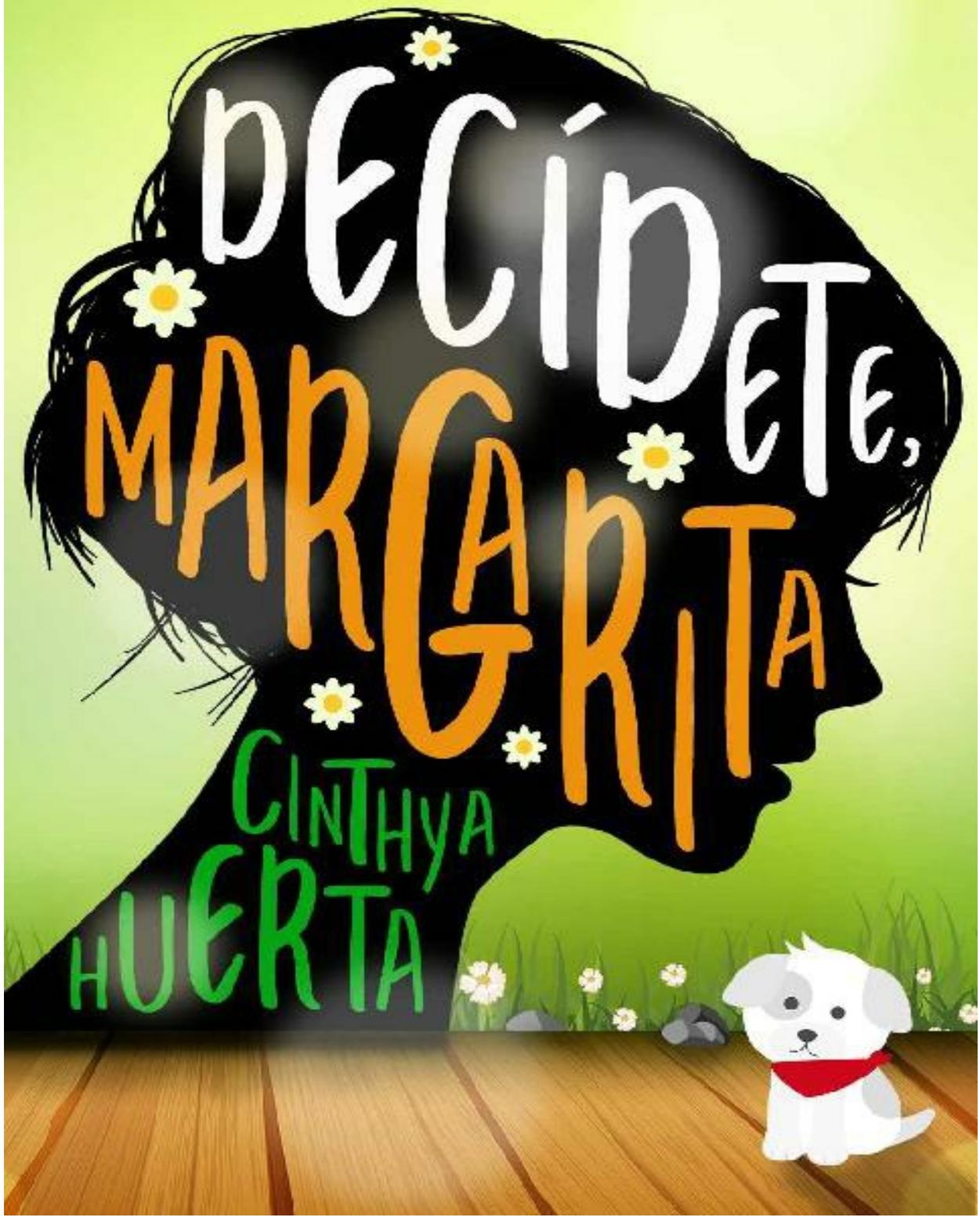
DECIDETE

MARGARITA

CINTHYA HUERTA



SAGA MARGARITA I



Decídete, Margarita [Saga Margarita 1]

Cinthya Huerta

KINDLE EDITION

Primera edición: enero 2020

© Cinthya Huerta, 2020

Diseño de portada: Cinthya Huerta

Imágenes de la portada:

<https://www.freepik.es/fotos-vectores-gratis/fondo>

Todos los derechos reservados

Para la Margarita y al Luis de la vida real, quienes se quisieron muchísimo con un sentimiento muy real.

Epígrafe

«El amor no se busca, sino que aparece cuando menos lo esperas, cuando habías perdido toda la esperanza de volverte a enamorar».

Sergio de Sa.

❁ Capítulo 1 ❁

¿Qué puedo contarles de Luis? Que era muy bromista, culto, amante de la música rap, de los peinados estrafalarios, fan a muerte de Charlie Harper —protagonista de la serie de televisión *Two and a Half Men*— y que adoraba disfrutar de las cosas sencillas de la vida. Pero lo más importante de él fue que me quiso como nunca ningún hombre lo había hecho en mi vida.

En una de las tantas tardes en las que él y yo departíamos nuestros gustos musicales en mi pequeña "cueva" —como él solía llamar a mi departamento—, yo le pregunté por qué se había fijado en mí, pudiendo haberse fijado en otras chicas de su edad. «Simplemente porque no conozco a otra mujer tan maravillosa como tú», me contestó, mientras me acariciaba suavemente mi flequillo y me miraba de manera tierna a los ojos. De solo escucharlo en esa ocasión, puedo decir que me enamoré de él ese día.



En la primavera del 2011, me encontraba tramitando mi divorcio. Luego de seis años de matrimonio, más cuatro de noviazgo, en los que mis ilusiones se habían roto, producto de la falta de respeto, incompatibilidad de caracteres, con infidelidades de por medio, la relación que yo tenía con mi aún esposo, César, ya no daba para más. Como cruel epílogo de todo ello, fue cuando luego de llegar del trabajo y al no encontrar a mi marido en ella, solo encontré una carta. En esta él me comunicaba por medio de su abogado que había decidido iniciar los trámites de la separación.

A pesar de todos los problemas que ambos habíamos tenido, yo aún me había aferrado a la idea de salvar mi matrimonio... pero aquello era solo el cruel epílogo a una serie de tormentos en los que mi vida se había convertido en los últimos tiempos.

Siempre había creído que una mujer se casaba para toda la vida. Crecí en el seno de un matrimonio bien constituido. Mis padres me habían inculcado una educación muy pulcra, matriculándome en uno de los colegios religiosos más prestigiosos de mi ciudad. Por tener una madre muy católica, después de realizar mi Primera Comunión, me uní al grupo de jóvenes de la iglesia de mi barrio, siendo catequista en mi adolescencia y guía de grupos juveniles cuando cumplí los dieciocho. En estos grupos fue donde conocí y me enamoré de César.

En la escuela secundaria católica donde yo asistía, Santa Rosa de Lima, conocí a Ada Villarreal, mi fiel amiga de la adolescencia, con la cual pasábamos muchas horas charlando. Éramos compinches en todo. Por ello, para mí era usual quedarme a dormir en su casa los fines de semanas. Y fue ahí donde conocí a Luis por primera vez, por ser el hermano menor de Ada, a quien ella le llevaba diez años.

En ese entonces siempre lo veía como un hermano menor también. Luis solía ser un pequeño huracán. Traía más de un dolor de cabeza a mi amiga y a sus padres con sus travesuras propias de

niño, aunque he de admitir que yo sonreía más de una vez con las ocurrencias que realizaba.

Luego de terminar la secundaria y poco antes de ingresar a la universidad, mi amiga se mudó con su familia a otra ciudad. Aunque quedamos en mantenernos aún en contacto, esto quedó como uno más de esos intentos que suelen prometerse, pero que, por diversos motivos o dejadez de ambas partes, nunca llegan a concretarse. No volví a ver a Ada ni a su pequeño hermano Luis hasta hacía poco...



Una tarde de octubre, cuando regresaba a mi casa, luego de visitar a mi abogada —quien me había informado que la audiencia del juicio de divorcio estaba próxima—, me senté a descansar en un parque. Quería repasar y reflexionar qué haría con mi vida.

Me sentía muy triste. La demanda de divorcio de César contenía miles de mentiras e injurias hacia mí. Desde adjetivos irrepetibles hasta hechos que nunca había realizado, en los que él se presentaba como una víctima hacia la juez que veía nuestro caso. También, exigía quedarse con el departamento que habíamos comprado, la cuenta de ahorros que ambos habíamos creado desde que nos casamos y otros bienes que habíamos adquirido. Si hasta quería dejarme sin la compañía de mi fiel perro, Napoleón, alegando que él me lo había regalado durante el matrimonio, ¡cuando esto era totalmente falso! Yo lo había adoptado cuando lo encontré en la calle, siendo todavía un cachorro.

Estaba más que indignada y decepcionada. Me era difícil creer que, el hombre que alguna vez amé y a quien le entregué todo, quien me juró fidelidad y que siempre me protegería toda la vida, ahora era un completo extraño para mí.

Por él yo había dejado todo, porque uno de mis más grandes anhelos siempre fue estudiar música. En la iglesia a donde yo iba, había pertenecido al coro y siempre había recibido buenas opiniones respecto a mi voz. Sin embargo, por presión de mis padres y de César opté por estudiar una carrera más lucrativa. Finalmente, me decidí por la profesión de Contabilidad en una de las universidades más prestigiosas. Pero, luego de trabajar cinco años en uno reputado estudio contable, no me sentía realizada. Ser contadora no me gustaba. El trabajo de oficina me era muy monótono y rutinario.

Ahora, luego de un matrimonio fracasado, una carrera que no me llenaba y diez años desperdiciados junto a mi exmarido, me estaba replanteando mi vida.

¿Qué hacer? ¿Cómo seguir adelante y decirles a mis padres, muy chapados a la antigua y católicos, que me iba a divorciar? ¿Aún era tarde para mí para retomar mi antigua afición, la música? ¿O debía conformarme con seguir en un trabajo como un autómatas sin mayor motivación?

Luego de secar unas pequeñas lágrimas que se derramaron sin darme cuenta, sobre el papel del juzgado que mi abogada me había entregado, algo llamó mi atención. Un pequeño sollozo se escuchaba detrás de la banca donde estaba sentada. Cuando volteé mi cabeza para ver con más detalle de dónde provenía aquello, no pude menos que sonreír.

Un pequeño cachorro, blanco con manchas marrones, caminaba con torpeza entre las hojas de margarita que adornaban el parque. Estaba temblando de frío porque, si bien estábamos oficialmente en primavera, el frío del invierno limeño no nos quería abandonar.

Sin dudar ni un segundo acudí donde el pequeño y lo cargué. Él movió con alegría su cola, mirándome travieso y lamiéndome la mano cuando lo acurruqué entre mis brazos. Por un momento, olvidé todas las tristezas que me ocurrían.

—¿Qué haces aquí, dulzura? —dije mientras el cachorrito seguía jugando conmigo y movía su cola llena de felicidad.

En ese instante, tomé una decisión. No lo abandonaría ante los peligros de la calle, no. Incluso, ante la posibilidad de quedarme sin mi perro Napoleón por culpa de César, ¿por qué no adoptar otro?

El cachorrito parecía tener dueño, ya que tenía un pañuelo amarrado al cuello. Pero, si estaba a esa hora solo en la calle, lo más probable era que alguien lo hubiera abandonado.

Cuando me dirigía a mi departamento para llevar al pequeño perro conmigo y darle comida, algo me interrumpió. Un grupo de muchachos estaba cantando y bailando rap en la pequeña plaza del parque. Al pasar por el costado de ellos, una voz masculina me llamó:

—Señorita.

Volteé para ver quién se dirigía a mí.

—¿Sí? —pregunté.

—Ese es mi perro —dijo el muchacho—. Gracias por encontrarlo.

El chico que se dirigía a mí tenía unas trenzas rubias, tipo rasta. Vestía una polera pegada de color negra y un pantalón ancho. Un pañuelo rojo estaba amarrado a su cuello. Su atuendo podría resumirse en estrafalario. En particular, la correa con cadena colgando a un lado me llamó la atención, pero de mal modo.

—Si este es tu perrito, ¿qué hacía él metros más allá? Por donde están las flores de margarita —señalé con desconfianza.

—Se lo había dejado cuidado a mi hermano hace un rato, pero parece que ese pequeño granuja se ha ido a jugar a otra parte y lo ha descuidado.

—¿Y cómo sé que me estás diciendo la verdad? —pregunté aún no muy convencida de lo que me decía.

Se cruzó de brazos y me miró con sonrisa muy pícara, como si fuese a ganar una partida de un juego muy importante conmigo. Finalmente, contestó:

—En el cuello del perro este tiene un pañuelo rojo. En ella tiene bordada, gracias a mi madre, su nombre: The Notorius B.I.G.

Lo miré con sigilo, pero con sorpresa. ¿Qué nombre era ese para un cachorro?

Aún poco convencida, decidí observar el pañuelo para cerciorar si lo que él decía era verdad. Y así fue.

En letras bordadas con hilos blancos se podría leer las letras «The Notorius B.I.G.». Efectivamente, el chico tenía razón. Él era el dueño del perro.

Sin muchas ganas de aceptar mi derrota, le entregué el cachorro. Luego de ello, cuando procedía a seguir mi camino, con un poco de pesar por no tener un compañero de juegos para Napoleón, él me volvió a llamar.

—Señorita...

—¿Sí?

—¿Usted no es Margarita Luque?

—Sí —respondí con mucha sorpresa.

¿Cómo sabía aquel chico mi nombre, si nunca lo había visto antes en mi vida?

—¿Me conoces acaso? —alegué.

—Por supuesto —señaló él con una gran sonrisa mientras le daba una caricia en la cabeza The Notorius.B.I.G.—. Soy el hermano menor de Ada Villareal, Luis. ¿Se acuerda de mí?

❁ Capítulo 2 ❁

Me quedé muy pensativa cuando él me dijo su nombre. ¿Luis Villarreal? Pero si la última vez que lo vi solo era un niño de pelo corto, que gustaba de los *skates* y patines, del fútbol y que ponía en problemas a mi amiga Ada, al delatarla con sus padres cuando estos le preguntaban en dónde había estado cuando llegaba tarde a casa. Ahora, tal como lo veía, no se parecía en nada a aquel pequeño.

—Sí, me acuerdo de ti, de Ada... Dios, ¡cómo has cambiado!

Se rio.

—¿Y qué fue de ella? ¿No se habían mudado ustedes a Arequipa?

—Así es, pero hace unos meses a mi papá lo pasaron al retiro del ejército, así que toda mi familia regresó a Lima. Aunque yo llevo viviendo en la capital hace dos años, por tema de estudios.

—Ya veo.

Estaba muy feliz de saber que mi buena amiga estaba de vuelta en la ciudad. En estos instantes, en los que me sentía tan reflexiva respecto a qué hacer con mi vida, echaba de menos la época de mi adolescencia; en la que mis únicas preocupaciones eran solo estudiar, verme bonita para gustarle a los chicos, estar pendiente de los grupos musicales y series de moda; cosas de la adolescencia, vamos. Y, sobre todo, añoraba las charlas interminables y de complicidad que tenía con Ada.

Ahora todo era tan distinto para mí, tan negro y confuso. Echaba de menos a mi mejor amiga para conversar como antes. Quizá podría ayudarme a darme un consejo, como hace años, para saber qué rumbo tomaría mi vida.

Debió de ser evidente el mar de pensamientos y de pesar que me llenaban, que las palabras de Luis me hicieron volver a la realidad.

—¿Te pasa algo? —me preguntó.

—No, no es nada —afirmé, conteniéndome las ganas de llorar.

—Tienes los ojos rojos —señaló con una expresión de preocupado.

—Debe de ser la alergia que me produce el polen de las flores de este parque —mentí con lo primero que se me ocurrió—. Estoy evitando estornudar hace un buen rato.

—Por mí no te cortes —habló más relajado—. Se dice que, si uno se contiene un estornudo, puede morir.

—¿Cómo? —pregunté riéndome de lo que había dicho—. ¿Morir por un estornudo?

—Bueno... No quiero que mueras, no. Sería una pena que, luego de reencontrarnos, lo hicieras. Aún no me he graduado de médico en la universidad, así que no puedo ayudarte.

—¿Estás en la universidad?

—Segundo año de Medicina.

—¡Vaya!

Me causó mucho asombro que Luis, con la pinta tan estafalaria y poco ortodoxa que tenía, estuviera estudiando para ser un futuro médico. Y no solo por ello, porque si hacía cálculos, él no debería tener más de dieciocho años. Eso quería decir que había ingresado a estudiar a una de las profesiones más demandadas del país y con un examen de ingreso muy difícil, ¡y con tan solo dieciséis años!

—¿Qué sabes de Ada? ¿Vive aún con tus padres?

—Sí. ¿Quieres venir a verla a mi casa?

—Me encantaría.

—Seguro que tienen mucho de qué hablar. Si deseas, luego de que me desocupe con mis amigos, te llevo a mi casa para que se reencuentren.

—¿En serio? —pregunté muy emocionada.

—Pues, claro.

Me alegré mucho.

¿Cómo estaría Ada? ¿Se habría teñido el pelo de rubio como siempre había deseado, pero no lo había hecho porque sus padres no se lo permitían cuando era adolescente? ¿Tendría de novio a un actor de cine famoso, como era su sueño, cuando vivía enamorada platónicamente de Brad Pitt?

Eso y otras tonterías más solo hicieron que sonriera para mis adentros. De pronto, el quejido de Luis me sacó de mis recuerdos.

—Ayyy. ¡Oye, malnacido! ¡No me muerdas! —chilló porque el cachorro le había mordido el dedo.

No pude contener la risa.

—¡Dios! El perro es muy travieso, ¿eh?

—Bastante.

En ese instante, cogió al cachorro y lo puso en el suelo. Empezó a darle vueltas, mientras le daba masajitos en la panza.

—Eso te pasa por meterte conmigo —dijo mientras The Notorius B.I.G. trataba de zafarse de él, mordiéndole los dedos.

¡La guerra estaba declarada! Todo lo que un pequeño mordisco había producido sacaba al niño interior que tenía en él. ¡Qué risas!

—Oye, Luis, ¿vas a venir o qué?

Un chico, con igual pinta estafalaria que Luis, lo llamaba. Era del grupo de raperos que había visto antes.

—Ya voy, «choche»^[1] —señaló—. ¿Me puedes hacer un favor, Margarita?

—¿Cuál?

—Estoy ensayando con mis colegas unas canciones de rap. Según veo por acá, no hay señal alguna de mi hermano —dijo mientras buscaba entre la gente que estaba en el parque—. ¿Podrías cuidar un rato a The Notorius B.I.G.?

Observé al cachorro. Este, con sus grandes ojos negros, me miraba con avidez. Parecía que quería que lo volviera a tener en mis brazos, así que decidí aceptar.

¿Qué más daba? No tenía nada que hacer esa tarde. Ya había pedido permiso en el trabajo para ir a ver los papeles de mi divorcio con mi abogada. Por la hora que era, ya me tocaba la salida, así que no valía la pena que volviera a la oficina.

—Ya luego, en un rato, te llevo a mi casa. —Me guiñó el ojo—. No me va a tomar más de media hora o cuarenta y cinco minutos —dijo mientras miraba un reloj marrón que tenía en su

muñeca derecha.

—Bien.

Sentada en una banca de la plaza, jugué un rato con The Notorius B.I.G. En pocos minutos, el perrito se quedó cómodamente dormido en mi regazo. No debería de tener más de dos meses de edad, así que sus energías de juego se habían acabado rápido, para dar lugar a su cómodo descanso.

Mientras dormía, vi los ensayos del grupo de Luis. Practicaban varias canciones y bailes de raperos que nunca había conocido, todas en idioma inglés.

Mi mayor acercamiento al rap se había ceñido cuando era una niña y se pusieron de moda las canciones de M.C. Hammer y Vanilla Ice. Después de ello, mi conocimiento sobre ese género musical era nulo.

—Adiós, *brothers* —refirió Luis, despidiéndose de sus amigos, luego del término de su ensayo. Se dirigió hacia mí para coger a su mascota.

Siseé indicándole silencio para que no despertara al perrito.

—¡Bah! —dijo mientras recogía al cachorro y se colocaba una mochila verde en un hombro—. ¿Nos vamos?



De camino a casa de los Villarreal, Luis y yo charlamos de varias cosas. De su estancia en Arequipa, de cómo, luego de que su familia se mudase, sus papás habían decidido tener otro hijo, su hermano Guillermo — el responsable del cuidado del perro, quien se había descuidado de él antes. También me contó de Ada y de su ocupación actual: entrenadora de *fitness*.

Sobre él, me relató su anhelo de ser un cantante y de estudiar Música, a pesar de que, por presión paterna se encontraba estudiando una carrera universitaria. Según me confesó, la Medicina no lo llenaba y estaba planteándose, seriamente, en abandonar sus estudios universitarios. ¡Cuán identificada me sentía con lo que me contaba!

Cuando llegamos a su casa, era tal como yo la recordaba. Un inmueble de dos pisos, con sus rejas en la entrada y un jardín de hermosas margaritas que adornaban la entrada.

—No ha cambiado nada —dije.

—¿Te trae viejos recuerdos?

—Así es. Yo solía conversar con tu hermana aquí, sentadas en la entrada de tu casa o nos íbamos al parque de la vuelta y paseábamos en bicicleta.

—Ese parque ya no existe. Ahora lo han convertido en una cancha de fútbol y de básquet.

—Vaya —referí con un poco de desilusión.

—Pero sí recuerdo que tú y Ada solían pasear allí. Jugaba con mis amigos fútbol al otro lado. Me acuerdo, en especial, del verano antes de que nos mudáramos a Arequipa. Fueron las primeras vacaciones en las que pude irme solo a jugar, sin vigilancia paterna.

—Sí y recuerdo que nos pusimos a jugar carnavales en febrero, tirándonos globos de agua con todos los chicos de la cuadra. Te caíste y te lastimaste la rodilla. Lloraste mucho en aquella ocasión —dije con mucha nostalgia.

—Así es. Y tú estuviste ahí, echándome alcohol en mi pierna para que esta sanara y diciéndome que todo estaría bien.

Solté una ligera risa.

—Sí, lo recuerdo.

—Entonces, te veías como un ángel para mí, cuidándome y sanando mis heridas. ¡Muy bella! Pero ahora lo estás más —me dijo observándome de manera fija.

No supe qué decir. De solo oírlo, la sangre me subió a la cara.

¿Era un piropo? ¿Pero si él era solo un niño para mí? ¿En qué estaba pensando este chico?

—¿No vas a avisar que llegamos? —señalé, cambiando rápido de tema de conversación.

Ya en su casa, Luis puso al día a su madre sobre nuestro encuentro y las ganas que tenía de volver a encontrarme con Ada.

—Margarita, hija, ¡cómo has crecido! —Me abrazó la madre de Ada, Blanca Villareal, fuertemente, mientras me daba un beso en la mejilla—. ¡Cuánto gusto volver a verte!

—El gusto es mío, señora. Siempre los eché de menos —dije mientras le devolvía el abrazo.

—Pero, eres toda una mujer hecha y derecha —indicó soltando su abrazo y mirándome al rostro—. ¡Estás preciosa!

—No me haga ruborizar, señora.

—Mamá tiene razón. Estás más hermosa que nunca —refirió Luis mientras me miraba de manera penetrante

Me ruboricé de solo escuchar su cumplido. Tan evidente debió de ser, que la señora le llamó la atención a su hijo.

—¡No seas impertinente, Lucho! Más respeto con Margarita.

—Bah. No empieces, mi *viejita* —dijo mientras abrazaba a su mamá y le hacía cosquillas en el cuello. ¡Qué inquieto era!

—Ella no es de esas chiquillas a las que sueles silbar por la calle —mencionó la señora muy firme, al tiempo que trataba de contener las risas por las cosquillas.

—Pero eso no quita que la considere muy hermosa. Solo digo la verdad —señaló muy pícaro mientras me seguía observando con sus ojos marrones.

Me sentí incómoda al percibir cómo sus ojos parecían que querían entrar en mi alma. Volteé el rostro hacia un lado a modo de escape de aquella situación. ¿Qué estaba pasándome?

❁ Capítulo 3 ❁

No tuve mayor tiempo que pensar, porque The Notorius B.I.G. llegó en mi ayuda. El perrito empezó a morder inquietamente el asa de mi cartera, que había dejado sobre el sofá de la sala.

—Ohhh, no hagas eso. ¡No! —grité dirigiéndome adonde estaba mi bolso para salvarlo del cachorro.

—¡Luchito, mete a tu perro al patio, anda!

—Bah. No es nada, mamá —dijo Luis mientras cogía al perro con una mano—. Y no me digas Luchito. Sabes que detesto que me llamen como un niño pequeño y ya no lo soy —acotó muy ofendido.

—Para mí siempre serás mi Luchito —señaló muy orgullosa de su hijo.

—¡Mamá, por favor! —enfaticó—. Para saciar tus deseos de ver a tus hijos aún en pañales ya tienes a Memo. Que, por cierto, ya era hora de que se le viera el *cacharro*^[2] por aquí.

En esos instantes, entró un niño de unos ocho años con un *skate* en la mano. Físicamente me recordaba mucho a mi amiga Ada cuando era pequeña. De no ser por los ojos marrones en su rostro, tan grandes, pícaros y vivaces, los cuales compartía con Luis.

—Hola a todos —saludó el pequeño mientras se dirigía a su hermano y trataba de sacar al perrito de su brazo—. Ya estás aquí, Big. Te he estado buscando por todos lados.

—¿Ah sí? ¿Y por qué sería? —dijo Luis a su vez que alzaba al cachorro con sus dos brazos en lo alto, poniéndolo fuera del alcance de su hermano—. ¿En dónde demonios te fuiste? ¿Te dejé al cuidado de The Notorius B.I.G. y te largaste! De no ser por esta bella dama —refirió mirándome con su pícara mirada, haciendo que me ruborizara por enésima vez—, mi perro se hubiera perdido. ¡Eres un irresponsable!

—Me fui solo un momento a comprar helado en la tienda de la esquina. Cuando volví, ya no estaba Big, así que con mis amigos fuimos a buscarlo en todo el parque.

—¡Mentiroso! —exclamó aun escondiendo al cachorro de su hermano—. Te fuiste por ahí a jugar, descuidándolo.

—¡Mamá, Lucho me está llamando mentiroso! —dijo chillando.

—¡Bah! No eres más que un mocoso malcriado —siguió picándole Luis al pequeño Guillermo, mientras continuaba dejando fuera de su alcance al cachorro.

—¡Ya dejen de pelear! ¿No ven que tenemos visita? ¡Compórtense los dos!

Solo sonreí. Los dos parecían niños pequeños jugando a pelearse.

—Por mí no se preocupe, señora —afirmé, tratando de tranquilizar los ánimos al observar ese panorama tan peculiar.

—¡Dios santo! A pesar de ser hombres, estos dos se llevan fatal. Discúlpame, Margarita.

—No se preocupe, señora, repito. Es más, es bastante chistoso verlos así. Lo que yo hubiera deseado por tener un hermano con el cual pelear.

—Si deseas, te regalo a este granuja —señaló Luis, dejando al perro en el suelo para luego

llevar a su hermano en su hombro, mientras Guillermo trata de zafarse de él. ¡Qué espectáculo!

—¡Suéltame, abusivo! —gritaba el niño mientras le daba a su hermano golpes en la espalda con sus manos.

En un instante, Luis estaba en frente de mí con su hermano y lo colocó a mi lado.

—Toma. Luego vengo por un lazo rojo para amarrarlo al cuello y que quede como un regalo decente —dijo sin quitarme la vista de encima—. Aunque, después, te daré un regalo mejor.

Me sentí intimidada de nuevo.

—¡Idiota! —exclamó Guillermo, yéndose de mi lado y escapándose hacia otra habitación.

En esos instantes, la puerta de la sala se abrió. Al principio, cuando la vi, no me di cuenta de quién era. Pero, al escuchar a la señora Villarreal, caí en quién era:

—Adita, ¿adivina quién ha venido a verte?

Mi amiga y yo nos observamos fijamente por un instante. ¡Qué cambiada estaba! Tenía su pelo liso y largo, amarrado con una coleta, como siempre lo había deseado. Supuse que había aprendido a usar bien la planchadora de cabello, ya que ella, al tener el pelo ondulado al natural, siempre se había quejado de esto. El buzo deportivo y holgado que vestía distaba mucho de los polos ceñidos, enseñando la cintura, que usaba en su adolescencia.

—¿Maggi? —preguntó mi amiga.

—¿Ada? —le repliqué.

No hubo tiempo de respuestas. Las dos nos confundimos en un gran abrazo, columpiándonos hacia atrás y adelante como en los viejos tiempos.

—Bueno, creo que ustedes tienen mucho de qué hablar —señaló su madre—. Las dejaremos solas. Lucho, sígueme —continuó, dirigiéndose a la cocina.

—Hey, ¿por qué tengo que irme yo? También estoy interesado en saber qué ha sido de la vida de Margarita desde que no la veo.

—Hermanito, no molestes —refirió Ada frunciéndole el ceño.

—Bah. ¿Es un complot femenino o qué?

Ella lo observó con displicencia. Cuando él buscó mi mirada en busca de ayuda, solo atiné a bajar la vista con timidez.

—Bien. Me voy —añadió Luis—. Pero estaré cerca. No crean que se han librado de *mí*, ¿eh? —señaló sin quitarme la vista de encima.

Por primera vez, en lo que iba de la tarde, no intenté evitarle la mirada. ¿Qué me estaba ocurriendo?



Esa tarde hubo muchas risas y charlas con Ada. Había tanto de qué hablar; pero, a la hora de la hora, no reparé en darle muchos detalles al contarle lo que actualmente me estaba ocurriendo.

—¡Dios bendito! Y con lo modosito que parecía César cuando estaba conquistándote, tanto que yo te aconsejé que le hicieras caso porque estabas indecisa. ¡Cómo me arrepiento de haberlo hecho! —manifestó con pesar, mientras tomaba su té en una taza de porcelana china.

—Sí. ¡Dímelo a mí! Que llevo meses tratando de lidiar con esta situación... Ahora me quiere dejar sin nada —dije tratando de contener las lágrimas.

—¡Qué desgraciado!

Le eché tres cucharas de azúcar a la taza de café que tenía en frente de mí. Luego lo moví con la cuchara. Le di un sorbo lento a la bebida. Sabía amargo y dulce a la vez. Quizá esto podría

interpretarse como una analogía. Debía buscar algo dulce que contrarrestara los acontecimientos amargos que estaban ocurriendo a mi vida...

—¿Y qué piensas hacer con todo esto? —expresó Ada quitándome de mi ensimismamiento.

—Bueno, hablé con mi abogada y va a preparar mi defensa para la audiencia judicial que está próxima. Lo peor es pensar que entregué tantos años, tantas ilusiones, tantas esperanzas en algo que ahora no es nada. ¿Qué voy a hacer a partir de ahora, Ada? Sabes.... ahora mismo... me encuentro en el limbo —dije devastada.

Pude sentir que algo húmedo caía por mi mejilla. Cogí la servilleta que estaba al lado de la taza de café para enjuagar mis lágrimas.

—Disculpas —agregué.

—No te disculpes de nada, Maggi —habló a la vez que cambió de asiento, se colocó a mi lado y me abrazó—. Mira, tómalo por el lado positivo.

—¿Cómo? —dije observándola a los ojos.

—Si no hubiera sido porque estabas sentada en el parque revisando los papeles de tu divorcio, tal y como me cuentas, no te hubieras encontrado con mi hermano. Menos, nos hubiéramos reencontrado después de tanto tiempo, ¿no lo crees?

—Así es.

No lo había visto desde esa perspectiva. Traté de apreciar lo bueno entre toda la maraña que me estaba ocurriendo. Con un par de palabras mi amiga había hecho que recuperara mi mejor ánimo. Le di las gracias por ello.

—No es nada. Más bien, cambiemos de tema. Te hablaré un poco más de mí y de lo que me ha pasado en estos años, en los que hemos estado alejadas.

Me contó que, luego de terminar la secundaria, había postulado a la Universidad Nacional de San Agustín para estudiar Derecho. Al tercer intento, logró su objetivo. Pero, esta carrera no la había llenado, abandonándola al tercer año. Lo mismo le había ocurrido con Educación y Turismo.

Sin embargo, lo único rescatable en sus periplos universitarios había sido su afición al gimnasio. Por lo cual, después de especializarse en el tema, comenzó trabajando como entrenadora personal luego de que su padre se negara a darle un centavo más, si era que seguía cambiándose de carrera como de calzones. Y a ello siguió dedicándose hasta hacía pocos años.

En el plano amoroso, quitando a un compañero de estudios que fue su enamorado por un año, su vida sentimental había sido tan variable como su vida académica. Por esto, no era usual que tuviera varias parejas en los años que habíamos dejado de vernos, para crítica severa de su padre y desaprobación de su madre.

—Son unos apegados a la antigua —se quejó. Supuse que recordaba alguna discusión con sus padres sobre su falta de compromiso.

—¿Y de qué te vale apegarte a un solo hombre, depositar todas tus esperanzas y sueños en él? Para luego acabar como yo, ¿no vale la pena!

—Bah. Lo tuyo pues... Tómalo como una experiencia más, Maggi. Ya vas a ver que, cuando menos te des cuenta, el amor volverá a tocar de nuevo tu puerta.

En ese instante, la imagen de Luis, observándome de manera penetrante con sus pícaros ojos marrones y diciéndome lo bella que me encontraba, cruzó por mi mente. Pero ¡diablos! ¿Qué estaba sucediéndome?

De pronto, tuve la sensación de que alguien me estaba observando. Cuando volteé para ver quién era, vi los ojos de Luis fijos en mí. Estaba apoyado en una de las barandas de la escalera de madera, que daba para las habitaciones del segundo piso de la casa.

—¿Ya terminaron su charla de mujeres?

—¿No tienes nada mejor que hacer? ¿Salir con tus amigos o algo? Es poco usual en ti que estés en casa a esa hora.

—Ni que fuera un vagabundo —se defendió.

—Pero ¿qué dices? Si siempre estás fuera. Eres como un perro callejero —le replicó su hermana.

—Hey, no hables así de mí. ¿Qué va a pensar Margarita?

—¿Y de cuándo aquí te importa lo que piensen mis amigos de ti?

Sonreí para mis adentros. Era curioso ver estas discusiones de hermanos en los Villarreal.

—Bien, yo vine solo porque acabo de comprar el DVD pirata de *Inframundo 2*. ¿No te morías por ver a ese actor tan guapo? ¿Cómo se llama? ¿Por el que babeas y dices que será tu próximo novio? —refirió Luis con un gesto burlón.

«¿Ada sigue soñando con tener un amorío con algún guapo actor?», pensé con una sonrisa.

En algunas cosas los años no habían cambiado a las personas, menos a mi amiga. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada en ese instante.

—No seas impertinente, Lucho —dijo sintiéndose evidentemente avergonzada.

Sonreí.

—No te preocupes, Ada.

—Bueno, mamá quiere ver la película después de la cena. ¿Te quedas Margarita a cenar y después a verla? —mencionó Luis.

Me quedé algo sorprendida por su invitación. Me sentía algo incómoda a su lado.

—Por fin dices algo con sentido, hermanito. Vamos, Maggi. ¿Por qué no te quedas a cenar y a ver la película? Así conversamos un rato más y te distraes un poco. Lo necesitas bastante en este momento.

—No sé...

—¿Tienes algo que hacer más tarde? —preguntó Ada.

—No.

—Vamos, quédate. Hoy prepararé suspiros a la limeña que tanto te gustan. Y necesitas distraerte. Ahora más que nunca.

Ante la invitación e insistencia de mi amiga, no tuve más remedio que aceptar. Aunque eso implicara estar un rato más cerca de Luis, quien no dejaba de observarme mientras movía de un lado a otro el DVD de *Inframundo 2*.



El resto de la velada pasó de manera divertida. La señora Villarreal se esmeró en esfuerzos por atenderme, ayudada por Ada, quien no había perdido su toque en hacer los dulces que tanto me gustaban. Me sentí muy mimada por ellos, como en los viejos tiempos.

Luego de la cena, todos vimos en la gran sala de entretenimiento la película *Inframundo 2*. Luis preparó con cuidado el *pop corn* con la gaseosa para todos. En especial, fue muy servicial conmigo preguntándome a cada rato si me apetecía que me llenara de nuevo mi bandeja o mi vaso de bebida.

En una de esas escenas, cuando el personaje de Selene, la protagonista, se enfrentaba a los vampiros mayores, volteeé de reojo para observar a Luis, quien estaba sentado en el sofá grande, metros más allá. Grande fue mi sorpresa cuando me devolvió la mirada. Tuve que voltear rápido,

sintiéndome avergonzada por verme descubierta.

Cuando terminó la película, ya se me había hecho tarde. El reloj de la sala de entretenimiento marcaba las 11:30 de la noche. ¡Dios santo! Tan agradable había sido la charla con mi amiga, la posterior cena y película, que no había calculado que el tiempo se me había pasado volando.

—¿Tienes quién te recoja? —me interpelló Ada, preocupada por irme sola a esas horas.

—Si estuviera mi esposo, Luis, él te llevaría en su coche. Pero está de viaje en provincia, visitando a unos familiares —señaló Blanca.

—No se preocupen. Tomo un taxi para que me lleve de regreso a mi casa.

—¿Tú sola y tan tarde? Lima es peligrosa para que una mujer tome sola un taxi a estas horas. ¿No has oído las noticias? El otro día salió en televisión que un tipejo, que se hacía pasar como taxista, se salía de su ruta, amenazaba a sus clientes, las violaba y les robaba su dinero, para luego dejarlas abandonadas a su suerte en sitios desolados. ¡Ni se te ocurra hacerlo, no! —acotó mi amiga.

—¿Mejor por qué no llamas a una empresa de taxi, hija? —sugirió su madre.

—¿Mejor por qué no la llevo yo? —refirió Luis—. Papá no está, pero ya he aprendido a manejar su auto.

—Aún no tienes licencia de conducir —observó su hermana—. ¿Qué tal si te topas con algún policía y te cae una multa? ¡No, eso no!

—Ay, hermanita. Cuán despistada eres —dijo todo campante para luego sacar un pequeño carné de su billetera—. ¡Tataaaaán! ¿Qué tenemos aquí? —manifestó enseñando su reluciente licencia de conducir en modo triunfante.

—Si es así, no se hable más. Luchito te llevará.

—No se preocupen. Puedo llamar a una empresa de taxi para que me lleve.

—Por favor, no seas orgullosa —arguyó Ada.

—Es que no quiero molestarlos...

—Tú no eres una molestia, Margarita. Necesitas que alguien te movilice y yo no tengo nada que hacer luego —argumentó Luis con su mirada siempre fija en mí.

—Es que...

—Lo que tendrías que hacer luego es dormir, callejero. Pero, en casos así, no me opongo a que salgas y lleses a Margarita a su departamento —dijo mi amiga.

—¡No empieces a sermonearme! —refirió su hermano.

Quise seguir hablando y argumentando que podía irme sola, pero dada la insistencia de los Villarreal, terminé por irme con Luis a mi casa.



Ya en el camino, la situación entre ambos distendió de un modo agradable y ameno.

Estaba sentada en el asiento de copiloto. Le había dado indicaciones de cómo llegar a mi casa. Él conocía muy bien la zona, ya que tenía a un amigo que, oh coincidencia, vivía en mi calle.

—¿Qué música sueles escuchar, Margarita? —me preguntó mientras encendía su radio y buscaba una emisora.

El auto estaba detenido en una esquina, esperando el cambio de luz del semáforo. Podía sentirse el frío intenso del invierno que aún no quería abandonar Lima.

—De cualquier tipo.

—Bueno, buscaremos cuál radio te «sintoniza» mejor —dijo sonriéndome.

En ese momento, el buscador de la radio se detuvo en la emisora 93.1, en la radio Ritmo Romántica. Estaba pasando el programa que yo solía escuchar hasta hace poco, antes de irme a dormir: *De la tierra a la luna*.

La locutora hablaba sobre una oyente, quien le había escrito un *e-mail* contándole de su vida amorosa: ella salía de una relación muy dolorosa y se estaba replanteando su vida, ya que acababa de conocer a un chico que le gustaba mucho, pero el miedo a equivocarse dos veces le impedía a darse una segunda oportunidad. Por un momento, me sentí muy identificada esa historia.

Al final del relato, la locutora comentaba que en esta vida no habría que tener miedo a fallar y volver a enamorarse; que la vida estaba llena de baches, que estos debían servirnos de aprendizaje para no volver a cometerlos en un futuro y que aquellos nos ayudaban a ser mejores personas.

Me pregunté a mí misma, «¿Estaba diciéndome esas cosas a mí?», porque parecía que así era.

Luego del relato, en la radio empezó a sonar una canción de Pablo Alborán: *Solamente tú*.

—¿Te gusta? —me preguntó Luis.

—Me encanta.

—Entonces, voy a subir el volumen de la radio para cantarla.

Él comenzó a cantar dulce y suave, mientras seguía conduciendo. Tenía un timbre de voz muy bonito. Su voz era grave y muy melodiosa. Era muy distinto verlo así, a cuando lo había escuchado cantar rap en la plaza del parque.

De cuando en cuando, me miraba de forma pícaro cuando la cantaba. Me sentí muy embelesada por el ambiente, por la música, por su voz, por todo.

Cuando menos me di cuenta, ya habíamos llegado a mi apartamento, y, con ello, la canción que estaba sonando en la radio y que Luis cantaba había terminado.

—Llegamos —me dijo.

—Gracias.

Cuando me disponía a coger mi bolso para salir del coche, me interrumpió:

—¿No me vas a dar un beso de despedida?

Le iba a dar un beso en la mejilla para despedirme, pero él volteó su rostro, haciendo que nuestros labios se rozaran.

En ese momento, en la radio empezó a sonar una canción antigua: *Y yo te besé* de Jesús Vásquez.

No sé qué hice; pero, en vez de rechazarlo, me dejé llevar por la música, por la emoción, por el ambiente, por todo. Perdí la cabeza por completo y le correspondí a su beso, de una manera tierna y dulce, como nunca me habían besado.

❁ Capítulo 4 ❁

Cuando volvió la cordura en mí, me alejé rápido de Luis y salí del coche.

¡Dios mío! ¿Qué había hecho?

—Adiós —dije sin dirigirle la mirada, mientras buscaba con angustia la llave de la puerta principal de mi departamento para poder entrar.

Estaba tan consternada por lo sucedido que me volví torpe y no había modo de encontrar la dichosa llave que me permitiera escapar de tan vergonzosa situación.

Luis apagó el motor del auto y salió de él. Pude sentir sus pasos detrás de mí.

<<¡Mierda! ¿Dónde está la maldita llave?>>, pensé.

El bolso se me cayó al suelo de los nervios que sentía. Cuando me dispuse a agacharme para recogerlo, Luis ya estaba a mi lado.

—Toma —señaló mientras me entregaba la cartera.

—Gracias —dije sin devolverle la mirada. Me levanté rápido y proseguí con mi búsqueda.

—¿No me vas a hacer pasar?

¡Vaya descaró! Este chico quería entrar a mi departamento solo porque nos habíamos dado un beso. ¿En qué estaba pensando?

—No es una buena idea —respondí.

—¿No crees que debemos hablar sobre lo ocurrido?

Volteé para increparle, pero fui incapaz de hacerlo.

Lo observé. Él estaba ahí, a pocos metros de mí, apoyando su cabeza y su brazo izquierdo sobre la puerta principal del edificio. Tenía esa mirada tan pícara sobre mí, la cual me di cuenta de que comenzaba a encandilarme.

—Déjame pasar, ¡vamos! Además, hace frío y no quiero resfriarme por tu culpa.

—Es tarde. Ya debes irte a tu casa a dormir.

Le esquivé su mirada, observando el fin de la calle a mi izquierda. Un coche pasaba por ahí en esos instantes. Rápidamente, volteé mi rostro hacia la puerta del edificio. Tuve miedo de que algún vecino o conocido me viera conversando con Luis a esas horas.

—Solo cinco minutos, por favor —insistió.

Después de pensarlo con detenimiento, me di cuenta de que no podía escapar de esta situación. Me había dejado llevar por el momento y tenía que afrontarlo. Aunque sea, para dejar las cosas bien claras con Luis y hacerle ver que no estaba interesada en él en lo más mínimo. Pero ¿de verdad era así?



Ya en mi departamento, me sentí más aliviada, por decirlo de algún modo. Subir las escaleras con Luis, a pocos metros de mí, solo hizo que mis nervios aumentaran. Pude haber tomado el ascensor, pero evité quedarme en una habitación tan pequeña al lado de él. No podía tentar a

situaciones como las de hace minutos.

—Siéntate en donde mejor te apetezca —hablé mientras dejaba mi abrigo en el perchero de mi puerta.

No pronunció palabra alguna. Simplemente se colocó en el sofá de dos cojines que estaba en mi sala. ¿Esperaba a que lo acompañara? Ni idea, pero hice justo lo contrario a lo que pensé que deseaba. Me acomodé en el sillón del frente, de un único asiento. Así, la distancia entre nosotros dos estaría bien asegurada.

—Y bien, ¿de qué quieres hablar? —dije al tiempo que estrujaba mis manos por el nerviosismo que me invadía.

—Sabes muy bien de qué debemos hablar —me contestó observándome de manera fija.

Sentí que sus ojos atravesaban mi alma.

—Si te refieres a lo que pasó antes... eso simplemente fue un gran error. ¡Y no debe volver a ocurrir! —repliqué sin mirarlo, tratando de buscar un objetivo visual en mi sala que me permitiera evadir esa incómoda pregunta.

—¿Un gran error? ¡¿Un gran error?!

Se levantó y cruzó el espacio que nos separaba. Se sentó sobre la pequeña mesa de madera que adornaba el centro de la sala. Estábamos frente a frente.

—Margarita, por si no te has dado cuenta, me gustas mucho —dijo cogiéndome de manera suave la mano izquierda.

Volteé a mirarlo.

Y ahí estaba Luis. Sin perder el tiempo. Yendo directo al grano. Y, al escucharlo, tuve sentimientos encontrados.

Por un lado, ¡algo dentro de mí se encendía! Tenía muchas ganas de correr, de gritar, de saltar... Sentía dentro de mí todas esas emociones nuevas que suceden cuando descubres que eres especial para alguien.

Y en mi caso, era el doble. Ya que, de solo escucharlo, experimenté que todo el sombrío panorama que había vislumbrado por mi divorcio daba paso a un sol brillante, que comenzaba a iluminar en mi vida.

Pero, por otro lado, no supe qué decirle.

¡Yo era mayor que Luis por diez años! Aunque se le veía muy centrado, encaminado en saber qué quería hacer con su vida —a tal punto de querer enfrentarse a sus padres y renunciar a su carrera universitaria, en pos de seguir sus sueños, lo cual hizo que admirara su determinación, la cual yo nunca tuve— la realidad era dura y chocaba frente a mí. ¡PARA MÍ ÉL SOLO ERA UN NIÑO!

Acababa de reencontrarme con los Villarreal, a quienes conocía de toda la vida y quienes siempre me habían tratado como una hija más. Me sentí muy feliz de volver a ver con mi amiga Ada, de tener de nuevo e nuestras charlas de antes, sus consejos y la complicidad que todo esto implicaba.

¿Cómo arruinar este reencuentro con lo sucedido con su hermano? ¿Qué pensaría ella si, de buenas a primeras, le dijera «Me gusta tu hermano, ahora eres mi cuñada»?

Sin lugar a duda me diría que era una mala amiga, que me había aprovechado de la hospitalidad que su familia me había dado, sin contar que en mis oídos resonaban imaginariamente las palabras que empecé a odiar: «Eres una *robacunas*».

Con la imagen mental de Ada y sus padres diciéndome ese terrible calificativo, las palabras de Luis me hicieron volver a la realidad.

—¿No tienes nada que decirme?

Enmudecí. Era incapaz de soltar palabra alguna.

Rápidamente, solté mi mano de la suya. Después de un suspiro, le contesté:

—No tengo nada de qué hablar. Sabes que es imposible que suceda algo entre tú y yo. Te saco muchos años...

—¿Y el beso que ocurrió minutos antes? ¿Qué significó para ti? Porque yo no te obligué a nada. Tú me correspondiste. Pude sentirlo.

—¡Espera! Lo malinterpretaste... Yo...

Luis me interrumpió. Se levantó de la silla y se dirigió a la pequeña ventana que daba a la calle.

Era luna llena. La noche estaba silenciosa y brillante. El cielo de Lima estaba despejado, algo inusual para la estación.

Él contemplaba la noche sin dirigirme la mirada. Pude darme cuenta, al observarlo, que tenía una ancha espalda. Definitivamente, ya era un hombre, no el niño que había dejado de ver hacía años.

—¿Sabes? Nunca te lo dije antes, porque entonces era solo un mocoso y era algo imposible para mí, pero siempre me has gustado. Cuando era más chico, en silencio te observaba y soñaba con crecer rápido para que te fijaras en mí.

—Luis...

—Déjame hablar —acotó.

Asentí con mi cabeza.

—Yo pensé que eras solo un amor platónico para mí. Más aún, cuando luego me enteraba de que estabas de novia con algún chico, no sabes cómo me sentía. Me decía a mí mismo: «Margarita es solo es una idealización». Crecí con esa idea pensando que, con ello, esto que sentía se me pasaría. Quizá, luego me gustaría otra chica y continuaría con mi vida. Pero, cuando me enteré por conocidos en Arequipa, que hace seis años te casaste con ese tonto con cara de *nerd*, no sabes cómo me dolió. ¡No lo sabes, Margarita...!

Parecía muy compungido al revelarme todo aquello. Quise levantarme para ir a su lado, aunque no estaba muy segura de qué decirle para que se sintiera mejor. Pero, él volteó y me observó, como si adivinara mis pensamientos.

—Lo siento —solo pude agregar.

—Déjame continuar, por favor.

Le obedecí.

—Seguí con mi vida. Tuve dos novias, pero no era igual a lo que sentía por ti, así que no funcionaba. Porque, ¿sabes? Siempre te llevé... Aquí... Muy dentro de mí —dijo Luis poniendo su puño derecho en su corazón. Me emocioné con ese simple gesto—. Y fue verte hoy, más temprano, tan bella y angelical como siempre, que todo esto que sentía dormido... —hizo una leve pausa. Luego continuó—. Volvió a despertar de nuevo. Y cuando te escuché contarle a mi hermana que te estabas separando de tu esposo, la ilusión volvió en mí. ¡No sabes cuán alegre me puse!

Quería decirle algo, contarle que no tenía ni la más mínima idea de todo lo que me estaba relatando. ¡Nunca me hubiera imaginado todo aquello! Siempre lo vi como un hermano menor, pero ahora era todo tan distinto.

Luis había crecido y ya no era el niño que yo había dejado de ver hacía tiempo, no. Había madurado y parecía muy seguro de lo que sentía y me decía.

—Pero hoy he sentido una felicidad que nunca antes había experimentado —continuó

sentándose de nuevo frente a mí, contemplándome con una mirada que nunca le había visto. Parecía muy complacido—. Y eso fue cuando correspondiste a mi beso. Porque eso significa que no te soy indiferente y que mi espera de largos años ha tenido su recompensa —me sonrió muy tierno para luego levantarse, alzar los brazos a modo de victoria—. ¡Por fin! ¡Le gusto a Margarita y ella me corresponde! ¡Y esto es mucho más de lo que alguna vez pude aspirar!

Se le veía muy eufórico y feliz. Y lo que me hizo sentir muy bien era que yo era la causa de ello.

Luego de su grito de victoria, volvió a sentarse frente a mí y a coger mi mano izquierda.

—¿No estoy en lo cierto acaso? —añadió.

No sé si fue cosa de este sentimiento que comenzaba a crecer, de sentirme conmovida de todo lo que me acababa de confesar —sabiendo que él me había tenido tan en alto y que yo desconocía en su totalidad—, de sentir el roce tierno y cálido de su mano... El caso fue que esta vez fui incapaz de soltar mi mano de la suya. Solo lo observé de manera fija y le contesté con una pequeña sonrisa de complicidad.

❁ Capítulo 5 ❁

No le di ningún «Sí» a la pregunta que Luis me hizo. Pero hay un viejo dicho, «Un hecho dice más que mil palabras», y en este caso se aplicaba a la perfección.

Cuando tomó mi mentón con la mano que tenía libre y acercó su rostro hacia el mío, ya no opuse resistencia. Me dejé llevar por la gran emoción que me embargaba. Y así fue como ambos nos dimos nuestro segundo beso.

Tierna y de forma delicada, sus labios rozaron los míos, en un beso que duró lo suyo, pero que para mí fue un momento eterno... Un mágico y maravilloso momento.

Luego, en el que la relación entre los dos fluyó con más naturalidad, conversamos sobre lo que nos había sucedido durante los años que no nos habíamos visto. Ahí pude enterarme un poco más sobre cómo había sido su adolescencia.

Esta había sido normal, dentro de lo que cabía; Luis llevaba una relación muy distante con su padre, porque este siempre quería imponerle sus puntos de vista. Pude darme cuenta de que, el hablar de ello le causaba mucha frustración y tristeza, así que decidí rápido cambiar de asunto y charlar sobre temas más triviales.

—No has cambiado tu *toque*^[3] —me dijo mientras tomaba una taza de café que le había servido. Estaba sentado en una de las sillas del comedor de mi casa—. Tienes unas manos increíbles.

—Solo es café pasado—le indiqué. Estaba sentada en otra silla, la de la cabecera de la mesa, a la izquierda de él—. No hay mucho arte en su preparación.

—Vamos, no te minimices. ¿Te dije alguna vez que me encantaba cómo preparabas el té y el café cuando me lo servías en mi casa?

—No que yo recuerde —dije sintiéndome complacida.

En el fondo, estaba muy feliz por sus halagos hacia mí.

—Pues te lo digo ahora —agregó para luego dar un último sorbo a su taza y levantándose de la silla.

—¿Ya te vas? —dije con cierta pena.

—Aunque quisiera quedarme más rato, ya es muy tarde —me indicó mientras observaba su reloj—. Son casi la 1:30 de la madrugada.

—¡Dios bendito! Tienes razón. ¿Qué dirán en tu casa cuando llegues tan tarde?

Él tomó su casaca y se la puso. Ambos nos dirigimos a la puerta de la entrada.

—Bah. Ya inventaré cualquier excusa: que me encontré con algún amigo de la universidad o del grupo de rap. Total, mi *viejo* no está en mi casa y mi mamá se traga cualquier cuento que le diga.

—¿Hace mucho que cantas rap? —dije buscando cualquier tema con el pretexto de hacer que se quedara unos minutos más.

—Bueno... Desde hace dos años, cuando entré a la universidad llevé la asignatura de Música

como actividad libre. Ahí conocí a mi amigo Pablo, quien sabía de toda la onda de Eminem y grupos de rap. De tanto andar con él terminó por gustarme este género musical. Luego me presentó a otros *patas*^[4], con los que él se juntaba. Así que, algunos días, después de las clases, nos reunimos en los parques o en la casa de alguno a cantar y ensayar canciones.

—Vaya, pues sí que te ha dado fuerte lo de la música. Y tienes talento, mucho talento.

—¿Tú crees? —preguntó con avidez.

—Pues claro. Tienes una preciosa voz. Cuando cantaste antes, en el auto...

—¿Como Pablo Alborán? —me interrumpió enarcando la ceja y sonriendo de manera traviesa.

—Sí. —Fruncí el ceño—. ¡Un momento! ¿Cómo sabías que me gustaba esa canción?

—Pues recuerdo que te gustaba escuchar canciones románticas con mi hermana. Ambas se encerraban en su habitación y se ponían a cantar. Ustedes tenían sus cancioneros^[5] y todo eso. Tú cantabas tan bonito, aunque no puedo decir lo mismo de Ada. Con sus gallos.... ¡era insoportable! Más aún, cuando se creía la próxima Thalía y se ponía frente a los espejos de mi casa mientras cantaba. —Comenzó a imitar a su hermana.

No pude contener la risa al observarlo.

—¡Qué malo eres! —le dije dándole un pequeño golpe en el hombro.

—Es cierto. Pero bueno... me acordé de esto porque, luego, cuando te ibas a pasear con ella, me metía en la habitación de Ada e investigaba cuál era la canción que estabas cantando.

—Eras muy curioso, ¿eh? —le reproché, de mentiras.

—Bah. Se llama estrategia —señaló cerrando los brazos, muy orgulloso de sí y apoyándose en la pared del recibidor.

—¿Estrategia? —pregunté, muy curiosa.

¿De qué estaba hablando?

—Quería saber cuáles eran los tipos de canciones que te gustaban. Y en el cancionero de Ada encontré canciones de Miguel Bosé, Franco De Vita, Ricardo Arjona, Noelia, Chayanne, Gianmarco... Ya sabes, todos esos que cantan canciones cursis que le gustan a las mujeres —manifestó muy burlón.

—Perdón, ¿me estás llamando cursi? —mencioné sintiéndome ligeramente ofendida.

Tan evidente debió de ser mi fastidio, que él se acercó de nuevo a pocos centímetros de mí. Lo que me dijo me dejó frita:

—Sí, te estoy llamando cursi —me susurró en el oído.

¡Qué descaro! Me enojé por su desenfado y falta de respeto hacia mí. Ya empezábamos con mal pie nuestra relación.

—Y mi estrategia funcionó contigo.

—¿Cómo es eso?

De pronto, me sentí como un trofeo de guerra. ¿Me había equivocado acaso con él? Percibí una gran punzada en mi corazón, que me dolió mucho de solo imaginarme que lo que temía pudiera ser verdad.

—Al cantarte en el coche una canción del tipo de música que sé que te gusta, de esas románticas y cursis, caíste rendida a mis pies. ¿Fue así o me equivoco? —preguntó con esa sonrisa tan pícaro que lo caracterizaba.

—¡Bah! —le respondí. Ahora era yo quien cruzaba los brazos y miraba a un costado.

Al verme delatada, sentí una pequeña vergüenza en mi interior... Pero era de las buenas, como a quien le descubrían una pequeña mentira blanca en un juego de niños, sin mucha culpabilidad de

por medio.

Luis me abrazó por la espalda y acarició mi cintura con mucha ternura. Me sentí en las nubes y con una gran felicidad que embargaba mi corazón. Lo miré a los ojos y ahora fui yo quien tomó la iniciativa. Lo besé a los labios por tercera vez.

—Eres más que solo un gusto —me dijo luego de terminar de besarnos y quedarse observándome con atención.



Desde esa noche, me di cuenta de que algo había cambiado en mi interior. Me sentía renacida, renovada, con otra visión de la vida. Luis había llegado a mi vida, llenándola de frescura, música, picardía, ternura, pero, sobre todo, ¡de mucha felicidad!

Hasta esa noche todo me había parecido negro. El divorcio con César me tenía agotada psicológicamente. Vivía estresada, malhumorada, sin mayores objetivos para mi vida. Pero ¡qué distinto era todo ahora!

Esa mañana, después de la noche en la que Luis se me declaró, estaba en mi oficina trabajando, preparando un informe para mis superiores.

—Guau, ¡qué bien has amanecido hoy! Si hasta cantas y todo —señaló Magaly, mi compañera de cubículo.

La canción de Pablo Alborán, *Solamente tú*, sonaba en la radio que se escuchaba en la oficina. Debí de haberla estado cantando sin darme cuenta, al recordar mi primer beso con Luis, que no reparé en que era observada por mi compañera.

—Es una canción muy bonita —dije para salir del paso.

—Pues parece que estás enamorada. ¿Hay algún nuevo galán rondándote y no me lo has comentado? —me preguntó, mirándome, mientras sacaba una paleta de rubor y se retocaba su maquillaje.

La imagen de Luis y sus trenzas rubias, mientras íbamos cogidos de la mano, por la calle, diciéndome «Eres más que solo un gusto» al oído, vino a mi mente de inmediato. Pero una mirada de reproche de la gente que nos veía pasar me golpeó en la cara, sacándome de mi fantasía momentánea.

—No, no hay nadie —contesté.

—Vamos, ¿ahora ya no me cuentas tus cosas?

Mi compañera era mayor que yo por cinco años. Estaba recientemente casada con un hombre maravilloso que era mayor que ella por diez. Cuando la conocí, hacía tres años cuando entré a laborar a la empresa, estaba de novia con su ahora esposo.

En una ocasión le conté de mis problemas maritales que tenía con César. Magaly me comentó que el problema que ella veía en mi relación era la falta de madurez de mi aún marido, ya que él era de mi edad y que, para estos casos, lo mejor era que el hombre fuera mayor que la mujer, ya que ellos solían madurar mentalmente más tarde que nosotras.

En aquella ocasión le di la razón. César era muy inmaduro para muchas cosas, entre ellas, su falta de compromiso para el matrimonio y su fidelidad para conmigo. Gustaba de irse de juergas con sus amigos, sin siquiera avisarme con una llamada de ello. Más de una vez, lo esperaba con la cena servida y no se aparecía en la casa hasta muy tarde. Cansada de aguardar, muchas veces me quedaba dormida en la sala, viendo la televisión. Cuando llegaba, muy entrada la madrugada y con varias copas de más, yo me despertaba. Y al reprocharle su comportamiento, solo me respondía «Soy un hombre y puedo hacer lo que me venga en gana». ¡Cuánta inmadurez y falta de

consideración de su parte!

Con estos pensamientos y recuerdos, ¿qué pensaría Magaly sobre mi relación con alguien a quien yo le llevaba diez años? No, ahora no era buen momento para contarle sobre mi relación con Luis.

En esos momentos mi jefa, Constanza, me llamó a su oficina. Más oportuna que nunca, me alegré de que lo hiciera.

—Margarita, te he llamado para preguntarte para cuándo vas a programar tus vacaciones. Debo enviar la solicitud a Recursos Humanos pidiendo tu licencia para esta tarde —me habló Constanza, quien estaba cómodamente sentada en su sillón negro, detrás del mueble de metal gris de su oficina. Yo estaba sentada al frente de ella.

¡Dios santo! ¡Mis vacaciones! ¡Me había sentido tan feliz y en las nubes que me había olvidado por completo del tema!

Como era *vox populi* en mi trabajo que me estaba divorciando y era evidente en mi semblante lo que aquello me estaba afectando, ella —quien no solo era mi jefa inmediata, sino una gran amiga mía— me había sugerido que me tomara unas vacaciones adelantadas; sobre todo, para disiparme de todo lo que me ocurría con César y regresar con mejores ánimos al trabajo. De este modo, le había comunicado que me iría de viaje a Trujillo, al norte del país, para descansar unos días.

Sin embargo, mis intenciones de viajar habían cambiado. No quería irme de Lima en estos momentos. Tenía un gran motivo, con trenzas rubias y una hermosa voz, que me hacía impensable querer irme de la capital.

—Ya no voy a tomar vacaciones —le informé.

Me miró con ojos de sorpresa. Parecía que la noticia le había caído como un balde de agua fría.

—¿En serio? Mira que no hay problema si adelantamos tus vacaciones...

—No hay problema, Coti. He pensado bien las cosas y creo que estoy bien.

—¿Estás segura? Porque si no tomas vacaciones ahora, ya no podrás pedir licencia hasta abril. Sabes muy bien que el fin de año está próximo y que los tres primeros meses del año es la época cuando hay más trabajo para la empresa, debido a que coincide con el plazo de las declaraciones anuales de impuestos.

—Estoy segura —le dije, muy decidida.

—¿Y ese cambio de planes? ¿Todo bien con César? ¿Cómo va tu divorcio? Y te hago estas preguntas ya no como tu jefa, sino como tu amiga —manifestó, mostrándose sinceramente preocupada por mí.

—Eso es lo mejor, ¿sabes? He tomado otra actitud con mi vida. He decidido no huir de mis problemas y afrontarlos, a César y a todo el problema del divorcio. Por eso he visto bien quedarme aquí en Lima —hablé, muy emocionada.

Me fue muy difícil disimular que quería gritar a los cuatro vientos que me sentía como nueva, al lado de Luis y de su frescura. La siguiente pregunta que me hizo mi jefa fue una prueba de ello:

—¿Acaso tienes un nuevo pretendiente?

Me quedé en blanco al oír su pregunta. ¿Cómo podría ella saber?! ¿Qué diablos?!

—No —dije como un autómatas y negando con la cabeza.

—Uhm...

Me observó por un momento. Luego continuó:

—Porque de ser así, déjame felicitarte. Siempre he sido de la idea de que «un clavo saca a

otro clavo»).

Ella estaba divorciada hacía varios años. Cuando se enteró de que estaba próxima a unirme a su «Club de divorciadas», como llamaba a las mujeres separadas, me aconsejó que no perdiera el tiempo, conociera a otros hombres y que saliera con ellos. Y bueno, había seguido su consejo, sí, aunque no del modo en el que ella se hubiera imaginado.

—No es nada de eso —insistí, negándolo con mi cabeza.

—¿En serio?

—Así es —dije con una evidente falta de seguridad.

La verdad era que, la insistencia de mi jefa y la de Magaly comenzaban a fastidiarme.

—Bueno, de ser así, no insistiré más. Pero, ya sabes, para cualquier cosa puedes acudir a mí. Ya sea para pedir un consejo o, si cambias de parecer, irte de vacaciones...

—Está bien.



A partir de esa charla con Constanza y con Magaly, una serie de pensamientos y dudas comenzaron a asaltarme. Por el momento, Luis y yo habíamos acordado no decirle a nadie sobre nuestra relación. A pesar de que él insistía en que no le importaba lo que opinara su familia, no compartía con él ese parecer.

Temía la reacción de los Villarreal. Quizá me vieran como una *robacunas*, como una aprovechadora o qué se yo. El asunto era que estaba convencida de que, si ellos se enteraban de mi relación con Luis, su opinión sería desaprobatoria.

A su vez, era un quebradero de cabeza para mí el pensar qué pensarían mis padres al respecto. Eran muy tradicionales, siempre tan pegados a la iglesia y a la religión, si ya de por sí me reprochaban el comenzar mi divorcio con César. Mi madre decía que una se casaba para toda la vida y que, si el matrimonio no funcionaba era ¡por culpa de la mujer! A pesar de que le confesé que era César quien me había sido infiel, seguía en sus trece: ¡para ella yo era la culpable de todo!

¿Y mi padre? Bueno, aunque no contradecía a mi madre, siempre se había mostrado distante conmigo. A ella la apoyaba en todo lo que le proponía, respecto a su participación y apoyo en la iglesia a la que ambos iban.

También, me puse a pensar qué opinarían en mi trabajo o en mi círculo de amistades.

Trabajaba para un estudio contable muy importante, el cual tenía su oficina en el distrito de San Isidro, cuna financiera de la ciudad de Lima. ¿Qué pensarían mis compañeros de trabajo si me vieran con mi ropa de trabajo, tan formal, andando de la mano de Luis, con la pinta tan estafalaria que él tenía?

Mis amigos y conocidos, algunos de los cuales eran comunes a César y a mí, estaban acostumbrados a andar con gente de nuestra edad. ¿Qué ocurriría si me invitaban a alguna reunión social y acudía acompañada de Luis? ¿Se burlarían de mí? ¿Comentarían a mis espaldas que él sería la causa de mi reciente divorcio? ¿Me dirían *robacunas* y yo sería el motivo de burlas?

Todas estas dudas comenzaron a asaltarme desde el día en el que comencé mi relación con Luis. Sin embargo, no quería decírselo a él. No todavía...

La gran alegría que experimentaba, al sentirme querida por él, no quería que se viera empañada por todos estos pensamientos negativos. Pero ¿hasta cuándo sería así...?

❁ Capítulo 6 ❁

—Margarita, ¿vamos a ir a comprar este fin de semana?

Mi madre estaba al teléfono. Me había llamado para planificar las compras que haríamos ese fin de semana, el sábado. Una amiga de la familia, Paula, se casaba el próximo verano. Aunque todavía teníamos mucho tiempo, quería que la ayudara a escoger el vestido perfecto. Pero, en el fondo, intuí que eso era un mero pretexto para otra cosa mayor.

—Sí, mamá —respondí mientras me echaba boca arriba sobre mi cama para conversar de manera cómoda a través del celular.

Hacía poco había agarrado la costumbre de mirar el techo de mi dormitorio cuando charlaba con alguien al teléfono. Aquel estaba adornado con unas pegatinas de estrellas que se encendían al apagar la luz. Esta fue una de las primeras cosas que hice cuando me separé. Una de mis continuas discusiones con César eran nuestras diferentes opiniones para la decoración del departamento. Así que, cuando él se fue, aproveché para adornarla a mi gusto y esto incluía al techo de mi habitación.

—¿Te parece bien si paso por tu casa después del almuerzo? —me preguntó mi madre.

—No hay problema.

—¿Y todo bien? ¿Ninguna novedad en tu vida?

Su pregunta me cayó como un baldazo de agua fría.

¿Mamá sospechaba acaso de mi relación con Luis? ¡Imposible! En los días que ambos nos habíamos visto, él venía a mi casa o muy temprano, antes de ir a la universidad, o muy entrada en la noche, después de reunirse con sus amigos. Habíamos sido muy cuidadosos de que nadie nos espicara. Aunque, en más de una oportunidad, nos habíamos despedido con un gran beso en la entrada de mi edificio.

¿O quizá su pregunta tenía que ver con el monotema de las últimas semanas?: una imposible e indeseada reconciliación con César.

—Nada —contesté.

—Bueno —continuó con una voz algo culpable—, quería comentarte que el otro día me encontré con la madre de César, Raquel...

¡Confirmado! Mis temores eran sobre lo segundo.

—Oh, sí —dije con total indiferencia.

Me llevaba fatal con la señora Raquel. Ella siempre había perdonado y justificado las «travesuras» de su hijo, por no decir que tenía la ligera sospecha de que lo había alcahueteado en su relación con más de una de sus amiguitas.

—¿Y sabes qué me dijo?

—¿Qué, mamá?

—Pues que a la boda de Paula van a ir César y su nueva mujer...

—¡¿En serio?! —dije casi gritando, muy sorprendida por lo que ella acaba de decirme. Me senté rápido sobre mi cama y crucé mis piernas, como si me preparara a ver una interesante

película en la gran televisión de mi cuarto.

—Sí, Maggi. ¡Vaya descaró! Ustedes no terminan aún de divorciarse y este ya te ha reemplazado tan rápido. Yo que pensaba que todavía tenían esperanzas de reconciliarse... Y él que parecía tan buenito... ¡Qué decepción! —señaló conmovida.

Su yerno «perfecto» acababa de destrozarle las ilusiones de vernos de nuevo juntos. ¡Qué desilusionada debía de estar!

¡Estaba saltando en un pie de felicidad! Si la noticia era real, eso significaba que, por fin, me dejaría tranquila.

—Mamá, a mí me importa un carajo lo que haga César con su vida.

—Cuida ese vocabulario, niña.

—Lo siento.

—Así está mejor.

—¿Cuándo vas a moderar esa boquita de caramelo que tienes, Maggi? ¡Qué horror!

No pude menos que sonreír al escucharla.

El apodo de «boquita de caramelo» me lo había puesto Luis el día anterior, pero no por los motivos que mi mamá me reclamaba —el soltar malas palabras de vez en cuando). Todo lo contrario. Él decía que mi boca le parecía tan dulce como un caramelo, que le hacía imposible no contenerse a besarme varias veces.

De solo acordarme de Luis, de sus pequeños detalles y tonterías que hacían mi vida más divertida desde que nos habíamos reencontrado, volví a sentir unas mariposas en mi estómago. ¡Qué agradable sensación se producía en mi interior!

—¿Maggi? ¿Estás ahí?

—Sí, mamá.

—Parece que estás muy distraída. Te hablo y no me haces caso. ¿Te ocurre algo?

—No. Solamente que... —Traté de buscar cualquier excusa para salir del paso—. Estaba pensando en lo que me dijiste.

—¿Te duele saber que César va a presentar a otra mujer ante nuestras amistades?

—En lo absoluto, mamá. Es más, creo que así es mejor. Así él tendrá algo en qué concentrarse.

Mi aún esposo, desde que se había ido de la casa, hacía varios meses atrás, se había tomado muchas atribuciones conmigo. Me llamaba muy seguido y venía a mi departamento, so pretexto de querer saber cómo me encontraba, para luego preguntarme si salía con alguien y celarme con cualquiera. ¡Hasta con el portero, inclusive!

Pero, todo esto había cambiado alrededor de hacía dos meses atrás. Ahora ya sabía el motivo. Nunca mejor oportuno porque coincidía con mi reciente relación con Luis.

—¿Ya no ha ido a tu casa?

—Para nada. Lo último que supe de él fue a través de la «bonita» demanda judicial de divorcio que me interpuso —dije con pesar.

De solo recordar los adjetivos que usó Cesar en su escrito judicial para referirse a mí, hizo que me enojara. Me plasmaba como una mujer superficial, a la que solo le interesaba el dinero, quien no lo atendía en la casa, no cumplía con sus deberes de esposa y, lo peor de todo, me describía como «una coqueta que no sabía guardar la compostura y flirteaba con cualquier tipo en la calle». ¡Por el amor de Dios! ¡Nada más alejado de la realidad!

—Mira, mamá, no quiero hablar más del asunto. Todo esto me pone de mal humor. ¿Podemos cambiar de tema, por favor? —añadí de manera entrecortada.

Debió de ser evidente el malestar en mi tono de voz que mi madre, por primera vez desde mi

separación, no insistió en hablarme de su yerno favorito.

—Está bien —me contestó de modo inexpresivo.

Traté de descifrar esas dos palabras, pero decidí no darle más vueltas al asunto.

Solo una cosa me quedó clara de toda esta conversación: ¡Por fin ella se había dado cuenta de la verdadera clase de persona que era César!



—Comprar películas piratas son más baratas que alquilarlas.

Era una noche de jueves. Luis y yo estábamos cómodos sentados en el sofá de mi sala, escuchando música y hablando de lo que nos había pasado ese día. Habíamos planeado pasar toda la tarde y noche del viernes en mi departamento, en una maratónica sesión de películas.

—¿No crees que debemos contribuir a las ganancias de los realizadores de esas películas y alquilarlas?

Yo estaba a favor de la protección de los Derechos de Autor. Hacía poco acababa de ver un reportaje en la televisión sobre lo mal que le iba a la industria nacional, tanto a nivel de películas, música y cine, debido a la gran proliferación de la piratería. Los índices de ganancias eran paupérrimos y más de un artista estaba planeando emigrar hacia otro país. Por ello, a partir de entonces, había dejado de consumir productos piratas; y se lo hice saber a Luis.

—Margarita, tú siempre tan pegada a las normas.

—Pero, sabes que estoy en lo cierto, ¿no?

—No.

—Si queremos seguir disfrutando de esas películas, hay que pagar por ellas.

—¡Ni loco!

—¿Vas a ser capaz de negarte ante una petición mía? —dije haciendo un puchero y dándole un beso en la boca para convencerlo.

—¡Mierda! —señaló con evidente «enfado», luego de besarme y abrazarme de manera tierna por la cintura.

Después de mi actuación de damisela desvalida a la que su novio no consentía sus caprichos, y la promesa de último minuto que Luis me hizo hacer —cocinarle su plato favorito, ají de gallina^[6] —, él accedió a mi petición. Alquilaría dos películas para ver al día siguiente. Sin embargo, respecto a la elección del tipo que veríamos, la conversación también fue parecida a la que habíamos tenido...

—Odio las comedias románticas, Margarita.

—¿Por qué?

—Me parecen tan sosas y predecibles.

—No son así. Estás equivocado.

—¡Bah! ¡Todas son cursis! Con un argumento tan típico para las mujeres.

—Oye, yo soy mujer —dije sintiéndome ofendida.

—Y también eres cursi.

—¡Hey, más respeto hacia mí...! —Fruncí el ceño.

—Ya sabes que me encantas así —expresó con su clásica sonrisa y mirada tan traviesa.

Después de una gran capitulación de su parte, decidimos alquilar dos tipos de películas. Yo elegiría ver *Mi novia Polly*, una comedia romántica protagonizada por Jennifer Aniston y Ben Stiller, la cual me había dado muchas ganas de ver años atrás, al ver un *tráiler* de ella.

¿La otra película? Pues se la dejé a su libre elección. Solo esperaba que no fuera de esas películas sangrientas a las que parecía ser tan aficionado.



Cuando el gran reloj de la cocina de mi departamento dio las 06:00 de la tarde de ese viernes, me apuré en terminar lo cocinado. Había dejado todo listo en la mañana, antes de irme a trabajar para, ni bien regresar, se me hiciera más rápido y fácil la preparación de la cena.

Napoleón, mi perro, estaba muy ansioso. Se movía alrededor de mí, agitando su cola sin parar, seguro que por el olor de la comida que estaba cocinando. Además, para asegurarse de que su mamá, o sea yo, no se olvidara de convidarle algo de lo que estaba preparando.

A pesar de que Luis venía casi a diario a verme, hasta ahora no se llevaba muy bien con mi perro. En más de una ocasión, este le había gruñido ni bien lo veía pisar la entrada.

«Deja de molestarme, perro feo».

«No lo llames así».

«Debería aprender de su dueña, la boquita de caramelo, quien me trata con mucho cariño porque está locamente enamorada de mí».

«Oye, tampoco te creas tanto».

«¿Acaso no es así?».

Luego de darle de comer a Napoleón y el último toque a la sazón del plato que estaba cocinando, me preparé para darme un duchazo. Luis no tardaría en llegar y quería estar lista para él.

Ya en mi dormitorio, me desvestí y me puse mi bata. Me dirigí al baño y encendí la terma de la ducha para que el agua se calentara. En ese instante algo me interrumpió.

El timbre de mi departamento había sonado. Al dirigirme al intercomunicador para confirmar que fuese Luis el que me llamaba y así abrirle la puerta, una voz femenina me contestó:

—Maggi, soy yo. Ábreme, por favor. —Se oyó en el intercomunicador.

¡Era Paula! ¿Para qué había venido? Y eso no era lo peor de todo, ¡Luis ya estaba en camino!

¿Qué explicación le daría a ella si me viera en compañía de él? ¡Dios santo! ¡Estaba en una encrucijada de la cual no sabía cómo salir!

❁ Capítulo 7 ❁

¡Virgen santa! No sabía qué responderle a Paula.

¿La dejaba pasar? Pero ¿y si luego veía a Luis llegar? ¿Qué excusa le pondría? ¿Y si la hacía esperar en la entrada? ¿Se enojaría por ser descortés con ella?

Sea lo que fuera, debía pensar rápido, porque Paula volvió a insistirme en el intercomunicador.

—Maggi, ¿me vas a dejar entrar?

—Es que ya estoy saliendo. Espérame, que ya bajo.

Rápidamente, me vestí con lo primero que saqué de mi clóset: un buzo deportivo, unas medias y un par de zapatillas para correr.

¿Cuál sería mi excusa perfecta? Pues que iba a salir a correr al parque más cercano junto con Napoleón, y que, si Paula quería, me podía acompañar.

Por mientras, le mandaré un mensaje de texto a Luis. Le daré indicaciones al vigilante del edificio para que lo hiciera pasar, junto con la llave de mi departamento para que se la entregase, para que él se instalara como mejor pudiera mientras me esperaba.

Cuando terminé de vestirme y cogí el arnés de Napoleón, me lanzó un bufido y se resistió.

—¿Qué pasa? ¿Ahora ya no quieres pasear?

Él solo me miró con sus grandes ojos negros y se negó a salir del departamento. Finalmente, lo saqué a rastras.

Ya abajo, me encontré con Marcos Fuentes, el vigilante, un hombre de sesenta años más o menos. Según me enteré meses atrás, se encontraba trabajando en esa función desde hacía quince años, fecha en la que se construyó el edificio en donde yo vivía. Le indiqué lo que tenía que hacer y cuando me despedí de él, algo me detuvo:

—Últimamente ese muchacho viene muy seguido a su casa. ¿Es alguien muy cercano a usted?

Me miró con ojos de reprobación. ¿Quién se creía para observarme así?

Volteé para contestarle con la primera mentira que se me ocurriera, pero cambié de decisión. Solo ignoraría su pregunta y la intención con que lo hacía.

—Hasta luego, señor Fuentes. Por favor, no se olvide de lo que le encargué —me limité a referirle. Después de todo, no tenía que justificarme con él.

Cuando me encontré con Paula, estaba muy distinta a como la había visto hacía años atrás. Ella era hija de una amiga de la infancia de mi madre y era menor que yo por un año. Se podría decir que ambas crecimos juntas, ya que su mamá era mi madrina de bautizo y lo propio era la mía de ella. Pero, por cuestiones que solían ocurrir, habíamos perdido contacto hacía tiempo, muy distinto de nuestras mamás, que solían reunirse para conversar muy seguido. Aunque la tenía agregada a mi Facebook, ya ni por internet conversábamos. Era de esos contactos que tienes en tu lista de amigos, los cuales están ahí, solo para curiosear y saber qué era de su vida, pero nada más.

Cuando miré bien a Paula, tenía un semblante algo preocupado, distinto al rostro fresco y

despreocupado que tenía en mi mente de hacía años y que aparecía en las fotos de su Facebook. Supuse que quizá era producto de los nervios de su próximo matrimonio.

—Hola, Pauli.

—Maggi, ¿y ese perro?

Se acercó a Napoleón. Este, como siempre, hacía con todas las mujeres que se le acercaban, se puso boca arriba y le movió la cola, esperando a que le hicieran masajitos en la barriga. ¡Era un pillo!

—¡Qué distinto es contigo! —pensé en voz alta, recordando los gruñidos que mi perro le hacía a Luis siempre que iba a mi casa.

—¿Cómo? —preguntó mientras seguía jugando con Napoleón. Éste lanzó un pequeño bufido de satisfacción—. Es adorable. ¿No tienes un cachorrito, hijo de él, para regalármelo? Puedes agregarlo a mi regalo de boda. No me molestaría. —Me guiñó el ojo.

—No, aún no lo he cruzado.

—¿Cómo fue que lo adoptaste?

Y fue ahí que le relaté la historia de mi perro...



Una tarde de julio del año pasado, en pleno invierno de Lima, saliendo de mi trabajo, se me antojó tomar algo caliente para contrarrestar el frío que hacía. Andaba buscando algún restaurante cercano adonde entrar a servirme un café, pero no ubicaba ninguno.

En una esquina divisé un triciclo de color rojo, muy típico en la ciudad, para vender café caliente de forma ambulatoria. Sin perder tiempo, me acerqué hacia este.

Ya ahí le pedí al vendedor que me despachara un vaso de capuchino, mi bebida favorita. Muy amable el señor me atendió. Sin embargo, cuando se disponía a entregarme mi pedido, este se derramó al suelo.

El hombre se desvivió en disculpas hacia mí, las cuales acepté de buena forma, porque total, un descuido lo tenía cualquiera. Pero, cuando menos nos dimos cuenta, algo captó nuestra atención.

Un pequeño perro crema, con las orejas y el rostro de color marrón, se acercó muy tímido hacia donde estaba el café derramado. Ansioso por tomarla, el cachorro no se percató de la temperatura de la bebida. Luego de intentarlo, emitió un gemido, supuse del dolor que le producía beber algo tan caliente.

—¿Es suyo el perrito? —le pregunté al vendedor.

—No, señora, pero lo he visto andar por estas calles hace un par de días. Parece que está abandonado o perdido.

—Pobrecito.

Cuando me agaché para observar mejor al cachorro, este se asustó de mí. Rápidamente, se escondió entre los arbustos de una casa abandonada cercana.

—Espéreme un rato, por favor. Luego me sirve el café.

Cuando me dirigí a donde estaba el perrito, el espectáculo que vi entre esos matorrales me destrozó el corazón. Una perra blanca, con todas las características de ser la mamá del perrito, yacía en el suelo sin vida. Al lado de ella estaba el pequeño que había visto, quien le lamía el rostro de su madre de forma amorosa. Parecía que, con aquello, intentaba revivirla.

Al ver esa escena no tuve corazón para dejarlo ahí. Con mucha insistencia de mi parte, ya que

era muy miedoso, lo cogí en mis brazos y lo saqué de ese lugar. Cuando regresé con el vendedor le hice un par de preguntas para saber si sabía algo más de la madre del pequeño y de sus hermanos, los cuales no deberían de andar muy lejos de ahí.

El señor me comentó que hacía dos o tres meses atrás había visto a la perra deambular por esas calles, con evidentes signos de estar preñada. Al poco tiempo la vio caminar con algunos de sus hijos. Él de forma amable le regalaba pedazos de galletas y de hamburguesas que le sobraban de lo que vendía. A pesar de ello, no podía adoptar a la madre ni a sus cachorros; su economía no era muy buena y ya tenía varios perros adoptados en su humilde casa.

No obstante, hacía un par de días que no había visto a la perra pedirle comida. Intuyó que se había ido del lugar con sus hijos. Pero, cuando le comenté lo que acababa de atestiguar, el hombre se entristeció de verdad; le había cogido cariño a la madre y a sus hijos.

—¿Cuántos cachorros eran? Porque yo solo he visto a este —dije, arrojando al pequeño en mis brazos, mientras me lamía una de mis manos.

—Eran tres. ¿Está segura de no haberlos visto? Todos eran como este. —Señaló con su dedo índice derecho al cachorro.

—No.

Decidí buscar al resto de la manada. El pequeño, a quien a partir de ahora bautizaría como Napoleón —siempre me había gustado este nombre para llamar así a un perro y este era el primero que adoptaba— no debería de ser el único en ese lugar. El resto de sus hermanos podrían andar cerca y la ciudad, con el invierno tan inclemente, los autos que andaban muy rápido y demás peligros que les deparaban, no era un lugar seguro para ellos. Tenía que ubicarlos y cobijarlos hasta encontrarles quién los quisiera adoptar. Pero, por más que busqué, no encontré mayor rastro de los otros pequeños.

Luego de mi infructuosa búsqueda y pagarle al vendedor por el café que tenía en mi otra mano, me fui de ese lugar con el perrito. Abordé un taxi que me llevó a mi casa, mientras el cachorro en todo el viaje lloraba de miedo y de frío.

De este modo, fue cómo Napoleón se quedó conmigo en mi casa. Aunque mi aún esposo, César, se negó a aceptarlo en ella.

«Sabes que soy alérgico a las mascotas».

«Entonces, ¿por qué no has estornudado desde que Napoleón está en casa? Ya han pasado varios días».



Al recordar todo aquello, contarle a Paula lo sucedido y ver a Napoleón correr muy despreocupado en el parque, solté una gran sonrisa de satisfacción. El perrito sucio, desnutrido y con frío que recogí esa tarde de invierno, se había transformado en un travieso, inquieto y feliz can que retozaba a sus anchas en las calles de mi barrio.

—¿Y qué te trae por aquí? Después de tanto tiempo —le dije a Paula.

Estábamos sentadas en una de las bancas de cemento del parque.

—Es que necesitaba alguien con quién conversar —respondió con un poco de pesar.

—¿Es sobre tu próxima boda?

—Sí.

—Justo hace unos días estaba conversando con mi mamá de ello. Mañana estamos yendo a pasear al centro comercial y ver los vestidos que podríamos comprar para usarlos en la fiesta.

—La boda será una buena ocasión para reencontrarme con mis antiguos amigos. Hay varios a quienes no veo como a Mabel, Soraya, Andrés, Cristian... y bueno, tú, pero ahora ya estamos poniéndonos al día. —Soltó una sonrisa.

—Tienes razón, Pauli. ¿Hace cuánto que no hablábamos?

—Ufff. ¿Hace como tres o cuatro años? Cuando César empezó a prohibirte que salieras conmigo y con el grupo.

—Lo sé. Pensar que, desde que lo conocí, toda mi vida giró en torno a él —dije sintiendo un gran dolor en mi pecho.

Ahí me di cuenta de que el tema de César aún me afectaba mucho más de lo que yo pensaba, a pesar de que ya tenía alguien que se preocupase por mí. Para no volver a hundirme, decidí cambiar de tema de inmediato:

—Pero, bueno... A todo esto, no me has contado el motivo de tu visita. ¿Qué te cuentas de nuevo? ¿Todo bien?

Me miró con sus grandes ojos negros de modo aprensivo y pude darme cuenta de que algo le ocurría. Yo no era la única con preocupaciones. Algo no marchaba bien. Finalmente, habló:

—Quería hacerte una pregunta.

—Dime...

—Antes de casarte con César, ¿tuviste dudas acerca de lo que sentías por él?

¿Si tuve dudas? Pues no.

Recordé que, cuando me propuso matrimonio, en el último año de la universidad, esto me cayó de sorpresa. Me sentí muy ilusionada porque estaba muy enamorada de él. Luego de mi graduación, marcaba los días en el calendario hasta el tan esperado día. Cuando este llegó, me sentí realizada y muy feliz.

Acordarme de todos estos sentimientos tan alegres del pasado, provocó que la tristeza, que había sentido minutos antes, quisiera volver aflorar. También, había un sentimiento negativo que comenzaba a asaltarme.

Aparte de mi temor a los prejuicios de lo que los demás pensarán de mi relación con Luis, empecé a tener el temor de volver a fracasar. El solo recordar que antes había sido tan feliz con César para ahora solo sentir tristeza al recordar todo aquello, hizo que tuviera miedo de equivocarme otra vez.

El sentimiento que tenía por Luis era tan lindo, tan cálido, tan refrescante, que me hacía ver la vida de otro modo y me otorgaba una felicidad sin igual. Justo por esta casi perfección, era que tenía miedo de que esto acabara, y con ello, perderlo en un futuro.

Sí, tenía temor de que, al enamorarme de nuevo, con el tiempo mi relación tan idílica con Luis se convirtiera en lo que ahora tenía con César: simplemente nada.

Todas estas sensaciones me golpearon de sopetón. Sin embargo, tuve que contenerme. No quería demostrar estos sentimientos negativos ante Paula, quien parecía necesitar de alguien que la escuchara en esos instantes. Así que, decidí encauzar la conversación hacia lo que ella quisiera hablar.

—No, no tuve dudas. ¿Por qué lo preguntas?

—Pues... ¡Maggi, no sabes cómo me siento! —habló ya al borde de las lágrimas.

Se me partió el corazón al ver así a mi buena amiga. ¡Dios mío, debía contenerme a como dé lugar! No quería que fuéramos dos las que nos pusiéramos a llorar. Saqué fuerzas de no sé dónde para ponerme seria.

—Si me pones al tanto sobre lo que te está ocurriendo, podré ayudarte —le indiqué.

Y fue así cómo Paula se desahogó conmigo.

Estaba muy enamorada de su futuro esposo, Marcos, un chico de su trabajo que había conocido hacía algunos meses atrás. El flechazo entre ambos fue instantáneo, tanto que la noticia de su compromiso les cayó como agua fría a los padres de ambos novios, ya que aquellos no se esperaban que, al poco tiempo de ser pareja, los dos tuvieran planes de casarse.

Pero, ante la proximidad de la fecha tan esperada, las dudas comenzaron a asaltarla. Sentía miedo de dejar su juventud para dar paso a un estatus de casada, y todas las responsabilidades que esto conllevaba: tener una familia, pagar por una casa y los servicios, ya no salir de juerga tan seguido con sus amigos... En definitiva, ¡volar del hogar paterno y ser una adulta!

Todos estos pensamientos la abrumaban de manera terrible y daban paso a otro sentimiento: el de la culpa. Si ella tenía tantas dudas para casarse con Marcos, se preguntaba si el amor que sentía por él era lo suficientemente fuerte o no.

Por todo esto era que había decidido buscarme después de tanto tiempo; porque, entre todo su círculo, yo era la única que se había casado. Por todo ello necesitaba escuchar la «voz de la experiencia».

—Es que yo lo quiero, Maggi. ¡Lo quiero mucho! Pero es que, todo esto me abruma como no tienes idea.

—¿Entonces?

—Pues que no sé.

—Mira... —le indiqué agarrándola de ambas manos para demostrarle mi apoyo—, solo tú, en tu corazón, sabes qué es lo que sientes o no. Dime, ¿en verdad quieres casarte con Marcos?

Paula contuvo la respiración con dificultad. Finalmente, estalló en llanto y ya no pudo más. La abracé muy fuerte mientras le permitía desahogarse en mi pecho.

Napoleón dejó sus juegos y se acercó hacia nosotras, intuyendo que algo no andaba bien. De forma tierna, mi fiel perro lamió la mano de Paula, quien interrumpió su llanto para acariciar la cabeza de mi can en agradecimiento por su genuina preocupación.

—¡Qué perro más cariñoso!

—Bueno, así es él —dije con satisfacción—. Aunque no siempre es así de amable, ¿eh?

—¿Por qué lo dices? —preguntó secándose las lágrimas con un pañuelo.

El recuerdo de Luis quejándose de los gruñidos de Napoleón vino a mi mente. Sonreí de sólo pensar en él...

¡Dios mío! ¿Cuánto rato hacía que estaba hablando con Paula? ¿Cuánto tiempo me estaría esperando Luis en mi departamento?

Cuando salimos a pasear aún era de día. Pero, ahora, ya estaban las luces de la ciudad encendidas y la luna iluminaba en todo su esplendor.

De manera rauda, inventé una burda excusa —que mi departamento estaba en mantenimiento y que por eso no podía hacerla pasar adentro, sumado a que más tarde tenía una reunión de trabajo y que por ello debía irme— para sacarme a Paula de encima. No quería dejarla en esas condiciones, tal y como se encontraba ahora, pero no podía alargar más la conversación. Luis me estaba esperando bastante y no quería ser descortés con él. Fue así como, le pedí su número telefónico para hablar al día siguiente con más calma en su casa.

—Mira, solo te puedo decir que, si tienes tantas dudas respecto a algo tan serio como el matrimonio, eso significa que no estás segura de hacerlo. Y aún estás a tiempo de pensarlo bien y arrepentirte, pero esto no implica que no quieras a Marcos, ¿bien?

—¿Tú crees? —me preguntó ya más tranquila.

—Por supuesto, Pauli. Puedes querer a un hombre, pero el no querer casarte no significa que no lo ames.

—Puede que tengas razón —concluyó con una ligera sonrisa en su rostro—. Bueno, ya estoy más tranquila...

—Me alegra que así sea —dije mientras le ponía al arnés a Napoleón para llevármelo de regreso a mi departamento.

—Y ya no te molesto más, que estás algo apurada —dijo levantándose de la banca.

—No te preocupes. Mañana te llamo y quedamos en charlar, ¿ya?

—Sí, pero, antes de despedirme, quiero agradecerte por escucharme.

—No es nada. Siempre que pueda, le echaré una mano a una amiga.

—No, en serio. Me ha hecho muy bien hablar contigo ahora, aunque sea un ratito. Y es que, no sé si tú estás enterada, Maggi, pero siempre te he admirado.

—¿Por qué? —dije, muy sorprendida.

—Pues siempre has demostrado estar muy segura de todo: de tus acciones, de tus sentimientos, de tus relaciones de pareja... Eres un modelo a seguir para mí, ¿sabes?

¿Yo segura de mis sentimientos y de mis relaciones de pareja? Si tenía muchas dudas respecto a mi relación con Luis por la diferencia de edad y de lo que pensarían los demás, a tal punto de que aún no le había contado a nadie sobre aquello. También había otro sentimiento de inseguridad que comenzaba a atormentarme.

Ay, Pauli. ¡Cuán lejos estabas de la realidad!



Luego de despedirme de mi amiga y ya camino a mi departamento, esperé que Luis no se hubiera enojado conmigo. Habría estado como una hora esperando. ¡Dios santo!

Le pregunté al vigilante si le había dado mis indicaciones y la llave de mi casa. El hombre se limitó a asentir con la cabeza a modo de afirmación, pero siguió viéndome con una cara de desaprobación, como esperando mayores argumentos del porqué le dejaba la llave a Luis. ¿De cuándo acá yo tenía que justificarme por mis actos?

Ya en mi departamento, Luis se encontraba cómodamente sentado en el sofá de la sala viendo televisión. Cuando me vio llegar, no se volteó a saludarme tan cariñoso como lo hacía siempre. Como intuí, se lo veía fastidiado por la espera.

—¿A dónde fuiste? —me dijo aún sin dirigirme la mirada—. Ya me iba a ir. —Era evidente que estaba molesto.

—Tuve que sacar a pasear a Napoleón.

—¿Y por este perro, que aún no termina de aceptarme, me has hecho esperar tanto? —me interpeló, levantándose del sofá y dirigiéndome, por fin, la mirada.

El ambiente entre los dos estaba algo tenso y Napoleón no ayudó para nada a esto. Como siempre, comenzó a gruñirle.

Encerré a mi mascota en la cocina para que dejara de fastidiar a Luis. Luego, volví a la sala para conversar con él.

Decidí sincerarme. Después de todo, era mi novio y merecía saber la verdad. Tal y como lo esperé, su reacción no fue buena:

—Tienes miedo de que alguien descubra que somos pareja —me dijo muy triste y con un gran pesar en los ojos que no le había visto antes—. ¿Hasta cuándo vas a avergonzarte de mí?

Me dio la espalda y se colocó sobre el sofá de un solo cojín, que estaba a varios metros de donde me encontraba; la señal de que no deseaba que me sentara a su lado.

Me quedé parada ahí, entre la sala y el recibidor, sin tener fuerzas para acercarme a él. Solo atiné a decirle lo siguiente:

—No es eso. Es solo que...

No continué. No sabía qué más decir para justificarme ante mi mala actitud.

¡Lo que Luis señalaba era muy cierto! Descubrí que, en el fondo, tenía miedo de que alguien descubriera que ambos éramos novios, a pesar de que él se estaba ganando mi corazón con sus actitudes y el amor que me profesaba...

Pero, había otro sentimiento aún más grande que me agobiaba: mi temor a fracasar de nuevo, ahora con Luis. Yo sentía que cada vez lo quería más, y por eso comenzaba a experimentar un miedo a perderlo en un futuro.

Sentí vergüenza de mí misma, de mis prejuicios hacia él y de mi preocupación por el qué dirán..., del pesar que experimenté al hablar con Paula al recordar todo lo que había pasado con César..., del miedo a volver a fracasar si era que me enamoraba de nuevo, como temía que me estaba ocurriendo irremediabilmente con Luis... Al final, decidí abrirle mi corazón y hacerle saber de los miedos e inseguridades que me agobiaban.

Luego de escucharme, se levantó de su asiento y me abrazó muy fuerte.

—Tienes miedo de todo, Margarita. Siempre. Miedo del qué dirán. Miedo de enamorarte de mí. Miedo a que yo sea como el idiota de tu exmarido. Miedo a perderme. Miedo a sufrir por esto —me dijo susurrándome al oído, mientras me acariciaba mi espalda.

—Lo siento —señalé ya al borde del llanto.

—¿Cómo pretendes ser feliz en tu vida si tienes miedo a todo?

Luis me miró a los ojos de manera dulce. Secó mis lágrimas con sus dedos de su mano derecha. Me dio un tierno beso, del tipo que comenzaba a gustarme tanto. El solo sentir el roce de sus labios con los míos hacía que experimentase una gran alegría dentro de mí, haciendo que desapareciesen todos los temores que sentía hasta hacía unos instantes.

Decidí disculparme por mi demora y por mi mala actitud. Lo que él dijo a continuación me tomó de sorpresa:

—¡Bah! No tienes que pedirme perdón ni nada, ¿eh?

—¿Cómo que no? ¡Te he hecho esperar por más de una hora! Y todo por culpa de mis tonterías...

—¡Calla! —dijo interrumpiéndome y poniendo su dedo índice derecho sobre mis labios—. Deja de disculparte, vamos.

—Es que...

—¡Es que nada! —refirió cortando lo que iba a decir de nuevo—. Yo no he pasado por un matrimonio ni todo eso, pero comprendo que tengas miedo de todo lo que me cuentas. Aunque, debo regañarte por tener miedo del qué dirán —habló frunciendo un poco el ceño. Finalmente, su semblante se relajó por completo y me brindó su pícara sonrisa, tan característica en él—. Pero, bah. Te lo permito y solo por ser tú, *mi* Margarita.

Me quedé en blanco con lo que él me decía. ¡Jamás esperé que Luis reaccionara de ese modo!

—Entiendo perfectamente todos tus temores, mi boquita de caramelo —continuó—. Y es más que comprensible. Así que, no tienes que disculparte conmigo, que para eso estoy yo a tu lado: para escucharte, para comprenderte y para apoyarte en todo lo que te haga falta.

Me volvió a abrazar muy fuerte. Me sentí muy complacida; a pesar de su corta edad, Luis me

demostraba una gran madurez. Me escuchaba y me brindaba un gran soporte que nunca había encontrado en ningún otro hombre en mi vida.

❁ Capítulo 8 ❁

—Ese vestido te queda algo apretado.

Yo estaba frente al espejo de una tienda de ropa observando cómo me quedaba un vestido lila muy bonito.

A diferencia de mi madre, que me sugirió comprarme vestidos más holgados y recatados para asistir a la fiesta de Paula, decidí escoger otros de distinto tipo, unos más ajustados y cortos.

—Señorita, me llevo este —le dije a la vendedora. Luego volví a entrar al probador para ponerme la ropa con la que había venido.

—¿Estás segura, hija? ¿No crees que es muy inapropiado para ti? ¿Qué pensarán nuestras amistades si te ven así? Van a decir que vas a provocar a los hombres o que quieres opacar a Paula, la novia —señaló mi madre a través de la puerta.

—¡Mamá, por favor! ¡No seas exagerada! —alegué aún dentro del probador, quitándome el vestido con cuidado. No quería estropearlo—. Hablas como si estuviera vistiéndome como una mujer de la calle.

—¡Poco menos te falta para eso! No sé qué te pasa últimamente que estás muy alocada —me dijo con un tono de voz muy severo.

Tuve que aguantarme las ganas de responderle con lo primero que se me pasó por mi mente. ¡Estaba más que harta de tener la misma conversación con ella!

Sus consejos, o mejor dicho regaños, de que yo debía hacer lo que los otros esperaban de mí y que si no lo hacía era una mujer alocada, ¡me tenían cansada! Si no la mandaba al diablo era por el respeto que como hija me correspondía hacia ella.

De todos modos, no le haría el mayor caso. Estaba decidida a ser la Margarita de antes, la que no temía vestirse de modo coqueto, porque, al fin y al cabo, me sentía bella y más radiante que nunca.

Sí, no me importaba usar ropa ceñida o más alto de lo debido. ¿Y por qué? Pues la noche anterior, luego de mi confesión hacia Luis, en nuestra velada nocturna hubo algo que cambió mi perspectiva sobre mi manera de vestir...



Estábamos cómodamente sentados en el sofá de dos cojines viendo *Inframundo 1*, la precuela de la que habíamos visto en casa de los Villarreal, el día que nos reencontramos. Esa había sido la película que Luis había elegido cuando tuve un género a escoger, además de alquilar *Mi novia Polly*.

—¿Por qué elegiste esa película? —le pregunté.

Me había parecido gracioso que alquilase *Inframundo 1*, cuando hacía poco habíamos visto la continuación. Él respondió que había comprado aquella solo porque Ada se lo había *casi* exigido.

—Poco usual, ¿no?

—Bueno, tengo otros motivos para haberla elegido.

—¿Y eso?

—Siempre le tendré cariño a esta saga porque fue la primera que vi contigo después de tantos años... —me dijo con esa penetrante y pícaro mirada.

No pude evitar soltar una sonrisa tonta al escucharlo. No sé cómo se las arreglaba, pero siempre solía decirme algo que hacía que sintiera pequeños hormigueos dentro de mí.

Ya cuando estábamos viendo la película, en un momento en que aparecía Kate Beckinsale, la actriz británica que hacía de Selene —la protagonista femenina— Luis me confesó que le gustaba mucho.

—Es muy bonita Selene —mencionó, sin quitarle la vista a la susodicha.

—Si tú lo dices —dije con una falsa indiferencia. Le di un sorbo a la Coca Cola que tenía al pie del sofá.

En realidad, me costaba mucho disimular la molestia que me causó el saber que tenía a alguien más, aparte de mí, como centro de su atención. Esto fue tanto, que lo siguiente que me dijo fue prueba de ello:

—¿Y ese tono de voz? —señaló dejando de ver la televisión (y a Kate Beckinsale, por supuesto) para centrarse de nuevo en mí.

Puso su brazo izquierdo sobre mi hombro para abrazarme, como queriendo reconfortarme para que ya no estuviera celosa. Así estaban mejor las cosas.

—¿Cómo? —pregunté con falsa indiferencia.

—¿Son celos los que percibo, boquita de caramelo?

—Bah.

El orgullo me impedía reconocer que él estaba en lo cierto.

Como ya no pude disimular, Luis soltó una gran sonrisa de satisfacción. Parecía que le gustaba jugar a los celos conmigo.

Me abrazó por la cintura y me acercó hacia él. Me besó lenta, dulce y de manera tierna, de esos besos que él comenzaba a darse cuenta que me hacían emocionar, de solo sentir el cálido roce de sus labios con los míos.

Poco a poco la emoción dio paso a otra sensación. Sentí que los latidos de mi corazón comenzaron a ir a mil. Mi respiración estaba entrecortada. Los hormigueos en mi estómago se hicieron muy vívidos. Parecía que iba a desfallecer poco a poco, en ese instante tan mágico cuando nos estábamos besando.

¡Dios santo! A él le estaba sucediendo algo parecido, ya que me abrazó muy fuerte y me haló más hacia su pecho, apretando mi espalda con mucha intensidad. El beso que me brindaba, que había comenzado despacio, había dado paso a uno más desenfundado y absorbente. El Luis dulce y tierno de hacía unos instantes, ahora era uno más posesivo y cálido ahora. Tan cálido...

¡Estaba en las nubes y todo estaba sucediendo tan rápido! ¡Sentía que todo estaba fuera de sí! Estaba empezando a perder la cabeza por él. Se dio cuenta de que lo mismo le estaba sucediendo, así que nos separamos bruscamente el uno del otro.

Luego de aquello, me tomó del mentón y me miró a los ojos. Con su traviesa sonrisa, me habló:

—No puedes estar celosa de una actriz.

Sí, estaba celosa de Kate Beckinsale. Estaba celosa de que fijase sus ojos en otra mujer. Estaba celosa de que otra mujer, aparte de mí, le pareciera bonita, aunque esto fuera un amor platónico o un simple gusto.

¿Comenzaban a invadirme las inseguridades de antes? Porque una de las tantas discusiones que

tuve con César era por el tema de mis inseguridades y de mis celos. Pero estas eran más que justificadas. En más de una ocasión pude comprobar que él me fue infiel con varias.

Pero, en el caso de Luis, no me había dado la menor muestra de ello. Todo lo contrario. Yo adoraba ser el centro de su atención y de sus halagos. Sin embargo, esa noche, una señorita a través de una pantalla, vestida con un ceñido traje negro, era mi «rival». No podía permitírmelo, no. Aunque sonase absurdo, esta situación me fastidiaba como nadie tenía idea.

Ahí me di cuenta de que era muy tonto que yo sintiese esto y me portase así. Entonces, ¿eso quería decir que mis demonios de celos, productos de las infidelidades e inseguridades con César, aún tenían efecto sobre mí? De ser así, ¿por qué tenía que creer que con Luis todo sería igual?

Desde que habíamos comenzado nuestra relación, todos los días, él había venido a mi casa un rato para verme, en la mañana y en la noche, principalmente. Aunque había ocasiones en que no había podido quedarse hasta tan tarde como ahora, debido a que al día siguiente tenía algún examen en la universidad y debía estudiar con ahínco en su casa o en la biblioteca del campus.

Como me informó, no podía pasar ni un solo día en que deseara saber de mí y de cómo estaba. Desde el día en que comenzamos nuestra relación, tenía la necesidad imperiosa de verme y de estar conmigo. Todo esto me hacía muy feliz, porque me fascinaba la idea de ser el centro de su atención y de que alguien se sintiera así respecto de mí. Luis era tan distinto a mi exesposo — quien los últimos meses, antes de nuestra separación, ya casi ni se pasaba por la casa, solo para dormir— que la simple comparación entre los dos hacía que me sintiese avergonzada de ofender a mi novio con ello. Pero, de pronto, la idea que había desechado, comenzó otra vez a embargarme.

¿Mis celos tenían que ver con el tema de las diferencias de edad que tanto me agobiaban? Porque de ser así, las inseguridades empezaban a acecharme de nuevo, lo cual hacía que volviera a atormentarme por todo esto.

Lo siguiente que me preguntó Luis me sacó de mi ensimismamiento:

—Margarita, ¿siempre has usado ropa deportiva?

—¿Cómo?

—Es que recuerdo que, cuando eras más joven, solías usar ropa muy coqueta.

—Bueno, antes era una adolescente. Ahora ya no lo soy y debo vestirme más seria, ¿no crees?

—Sí, pero... Quitando los trajes sastres que usas para ir a trabajar, los cuales te hacen ver muy hermosa, como siempre —me dijo guiñándome un ojo.

Sabía subirme el ego con un par de gestos.

—Desde que he comenzado a venir a tu casa —continuó—, pues... siempre te veo con buzos y otras prendas anchas.

—¿Y qué tiene de malo?

—Será que extraño a la Margarita de hace años, la cual no tenía reparo en ponerse minifaldas o polos ceñidos que mostraban tu cintura...

—Hey, ¡tampoco voy a ir enseñando el ombligo como antes! No soy una colegiala —acoté, algo sorprendida.

—Sí, pero a lo que me refiero es que...

No parecía muy seguro de seguir hablando. Tuve que animarlo a que continuara.

—¿Sí?

—Te lo confieso. Para mí eres preciosa y los años no solo te han embellecido más.

¡Me emocioné! Este chico sí sabía halagarme y hacerme sentir en las nubes con sus palabras tan bonitas hacia mí. Dios, ¡era tan adorable!

Sin embargo, lo noté aún muy dubitativo, como queriendo soltar algo que, a pesar de la

confianza que crecía entre los dos, le era muy difícil explicar. Finalmente, volteó su rostro hacia otro lado —no a la película, la cual había puesto en «*Pause*», porque hacía buen rato que habíamos dejado de verla. Luego de ello, se sinceró:

—No quiero parecer atrevido ni nada, pero... ¡tampoco eres una anciana, Margarita! No lo eres, para nada. Y... aunque está bien que seas mayor que yo y todo eso, pero... no sé. Hay mujeres de tu edad que no se visten solo con buzos y ropas anchas.

Mis ojos se abrieron como un plato y moví mi rostro hacia atrás. Nunca reparé en que, comúnmente, yo me vistiera como una anciana. Mi falta de respuesta a lo que me decía fue evidente, porque agregó lo siguiente, aún sin dirigirme la mirada:

—Digo, ¿no podrías vestirme de un modo más coqueto, aunque sea para mí? Quizá ese no es tu modo de vestir en la actualidad, no sé. Hay mucho aún que no sé de ti, pero...

Me devolvió la mirada. Le costaba mucho decirme lo que pensaba. Respiró muy profundo y continuó:

—Margarita, lo que te quiero decir es que... eres preciosa y... ¡me vuelves loco!, ¿sí?

Después de soltarlo, volvió a observar hacia otro lado y juntó sus manos, muy nervioso. Lo que acababa de confesarme le había sido muy difícil.

Me sentí complacida y avergonzada a la vez. Sabía que le gustaba mucho, de eso no me cabía la menor duda. No obstante, intuí que él se refería a otra cosa...

De solo percatarme de esto, la sangre se me subió al rostro. El beso tan desenfrenado que nos habíamos dado minutos antes era una muestra de ello. Todo tenía relación ahora.

—Gracias —solo atiné a decir.

Después de todo, había experimentado lo mismo que él. Por un segundo, el beso que nos dimos antes me hizo perder el control de todo. Había solo querido dejarme llevar y estar con él.

El silencio en el ambiente provocó que la tensión entre los dos aumentara. Alguien debía hablar o hacer algo. Finalmente, como siempre, tomó la iniciativa.

Cogió el control remoto del DVD y le dio a «*Play*». Los diálogos en inglés de la película, sumados a los lamentos de Napoleón —quien supuse que estaba aburrido de estar dando vueltas en la cocina y en el patio— fueron el ingrediente perfecto para relajar en algo la situación tan tensa que se estaba dando entre nosotros.

Durante unos momentos nos separamos, tanto física como emocionalmente, y no despegamos el ojo del televisor. Parecía que un muro invisible nos dividía. Esto era una muestra de que, la situación entre ambos estaba dando paso a algo más, que hasta ese instante no lo había pensado. Decidí levantarme del sofá para ver qué era lo que quería mi perro, ya que no paraba de llorar.

—Oye, travieso, ¿qué es lo que deseas? ¿Por qué tanta bulla? —le hablé a Napoleón. Este no paraba de posar sus dos patas delanteras en el suelo, levantando sus caderas hacia arriba y moviendo la cola sin descanso. Clara señal de que estaba hiperactivo.

—Seguro que quiere pasear —me dijo Luis aún sin dirigirme la mirada.

Tenía la mano derecha apoyada en el respaldo del sofá. Estaba muy atento, mirando una escena donde salía, por enésima vez, muy hermosa Kate Beckinsale. Luego agregó:

—Sabes que si vistieras un atuendo como el de Selene te verías tan o más linda que ella...

La protagonista de *Inframundo 1* se caracterizaba por usar un traje negro, muy ajustado al cuerpo. Se le veía muy hermosa. ¿Luis quería que me vistiese así? ¿Por qué?

Me quedé sin saber qué decirle. Los jadeos de mi perro pidiéndome que jugase con él, al tiempo que me halaba de una de las bastas de mi pantalón buzo, no impidieron que saliera aún de mi estado catatónico.

Al final, decidí hacerle caso a mi perro. Tomé un pequeño cocodrilo de plástico que estaba escondido debajo de una de las sillas del comedor y se lo lancé. Napoleón lo cogió con avidez y empezó a morderlo muy entretenido. Aunque lo había visto hacer miles de veces aquello, no pude menos que soltar una risa ante sus juegos.

—Solo te digo que eres muy bonita y no estoy exagerando. A mí me encantas. No me molestaría que te exhibieras un poco más en tu modo de vestir, si es lo que te preocupa. No soy un cavernícola de esos, que le exigen a su mujer que se vista como una monja —insistió observándome, por fin.

Luego caí en lo que quería decirme.

El motivo del porqué en los últimos años estaba tan acostumbrada a usar ropas holgadas, como buzos y poleras anchas, era que mi exesposo era muy machista y celoso. En más de una ocasión, cuando él y yo éramos enamorados, me había regañado señalando que debía ser un poco más recatada. En ese tiempo le hice poco caso, ya que era muy joven y pensaba que era normal que fuese celoso. Pero, todo cambió luego de nuestro matrimonio.

César decía que una mujer casada no debía de ir provocando a los hombres en su modo de vestir, usando ropa ajustada o corta. Los primeros meses, después de nuestra boda, me hizo más una escena de celos en la calle, cuando algún hombre me piropeaba al verme pasar. Después del escándalo suscitado, en la casa no dejaba de regañarme. Así, las discusiones luego se hacían mayores.

Esto, sumado a mis padres tan tradicionales, quienes siempre lo secundaban en todo lo que su yerno les decía, terminaron por convencerme en que la equivocada era yo, al vestirme de modo juvenil. Todo esto dio paso a mi moda actual: solo con ropa ancha y grande.



Mientras recordaba todo lo sucedido la noche anterior, caí en la cuenta de que Luis tenía razón. Solo tenía veintiocho años y podía vestirme de un modo más moderno. Después de todo, ya estaba separada de César, de sus celos y de su machismo exagerado.

Luego de pagar por el vestido en la caja de la tienda y hacer oídos sordos a lo que mi madre me decía («*Vas a llamar la atención de muchos hombres en la boda si vas vestida así. ¡Qué escándalo!*»)), le indiqué que me moría de hambre. Fue así como decidimos ir a un restaurante de comida rápida.

Cuando estábamos en la cola del lugar donde tomaban el pedido de los clientes, una voz adelante de mí llamó nuestra atención: ¡eran la madre y hermana de Luis!

—¿Ada? —preguntó mamá.

—¿Lorena? ¿Margarita? —gritó Blanca Villarreal.

Ambas se juntaron en un gran abrazo. Mi amiga dejó su sitio en la cola y fue también a mi encuentro.

—¿Hace cuánto que están en Lima? —dijo mi madre.

—¿Cómo? ¿No se lo has contado, Maggi? —habló Ada.

Había obviado contarle a mi madre de mi reencuentro con los Villarreal. Como bien sabía, esto no solo había sido un reencuentro cualquiera, no. A partir de entonces, un chico con una sonrisa muy pícaro y con unos ojos marrones muy traviosos estaba en mi vida.

Si mi madre sospechaba, siquiera, de lo que estaba ocurriendo entre Luis y yo, no solo me regañaría, sino que me delataría con los Villarreal, y no en buenos términos. Eso me quedaba muy

claro.

Luego de evadir la pregunta e inventar cualquier tontería de mi olvido «involuntario» — alegué que no tenía cabeza para nada debido al juicio de divorcio que César me había entablado — las cuatro nos pusimos a conversar de forma amena. Pero, de nuevo, el asunto en cuestión salió a flote.

—¿Por qué no has venido a la casa desde entonces, Maggi? —me interpeló Ada.

Las cuatro estábamos comiendo nuestros pedidos en una mesa del *fast food*.

—Habíamos quedado en mantenernos en contacto —añadió.

—Sí, lo sé, solo que he tenido mucho trabajo. Como se acerca el fin de año, en la empresa tienen muchos clientes para hacer sus declaraciones de impuestos en diciembre.

—¿Pero acaso las declaraciones no son en verano, hija?

Mi madre, ¡siempre tan inoportuna! ¿De qué me extrañaba?

—Mamá, hay algunos asuntos contables que aún están pendientes —alegué con mi cara de «No me delates»—. Ha habido ciertas modificaciones legales en la normativa tributaria y hay nuevos impuestos que declarar. Aparte de que, hay temas algo delicados como ver en qué territorio se aplica el agente de retención...

—Ay, hija, ya empiezas a hablarme en chino —me interrumpió.

—Yo odio todos esos temas, Maggi. No sé cómo te puede gustar ser contadora.

En eso estábamos muy de acuerdo con Ada. No sé cómo podía haberme animado a estudiar esta profesión de contadora, la cual se me hacía tan monótona y aburrida; muy distinta de la profesión de Música, la cual me parecía tan atrayente y fascinante. ¡Como siempre, yo haciéndole caso a los demás en los asuntos de mi vida!

El resto de la charla trató sobre otros temas triviales: respecto al trabajo de Ada, el regaño por parte de su madre —quien no desaprovechó la oportunidad en compararla conmigo, respecto a que «yo sí era una hija modelo por tener una profesión universitaria y haberme casado»—, los años en los que los Villarreal se la pasaron en Arequipa... Esto último me llamó la atención, ya que estaba muy interesada en saber cómo había sido la vida de Luis en los años en los que no lo había visto.

Y fue así cómo me enteré de algo que no me gustó para nada: sobre una exnovia.

—¡Esta chica es una loca! No para de llamar a mi casa preguntando por mi Luchito.

—Según me contó una amiga de Arequipa, Diana tiene planes de venir a Lima. No se da por vencida —añadió Ada.

Mi oreja prestó atención a ese nombre: Diana. Sentí una pequeña espina en mi corazón.

Luis me había comentado que había tenido dos novias. Según alegó, la relación con estas chicas no había funcionado porque, muy en el fondo, siempre había estado enamorado de mí, así que sus relaciones no daban más de sí. No obstante, había obviado comentar que una de estas señoritas había estado acosándolo por teléfono. ¡Muy conveniente!

—Dios, ¡cómo cambian los tiempos! En mi época eran los chicos los que buscaban a las mujeres —señaló mi madre.

—Este muchacho ha crecido y se ha convertido en todo un rompecorazones, Lorena. Las chicas lo buscan. ¡Cómo lo corretean en el barrio, si tú vieras! Felizmente que tú solo tienes una hija. Yo, en cambio, tengo que lidiar con Luchito y las chicas estas. Solo espero que cuando mi Memo crezca no siga el ejemplo de su hermano.

¿Mi novio era un rompecorazones? ¿Acaso era un Don Juan? ¡Ay, Dios!

Tenía ganas de salir corriendo de allí, llamarlo por teléfono e increparle lo que sucedía. Pero,

tenía que mantener mi farsa: seguir ahí, escuchando y aguantando las quejas de la madre de Luis sobre su comportamiento con las chicas.

Luego el tema cambió de rumbo: las Villarreal nos invitaban a mi mamá y a mí a pasar la tarde en su casa. Muy educada, me excusé y señalé que tenía otras cosas que hacer.

No quería cruzarme con Luis en ese instante. No vi oportuno encontrarlo. Mi rostro de celos y de molestia, por lo que acababa de enterarme, sería muy evidente. No podría fingir ante mi madre y la familia de él que nada me estaba pasando.

Pero, mi madre, como siempre, metió su cuchara. Alegó que era sábado y que yo no tenía deberes que hacer.

Como no tuve más excusas que dar, me vi obligada a ir a la casa de los Villarreal.



Después de salir de terminar de almorzar y de abandonar el centro comercial, tomamos un taxi para que nos llevara a la casa de Ada. El vehículo nos dejó frente a la vivienda de dos pisos que yo había visitado semanas antes. Sin embargo, luego de descender del coche, observé algo que de inmediato llamó mi atención.

En la acera había una jovencita de aproximadamente diecisiete o dieciocho años. Era muy bonita, con un pelo negro ondulado precioso y unos ojos saltones muy peculiares. Vestía un *leggin* negro y una ancha blusa amarilla muy moderna, que hacía juego con su aporcelanada piel. Si la comparaba con mi acostumbrado atuendo, una chaqueta negra con un pantalón buzo azul, me sentí un cero a la izquierda a su lado.

¿Quién sería esa chica? ¿A quién estaría esperando o buscando? ¿Sería una de las jovencitas de las cuales la señora Villarreal se quejaba, que buscaban a Luis? ¿O sería una vecina del barrio, que se olvidó la llave de su casa y esperaba a que llegase algún vecino para que la hiciese pasar a su casa? Albergué dentro de mí la esperanza de que fuera esto último.

Pero, cuando Ada mencionó su nombre, me di cuenta de lo que estaba realmente ocurriendo:

—Diana, ¿qué haces aquí?

❁ Capítulo 9 ❁

Diana se dirigió hacia donde estaba Ada. Le dio un beso en la mejilla y la abrazó.

—Hola, Adita.

—Hola —dijo mi amiga con un gesto de sorpresa.

Detrás de ellas, estábamos mi madre, Blanca y yo. La madre de Ada hizo un gesto de desgano. Era evidente que no le hacía mucha gracia encontrar a la chica ahí.

—Buenas tardes, jovencita —habló en voz alta la señora.

—Buenas... —señaló Diana casi arrastrando las palabras. Era como si tuvieran que arrancarle el saludo a regañadientes.

—¿Sabes tus padres que has venido a Lima? —preguntó Ada.

—Sí, me estoy alojando en casa de unos tíos.

—¿Qué haces aquí, jovencita? —la interrumpió la señora Villarreal, hablando de mala gana.

—Vine para hablar con Lucho. Lo estuve llamando a su celular desde hace días, pero parece que ha cambiado de número. Y como nunca contesta cuando lo llamo a su casa...

—Mi hermano no para en casa últimamente, pero si deseas, puedes esperarlo adentro.

—Gracias.

—¿Pasamos todas a la sala, por favor? —dijo Ada, quien ya había abierto la puerta de su casa. Con un gesto con la mano nos invitó a entrar.



Ya en la sala, mamá y yo estábamos sentadas en el sofá de dos cojines. Diana estaba sentada al frente de nosotras. Ada se fue a tomar un duchazo y a cambiarse. La mamá de Luis se fue a la cocina a preparar unos aperitivos para nosotras.

Diana miraba al suelo y a las paredes de la habitación con un gesto de nerviosismo. Estrujaba sus dedos una y otra vez. No paraba de cambiar de posición de sus piernas. De cuando en cuando asomaba la vista a la ventana de la sala que daba a la calle, supuse que estaba esperando a que llegara Luis. Y estaba en lo cierto, porque yo también esperaba a que él regresara, para ver su reacción cuando la viera.

En una de esas ocasiones, en que la contemplé viendo la ventana, ella volteó a observarme. Y no reaccionó de buen modo. Me dio una mirada fulminante como diciéndome «¿Qué me estás viendo?». ¿Era eso o había intuido que yo también esperaba impaciente a que viniera Luis?

—¿Sabes dónde queda el baño? —habló mi madre.

—Sí, aquí a la derecha. Al fondo —le indiqué.

Mamá se fue de la habitación y ahí se dio la situación se puso más tensa. Diana y yo estábamos solas.

Sería la intuición femenina que nunca fallaba en este tipo de situaciones —y más cuando se trataba de una rival de amores— que ahí me fijé que Diana no me quitaba la vista de encima. Me

observaba con mucha suspicacia. Era comprensible, porque yo hacía lo mismo con ella.

—¿Eres amiga de la familia? —me preguntó.

—Sí.

—Supongo que los conoces antes de que se mudaran a Arequipa.

—Así es. —Asentí con la cabeza.

—Los padres de Lucho y los míos son amigos, porque mi papá y el de él trabajaban juntos en la base militar de La Joya, en Arequipa. Los conozco desde hace varios años.

—¡Qué bien!

La verdad era que me sentía muy incómoda con su conversación. En situaciones como estas, la locuacidad no era una de mis virtudes. Así que, hice lo que siempre hacía en ocasiones así: responder con simples monosílabos.

—Yo también soy amiga de la familia —señaló. Luego empezó a rizar su cabello con su mano derecha y me observó con una cara desafiante—. Aunque, claro, con el tiempo que tengo de novia con Lucho, tres años, se puede decir que soy *casi de la familia* —indicó.

Soltó una sonrisa hipócrita y de satisfacción.

Al escuchar lo último que afirmó, «Con el tiempo que tengo de novia de Luis», tuve la sensación de que una punzada atravesaba el corazón. Sentí que mi garganta la tenía seca. Creí que mi corazón se quería salir de mi pecho, por la tristeza que me provocaba enterarme de aquella noticia.

Quise gritar, llorar, decirle «¡Es mentira! ¡Yo soy la novia de Luis y no tú!».

¡Dios mío! ¿Por qué Luis me había engañado? ¿Por qué él no se había sincerado conmigo y me había dicho que había dejado a una novia en Arequipa?

En tan estado de *shock* me encontraba, que cogí rápidamente el vaso de jugo de naranja que Blanca nos había invitado, el cual estaba sobre la mesa de la sala. Ansié percibir algo líquido en mi garganta, que me hiciera pasar esta mala noticia.

Pero, como lo que acababa de enterarme era tan doloroso, cogí de manera torpe el vaso y lo hice caer al suelo. Se rompió en mil pedazos, tal y como mi corazón se encontraba en ese instante.

—Uuups —dijo ella sonriendo muy maliciosa.

El ruido del vaso rompiéndose debió de escucharse en toda la casa, que la señora Villarreal salió de la cocina y entró a la sala para ver qué sucedía.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Lo... lo siento —agregué, muy avergonzada.

—Huy, suegrita. Parece que la amiga de la familia es muy torpe. —Se tapó la boca con una mano, conteniéndose la risa.

Me observaba muy burlona. Quise levantarme de mi asiento y estrujarla contra la pared.

—¡Cállate, jovencita! No seas impertinente y no la llames así a Margarita. Más respeto hacia mi invitada.

—Perdón —dijo la chica en un tono que me resultó tan falso.

—Y mucho menos me llames «suegrita», que entre tú y mi hijo no hay nada hace tiempo.

¿Que no había nada entre ellos hace tiempo? Sin saberlo, Blanca dijo unas palabras que dieron mucha esperanza a mi sufrido corazón.

—¿Eso les ha contado Lucho? —insistió Diana volteando el rostro hacia la señora.

—Sí.

—¡Ay, Dios! Este chico siempre soltando cuentos chinos a su mamá. ¿Cuándo cambiará? —acotó mientras cruzaba las piernas y volvía a mirar a la ventana de la calle, por enésima vez.

—¡Mi Luchito no me cuenta ningún cuento chino! Siempre creeré la versión de mi hijo respecto a lo que pase entre ustedes dos. Así que, compórtate, si no quieres que me arrepienta de haberte dejado entrar a mi casa. —Levantó la voz.

La señora estaba muy enojada. Nunca, ni aun cuando se había enterado de que Ada le había mentado en su adolescencia —para salir muy tarde o con otros chicos que no eran de su aprobación— la había visto así.

—Perdóname, Margarita.

—Discúlpeme, usted, por mi torpeza.

—No es nada.

Diana seguía observando por la ventana esperando a que llegara Luis. Su comportamiento dejaba mucho que desear, ya que, era evidente que ignoraba a la señora, quien, más que bien, si de verdad era su «suegrita», se merecía un mejor trato de su parte.

Decidí hablar para aliviar la tensión en el ambiente. Le pedí a Blanca limpiar el estropicio que había ocasionado por mi nerviosismo. Me informó que, en el patio, al lado de la cocina, estaban la escoba y el recogedor para la limpieza.

Cuando salí me encontré a un viejo conocido. The Notorius B.I.G. estaba echado en el suelo, con la cabeza pegada al suelo al igual que todo su cuerpo. Parecía que estaba muy aburrido. Pero, con solo verme, su estado de ánimo cambió. No dejó de mover su cola y saltar juguetonamente hacia donde estaba. Se acordaba de mí, a pesar de no haberlo visto hacía varias semanas atrás. Y en todo este tiempo había crecido mucho. Se lo veía muy gordito y más saludable que nunca.

—Hola, amiguito.

Como lo vi muy ávido de jugar conmigo, lo cogí en mis brazos y lo abracé muy cariñosa. El perrito quiso lamarme el rostro y debí tener cuidado para que no me besara. Lo esquivé, moviendo mi mejilla hacia un lado para que no lo hiciera.

Luego de eso, lo bajé al suelo para que anduviera a sus anchas. No obstante, cogió una pequeña pelota de plástico que había en el piso y me la puso muy cerca a mis pies, un indicativo de que quería jugar conmigo.

Tomé la pelota y se la lancé. El cachorro, muy obediente, me la trajo. Pero, después de que se la tiré por segunda vez, no me la devolvió. Un ruido dentro de la casa captó su atención, provocando que entrara rápido a la sala.

Fui tras la pelota que había lanzado y que había caído sobre el jardín, para guardarla en un pequeño anaquel de madera que era el depósito de los juguetes del cachorro. Pero, cuando estaba caminando con cuidado —para no pisar a las margaritas y otras flores que adornaban aquel—, algo escrito sobre el gran pino que adornaba el centro del jardín llamó mi atención.

Sobre el tronco del árbol se podía observar que alguien había dibujado sobre aquel un gran corazón. Cuando me acerqué mejor para contemplarlo, me fijé que alguien había escrito dos letras: ¡las iniciales «L y D»!

¿L y D? ¡Las iniciales de Luis y de Diana! ¡Dios mío!

Entonces, ¿lo que decía aquella chica era verdad? ¡Ella aún era la novia de Luis! ¡Y era este el que había estado engañándole a sus padres al decirles que había terminado con ella! Lo peor de todo, ¡también me había mentado!

Con el corazón de nuevo saliéndose de mi pecho, por la verdad que acababa de descubrir, salí del patio con la escoba y el recogedor con dirección a la sala para limpiar lo que había derramado.

Tuve que hacer un gran esfuerzo porque las lágrimas no me traicionaran. Si mi madre o alguna

de las Villarreal me observaban, me preguntarían el porqué lloraba. ¡Yo no podía delatarme! No ahora. Menos frente a esa chica, Diana, quien no se cansaba de observarme con suspicacia y diversión a la vez.

Al llegar a la sala, el escenario que vi ante mí fue tan impactante: Luis acababa de llegar, estaba sentado al lado de Diana y conversando con ella. Esta lo cogía del brazo muy cariñosa y apoyaba su cabeza en su hombro, aunque él no hacía lo propio con ella.

The Notorius B.I.G. movía muy cariñoso la cola para saludar a su dueño. Su madre ya no se encontraba en la sala; pero, la mía estaba muy cómoda sentada en otro de los sillones.

Cuando Luis me observó llegar, pude percatarme de que le incomodó mi presencia en esa habitación. Sus ojos se pusieron como un plato y, de manera rápida, me esquivó la mirada hacia otro lado.

En ese instante sentí que mi corazón, el cual se contenía por no salirse del pecho y romperse en mil pedazos, finalmente, se quebró; de forma imaginaria derramó al suelo la sangre que bombeaba, tal y como el zumo de naranja que yo había desparramado antes.

¿Por qué Luis reaccionaba así al observarme? ¿Era porque se había visto descubierto? ¿Porque me había dado cuenta de que todo lo que me había dicho era mentira y que nunca me quiso como yo creía?

De solo pensar en que todos mis temores eran ciertos, quería desfallecer. Me habían defraudado en el amor dos veces en menos de un año.

¿Por qué tenían que pasarme todas estas cosas a mí? ¿POR QUÉ?

❁ Capítulo 10 ❁

—¿Conoces a Luchito? ¿El hermano menor de Ada? —dijo mi madre.

¿Que si lo conocía? ¡Claro que lo conocía! Y bastante bien para mi mala suerte...

Tuve que hacer un gran esfuerzo por no emitir un gran grito ahogado, que pugnaba por escapar de mi pecho.

¡Dios mío! ¡Cuánto dolor cabía dentro de mí! Y lo peor de todo, tenía que aparentar que todo estaba bien frente a mi madre, frente a Diana y frente a Luis.

—Sí, mamá —contesté—. Olvidas que fue gracias a él que me reencontré con los Villarreal.

—Verdad. ¡Qué volada que soy! —indicó dándose un pequeño golpe a la cabeza con su mano derecha—. Si nos lo contaste cuando estábamos en el centro comercial. A esta edad ya no recuerdo muchas cosas.

—Suele pasar cuando ya se tiene *cierta edad* —dijo Diana observándome directamente a los ojos, con esa mirada que empezaba a odiar.

¿Acaso era una indirecta hacia mí?

—Hola de nuevo —mencionó Luis.

¡Su saludo me sonó tan falso!

—Mucho gusto —manifesté, siguiendo con esa farsa y mirándolo a los ojos.

Creí que me iba a desviar la mirada como antes, pero no lo hizo. Él también me observó de manera fija y con mucha pena. Parecía que, con eso, quería decirme algo.

¿Acaso eran sus disculpas hacia mí? ¿Alguna excusa burda para justificar su mentira, al no sincerarse conmigo y decirme que no había terminado su relación con esta señorita tan antipática? ¡Quién sabe! El asunto era que, en estos momentos, no había excusa que valiera. La verdad era tan clara y obvia ante mí, que no había nada más que decir entre nosotros.

—Bueno, voy a ver en qué puedo ayudar a Blanca en la cocina —indicó mamá mientras se levantaba del sofá y se iba de la sala, sacándome de mis pensamientos y aliviando en algo la tensión que me carcomía.

—Señora, no se preocupe —observó Luis—. A mi mamá le encanta hacer de anfitriona.

—¡Bah! Me aburro al estar sentada aquí, sin hacer nada.

—Pero...

—No te preocupes, jovencito —lo interrumpió mi madre—. Aparte de que... estoy aburrida. Tengo un montón de cosas que hablar con Blanca. Hace años que no la veo. Y ustedes son jóvenes —señaló observándonos a Luis, a su novia y a mí—. Pueden quedarse aquí conversando sobre otros temas.

Luego de decir esto eso, mamá se dirigió a la cocina. Y de nuevo, los tres en discordia, estábamos ahí solos: Luis, Diana y yo.

Queriendo hacer cualquier cosa que me aliviara la incomodidad que experimentaba en esos momentos, recordé el porqué tenía la escoba en una mano y el recogedor en la otra.

—Bueno, si me permiten, voy a limpiar lo que ensucié hace un rato.

—¿Cómo se te ocurre? —indicó Luis levantándose de su asiento y dirigiéndose hacia mí—. Yo lo haré por ti.

—Lucho, ella fue quien derramó el jugo en el suelo. Déjala que lo haga.

¡Tan entrometida como siempre! Empezaba a odiarla.

—No te preocupes. Yo lo ensucié y yo lo limpiaré —acoté.

—Eres nuestra invitada —insistió Luis, poniendo su mano derecha sobre la mía para quitarme el recogedor que tenía.

—Pero... —señalé al mismo tiempo que alejaba mi mano del contacto con la suya.

Mi orgullo herido me impedía, siquiera, tener algún contacto físico con él. No podía. ¡No quería hacerlo nunca más!

—Insisto, yo limpiaré por ti.

No debía olvidar que él y yo no estábamos solos. Si lo hubiéramos estado, no hubiera dudado ni un segundo en darle una cachetada, voltear el rostro y salir llorando de ahí. Pero, como no era plan de discutir sobre este asunto delante de Diana, ahí, al lado de nosotros —quien comenzaría a hacerse preguntas del porqué de nuestro extraño comportamiento y, con ello, a sospechar más de lo que de verdad estaba ocurriendo— decidí ceder ante su la petición. De este modo, le entregué la escoba y el recogedor para que limpiara el estropicio.

—Disculpen, me retiro al baño —dije yéndome del salón, dejando a la «feliz» parejita en ella.



Ya en el baño, me miré frente al espejo. Mi rostro estaba de verdad desencajado.

Abrí el caño del agua para que la hiciera correr y el ruido del líquido cayendo se confundiera con mis lamentos tenues, pero lo suficientemente ruidosos como para llamar la atención de cualquiera.

No podía llorar del modo en el que yo quería. ¡Porque quería chillar, gritar, maldecir, insultar! En definitiva, ¡soltar todo esto que me carcomía por dentro! Pero no podía hacerlo de tal manera que captara la atención de los demás.

Poco a poco, el dolor que sentía dentro fluyó por todo mi cuerpo. Percibí que mi corazón quería salir de mi pecho, ya que me dolía demasiado, como si alguien me atravesase con una espada, desde dentro hacia afuera de mí.

Me observé en el espejo. Ahí estaba yo, con mis veintiocho años, con los ojos rojos, llenos de tristeza, de frustración, de desgano pero, sobre todo, de decepción. Las mejillas estaban más rosas que nunca e hinchadas por el dolor.

Cuando ya no pude más, exploté por completo y di mi batalla de no llorar por vencida. Debía dejar que el dolor saliera del todo. Abrí mi boca lanzando un grito mudo como silencioso testigo de la desesperación que me agobiaba.

Luego de un momento, en el que ya no había más lágrimas que soltar, me aprecié de nuevo frente al espejo. Mis ojos rojos me ardían de tanto llorar, por lo que tuve que enjuagármelos con el agua para que este disipara el dolor.

Transcurridos varios minutos, ya estaba lista para salir y enfrentar la situación. Como si nada malo pasara y seguir con la farsa delante de Luis y de su novia...



Cuando salí del baño, en ese momento me encontré con Ada. Estaba bajando de la escalera, que daba a los dormitorios del segundo piso. Había terminado de bañarse y de cambiarse. Se la veía muy hermosa con el pelo amarrado con un moño y un vestido floreado, que hacía juego con la estación de la primavera.

Por un segundo, verla me alegró mucho. No quería sentirme tan sola ante esta delicada situación.

—¿Todo bien? —preguntó mi amiga observándome fijamente.

¿Se habría dado cuenta de lo que me ocurría? De ser así no quería verme aún descubierta. Inventé cualquier excusa para que no me invadiera con preguntas.

—¿Podemos hablar? Si quieres vamos a mi cuarto para conversar con más privacidad.

Ya en su dormitorio, le inventé una excusa de lo más burda: le dije que el ver a Luis con Diana me había traído recuerdos de mi relación con César, de cuando ambos nos conocimos a esa edad (dieciocho años) y comenzamos a salir.

—¿Aún sientes algo por ese imbécil?

—Pensé que ya estaba superado, pero me he dado cuenta de que no. Es por eso que...

—Bah. ¡No tienes que justificarte!

—¿Cómo?

—No te conozco por gusto desde hace más de quince años. ¿Te acuerdas cómo comenzamos a ser mejores amigas?

Hice memoria. Al recordar, no pude menos que sonreír al darme cuenta de que Ada estaba en lo cierto.



Ella y yo nos habíamos conocido en el primer año de secundaria.

Todos los estudiantes de cada sección del primer año habíamos sido asignados, por medio de un sorteo, en una nueva aula. Esto había provocado que muchos dejáramos de compartir asiento con nuestros amigos de la primaria. Y entre aquellos me incluía yo.

A los doce años yo era una niña muy tímida y callada, me costaba mucho socializar y hablar con gente extraña. Por esto que, aparte de mi mejor amiga —Eva— no tenía otros amigos en el último año de estudios de la primaria.

El primer día de clases en la secundaria, en el patio de la escuela, divisé por todos lados si se encontraba a Eva para sentarme junto a ella en la nueva aula que nos tocase. No la había visto en todo el verano porque mi amiga había pasado sus vacaciones en otra ciudad, en casa de sus abuelos. Cuando nos saludamos por Navidad y, antes de que ella viajase, quedamos en encontrarnos en la entrada de la escuela el primer día de clases en marzo.

Pero, cuando llegó el tan esperado día, esperé en vano en la puerta del colegio. No había mayor rastro de mi amiga. Esto me entristeció mucho. Sin embargo, cuando tocó el timbre de comienzo de las clases, aún guardaba la leve esperanza de que llegase tarde y la viera luego en la segunda hora.

No obstante, cuando un profesor comenzó a leer los nombres de los estudiantes asignados para las secciones del primer año, me di con la ingrata sorpresa de que nadie la llamaba. Ningún maestro dijo el nombre de Eva Maguiña. ¡Yo estaba completamente sola en la secundaria!

Cuando me enteré de que me habían asignado a la sección «A» y no había mayores rastros de ella, me sentí muy sola. Y así la pasé los primeros días.

En una de esas ocasiones, en las que en el descanso veía que todos mis compañeros socializaban, mientras que yo estaba sola en un rincón del salón, sin nadie con quién conversar, me sentí más aislada que nunca. Con ese sentimiento de soledad embargándome, creí que iba a llorar. Como no quería que nadie me viese así, me dirigí al baño para desahogarme.

Luego de llorar, cuando me estaba limpiando la cara en los lavamanos, una niña me habló:

—¿Te ocurre algo?

La chica tenía el pelo ondulado, castaño claro, con dos coletas. La había visto sentada en las primeras filas de carpeta de mi clase, levantando la mano cada vez que algún profesor hacía una pregunta al resto de mis compañeros. Era la típica estudiosa y sabihonda que no faltaba en cada grupo.

—No me pasa nada —le dije, volteando mi rostro hacia otro lado.

Se acercó más a mí, a pesar de que yo le había dado la espalda. Se me quedó observando. Sus grandes ojos marrones, vivaces y traviosos, me miraban con insistencia. ¡Qué pesada!

—A mí no me engañas. Has estado llorando.

—Y de ser así, ¿qué te importa?

—Huy, ¡qué genio! —soltó con un gran gesto de ironía, poniendo el brazo derecho en ademán de defensa hacia mí. ¡Qué mal me caía!

—No te metas en mis asuntos, ¿quieres?

Y al decir esto, salí corriendo del baño con dirección a mi aula.

Ese mismo día, en la siguiente hora, en Historia, el profesor mandó a hacer un trabajo grupal sobre las teorías de los primeros hombres americanos. Nos indicó que nos agrupáramos como mejor quisiéramos en grupos de tres o cuatro. Luego, debíamos discutir sobre qué teoría nos convenía mejor sobre el poblamiento de América: la teoría autóctona, que era apoyada por Florentino Ameghino —la cual, a pesar de que me causaba mucha ilusión, al investigar mejor sobre el tema, me di con la sorpresa de que era una teoría sin base—; la teoría asiática, sustentada por Alex Hrdlicka y, finalmente, la teoría oceánica, apoyada por el francés Paul Rivet. Con las conclusiones de nuestras discusiones y, con base en lo dictado por el profesor y lo escrito en el libro de Historia 1, debíamos entregar un pequeño informe de dos hojas al finalizar la clase, con los nombres escritos de cada integrante del grupo.

Cuando mis compañeros comenzaron a reunirse para discutir acerca de lo asignado por el maestro, no supe a quién pedirle que hiciera el trabajo conmigo. Observé en silencio cómo todos juntaban sus carpetas y charlaban muy relajados sobre la tarea dejada. Me sentí muy aislada.

De pronto, alguien tocó mi hombro por detrás. Cuando volteé para ver quién era, me di con la sorpresa que era la niña del baño.

—Oye tú, llorona, ¿no tienes grupo de trabajo?

La quedé mirando. ¡Qué pesada! ¿Me estaba llamando llorona delante de todos? ¿Qué confianza eran esas?

—Me llamo Margarita, no llorona —dije con indiferencia, pero ya no tan enojada como en el baño.

—Eso está mucho mejor, ahora ya eres más amable —señaló con una sonrisa—. Bueno, Margarita, yo me llamo Ada. Mucho gusto —agregó brindándome la mano.

Le devolví el gesto. Después de todo, no era tan mala conmigo, así que no tenía por qué ser tan arisca con ella.

—Y dime, ¿no te gustaría unirse a nosotras? —indicó con un gesto de cabeza en dirección a un grupo de dos niñas sentadas metros más allá, a la izquierda—. Nos falta un integrante más y

contigo seríamos cuatro.

Me seguía sonriendo amablemente. De verdad, era muy difícil decirle «no» a su gesto. Además, me sentía muy contenta de que alguien se fijara en mí y me pidiera unirme a su grupo. El sentimiento de aislamiento que había experimentado antes había desaparecido en su totalidad.

—Está bien.

A partir de ese día, Ada y yo nos hicimos más unidas. Andábamos en la escuela y regresábamos juntas a nuestras casas, luego de clases, porque aquellas quedaban cerca. Ella, para entonces, vivía en un pequeño departamento con sus padres en la Calle Principal. Mi casa estaba cinco cuadras más allá.

Un día, en que me invitó a almorzar a su casa, luego de las clases, acepté. Por primera vez conocería a su familia. Y en esa tarde fue que conocí a quien sería el causante actual de todos mis problemas y de mis lágrimas de hacía pocos minutos: Luis.

Para entonces él era sólo un pequeño niño de dos años, muy lindo. Tenía unos hermosos rizos rubios, los ojos marrones claros muy grandes, muy parecidos a los de Ada en su forma y picardía. A su vez, no dejaba de hacer travesuras y de causar más de un destrozo en la casa.

En esa ocasión, luego del almuerzo, en el que Ada y yo estábamos conversando en su cuarto, entró Luis. Pero, lo más gracioso fue que tenía una pequeña muñeca en ambas manos, la cual estaba decapitada. La cabeza del juguete lo tenía en una mano y el cuerpo mutilado en la otra. ¡Vaya destrozo!

—Oh, no —gritó Ada al darse cuenta—. ¡Devuélveme mi muñeca! —chilló al mismo tiempo que se dirigía donde su hermanito en su afán de recuperar su juguete.

Él se negaba a devolvérsela.

—¡Nooo! —gritaba el niño, agachándose y escondiendo el juguete con sus piernas, para dejarlo fuera del alcance de mi amiga.

—Le voy a decir a mi mamá. ¡Ya me tienes harta de que me rompas todas mis muñecas! ¡Devuélvemela!

—Es *miya* —dijo escondiendo con todas sus fuerzas el juguete en el bolsillo grande que tenía en su overol azul.

¡Qué espectáculo!

Tuve que contener las risas porque era evidente que Ada no la estaba pasando nada bien. Así que decidí intervenir. Me levanté de la cama y me dirigí donde estaban los dos hermanos peleando.

—Oye, pequeñín —dije con mi mejor voz de convencimiento, agachada y apoyada en mis rodillas, a la altura de Luis para lograr captar su atención.

Volteó a observarme. Sus hermosos ojos claros desprendían una mayor vivacidad y picardía que los de mi amiga. Logré mi objetivo.

En su descuido, Ada le arrebató la muñeca decapitada a su hermanito y la colocó en un estante alto, fuera de su alcance.

—¡¡¡Es *miya*! ¡¡¡Es *miya*!!! —chilló levantando sus brazos y tratando de obtener en vano a la muñeca.

—Oye, pequeñín —volví a decir.

Pero ahora, Luis no me hacía el mayor caso. Estaba llorando a todo pulmón.

Con el corazón hecho pedazos ante sus lágrimas, decidí preguntarle a Ada si no tenía algún otro juguete con el que su hermano pudiera entretenerse.

—Claro que los tiene. Varios peluches y otros muñecos grandes, pero tiene una obsesión con

decapitar juguetes, en especial, a mis muñecas. ¡Ya no lo aguanto! Desde que ha nacido me ha roto todas las muñecas que tenía.

En ese instante, entró la mamá de Ada al dormitorio para ver qué estaba ocurriendo. Los gritos del pequeño la habían alertado.

Luego de que la señora Villarreal regañara a mi amiga por no ser comprensiva con Luis y no ser una buena hermana mayor al permitirle jugar con sus muñecas, ella se desahogó conmigo. Estaba muy cansada de tener que ceder ante sus padres y permitir que el pequeño destrozara todos sus juguetes, los cuales, a pesar de que ya no los usaba para un fin lúdico, quería conservarlos como recuerdo. Sin embargo, tal y como iba la situación, en poco tiempo no quedaría ni un solo juguete suyo en pie.

Pasé el resto de la tarde y los días siguientes pensando en qué solución encontrar ante el dilema de mi amiga. Hasta que un domingo, en el que visité a la familia paterna de mi padre, se comentó una vieja anécdota familiar sobre mis primos hermanos, Carlos y Josefina.

Al igual que Ada y Luis, Josefina era mayor que Carlos por varios años. Para entonces, mi primo era mayor que yo por dos años y Josefina tenía veinte. Al igual que aquellos, mi primo le había destrozado varios juguetes a su hermana cuando era un nene. Pero, todo se solucionó cuando los padres de ambos se dieron cuenta de que no estaban comprándole los juguetes adecuados al pequeño Carlos. Todo lo contrario, puros peluches y juguetes de *Playgo* no satisfacían su curiosidad infantil. Por este motivo, el niño debía distraerse con otros juguetes que tenía a la vista, los de su hermana, los cuales comenzaba a destrozarse, ya que él no los cuidaba del mismo modo en el que mi prima sí lo hacía.

Al darse cuenta del problema que estaba ocurriendo, el padre de Carlos, mi tío Valentín, decidió comprarle a su hijo juguetes más de hombrecitos, como coches, soldaditos y demás. De esa forma, acabaron los destrozos de Carlos hacia los juguetes de su hermana.

Cuando terminaron de contar sus anécdotas, en las que Josefina se quejaba de que, por culpa de su hermano, todas sus *Barbies* estuvieron a punto de morir, mi primo no hizo más que soltar una gran carcajada.

Al contarle a Carlos lo que ocurría con Ada y su hermano, él me dijo que lo más probable era que el pequeño Luis tuviera juguetes que no captaran su atención y se aburriría; lo mismo que él hacía años. Me indicó que lo más recomendable era que el niño tuviese juguetes ya más típicos de su edad y más masculinos, no solo peluches, sino pequeños carros o robots con luces multicolores o con música. ¡Fue así que encontré una solución a los problemas de mi amiga!

Una tarde en la que fui a la casa de Ada a hacer la tarea juntas, llevaba en mi mochila un pequeño regalo para Luis.

De camino a su casa, había pasado por un mercado y con mis ahorros había comprado un pequeño carro rojo con luces amarillas, el cual me pareció muy bonito para su hermanito. Si lograba captar la atención de Luis con el juguete, dejaría en paz a las muñecas de mi amiga.

Y así fue.

Cuando le entregué el carrito al niño, este abrió sus vivaces rojos y se llenaron de una alegría indescriptible. Soltó una gran sonrisa y me dio un gran abrazo a modo de agradecimiento. ¡Qué bien me sentí con eso!

Antes, en las fiestas de cumpleaños de otros niños, me había tocado entregar los regalos que mi madre había comprado para ellos. Sin embargo, esta era la primera vez que yo compraba y obsequiaba algo con mi propio dinero. No me importaba invertirlo en algo que no fuera para mí. Si con eso podía lograr el efecto que la gran sonrisa del pequeño Luis producía en mí, el resto no

me importaba.

Demás no está decir que, toda esa tarde, él no se despegó del juguete que le obsequié. Y era muy curioso escucharlo hacer sonidos de motores de coches mientras cogía al pequeño carro y lo hacía andar en el suelo de su casa.

Los padres de mi amiga, a partir de ese día, se dieron cuenta de que su hijo ya había crecido, lo suficiente como para interesarse en otro tipo de juguetes que no fueran peluches; le dieron otros muy distintos a los que había tenido hasta ahora. De este modo, se podría decir que las muñecas de Ada estaban salvadas, por fin, y con ello, la tranquilidad para ella.



Luego de recordar todo aquello, mientras Ada y yo conversábamos, no pude menos que soltar un suspiro de nostalgia.

Había conocido a Luis desde que recién empezaba a caminar. La satisfacción que me causó en ese instante, cuando vi su carita de felicidad al obsequiarle ese juguete, era muy distante de las lágrimas que me estaba causando él ahora. ¡Qué irónico!

Cuando ambas bajamos a la sala para unirnos a la charla de nuestras madres, Luis y su novia ya no se encontraban ahí.

—Dicen que tienen mucho de qué hablar. Y necesitan *privacidad* —relató haciendo una mueca de molestia Blanca.

—Déjalos, mamá. No se ven desde hace tiempo ¿no?

—Sí, pero...

—¡Vamos, mamá! Lucho ya no es un niño.

—Para mí siempre será mi Luchito.

—Te guste o no, mi hermano ya es mayor de edad. Y es todo un hombre. Por esto mismo, no es indiferente para muchas mujeres que él ya creció.

¡Cuánta razón tienes, Ada! ¡Cuánta razón!

—Y entre esas mujeres está la niña esta. ¡Dios santo! ¿Quién lo hubiera imaginado que viajaría hasta aquí solo por mi Luchito? En mi época los hombres buscaban a las mujeres...

—En fin... Dejemos de hablar de la vida amorosa de mi hermano, que terminaremos aburriendo a nuestras invitadas.

—No es molestia —agregué luego de darle un mordisco al dulce de mazamorra que la señora Villarreal me había invitado.

Y hablaba con la verdad. Me interesaba saber más de lo que realmente ocurría entre Luis y Diana.

—¡Bah! Hablemos de cosas más interesantes, Maggi. ¿Cómo has estado en estas semanas que no te he visto, ingrata? —mencionó Ada.



Después de pasar la velada y no saber más de Luis —ya que él no regresó a su casa hasta la hora que mi madre y yo estuvimos allá— me fui a mi departamento a pasar sola el resto de lo que quedaba de ese sábado.

Mamá insistió en quería acompañarme porque me había visto muy seria durante nuestra tarde con las Villarreal. Ella lo achacaba en que yo no asimilaba la noticia que me había dado por teléfono días antes (de que mi exmarido, César, iba a ir con su nueva novia a la boda de Paula).

Pero, inventé cualquier justificación para librarme de ella. Lo que menos quería era otra charla sobre lo decepcionada que se sentía respecto a su exyerno favorito.

Ya en mi casa, me dispuse a prepararme cualquier cosa para saciar el hambre que comenzaba a inquietarme. Cuando me encontraba en la cocina para ver qué cocinar, observé que el reloj marcaba las diez de la noche. ¡Perfecto! Un sábado por la noche, en mi casa, aburrida y, lo peor de todo, más triste y sola que nunca...

Me había acostumbrado a recibir las visitas diarias de Luis en la noche, en la que ambos departábamos un buen rato juntos, conversando sobre diversas cosas, mientras comíamos o veíamos alguna película. Si no era eso, gustábamos de escuchar música en la radio. Y, si había alguna canción romántica que me gustase, él no se cortaba ni un pelo y se ponía a cantarla para mi deleite personal. ¡Cuánto echaba de menos todo aquello!

Y ahora estaba ahí yo, en la sala de mi departamento, con pijama, comiendo *pop corn* y un jugo de durazno, mientras hacía *zapping* en la televisión y buscaba alguna buena película para entretenerme. Solo Napoleón, mi fiel perro, quien estaba sentado a mi lado en el suelo, durmiendo plácidamente, era mi única compañía en la soledad y tristeza que me embargaban aquella noche.

Debía hacerme a la idea de que Luis me había engañado, que el sentimiento de amor que él me había declarado era más falso que las siliconas de Pamela Anderson, la cual aparecía en la televisión, corriendo en la playa, en la enésima emisión de un programa de *Baywatch* en un programa de cable.

Debía asimilar que Luis y esa jovencita, Diana —cuyo nombre desde ese instante empezó a parecerme el más horrible de todos los nombres femeninos en la faz de la Tierra— eran novios desde hacía tres años, como ella bien me lo había hecho saber. Y yo era la tercera en discordia; la tonta que, a pesar de tener veintiocho años y «más experiencia» que Luis en temas amorosos, había caído redondita ante su declaración el día que nos reencontramos, tal y cual como una colegiala a la que le confesaran su primer amor. ¡Qué inocente y estúpida había sido!

La soledad del ambiente, el sentimiento de echar de menos a Luis y saberme engañada por él, hicieron un duro estremecimiento en mi corazón. Pronto, las lágrimas comenzaron a caer por mis mejillas.

Como nada que pasaban en la televisión me distraía ante los sentimientos tan negativos que me invadían, por fin algo capturó mi interés.

En el canal Warner Channel estaban pasando una película que había visto tantas veces con anterioridad, *El Diario de Bridget Jones*. La protagonista, como yo, se encontraba sola en su sala, viendo televisión y escuchando su contestadora telefónica:

«*Nadie se acuerda de usted. No tiene ni un solo mensaje*», oía la mujer decir a la máquina esa.

¿Yo era como Bridget Jones?

Ni bien llegar a casa, había revisado como veinte veces mi celular para fijarme si tenía algún mensaje, de voz o de texto de Luis. Aunque sea, para sincerarse conmigo y pedirme disculpas por lo sucedido, ¡pero nada!

El buzón de mensajes y de textos de mi teléfono me mostraba, cruelmente, en mi vigésima primera revisión de aquel, que no tenía ni un bendito mensaje de mi ahora exnovio.

¡Cielo santo! ¿Tan rápido se había olvidado de mí? ¿Tan rápido me había borrado de su corazón con la simple llegada de esa jovencita? ¿Tan mentiroso era que, todo lo que dijo sentir por mí durante años, a tal punto de que le había creído cada palabra, eran puros embustes?

Luego de limpiarme por enésima vez los ojos con un pañuelo blanco, por las lágrimas que no

paraban de caer por mis mejillas, debido a lo miserable y triste que me sentía, algo me sacó de mi soporífero estado de angustia; era el timbre de entrada del departamento.

Cuando me levanté para ver quién era, con la leve esperanza de que fuera Luis, la voz que escuché a través del timbre contestador llevó un poco de esperanza a mi sufrido corazón:

—Soy yo, mi boquita de caramelo. ¿Podemos hablar?

❁ Capítulo 11 ❁

—¿Qué quieres? —pregunté con una falsa indiferencia.

Está bien, quería fingir como si no me importara que Luis hubiera venido a verme. Aunque en el fondo, estaba más feliz que una perdiz.

—¿Puedo subir? —insistió.

—No.

—Necesito hablar contigo.

—¡No tenemos nada más de qué hablar!

—Solo cinco minutos, por favor.

¡Tuve un *déjà vu*! Me había dicho lo mismo el día que se me declaró y terminé creyendo todas sus mentiras.

—Ambos ya sabemos que tus cinco minutos son mucho más que eso, ¿no?

—Por favor....

—¡No quiero hablar nunca más contigo!

—Margarita, por favor...

—¡No insistas más! Y si sigues fastidiando, llamaré a los de serenazgo^[7], alegando que eres un ladrón que está rondando mi departamento, para que vengan y te echen de aquí. Si pueden llevarte a la cárcel por ser un acosador, mucho mejor —dije, muy enfadada.

—¡Pues llámalos! No me importa, ¿sabes? Si con eso puedo captar tu atención y explicarte lo de esta tarde —señaló, muy decidido.

¿Lo decía en serio? Dios, de ser así, no quería armar todo un escándalo en el edificio, menos que los del serenazgo se lo llevaran, aún a pesar de mi advertencia. Porque si era así, estos llamarían a su familia, los Villarreal se preguntarían qué estaba haciendo él aquí, comenzarían a atar cabos y... ¡No! ¡Esto no podía ser! No aún...

Decidí escuchar lo que Luis tenía que hablar.

—Voy a bajar, espérame.

—¿Cómo?

—Que me esperes abajo, he dicho. Ni te creas que, después de lo que me enteré hoy, voy a dejarte volver a subir a mi departamento.

—Bien, aquí estaré.

Fui rápido al baño para lavarme el rostro.

¡Dios mío! Tenía un aspecto desastroso, producto de las lágrimas que antes había derramado. Me lavé con cuidado la cara hasta que el ardor de mis ojos lograra disimularse. Entré a mi habitación y me cambié de ropa. Dejé el pijama en la cama y me puse un buzo azul. Cogí mi maquillaje y regresé a los servicios higiénicos.

Ya en el baño, me eché suficiente base de maquillaje alrededor de mis ojos. Quería disimular las enormes ojeras que tenía producto de llorar hace un rato. Mi orgullo no quería que Luis se

diera cuenta de todo el sufrimiento que me había provocado.

Después de terminar de arreglarme, cogí el control remoto de la televisión. Bridget Jones, la protagonista de la película, estaba ahí, felizmente besándose con el señor Darcy, el galán, mientras este la abrigaba de la nieve que empezaba a caer, ya que ella estaba vestida solo con ropa interior. ¡Cuánta envidia me daba!

—Hmmpff—gruñó Napoleón, levantándose del suelo y dando saltitos alrededor de mí.

—No me demoro. No te preocupes.

Le acaricié su cabeza para poder tranquilizarlo, pero fue en vano. Se mostraba muy inquieto, moviendo la cola, muy nervioso y poniendo sus patitas delanteras sobre mí.

—Ya vuelvo —dije antes de salir y de echar una última mirada a mi perro. Con sus grandes ojos negros me observaba muy atento y daba un chillido lastimero.

¿Era un preámbulo de lo que me esperaba?



Cuando bajé a la puerta de entrada, verifiqué que el portero no estuviera pendiente de lo que ocurría. La luz de la pequeña habitación que hacía de dormitorio del señor Fuentes estaba apagada, un indicio de que, por la hora, estaría dormido ya. Sin embargo, estaba equivocada.

Al lado de la puerta de metal de entrada estaba sentado en una pequeña silla, leyendo lo que parecía ser una revista de deportes.

—Buenas noches, señor Fuentes.

—Buenas noches, señora. Ese joven la está esperando —dijo indicando con la cabeza a la derecha.

Ahí estaba Luis, parado en la esquina de la calle, observando hacia la luna llena, que estaba iluminando la noche en todo su esplendor. Estaba fumando un cigarrillo. Aún no se había percatado de mi presencia.

—Lo sé —alegué.

—¿Todo bien?

—Sí.

—Porque si necesita de algo...

—No se preocupe —acoté, interrumpiéndole.

No quería que nadie más se involucrara en lo que sucedía entre mi exnovio y yo. Tenía suficiente con lo que pasaba como para tener que cargar con un problema extra.

Cuando Luis me vio acercarme a él, quiso darme un abrazo, pero lo rechacé de inmediato. Dejaría bien en claro que las cosas entre nosotros ya no serían como antes.

—Aquí estoy. ¿De qué querías conversar? —pregunté, muy seria.

El gesto de decepción y tristeza en su rostro ante mi desplante fue evidente. Hizo una mueca con pesar y no insistió en abrazarme. Por lo menos, respetaba mi decisión.

—Bueno, yo...

—¿Sí?

Se mostró muy dubitativo. Por primera vez, en todo el tiempo que estábamos juntos, no fue capaz de observarme a los ojos. Algo no marchaba bien, definitivamente.

—¿Te parece bien si subimos a tu departamento? No quiero hablar de esto en público.

—Creo que dejé bien claro que no te iba a permitir volver a subir.

—Las cosas no son lo que parecen... —dijo azuzando los brazos, al tiempo que soltaba lo que

quedaba de su cigarrillo al suelo y pisaba la colilla con su pie izquierdo.

—Entonces, sea lo que sea, puedes decírmelo aquí, sin rodeos —acoté cerrando mis brazos. Esperaba con impaciencia lo que tenía que soltar.

—No quiero hablar de algo tan privado aquí en la calle, mi boquita de caramelo...

—No me vuelvas a llamar así, ¿te quedó claro? ¡Nunca más lo vuelvas a hacer! —le señalé, muy enojada, interrumpiéndolo.

Me volvió a observar muy quieto. En sus ojos se observaba mucha angustia. En ese instante, empezó a caminar acortando la distancia que nos separaba.

—Margarita...

—¿Qué quieres? —pregunté, muy malhumorada.

—A ti.

Intentó abrazarme, pero lo rechacé de inmediato. ¡No quería volver a sentir el contacto físico de su piel con la mía! Porque si era así, tenía miedo de que volviera a caer rendida ante él y sus mentiras.

Insistió de nuevo, mas puse mis manos sobre sus antebrazos y di unos pasos hacia atrás.

En ese instante, mis vecinos, Rosario y Arturo Vásquez, llegaban caminando de la mano de dirección norte a sur por la vereda. Quise evitar saludarlos porque no quería que me vieran en esta situación tan embarazosa. Desvié la mirada hacia otro lado y traté de taparme el rostro con mi flequillo, para evitar que me reconocieran. No obstante, fue en vano.

—Buenas noches, Margarita. —Escuché que me habló la mujer.

—¡Ah! Buenas... buenas noches, Rosario —dije casi a rastras—. Buenas noches, Arturo.

La incomodidad de verme observada en la calle con Luis, en esa delatadora escena, me invadió de nuevo. ¡Dios mío!

Para él también debió de ser así, ya que de inmediato se separó de mí y dejó de persistir en su abrazo.

Por un instante me sentí aliviada de no tener que lidiar con él. Pero, por otro lado, estaba muy avergonzada de que mis vecinos me hubieran visto rechazando a mi ahora exnovio. ¿Qué pensarían de mí? ¿Empezarían a correr los rumores de mi relación con él? ¡Caray!

Cuando los Vásquez entraron al edificio, me sentí más tranquila. Era poco usual que, a esa hora, se viera en las calles de mi barrio a gente caminando. Pero, como era sábado por la noche, podías toparte con alguna persona regresando de alguna reunión o fiesta. Siendo así, otro vecino como los Vásquez atestiguaría lo que estaba ocurriendo con Luis y conmigo. ¡Maldita sea!

—Tengo el coche de mi papá estacionado a la vuelta de la cuadra, frente al parque. Si deseas, ahí podemos hablar con más tranquilidad.

—No quiero... No quiero estar en un espacio muy reducido contigo. ¿Y sabes por qué? Conociéndote, vas a tratar de agarrarme desprevenida y besarme como aquella vez en tu carro.

—No haré nada que tú no quieras, Margarita, te lo prometo. Pero insisto, no veo conveniente hablar sobre lo que tengo que decirte aquí en la calle. Necesitamos privacidad.

—¿De qué es lo que quieres hablar, que estás tan insistente? ¡Está más que claro que me estuviste engañando todo este tiempo! Tú y esa chiquilla... ¡Diana!

—No es lo que te estás imaginando.

—¿Ah no? —volví a interrumpirlo. Creo que en esta ocasión yo estaba levantando la voz—. Y entonces, ¿me vas a negar que tú y ella no están juntos?

Bajó la mirada. Estaba más que claro que, con su silencio, estaba confirmando mis peores temores y sospechas.

En ese instante, un coche, con unos jovencitos, se detuvieron en la esquina. Comenzaron a silbar y a reír sin parar.

—¡Hey, Lucho!

¡Dios santo! ¿Todo el mundo se había puesto de acuerdo para interrumpirnos o qué?

—Hola, Ariel, Iván y Chino —dijo Luis levantando la mano derecha a modo de saludo.

Recordé que me había comentado en una ocasión que él conocía mi barrio porque uno de sus amigos, de nombre Ariel, vivía en mi calle, cuadras más abajo.

—Estamos yendo a la fiesta de la *flaca* Erika —dijo el chico del asiento del copiloto—. ¿Te apuntas?

—No sé. Ya veré —respondió Luis.

—¡Vamos, *bro*! Estás desaparecido desde hace días. Ya no vas a las fiestas como antes —indicó quien estaba sentado en el asiento del conductor.

Un joven con el pelo amarrado con una coleta, quien estaba al volante del carro negro, a quien yo había identificado como uno del grupo de los cantantes de rap con los que Luis andaba, insistió en su petición.

—¡Nos tienes abandonados, Lucho! ¿Qué pasa?

—Ya veré, Ariel. Quizá voy a eso de la una o dos.

—¡Ajaaa! Por *esto* es que ya no sales con nosotros hace tiempo y nos tienes abandonados, ¿eh? —señaló el joven que manejaba, ahora identificado como Ariel, mientras me observaba con curiosidad y con una sonrisa estúpida en la cara. ¡Qué impertinente!

—Bien ahí, ¡campeón! —dijo el chico sentado atrás

—¡Tienes buen gusto, *brother*! ¡La *tía* está buenaza! —alegó el copiloto.

El trío de amigos comenzó a observarme, a susurrar y a reír, mientras se daban codazos entre ellos. ¡Qué pesados!

—¿No tienen nada mejor que hacer? —señaló Luis, bastante fastidiado.

—Ohhh. ¿Qué pasa, *bro*? —mencionó el joven ubicado en el asiento del copiloto, con ojos pequeños. Él debía de ser al que le decían el Chino—. ¿Por qué tan ofensivo?

—¿Ya no reconoces a los amigos? —indicó un chico con gafas que estaba sentado en la parte de atrás del coche.

—Ahora porque está con una mujer mayor se ha sobrado. ¡Qué mal, Lucho!

—¿QUIEREN DEJARME EN PAZ? —exclamó Luis gritando y con la respiración agitada, azuzando los brazos, como si estuviera a punto de estallar.

Se le veía muy mortificado y era comprensible, porque yo también me sentía así.

Sus amigos se quedaron callados y estupefactos. Era obvio que no esperaban que él reaccionara de ese modo.

Luis suspiró profundo, buscando serenarse. Me pareció que, mentalmente, estaba contando hasta diez.

Después de pocos segundos, en los que parecía que todo volvió a su cauce, él se dirigió al auto y les habló a sus amigos por la ventana del conductor:

—Ahora estoy ocupado —habló de un modo más pausado—. Enténdanme, *bros*. Luego los llamo, ¿sí?

¡Qué tal cambio! En cuestión de instantes, Luis había pasado de ser un chico alterado y fastidiado por las bromas de sus amigos, a uno más tranquilo y sosegado. Sobre todo, ¡queriendo controlar la situación de ese momento!

Si algo siempre había admirado en él y, por lo cual, me había sentido tan bien a su lado, era la

madurez que mostraba para diversas situaciones, aún a pesar de su corta edad. Y esto era un claro ejemplo de aquello.

—Está bien, compadre. Nos vemos en la fiesta —mencionó Ariel.

—Adiós, *bro* —dijo el resto del grupo.

Segundos después, en los que, por fin, los amigos de Luis se habían ido, de nuevo él y yo nos encontrábamos solos.

—Vamos a tu carro a conversar —dije.

—¿En serio? ¡Por fiiiin! —habló con una pequeña sonrisa.

—¡Aún no cantes victoria! Es solo porque no quiero que otros tontos como tus amigos nos vengan a interrumpir.

Ya en su auto, el calor del ambiente contrastaba con el frío que se percibía fuera. A pesar de ser noviembre, la primavera no se quería ir. Por lo fría de la noche, parecía que iba a llover en Lima.

—Bien. ¿En qué estábamos? Ah, sí. Estabas por confirmarme que tú y esa chica son todavía novios —dije con hiriente sarcasmo.

—¡No es así! —me interrumpió, mirándome fijo a los ojos.

—¿Entonces? ¡¿Me puedes explicar qué diablos está pasando aquí?! Porque Diana llegó muy suelta de huesos a tu casa esta tarde. Me contó que ella y tú se habían conocido en Arequipa, que son novios desde hace tres años y...

—¡Éramos! —volvió a interrumpirme.

—¿Acaso ya han terminado su relación?

No contestó y volteó el rostro hacia el otro lado. De nuevo, su silencio carcomía mis entrañas, haciéndome saber que temía por lo que aquello podía significar. Pero, yo debía de continuar y descubrir la verdad.

—¿Puedes explicarte mejor y dejar de callarte cuando te hago una pregunta? —le dije, muy indignada.

Volvió a observarme.

¡Dios mío! Sus ojos estaban más tristes que nunca. ¿Qué era lo que querían decirme?

—Es cierto que Diana y yo nos conocimos hace tiempo... Y fuimos enamorados por varios años.

—¿Y?

—Ella y yo terminamos en marzo pasado. Nuestra relación no funcionaba.

—¿Por qué?

—Ufff. Por muchas cosas, pero sobre todo, por su forma de ser. Es muy engreída, materialista, inmadura... Además, por lo que te confesé antes.

—¿Cómo?

—¿No te acuerdas lo que te dije el primer día que nos reencontramos?

—Me dijiste muchas cosas.

—¿Cómo puedes haberlo olvidado?

Lo miré esperando a que continuara.

—Siempre estuve pensando en ti durante todos estos años, Margarita. ¡Por Dios! ¿Ya lo olvidaste?

—Ah, eso —dije muy orgullosa de ello.

¡Claro que recordaba lo que me había dicho el día en que se confesó conmigo! Pero, mi vanidad femenina y orgullo herido estaban antes que todo.

—Y cuando conocía a una chica que me gustaba, pues la comparaba contigo y me decía «Ella no es como mi Margarita».

Estaba muy complacida al escuchar aquello. El orgullo que sentía al escuchar sus palabras no cabía dentro de mi pecho.

—En definitiva, ¡Diana no es como tú! —indicó dando unos golpes en el volante de su coche con su mano izquierda, mientras se acercaba a mí y tocaba con su mano derecha mi mentón.

Con esas palabras y gestos, la llama de la esperanza se encendió en mi interior.

—Cuando terminamos, ella insistió en regresar conmigo —continuó hablando, luego de soltarme—. No te voy a negar que me llamaba muy seguido. Pero ya no me interesaba, esa relación ya estaba muerta desde hace tiempo atrás.

—Entonces, ¿por qué sigue diciendo que es tu novia, si tú y ella han terminado hace meses?

—En mis vacaciones de invierno viajé a Arequipa. Un amigo me hospedó en su casa y ahí me reencontré con Diana. Al principio, las cosas siguieron como siempre entre nosotros. Me buscaba para regresar; yo no quería. Pero...

—¿Pero? —lo animé a continuar.

Me desvió la mirada y volteó el rostro hacia la izquierda.

—La noche, antes de regresar a Lima, mis amigos de Arequipa me organizaron una fiesta de despedida. Tomé mucha cerveza. Allí estaba Diana y... ¡vamos! —Entrecerró los ojos—. Me da hasta vergüenza admitirlo. —Bajó la cabeza y la sacudió varias veces.

Lo observé impaciente. Pude sentir que una gota de sudor bajaba por mi sien de la expectación.

—Ella se me insinuó y acepté. ¡Me acosté con ella! Y la pasé bien, ¿para qué voy a negarlo?

Se quedó callado por un buen rato.

¿Eso era todo? ¿Luis se sentía mal conmigo porque había tenido un *remember*^[8] con su ex? ¿Tanto escándalo por eso?

—No te voy a juzgar por ello, ¿bien?

¡Y no lo iba a hacer! Después de todo, lo que me contaba ocurrió cuando él y yo no éramos novios.

En mi caso, César y yo, antes de separarnos definitivamente, habíamos tenido lapsos de estar distanciados por algunos días. Y durante ese tiempo, aún a pesar de sus infidelidades, debido a la educación tan estricta que recibí de que «un matrimonio debía durar para toda la vida», aún albergaba la leve esperanza de regresar con él. Si hubiera habido la oportunidad de un *remember*, quizá yo hubiera cedido.

Ya ahora, con el tiempo transcurrido desde mi separación, eso era imposible. Más aún, desde que había comenzado mi relación con Luis.

Por todo esto, me sentía impedida de, siquiera, juzgarlo por su comportamiento. Y así se lo hice saber.

—Si querían retomar lo suyo... —dije a modo de ironía y de broma.

Solté una pequeña risa para tratar de calmar la tensión.

—¡Bah! ¡No fue así! —señaló también con una leve sonrisa—. Fue cosa de una sola noche y ya.

—Bueno, que te quede claro que no te juzgo por ello. Después de todo, los dos estaban sin pareja entonces, ¿sí?

—Así es —dijo apoyando su cabeza en la mano izquierda, aún sin dirigirme la mirada.

—¿Y entonces regresaron?

—¡No! ¡Nada que ver! ¡Ni loco regreso con ella! ¡Es muy celosa, posesiva...! —Hizo una pausa y luego una mueca de fastidio—. En fin, simplemente fue cosa de una noche y ella lo sabía muy bien antes de que pasara.

—Luego de eso, ¿qué ocurrió?

—Pues lo de siempre: le dije que iba a regresar a Lima y me despedí de ella. Pero ¡volvió a joderme! Seguía llamándome, diciéndome que me extrañaba y todo eso, pero ¡yo nada que ver! ¡No quería nada con ella! Cambié hasta de número de celular para que ya no insistiera más.

—¿Y después de eso?

—Eso ya lo sabes, Margarita. Me reencontré contigo y he sido más feliz que nunca, como no lo fui antes con otra chica.

Con lo que acababa de confesarme, empecé a experimentar una leve alegría y albergar la ilusión de que, todo el dolor que había sentido era solo un malentendido en mi relación con él, que solo debía dejar pasar. No obstante, algo me decía también que no había acabado de soltar todo lo que tenía dentro de sí. Y estaba en lo cierto.

—Insisto, si han sido así las cosas con Diana, ¿por qué sigue diciendo que ella y tú son novios?

—Porque llamaba a mi casa y decía que tenía algo muy importante que contarme, pero siempre me hacía negar. ¡No quería volver a conversar con ella! Y eso fue hasta hoy, en la tarde, que la vi ahí, en mi sala, cuando me dijo que tenía algo muy urgente de qué hablar y que por eso había venido a Lima.

—¿Qué es eso tan importante?

Volvió a observarme. En sus ojos se podía contemplar una tristeza que nunca se la había visto. La mirada pícara y traviesa, que siempre lo caracterizaba, había desaparecido para siempre.

Me abrazó muy fuerte, como nunca lo había hecho. Lo curioso era que, con ese gesto, lo sentía tan cerca de mí, pero a la vez tan lejos, como si algo nos separara... y para siempre.

—No te quiero perder, Margarita —me susurró al oído.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso has regresado con ella?

Me miró a los ojos. Parecía que quería llorar. ¡Madre santa! ¡¿Qué diablos estaba pasando aquí?!

—Diana tiene tres meses de embarazo. Está esperando un hijo mío.

❁ Capítulo 12 ❁

Luis

Siempre había dicho que yo quería tener mis hijos cuando fuese joven, pero nunca pensé que esto llegaría tan pronto.

Mi padre tenía sesenta y tres años. Mi hermano Memo recién los ocho. Eso quería decir que, cuando mi hermano tuviera mi edad, mi papá estaría ya en la tercera edad.

El promedio de vida por parte de mi familia paterna no pasaba de los setenta años. Esto significaba que, cuando mi hermano tuviera sus propios hijos, estos no disfrutarían de su abuelo paterno y viceversa.

Mi hermana Ada, mayor que yo por diez años, nunca había tenido una relación estable con algún chico. Lo más cercano que recordaba era de un tipo en la universidad, con el cual duró tres o cuatro meses, si la memoria no me fallaba, y porque era su jefe de práctica. Esta relación duró tanto como el semestre académico. Luego, llegadas las vacaciones de invierno, ella se aburrió de él y decidió terminar. Y esto había sido el común denominador en sus relaciones amorosas.

Ya con veintiocho años, aún no veía que ella sentara cabeza alguna. Su inconstancia en sus relaciones de pareja, así como en sus estudios universitarios, eran algo que la caracterizaban. Yo no vislumbraba que en un futuro cercano se asentase con algún buen hombre y decidiera tener su propia familia, menos que tuviera sus propios hijos.

En mi caso, a pesar de tener dieciocho años, me llevaba muy bien con los niños. Sentía que no había crecido en ese aspecto, ya que gustaba de ver dibujos animados con mi hermano, jugar con él y unirme a su grupo de amigos cuando venían a mi casa.

Por todo esto, debido a la personalidad inconstante de mi hermana y por la edad de mi hermano, creía que era el más indicado de los tres para tener un hijo, que mi padre pudiera ver en vida a sus nietos y de disfrutar de ellos.

Por esto que, siempre me planteé tener un hijo antes de cumplir los treinta, quizá los veinticinco. ¡Pero nunca antes de los veinte!

Cuando Diana vino de Arequipa y la vi ahí en mi sala, sentada, nunca anticipé lo que quería revelarme. Esa tarde, cuando llegué de estar en un ensayo con los chicos de mi grupo de rap, nunca imaginé que iba a estar esperándome, ni mucho menos, que Margarita, *mi* Margarita, iba a ser testigo de todo.

A mi ex la conocí cuando ambos teníamos catorce años, en el tercer año de secundaria, cuando estudiábamos en Arequipa. A ella la habían trasladado de otra escuela. Al principio, no captó mi atención. A mí me interesaba otra chica, Silvana, quien compartía asiento conmigo en el salón. Sil, como de cariño la llamaba, físicamente me hacía recordar a Margarita Luque, la mejor amiga de mi hermana, el amor de mi infancia, a quien yo había dejado de ver cuando me mudé a esa ciudad.

Su flequillo y largo pelo lacio castaño oscuro de Silvana, con sus pequeños y hermosos ojos, junto con el brillo labial que solía usar, hacían que rememorara las tardes y fin de semanas en

Lima, en los cuales me las pasaba observando a Margarita de lejos. Todas estas características físicas en ella no hacían nada más que traerme recuerdos de mi infancia y de mi niñez con Margarita, *mi* Margarita.

Silvana para entonces no me daba bola, ya que le gustaba otro de mis amigos, Pedro. Sin embargo, luego de que este la rechazara cuando se le confesó en una fiesta, comenzó a fijarse en mí. Y yo aproveché la oportunidad, ¡cómo no!

Pero, luego de que se convirtiera en mi primera novia, las cosas no funcionaron. Y era que, si físicamente Silvana me hacía recordar a Margarita, esto no era lo mismo con su forma de ser.

Ella era una buena chica, sí, pero también tenía sus defectos. Era engreída, caprichosa, vanidosa y muy manipulable. Sería que, para mí Margarita era perfecta y así la recordaba que, ante el más mínimo defecto de Silvana, la comparaba con aquella y me daba cuenta de que las dos eran tan distintas.

¡Llegué a la conclusión de que no me había olvidado del primer amor de mi vida!

Desde que yo tenía recuerdos, siempre hubo algo en Margarita que me cautivó: la bondad, su sencillez y la generosidad que la caracterizaban. Eso, sumado a la compasión que una vez demostró, cuando trajo a una paloma herida que se había encontrado camino a mi casa, hacían que admirara en ella todas estas cualidades. Era una mujer poco común: hermosa como ella sola, por dentro y por fuera.

Nunca conocí a nadie como Margarita, a pesar de que, cuando me mudé a Arequipa, se me hizo muy difícil adaptarme a esta nueva ciudad y hacerme a la idea de que nunca más iba a volver a verla. Para entonces, aún albergaba la idea de crecer rápido; pasar mi adolescencia del modo más fugaz posible, terminar mis estudios secundarios y mudarme a Lima para ir a la universidad.

De este modo, con la madurez física suficiente, podría buscarla. Luego, confesarle esto que había sentido por ella durante tanto tiempo. Y, quién sabe, al ver que ya no era el niño que había dejado de ver, podría reparar en que ya era un hombre, del cual podría sentirse atraída y con esto, por fin, tantos años de espera por *mi* Margarita no habrían sido en vano.

Esto había sido mi mayor sueño. Pero, este se quebró en mil pedazos en un día de verano. En febrero del 2005 llegó una carta a mi casa. Aquella contenía una invitación para un matrimonio. Margarita, *mi* Margarita, ¡anunciaba su matrimonio con el estúpido de su novio!

Tanto tiempo guardando en secreto este sentimiento que tenía por ella. Tanto tiempo anhelando crecer para volverla a ver. Tanto tiempo esperando para tener una leve esperanza de que mis sueños se concretaran.

¡Tantas ilusiones rotas!

Ese día me sentí destrozado. Por primera vez, en mi corta existencia, experimenté una gran tristeza, como si me hubieran clavado una estaca en mi corazón y este se hubiera desangrado. Recordaba mucho que, a pesar de que entonces se veía un cielo espectacular en mi ciudad, lo vi más gris que nunca. Ver aquel luego de que, por primera vez, derramara lágrimas de tristeza por la desilusión que me embargaba, hizo que todo me pareciera tan paradójico y cruel para mí.

¿Por qué mis padres me concibieron diez años después que Ada? ¿Por qué no nació yo primero en lugar de ella? ¿Por qué, a pesar de haber tenido a Margarita muy cerca tantas veces, tuve tantos obstáculos para acercarme a ella, como la maldita diferencia de edad? ¿Por qué había decidido casarse antes de que yo creciera lo suficiente y pudiera decirle lo que sentía?

Para mí la vida parecía una maldita ruleta, en la cual cada quien tenía un rol sorteado a cumplir. Y uno muy difícil.

En mi caso, si la vida quiso que me enamorara de Margarita, ¿por qué me puso tantos obstáculos de por medio? ¿Por qué no hizo que la diferencia entre ambos fuera menor? O en el peor de los casos, ¿por qué no hizo que me enamorara de ella tiempo después, cuando ya fuera adulto y tuviera alguna oportunidad siquiera? Porque enamorarse de una mujer mayor que uno, en este caso por diez años, cuando solo se es un niño, y darte cuenta de que es imposible conseguir lo que más se anhela, era una de las cosas más frustrantes por las que puede pasar alguien en esta vida. Y yo la viví en carne propia.

Esa tarde lloré y lloré como no lo había hecho antes. Me sentí tan, pero tan miserable.

Recordé que rompí todas las cartas de amor que le había escrito a Margarita. Luego las quemé en el patio de mi casa. Con las cenizas llevadas por el viento, simbólicamente se iban las esperanzas que alguna vez tuve con el primer amor de mi vida.

En ese entonces, mis padres se preocuparon por la depresión que me embargaba. Y, aunque me preguntaron más de una vez qué era lo que tanto me agobiaba, nunca solté prenda alguna. Si la vida me impedía tener una oportunidad de confesarle este sentimiento a *mi* Margarita, nadie más lo sabría. Lo guardaría conmigo, como algo maravilloso que sentí desde pequeño y lo atesoraría para siempre, como el primer amor que nunca se olvida.

Como no hay mal que dure cien años, continué con mi vida. Fue así como empecé a fijarme en otras chicas, entre ellas, Silvana. Pero, al no funcionar mi relación con ella, por el recuerdo imborrable de Margarita en mí —y las odiosas comparaciones que siempre me atormentaban—, mi relación terminó. Tiempo después, decidí poner mis ojos en alguien más, en una mujer que no me recordara en el físico al primer amor de mi vida. De este modo, empezó a gustarme otra chica de mi clase.

Margarita y Diana eran muy diferentes físicamente. La primera tenía la piel morena, ojos pequeños almendrados y, el pelo lacio y brillante. La segunda, con sus ojos saltones, piel blanca pálida y el pelo ondulado negro, era de un tipo físico muy distinto al de aquélla.

Diana y yo comenzamos a relacionarnos bastante en la escuela y fuera de ella, ya que mi padre y el suyo eran amigos en el trabajo, en el ejército. En las reuniones sociales de las familias de los militares, como a ella ya la conocía de la secundaria, empezamos a frecuentarnos. De esta manera, nos hicimos más cercanos y amigos, y así comenzó mi atracción por ella.

En una fiesta del colegio, en mi cuarto año de estudios, luego de que yo tomara varias cervezas con mi grupo de amigos, ella me sacó a bailar. Como ya me había dado varios signos de que no le era indiferente, decidí declararme. Y fue así cómo comenzamos nuestra relación.

Nuestro primer año de novios transcurrió con normalidad. Diana era una chica muy cariñosa y amable. Me sentía muy a gusto con ella. Aunque de vez en cuando me asaltaban los fantasmas del pasado y aún la comparaba con Margarita, podría decirse que con ella encontré la tranquilidad que tanto ansiaba. Pero, todo cambió cuando terminamos la escuela.

Como mi gran anhelo había sido estudiar Música, irme a la capital era mi mejor opción. Por esta razón, debía dejar Arequipa para mudarme a Lima.

Al principio, mi padre no estuvo de acuerdo con ello; decía que la música era solo para los bohemios, vagos y drogadictos. En más de una ocasión tuve varias peleas con él por ese tema. Por esto, la relación tan distante que teníamos se resquebrajó más aún.

Desde que comencé mi adolescencia, nuestra relación no era buena. Él quería mandar en mi forma de ser, de vestir, de comportarme... Esto empeoró cuando se peleó con mi madre por una infidelidad de su parte. Yo salí en defensa de ella, y el respeto que le tenía, si era que aún existía, terminó por desaparecer.

Por todo esto, siempre le echaba en cara de que no tenía autoridad alguna en decidir sobre qué debía estudiar. Pero como él era quien traía el dinero a la casa, me puso un *ultimátum*: si quería ir a la capital y estudiar Música, debía arreglármelas como pudiera, porque él no me iba a dar ni un solo céntimo para mi manutención ni para mis gastos de estudios.

Al principio, no le hice caso. Con el dinero que mi madre tenía ahorrado —producto de algunos trabajos eventuales— y con la ayuda de mi hermana, pagué una academia privada para seguir cursos libres de canto. No obstante, la ayuda económica de ellas no era algo constante. Y la situación empeoró.

Ada se quedó sin trabajo para esa época y, como mi padre tampoco le daba dinero alguno para su manutención —debido a que dejó sus estudios de Derecho para dedicarse a ser entrenadora de un gimnasio— tuvo que echar mano de sus ahorros para sus gastos personales. De este modo, ya no me pudo ayudar para el pago de la academia y ya, sin el dinero suficiente, tuve que abandonar mis estudios.

Por todo ello, decidí hacer una tregua con mi padre. Me mudaría a Lima para estudiar una carrera universitaria que él tanto ansiaba —opté por Medicina, porque la sanidad y esas cosas tampoco me desagradaban— con el apoyo económico que esto traería. Pero, esto no significaba que abandonaría mi verdadera vocación. Cuando cumpliera la mayoría de edad, buscaría algún trabajo para juntar el dinero suficiente para pagar mis estudios musicales y cuando esto se diese, abandonaría la Facultad de Medicina.

Con estos planes en mente, mi viaje a Lima estaba programado. Esto significaba dejar atrás lo que tenía en Arequipa, menos a Diana, claro está.

Cuando le expliqué las metas que tenía para mi futuro, se negó por completo a apoyarme. Pero, le informé que, cada vez que me fuera posible, viajaría a Arequipa para estar con ella y seguir nuestra relación. Esperé que me comprendiera, mas su reacción fue de lo más egoísta e infantil. Se le metió en la cabeza que quería viajar a Lima para olvidarme de ella porque me gustaba otra, pensaba que la había dejado de querer y que quería abandonarla. ¡Todo esto era mentira!

Por aquel entonces, ya me había hecho a la idea de que debía olvidarme de Margarita por completo. Ella ya tendría varios años de casada, quizá un hijo. Pensar siquiera en buscarla cuando me instalara en Lima no estaba en mis planes. Por otra parte, mis sentimientos hacia Diana eran sinceros. La quería de verdad. Nunca se me cruzó por la cabeza serle infiel durante mi estancia en Lima.

Siempre que me era posible, en algún viaje por un puente por feriado largo y durante mis vacaciones en la universidad, viajaba a Arequipa para estar con ella. No obstante, todo cambió con el tiempo.

Su falta de apoyo hacia mis proyectos, sus escenas de celos hacia cualquier amiga o chica con la que yo conversara, y su egoísmo, en especial cuando se hacía la víctima —cuando me reclamaba por mi abandono hacia ella por querer buscar mis sueños en la capital— terminaron por cansarme. Con todo ello, el sentimiento que alguna vez me unió a ella murió. A pesar de que quise que nuestra relación funcionara, me di cuenta de que ya no daba para más.

Una noche en especial, en la que me encontraba en Arequipa disfrutando de mis vacaciones de verano con mi familia, hubo un quinceañero de la hermana de uno de mis amigos. Como siempre, acudí a ella con Diana para pasar un buen rato, a pesar de los problemas que teníamos. Pero, el destino me tenía otros planes.

En aquella la cumpleaños debía bailar un vals con cada uno de los asistentes hombres, como es tradicional en este tipo de fiestas en el Perú. Cuando tocó mi turno, accedí gustoso. Sin

embargo, Diana se empeñó en que no debía hacerlo, ya que la chica tenía cierto interés en mí. Si esto era verdad o no, nunca me importó; solo tenía pensado cumplir mi parte en la fiesta y pasar el resto al lado de mi novia.

Cuando llegó mi turno del baile con la chica, Diana me hizo una escena de celos terrible. En medio de la fiesta, sin importarle la gente que estaba ahí presente, le echó una copa de vino a la quinceañera, empapándola y dejándola sucia. ¡Sus gritos y reclamos me avergonzaron! Yo, que no estaba acostumbrado a este tipo de escándalos, estaba muy apenado. Me disculpé con mi amigo y su familia, luego me llevé casi a rastras a Diana con dirección a su casa.

En el camino siguió reclamándome que la tenía abandonada y que no perdía oportunidad alguna para coquetear con cualquiera. Cansado de todo, le hice saber que me tenía hartado con su egoísmo y sus celos, y que ya no quería continuar con nuestra relación. Me lloró y me rogó para que no la dejara, pero la decisión ya estaba tomada. Por mucho tiempo dicha idea estuvo rondándome la cabeza, y lo sucedido en la fiesta fue la gota que rebalsó el vaso.

No quería a mi lado a una mujer celosa, egoísta e inmadura. Quería alguien que me apoyase en mis sueños y me animara a conseguirlos, y que tuviera la suficiente madurez para entender que debía estudiar en la capital. Y, lo más importante, que estuviera segura de sí misma y no me estuviera avergonzando en público, con escena de celos como la que acababa de ocurrir.

Como ya mi padre se había retirado del Ejército y estaba próximo a tramitar su jubilación, mi familia había decidido mudarse a Lima. De este modo, no tenía nada más que me atase a Arequipa. Mi relación con Diana había terminado y, con ello, algún rezago del sentimiento que alguna vez tuve por ella.

Con la tranquilidad que tenía el dejar atrás la relación que me estuvo atormentando por tanto tiempo, decidí concentrarme en mis sueños. Fue así como empecé a dedicarme al grupo de rap que había formado con mis amigos de la universidad. Pablo, Ariel, Iván, el Chino y yo formamos un quinteto que solíamos entonar canciones de raperos conocidos, como Eminem, MC Hammer, The Notorius B.I.G., Tupac Shakur y 50 cent. Gustábamos de practicar en el garaje de la casa de Pablo, el cual, gracias a que su padre también era aficionado a la música, tenía unos equipos de sonido que ayudaban para la grabación y edición de nuestros *covers*.

Comenzamos a plantearnos no solo el tocar material de cantantes conocidos, sino también canciones propias. Decidimos bautizar a nuestro grupo como Five Minutes, en representación de los cinco miembros de cada grupo y del tiempo que nos demorábamos —según el sobrado de Ariel— en crear una canción.

Cuando llegaron las vacaciones de invierno Manuel, un viejo amigo de la secundaria, me invitó a pasar unos días en su casa en Arequipa. Yo estaba muy dubitativo de si regresar o no para allá. Por un lado, tenía miedo de reencontrarme con Diana ya que, desde que habíamos terminado, no había dejado de insistir en llamarme para saber de mí y rogarme para que volviéramos. Y yo no quería hacerlo.

Para mí, el regresar con ella era un retroceso en mi vida. Desde que habíamos dejado nuestra relación, había tenido varios meses de tranquilidad, cosa que, a su lado, no había sido así. El concentrarme en mis proyectos musicales me había hecho sentirme realizado durante estos meses sin su compañía.

Por otro lado, sentía cierta añoranza aún por Arequipa. Había dejado muchos amigos a quienes echaba de menos y no veía justo dejar de verlos solo por escapar de Diana.

Al final, me dije «No puedes esconderte de una chica, ya que es de cobardes». Decidí regresar a Arequipa, pasar unos días y reencontrarme con mis viejas amistades. ¡Gran error!

Los primeros días allá fueron un acoso total de Diana. Venía todos los días a la casa de mi amigo para buscarme, y como no le hacía caso, armaba un escándalo.

Por todo esto, me mudé con otro amigo porque no quería incomodar a la familia de Manuel, que tan hospitalaria había sido conmigo. Después, como Diana no supo dónde ubicarme, la pasé más tranquilo. Pero, todo cambió el último día...

Mis amigos planificaron hacerme una fiesta de despedida.

Ese día, desde muy temprano en la tarde, me emborraché como no lo había hecho desde mi graduación, en la casa de uno de mis amigos. Luego, en la noche, en una discoteca habían planificado terminar la fiesta. Ya cuando llegué, yo estaba, como se dice en el lenguaje coloquial, «hasta el perno». Y fue en ese lugar donde me reencontré con Diana.

Al principio, fue lo de siempre, se me acercaba y no le hacía caso. No obstante, con los tragos de más, los cuales provocaron que no tuviera mucha conciencia de lo que hacía, cedí finalmente ante sus peticiones. Decidí retomar lo que habíamos dejado atrás: me fui a un hotel con ella.

No era la primera vez que Diana y yo intimábamos. Ambos habíamos perdido nuestra virginidad con diecisiete años en una noche en su casa, y habíamos continuado con ello cuando éramos novios. Pero esa noche, cuando le dije que accedía a sus insinuaciones, le dejé bien en claro lo que esto significaba.

Podré sonar como un patán, mas las cosas estaban bien claras. Podríamos tener un *remember*, sí, pero esto no significaba volver a nuestra relación. No otra vez. Y ella aceptó.

Al día siguiente, con la cabeza aún con los rezagos de la borrachera del día anterior, me di cuenta de lo que había sucedido. Y me arrepentí de ello, porque sin los tragos encima estaba seguro de que esto nunca hubiera pasado. Mi preocupación fue mayor cuando no tenía muchos recuerdos de si habíamos usado protección. Cuando le pregunté, ella me respondió que el cuartelero del hotel nos había vendido uno antes de ingresar a la habitación. Y revisando en el suelo los «restos» de lo acontecido, encontré una envoltura de un condón, lo cual se confirmó un rato después, al hablar con el tipo del hotel y asegurarme de que le había comprado uno la noche anterior.

Llegado el momento, decidí decirle adiós a Diana. Pero, ella insistió en regresar conmigo. Me negué rotundamente. Volvió a lo de siempre: su escena de celos, de hacerse la víctima...

Dándome cuenta de que debía terminar de una vez con todo lo que ella significaba, decidí hacer maletas y regresar a Lima sin despedirme. Cambié de número de celular, así no le daría motivo para volver a llamar y buscarme.

Ya de vuelta a la capital, continué con mis estudios de Medicina y con el grupo de rap, encaminado en mis sueños y proyectos a futuro. Sin embargo, por amigos en común, Diana averiguó el número telefónico de mi casa. De esto me enteré un día en que, llegando de la universidad, mi mamá me lo comunicó.

Les hice prometer a todos, sin excepción (y esto incluía al bocón de mi hermano Memo) que no quería que me pasaran una llamada de ella e inventaran cualquier excusa para negarme. Les conté lo ocurrido en la fiesta de mi amigo, de sus escándalos, de sus escenas de celos y de lo harto que estaba de ella. Todos prometieron ayudarme en mantenerla bien lejos de mí.

Ya concentrado de nuevo en mi futuro, una tarde de octubre todo cambió para mí.

Me encontraba practicando con mis amigos una rutina de rap en un parque cercano a mi casa. De pronto, vi a lo lejos una silueta femenina que se me hacía conocida, aunque no estaba seguro de si la dueña de esa figura era aquella hermosa chica que había dejado de ver hacía años atrás. Pero, bastó una simple charla y ver su preocupación sincera por mi pequeño perro que se

había perdido, lo cual era algo muy característico en ella por una vieja anécdota de hacía años atrás, que ya luego no me quedó mayor duda.

Margarita, *mi* Margarita, estaba frente a mí, ¡y más bella que nunca!

La emoción me embargó, a tal punto que comencé a recordar y a sentir todos aquellos sentimientos que experimenté años atrás al contemplarla y amarla en silencio, cuando iba a visitar a mi hermana, pero debía contenerme. No sabía nada de lo que había sido de su vida en estos años y no podía hacerme ilusiones en vano.

¿Qué sería de su vida? ¿Seguiría casada con el estúpido de su marido? ¿Tendría hijos? ¿Sería feliz en su matrimonio? ¡Ni idea! Pero tenía que averiguarlo a como dé lugar, y de un modo sutil para que no se sintiera incómoda ante el cuestionario de preguntas que me moría por hacerle. De esta manera, decidí conocer más de Margarita, y no se me ocurrió mejor excusa que propiciar un reencuentro con mi hermana esa misma tarde.

Recordando lo cotorras que eran ambas cuando se juntaban a charlar sobre cosas de mujeres, lo más seguro era que saliera el tema de su vida personal de casada en su conversación. Si podía colarme de infiltrado y averiguar lo que acontecía en la vida de ella, podría tener bien claro el panorama que tenía frente a mí. Si seguía felizmente casada, mi situación era como siempre, sin esperanza alguna, y ahí yo ya no tenía nada qué hacer; respetaría su situación sentimental.

Aunque, aún sin confirmar aquella, no había podido contenerme en lanzarle ciertas indirectas, en el trayecto a mi casa, sobre lo hermosa que la encontraba. ¡Tantos años añorándola y soñando con ella me eran imposibles de contener! Nunca me había conocido tan impulsivo, pero el solo verla esa tarde hizo que, todo lo que guardaba estos años en secreto salieran a flote de sopetón.

Sin embargo, si Margarita era feliz con su marido, no seguiría insistiendo. Me haría a un lado, continuaría con mi vida y ella con la suya.

Lo curioso era que, de cuando en cuando, cuando le lanzaba algún piropo, pude percatarme de que se ponía nerviosa y se sonrojaba. En vez de sentirse ofendida y rechazarme, me correspondía con una mirada de curiosidad, ¿o era algo más?

Luego de que llegamos a mi casa y propicié su reencuentro con Ada, mis sospechas iniciales hacia Margarita se confirmaron. Ella me seguía observando de reojo de cuando en cuando y se ruborizaba cuando la piropeaba. Ahí me di cuenta, finalmente, de que no le era indiferente. Ya después, cuando las dejé charlar «en privado» (y lo digo así porque me quedé al pie de la escalera del segundo piso, para escuchar con atención de lo que hablaban, ¡cómo no!), mis esperanzas aumentaron.

¡Se estaba separando de su marido! ¡Estaba sola y sin pretendiente alguno! ¡El terreno para mí estaba preparado!

Cuando con mi familia nos dispusimos a ver una película, la invité a quedarse a verla también. Al principio se mostró dudosa; pero luego, gracias a que mi hermana le insistió, ella aceptó. ¡Sin saberlo, me ayudaste de cómplice en mi plan con tu mejor amiga, bruja!

Durante la película, me desviví en atenciones hacia ella, preguntándole a cada rato si le apetecía más bebida o *pop corn*. Quería quedar como un caballero. Tenía que ganar puntos con Margarita, ¡obvio!

Lo curioso y emocionante de esta reunión fue que, cuando yo veía la película, pude darme cuenta de que ella se me quedó observando un buen momento. Al principio, me hice el tonto y no volteé a observarla. Sin embargo, decidí cambiar de estrategia y devolverle la mirada para ver su reacción. Si se comportaba de un modo natural hacia mí, eso quería decir que solo había sido mera casualidad. Pero, si se ponía nerviosa, era un indicativo de que algo más estaba

ocurriéndole.

Cuando se vio descubierta, me percaté de que la sangre le subió al rostro y volteó tímidamente hacia otro lado.

¡Se había puesto nerviosa por ese simple detalle! ¡Qué tierna me pareció! Y lo mejor de todo, ¡mis esperanzas aumentaron más con ese gesto suyo! ¡Me sentí muy feliz con algo tan simple, pero a la vez tan significativo para mí!

Después, por lo tarde que era cuando terminó la película, ella no podía irse sola a su casa. Gracias de nuevo a mi hermana —¡Te debo varias, bruja!— y a mi protectora madre, la convencieron de que yo la llevara en el carro de mi padre. ¡Mejor, imposible!

Ya en el trayecto a su casa, me sentí muy emocionado. Si mis sospechas eran ciertas, a Margarita no le era indiferente. Sin embargo, no estaba muy seguro de cuándo podría tener otra oportunidad como esta. Ella y Ada habían quedado en verse otra vez, pero nada en concreto. Fácil podían verse la siguiente semana, como no verse de aquí a muchos meses después, y yo no podía seguir esperando más tiempo; ¡ya lo había hecho por bastantes años!

Aunque suene precipitado, decidí actuar ahí mismo y ver qué ocurría. Total, podía ganar mucho y ver concretados mis sueños con Margarita, como simplemente no obtener nada, pero algo seguro ocurriría esa noche.

Al estar cerca de ella y sin que nadie más interfiriera, ideé un plan.

Recordé que era muy romántica en su adolescencia. Ella y mi hermana se ponían a entonar canciones de ese género musical en el cuarto de Ada. Para mi deleite personal, Margarita tenía una voz preciosa, una de sus tantas cualidades que me hizo enamorarme de ella. No podía decir lo mismo de mi hermana —soltaba unos gallos impresionantes y era muy desentonada— pero, para el caso, daba lo mismo.

Si los años no la habían hecho cambiar respecto a su bondad con los animales en abandono, quizá esa cualidad romántica, que tanto la había caracterizado de adolescente, tampoco se había ido. Fue así como decidí seguir con mi plan tramado.

Como no tenía ningún CD de música en el coche de mi padre y mi USB solo tenía puras canciones de rap, las cuales no me ayudaban para nada en esa situación, decidí prender la radio y sintonizar una emisora que sabía que ella escuchaba años atrás: Radio Ritmo Romántica 93.1. Confirmando mis sospechas, Margarita no se negó a escucharla. Me di cuenta, al instante, de que su vena romántica seguía tan viva como antes. Y aquí ya nada me detuvo.

Sabiéndome dueño de una bonita voz —la modestia no es una de mis cualidades, por si a alguien le queda alguna duda— decidí entonarle alguna canción propicia para la ocasión. ¡Y la suerte estuvo de mi lado! La locutora de la radio mencionó que iba a poner a un cantante de moda, Pablo Alborán. Ahí recordé que Ada cantaba en la ducha esa canción y decía que «le derretía la piel al escucharlo» (palabras textuales de ella, no se crean que yo pensaría algo tan cursi, ¿eh?).

Cuando empecé a cantar, noté que a Margarita le gustaba cómo lo hacía. De tanto en tanto la miraba y pude darme cuenta de que se estaba emocionando mucho. ¡Mi plan seguía el camino deseado!

En el momento en que terminó la canción y llegamos a su casa, se despidió de un modo frío y distante. Pero, yo aún no había dado mi batalla por perdida. Por lo menos, le pediría un beso en la mejilla a modo de despedida, y quizá su teléfono o algo más. Sin embargo, cuando se dirigió hacia mí para despedirse con un beso en la mejilla, al sentirla tan cerca, perdí por completo la cabeza.

No había planificado que las cosas entre nosotros sucedieran tan rápido. Llevaba apenas unas horas de habernos reencontrado. Pero, yo ya no podía más. Tantos años esperando por esta

oportunidad, hizo que me volviese tan impulsivo, como nunca lo había sido con alguna otra mujer que me gustase.

Cuando Margarita se acercó para besarme en la mejilla como despedida, decidí robarle un beso en la boca. La reacción de ella hacia mí no fue nada negativa, en lo absoluto; me correspondió del modo adecuado. Yo seguí con lo mío, en un beso que solo me había imaginado en mis sueños por años, el cual ¡por fin se estaba volviendo realidad!

¿Se pueden imaginar cómo me sentí, de solo tenerla ahí, a pocos milímetros de mí, besándonos mutuamente?

El amor por Margarita, que comenzó hacía más de diez años, cuando era solo un niño, el que tantas lágrimas y tristezas me había provocado por verla tan lejos, fuera de mi alcance —ya sea por la edad, por la distancia que nos separaba al vivir en otras ciudades y por tantos obstáculos más— ¡se estaba concretando! ¡Al fin!

No era muy devoto de Dios, a pesar de que mi madre desde pequeño había querido que siga sus enseñanzas en la Iglesia Católica a la que asiste. Podría considerarme más bien ateo o pseudo creyente, que interpretaba las creencias religiosas a su mero gusto. Pero ¡Dios santo!, quien-sea-que-estuvieras-allá-arriba, moviendo los hilos del destino de las personas, habiéndome hecho pasar por tantas tristezas, tantas frustraciones y tantas noches de melancolía por Margarita, te estaba más que agradecido por lo de aquella noche, porque a partir de ese momento mi vida no había vuelto a ser la misma.

No me importaba haber aguardado tantos años. No me importaba haber sufrido tanto por esa espera. No me importaba haber maldecido tantas veces el porqué nací con tantos años de diferencia con ella. Porque si todo esto significaba que iba a tener mi recompensa e iba a ser correspondido por Margarita recién con casi diecinueve años de vida, quiere decir que no esperé en vano.

Porque Margarita lo vale. Eso y mucho más...

❁ Capítulo 13 ❁

Luego de besarnos Margarita y yo, se sintió desconcertada. Podía percibirlo, ya que, inmediatamente después, se fue del auto con dirección a su departamento, sin mirarme. Tanto era su nerviosismo, que me fijé que estaba buscando con desesperación en su cartera las llaves para entrar a su casa, sin éxito alguno.

¡Dios! Parecía una adolescente nerviosa a la que le hubieran dado su primer beso. ¡Cuánta ternura desprendía! Pero, no podía quedarme ahí contemplándola. Tenía que seguir con lo que había comenzado. Ya no había marcha atrás.

A poco de llegar donde ella, se le cayó el bolso de la mano. Su nerviosismo era *muy* evidente. Hasta las manos le temblaban de solo darse cuenta de que yo estaba ahí, a pocos metros de ella. Un indicativo, de otros tantos ya, de que no le era indiferente.

Levanté su cartera del suelo y se la entregué. Me lo agradeció sin seguir dirigiéndome la mirada. Luego, decidí cambiar la situación.

Debíamos hablar de lo ocurrido de una vez y tenía que ser esa noche *sí o sí*. Al principio, se mostró renuente, pero no estaba dispuesto a aceptar un «no» como respuesta.

Esa noche, como ninguna otra, estaba yo muy impaciente, como nunca lo había estado con ninguna otra mujer. Y si las cosas con Margarita habían avanzado hasta donde estaban, debía saber qué era lo que podía obtener de todo lo ocurrido con ella: si un beso o algo más... Y no me malinterpreten.

Déjenme recordarles que llevaba más de diez años enamorado de *mi* Margarita.

Quisiera que cualquier persona, hombre o mujer, estuviera en mi situación y pudiera comprenderme. Más aún, si esa persona se diera cuenta de que ese gran amor de su vida empezara a fijarse en ella, ¿cómo se sentiría? ¡Más que feliz, supongo! Y en mi caso era así. Una gran alegría, euforia e impulsividad estaban embargándome. Una mezcla de tantos sentimientos que me eran tan difíciles de asimilar y de describir.

Pero solo una cosa me quedaba clara: debíamos hablar sobre el beso que nos habíamos dado, sumado a que, esa noche quería soltar todo lo que había sentido por ella durante tantos años. ¡Estaba decidido a todo! Ya lo que viniese después se lo dejaba al destino, aunque albergaba la esperanza de que no me fuera adverso.

A tanta insistencia mía, subí al departamento de Margarita para conversar.

Su casa era un lugar sencillo, ordenado y limpio, adornado con un toque femenino tan característico en ella. Si algo me gustaba tanto de Margarita era lo delicada y femenina que era. Su departamento era una fiel muestra de eso. En especial, capturaron mi atención las pequeñas macetas de flores de margaritas que tenía colocadas en varios rincones de la sala y de las ventanas. Cuando las vi no pude evitar sonreír. Sonaba chistoso: «*Margarita cultivando margaritas*». ¡Si hasta parecía un refrán!

Tuve que contener la risa al pensar en aquello, ya que no quería parecer descortés. No podía

distraerme en pequeños detalles. Estaba ahí para hablar sobre lo ocurrido en mi carro y sobre nuestros sentimientos, no sobre flores.

Me senté en el sofá de dos cojines de la sala, esperando a que Margarita hiciera lo propio a mi lado. Pero, para decepción mía, se sentó en el sillón frente a mí, de un solo asiento.

Cuando dirigí la conversación hacia lo que yo quería, ella se mostró muy renuente: señaló que lo sucedido en mi auto era un error. Ante esto, decidí insistir.

Me senté frente a ella, a menos de un metro de distancia. Pude percibir que, de nuevo, al estar cerca de Margarita se ponía *muy* nerviosa. Aparte de temblarle las manos, tenía un gesto que se volvió muy característico, cada vez que la miraba de manera fija.

Me acordé de que años antes, cuando un amigo de mi hermana de la academia venía a mi casa a estudiar, junto con Margarita y otros tantos, ella solía jugar con su labio inferior, relamiéndose los labios y mordiéndose los con los dientes cada vez que el tipo le hablaba. Ese gesto suyo, más la cara de tontita y los ojos llenos de emoción, eran un indicativo de que se le caía la baba por él. Y para disgusto mío, obvio.

Recuerden que a mí empezó a gustarme ella desde que tenía ocho años. Podrá sonar prematuro, pero siempre me había caracterizado por ser más precoz y observador que el resto de los chicos de mi edad, y mi gusto por el sexo opuesto no fue la excepción.

Al poner mis ojos en Margarita siendo tan solo un niño, me fijaba en detalles de ella, que para el resto podían pasar desapercibidos. Fue así como ese gesto de labios de ella cuando le gustaba un chico hacía años atrás, volvía a repetirse ahora, frente a mí. ¡Qué alegría!

Con todas estas pruebas de mi lado, me confesé: le dije que me gustaba. Pero, Margarita seguía en sus trece. Decía que no podía ocurrir nada entre nosotros, que si la diferencia de edad, que si malinterpreté todo... ¡Dios! ¡Me sacaba de mis casillas!

Ya tenía suficiente con haber esperado todo este tiempo por ella. Ya tenía bastante con todos estos sentimientos que me embargaban. Y lo mejor de todo: ¡ya estaba demostrado que yo le gustaba! ¿Por qué insistía ella en negarse ante lo evidente?

Ahí mismo, me levanté de la mesa de la sala y me dirigí a la ventana. Necesitaba respirar aire fresco, ordenar mis pensamientos y mis sentimientos, y repensar qué estrategia usar. Así que, decidí sincerarme: contarle todo lo que había pasado en estos años y lo que sentía por ella. Total, ¡qué más daba! Había soñado más de una vez con esta situación y, aunque las cosas no estaban saliendo a mi favor, debía usar todas mis armas.

Ella tenía que saber lo que me había pasado. Debía enterarse de que había estado enamorado durante todos estos años y lo que esto me había hecho sufrir. Si no se conmovía siquiera una pizca ante esta confesión, ya no insistiría más, pero no me iría de su departamento sin soltar todo esto que había guardado durante tanto tiempo.

Cuando le hablé de estos sentimientos y de todo el dolor que tuve que pasar al verla con otros hombres y, más aún, al enterarme de su matrimonio de hacía años, pude ver que se sorprendió mucho. Y no solo eso, se emocionó. Sus ojos brillaron como nunca le había visto antes, un buen indicativo de que las cosas marchaban bien, así que seguí adelante.

¿Qué podía decirle? Todo se resumía en cuatro palabras: «Me enamoré de ti». Aunque no se lo confesé de ese modo, porque tenía miedo de que sonara muy cursi, y no me considero así. Continué diciéndole que me alegró mucho que se esté divorciando de su marido. ¿Para qué negarlo? ¡Estaba más que encantado que haya decidido sacar de su vida al hijo de puta ese! Finalmente, le conté que estaba muy feliz, porque sentía que con el beso que nos habíamos dado hacía unos instantes, veía concretadas todas las ilusiones que había tenido con ella por tantos

años.

Creo que hasta grité de la emoción. Y era que, ¡mierda! ¡Me era imposible contener toda esa felicidad que me embargaba! Si por mí fuera, me hubiera puesto a saltar esa misma noche encima de los cojines de sus sofás como un niño. Quizá, cogerla del brazo y ponernos a bailar un vals de esos de quinceañeros cursis de las mujeres. O, ¿quién sabe?, literalmente, lanzar por la ventana de su departamento cualquier cosa que encontrara a mi delante.

Yo que sé. ¡Estaba eufórico y ya!

Luego de tranquilizarme, me acerqué a Margarita y le hice hincapié en que sabía que mis sentimientos hacia ella me eran correspondidos. Y no se negó esta vez. De esta manera, decidí continuar con lo que habíamos dejado pendiente en el carro. La besé no una, sino varias veces más, y esta vez me correspondió sin chistar.

En ese momento, mi relación con ella comenzó. Y puedo decir que, desde esa noche, soy el hombre más feliz sobre la faz de la Tierra. Porque la mujer por la que tanto esperé, por la que tanto sufrí, por la que tanto me ilusioné, me correspondía, al fin. ¡Ella me quiere! Y yo a ella, como nunca quise a ninguna.

Pero, todo esto que cuento se ha visto empañado desde hoy en la tarde, en la que me enteré de algo que me confesó mi exnovia: está esperando un hijo mío.

❁ Capítulo 14 ❁

Margarita

Al escuchar las palabras de Luis me quedé estupefacta.

«*Está esperando un hijo mío*».

«*Está esperando un hijo mío*».

«*Está esperando un hijo mío*».

Rápidamente, me libré de su abrazo y me quedé observando el vacío. No sabía cómo reaccionar. ¿Qué decir ante la noticia que acababa de caerme como un balde de agua fría? ¡Dios santo!

Debieron de pasar pocos segundos hasta que sentí que las lágrimas estaban cayendo de nuevo por mis mejillas. El frío de la noche, que entraba a través de la ventana entreabierta del conductor, golpeó muy fuerte sobre mi piel, enfriando el líquido que corría por mi rostro. Sentí que Luis enjuagaba mis lágrimas con sus manos, lo cual me sacó de mi estado de estupor.

—¡Tonto! ¡Tonto!

Comencé a chillar y a insultarlo. Aparté muy rápido su mano de mi mejilla. Empecé a darle pequeños golpes en el pecho, como respuesta a todo el daño y la rabia que estaba sintiendo por él.

—¿Por qué me haces esto? ¿POR QUÉ?

No estaba en mis cabales. Estaba herida, decepcionada y, sobre todo, ¡traicionada!

Si todo lo que me había contado era cierto, él tenía un deber que cumplir con Diana. Un hijo era un lazo que unía a una persona a otra para toda la vida, y yo ahí ya no tenía nada que hacer...

Me habían inculcado que un matrimonio era para toda la vida. En mi caso me había costado mucho tomar la decisión de divorciarme de César, ya que me era muy difícil ir en contra de las enseñanzas católicas de mi familia. Y cuando la había tomado, había sido objeto de reproches por parte de mis padres y de varios conocidos.

Siempre había pensado que un niño debía crecer al lado de sus padres. En mi caso, al no tener ningún hijo con César, esto me ayudó mucho en no declinar en mi decisión de divorciarme.

Él y yo habíamos planificado tener hijos hacía dos años atrás. No obstante, esto nunca se concretó por mucho que lo intentáramos durante bastante tiempo. En un momento determinado, le planteé que, ante nuestros esfuerzos infructuosos, decidiéramos visitar a un especialista, pero se negó rotundamente. Machista como era, decía que no estaba dispuesto a someterse a pruebas invasivas que solo dañarían su pudor; en tal caso, que yo sola me sometiera a aquellas y que, lo más probable, era que la culpa de nuestra falta de concepción fuera solo mía. Ese tipo de actitudes de su parte era una de las tantas que hicieron que me desencantara de él, y que el amor que sentía por mi aún esposo fuera desapareciendo de a poco.

Demás no está decir que no me sometí a alguna prueba de fertilidad. Si César no estaba dispuesto a hacérselas, yo tampoco me las haría; aparte de que, estos exámenes médicos no eran

baratos y mi seguro médico no los cubría. No quería correr sola con dichos gastos, ya que era algo que nos implicaba a los dos, no solo a mí.

Pero, para dicha época, la actitud de César hacia mí cambió de forma radical: llegaba muy tarde a casa, se justificaba con que había ido a reuniones sociales del trabajo y demás excusas baratas —descubriendo más tarde que la causa de aquellas eran sus infidelidades— y nuestra vida sexual se había vuelto un cero a la izquierda.

Al saber que me era desleal con otras mujeres, a mí me daba hasta cierto temor el tener intimidad con César. No sabía si usaba protección con aquellas, así que procuraba, en lo posible, de no tener sexo con él. ¿Quién sabría lo que podría contagiarme?

De aquella manera, nuestras intenciones iniciales de tener hijos nunca se vieron concretadas, y mejor para mí y mi vida futura sin él. Ya luego, cuando se fue de la casa, me hice varias pruebas médicas. Quitando que tuve una infección vaginal, que después me traté, todo estaba correcto en mí. Él no me había contagiado de nada, ¡felizmente!

—Margarita...

Las palabras de Luis seguían resonando en mis oídos, pero yo aún no reaccionaba. Estaba ahí, a su lado, llena de dolor y gritándole de rabia.

—Margarita, por favor...

Sentí que me volvió a abrazar y me daba masajes en el cuello. Yo seguía llorando y temblando.

—Un hijo no significa nada para mí, ¿sí?

—¡Tonto! ¡Tonto!

—*Yo te amo, Margarita.*

Al escucharlo decir las últimas palabras, volví en mí. ¿Luis estaba hablando en serio?

—¿Cómo? —señalé, liberándome de su abrazo y observándolo de manera fija.

—Uhm...

No dijo nada más.

¡Dios mío! Sabía que él me quería, sí. Me lo había confesado antes, pero no pensé que pronunciara esas palabras tan pronto.

Luis no era muy expresivo en sus sentimientos que digamos. Después de su confesión el día que nos reencontramos, creo que solo había vuelto a decirme «Te quiero» en un par de ocasiones aparte de hoy. Pero, nunca pensé que me diría «Te amo».

Lo seguí mirando y le asentí con la cabeza, como una señal de que continuara lo que me había confesado. Me obedeció.

—Bien, te lo he dicho, y no es algo que ande soltando así por así. Eres la primera mujer a la que le digo esto y es la verdad.

Estaba sintiendo una mezcla de emociones que me eran muy difíciles de asimilar: dolor, rabia, impotencia y ahora conmoción.

¡Dios mío! Luis me amaba... ¡ME AMABA!

—Y si confesándote lo que verdaderamente siento por ti, logro que me escuches, he conseguido mi objetivo.

—No lo sabía —acoté, aún incrédula.

—Pues es cierto. Y por esto mismo no quiero separarme de ti, aun con lo que te he contado de Diana.

No sabía qué responderle. Quería mucho a Luis, cierto, pero no estaba segura de que si lo que sentía por él era lo suficientemente fuerte como para decirle «Te amo». A su vez, no estaba muy convencida de que él quisiera que continuáramos nuestra relación, a pesar de lo de Diana. ¿En qué

estaba pensando?

—No sé qué responderte...

—¿No te es suficiente lo que te he dicho? Lo que siento por ti, ¿no te importa acaso?

—Claro que me importa. Y me conmueve mucho que me lo hayas dicho, pero...

—¿Pero?

—¿Qué va a pasar con Diana y con tu hijo?

—Deberé trabajar para tener que cumplir con mis obligaciones. Quizá dejar la universidad y el grupo de rap —habló con mucho pesar en sus ojos.

Yo más que nadie conocía de sus sueños con la música. Cuando me contaba de sus proyectos con su grupo de rap, sus ojos pícaros se le iluminaban con un gran brillo, como un niño pequeño a quien le hubieran regalado un nuevo juguete. Su gran pasión por su arte y la hermosa voz que poseía eran el complemento ideal para un aspirante a cantante como él.

Sin embargo, con la llegada de su hijo, todo cambiaba. Si ya de por sí sus proyectos a futuro habían sido aplazados por la falta de apoyo de su padre, aquellos se complicaban más con la noticia que Diana le había dado. También, su decisión de hacerse cargo de sus responsabilidades me sorprendió. Él, con tan solo dieciocho años, estaba asumiendo las consecuencias de sus actos sin chistar, mucho más de lo que hacían otros hombres mayores que él ante situaciones similares.

—Pues es una buena decisión. Traer un hijo al mundo ya es una gran responsabilidad. Y me alegra que lo asumas así.

—No creas que estoy muy entusiasmado con la idea, ¿eh? —me dijo con gran agobio.

Su mirada se perdió en el vacío de la ventana del coche.

En ese momento comenzó a lloviznar. El invierno, que aún no quería dejarnos, se asomaba de nuevo esa noche, sintiéndose un aire gélido en el ambiente, acorde con el tema tan delicado que estábamos tratando.

—¿Y qué piensas al respecto? —me preguntó.

—¿Cómo?

—Pues eso, lo que te dije antes. A pesar de que Diana está esperando un hijo mío, yo quiero seguir contigo. ¿Qué piensas tú de ello?

No supe qué responderle.

¡Madre mía! ¡Un hijo de Luis y de Diana!

Tenía la cabeza en ese instante llena de tantas culpas, de pensamientos, de emociones... que me era difícil saber qué contestarle. Finalmente, dije lo primero que se me vino a la cabeza, sin meditarlo mucho siquiera:

—No sé. Quizá debas regresar con ella... Yo...

—¿¿CÓMO?! ¿¿Quieres terminar conmigo por esto?! —dijo con los ojos llenos de angustia y cogiéndome las manos con desesperación.

Estaba ya a mi límite. Había experimentado tantas cosas este día que me era imposible pensar con claridad.

—Luis, no sé... Yo... —señalé con los ojos llenos de lágrimas, las cuales volvían a traicionarme de nuevo.

—¡Que te quede clara una cosa, Margarita! —me interrumpió—. No soy de la idea de que una pareja se case o esté junta porque tengan un hijo, ¿bien? Lo que debe unir a dos personas es el sentimiento que ambas tengan, no un niño de por medio. Y lo que yo siento por ti es suficiente como para querer seguir esta relación, ¿me entiendes?

—Es que...

Sentí que una gran tristeza volvía a oprimir mi pecho. El corazón quería salirse de su lugar. Mis ojos se volvieron nublosos en un instante. Experimenté que yo ya no tenía más ganas de nada... ¡de nada!

—Por favor, no llores, Margarita.

Seguía hablándome, pero ya no lo escuchaba, simplemente seguía llorando.

Tantos eran mis sollozos, que mi voz estaba entrecortada. Mis gemidos eran tan fuertes, que se mezclaban con las palabras que Luis me decía en ese instante, impidiéndome oírlo con claridad.

Empezó a secar mis lágrimas con sus manos. Estas, al contacto con mi rostro, eran tan cálidas, que comencé a sentir algo que me dejó muy apenada.

A pesar de tenerlo a centímetros de mí, empecé a extrañarlo, a echar de menos la sensación del contacto con su piel, de sus palabras, de sus besos, de escuchar su voz... Y fue ahí que resolví lo que debía de hacer: tenía que tomar una difícil decisión, por mucho que me costara asimilarla luego.

Respiré profundo para tratar de calmarme. Luis me abrazó con mucha intensidad. Comenzó a besarme en el pelo y la frente. Me daba masajes en la espalda para tranquilizarme, mientras escuchaba que me decía al oído «Cálmate, por favor, ya no llores».

Finalmente, solté lo que tenía que decir y con esto, sentí que, con mis propias palabras, me provocaba a mí misma la más grande de las tristezas que había experimentado en mis veintiocho años de vida:

—Lo siento, Luis. No creo que pueda seguir contigo.

❁ Capítulo 15 ❁

Margarita

No calculé muy bien cómo decir las palabras que tanto me herían. Pero, al expresarlas, sentí que mi mundo alrededor se derrumbaba. Sin embargo, no me veía con mayor ánimo para continuar.

—Margarita, no me digas eso... —me dijo Luis, quien me había soltado de su abrazo.

Me observaba fijamente con sus ojos color castaño, los cuales despedían una gran tristeza. Estaban muy brillosos, parecía que quería llorar. Pero, en todo momento, creí que se contuvo de hacerlo.

—No me digas eso, por favor —agregó.

—Yo no puedo estar contigo sabiendo lo que tienes con Diana.

—¡Ya te dije que eso a mí no me importa!

—¡Pero a mí sí! —Levanté la voz—. ¿Lo entiendes? ¡A mí sí me importa!

Tenía tanta rabia acumulada ante todo lo que me pasaba, que ya estaba a punto de perder la paciencia.

—¿Qué puedo hacer para que lo entiendas? —señaló muy compungido y en un tono apenas perceptible.

—Nada. No puedes hacer nada —dije mirando al suelo.

No quería seguir observándole a los ojos, porque no sabía por cuánto tiempo más podía seguir con esa farsa.

—Aparte, me he dado cuenta de que, en realidad no te quiero —mentí.

—¿CÓMO?!

Me cogió de la muñeca de mi mano derecha y con la otra mano me tomó el mentón, levantándolo y haciendo que tuviera que mirarlo, frente a frente. Tuve que voltear mi rostro hacia el lado izquierdo.

No quería, y no podía, seguir viéndolo; porque, de solo cruzarme con sus hermosos ojos, los cuales despedían una gran desesperación, como nunca se la había visto, se me partía el corazón; aún más, al saber que yo era la causante de esto, solo lograba que empezara a odiarme a mí misma a partir de este instante.

Él debió de darse cuenta de aquello, ya que lo siguiente que dijo no hizo más que confirmarlo:

—No me desvíes la mirada, Margarita —habló, casi ordenándome.

No le obedecí.

—Margarita...

Mi celular, con el último tono que me había descargado Luis la noche anterior — *Junto a ti* de Vico C y Sin Bandera— sonó de improviso. Me separé de él y procedí a revisar mi teléfono.

—¿Quién será a esta hora? —dije en voz alta, ya que el reloj de mi móvil marcaba las 12:06 am.

Luis se me quedó mirando con una cara de pregunta.

—¿Quién te llama tan tarde?

—Ni idea.

Cuando procedí a contestar el teléfono, la voz al otro lado me sonó familiar.

—¿Maggi?

¡Era Paula!

—Hola, ¿qué pasa? —señalé, algo fastidiada.

Su llamada era muy inoportuna y no solo por las horas en que la hacía.

—Disculpas que sea tan tarde, pero llamé a tu casa y no me contestabas.

—Es que no me encuentro ahí, pero no tardo en regresar.

—¿Puedo ir a tu casa ahora?

Me pareció poco prudente recibirla a esta hora. Ya estaba agotada con todo lo sucedido este día. Y como preveía que ya no quedaba mucho que hilar en mi conversación con Luis, lo único que deseaba era regresar a mi departamento y dormir. No obstante, la voz en mi amiga sonaba muy preocupada; y para llamarme a estas horas para ir a mi casa, debería de ser algo con suma urgencia.

—Está bien. En media hora puedes pasar por aquí.

—Bien, nos vemos.

Cuando procedí a darle clic al botón de terminar la llamada, la mirada inquisitiva de Luis aún seguía en su rostro.

—¿Quién es?

—¿Importa acaso? —le contesté de mala gana.

Dio un fuerte suspiro. Luego de ello habló:

—¿Estás segura de lo que me dijiste? Porque no te creo.

—No empieces...

—¡Mentirosa! —me interrumpió—. No te creo, porque si fuera así, no hubieras venido con los ojos hinchados de haber estado llorando, seguro porque me viste al lado de Diana.

¡Me quedé asombrada ante lo que decía!

Había estado llorando, sí. Y cuando me enteré de que él había venido a buscarme, había puesto mucho cuidado en disimular con maquillaje las ojeras de mis ojos. Pero, todo fue en vano, Luis se había percatado de ello.

—¿Cómo lo sabes?

—Siempre he sido muy observador, creo que más que el resto de las personas promedio. Cuando tú lloras y estás triste, tus labios se te resecan y los tienes entreabiertos.

Lo observé como esperando a que continuara.

—No por gusto he estado enamorado de ti desde muy chico y desde entonces me he fijado hasta en tus más mínimos detalles.

Al escucharlo, la emoción en mi corazón volvió. Definitivamente, Luis sabía cómo moverme el piso con unas simples palabras.

—Aunque para muchos, incluyéndote a ti misma, aquellos pueden ser imperceptibles —continuó mientras acariciaba mi mejilla con su mano derecha.

¡Dios santo! Yo estaba a punto de ceder, de decirle que no quería terminar con él, que quería que siguiera moviendo dentro de mí todas estas hermosas sensaciones, todos estos sentimientos que sentía por él...

Pero ¡no! ¡Debía ser fuerte! ¡No me podía dejar llevar por Luis!

Mi decisión ya estaba tomada. Moví la cabeza en señal negativa y, rápidamente, aparté su mano de mi rostro.

—Lo siento, pero ya te dije que lo nuestro se acabó. Y Paula ya no debe de tardar en llegar, así que será mejor que me vaya —señalé mientras trataba de abrir la puerta del carro para salir.

Luego de insistir en vano, me percaté de que la puerta tenía la perilla de la cerradura puesta.

—¿Puedes abrirme la puerta, por favor?

—¿Te vas a ir así, sin más?

Se quedó observando hacia el frente del parque mientras tocaba, con nerviosismo, el volante.

—¿Me vas a dejar salir?

—¡No!

—¿Qué es lo que pretendes?

Nunca lo había visto tan terco. La verdad era que, esa actitud suya estaba comenzando a preocuparme.

Volteó a contemplarme con esa mirada suya tan penetrante, que conocí el día que nos reencontramos y la cual me era imposible de obviar.

—Si me dices, mirándome fijamente a los ojos, que ya no me quieres ni sientes nada por mí, te prometo que te dejaré ir y ya no sabrás más nada de mí.

Fui incapaz de hacer lo que me pedía. No quería caer en la tentación de hacía unos instantes, así que solo insistí en mi petición:

—Ábreme la puerta, por favor...

Pensé que iba a insistir en lo que me pedía, pero no fue así; la cerradura de la puerta del coche se quitó en un santiamén.

—Gra-gracias —le dije en voz baja.

Rápidamente, salí del carro. Lo contemplé por breves instantes. No me dirigió la mirada, sino que volvió a observar al vacío.

Al verlo ahí, tan solo, lejos de mí, sabiendo que esta era nuestra despedida, quise decir algo que atenuara en algo nuestra tristeza:

—De verdad, siento que esto no haya funcionado entre nosotros. Espero que todo te vaya bien con Diana y con tu hijo. ¡Adiós!

Luego de decir esto, proseguí mi camino hacia mi departamento.

Pero, pasados unos minutos, cuando solo me faltaba unas dos cuadras para llegar, me fijé que alguien me estaba siguiendo. Cuando volteé para ver quién era, me di cuenta de que era Luis.

—¡Margarita, aún no has hecho lo que te pedí! —exclamó dentro del carro.

—Pensé que ya te habías ido. ¡Déjame tranquila!

—Vamos, dime que no me quieres mirándome a los ojos y te dejaré en paz para siempre.

Lo ignoré en su totalidad y proseguí con mi camino. Escuché que el motor de su coche dejó de sonar y se estacionó a mi costado. Él salió y se acercó a mí rápido, cogiéndome de la mano derecha.

—¿Qué haces?! —le reclamé.

No me respondió. Solo me abrazó y me besó... y yo ya no me separé de él. Simplemente me dejé llevar por el suave tacto de sus labios, de su olor, de su calor...

—¡Margarita!

Cuando volteé mi rostro para ver quién me llamaba, me di cuenta de que era Paula. ¡Dios mío!

De inmediato, me separé de Luis y de su abrazo. ¡Caray! Había sido pillada por mi amiga y en una situación que no me la esperaba. ¡¿Qué le iba a decir?!

—Ho... hola.

La sangre debió de subírseme al rostro, porque me sentía muy avergonzada. Busqué de inmediato un tema qué conversar para que ella no me asaltara con preguntas incómodas. Fue ahí que me fijé que el reloj invertido de Luis marcaba aún las 12:20. ¡Qué inoportuna Paula! Le había dicho que me pasara a buscar en media hora y no habían pasado ni quince minutos desde nuestra conversación.

—No pensé que llegarías tan temprano. Ya iba para mi departamento.

—Ya veo por qué estabas tan «ocupada» afuera y no en tu casa —me dijo con una mirada muy pícara y sonriendo de costado.

Me sorprendí mucho al ver su reacción. Pensé que me reprocharía o me miraría con cara de acusación, pero ¡todo lo contrario!; parecía que la situación entre Luis y yo la divertía de sobremanera.

—Paula, por favor, me esperas en la puerta del edificio. No tardo en ir.

—Está bien —dijo aún sin quitarme sus divertidos ojos café encima de mí—. Un gusto conocerlo, jovencito... eh, ¿novio de Maggi? —habló observando a Luis y guiñándome el ojo, para luego irse metros más allá.

—Igualmente —mencionó él con un asentimiento de su cabeza.

Luego de que ella se fuera a una cuadra de donde estábamos Luis y yo, decidí dar por terminado lo que tenía que hacer.

—¡Esto no debió pasar! ¡Fui bien clara al decirte que nuestra relación se había acabado!

—Si es así, tu reacción a mi beso no fue nada despectiva, todo lo contrario —mencionó con su típica reacción pícara de cruce de brazos y mirada de chulería—. Admítelo, ¡te mueres por mí!

—Luis, ¿acaso no lo entiendes? —dije fuera de mis casillas y levantando la voz—. ¡NO QUIERO SEGUIR CONTIGO! Yo no te quiero... yo...

—¡Mentiras! —exclamó volviendo a su posición inicial—. Tú me quieres tanto como yo a ti. Tus labios no me engañan, mi boquita... —refirió mientras intentaba volver a tomar mi mentón y a besarme, pero lo rechazé.

—No voy a decirlo más. ¡Esto se acabó! ¡Entiéndelo!

—Pero...

—¡Compréndelo! Y si me disculpas, debo ir a ver qué necesita Paula, quien me está esperando —dije dándole la espalda.

—No voy a aceptar tu decisión, ¡¿te quedó claro?! —gritó.

—Si no quieres entenderlo, allá tú.

—Luego de que termines con tu amiga, estaré esperándote aquí abajo, con el carro estacionado. Espero que bajes y que sigamos con lo que tenemos pendiente.

—Esperarás en vano.

—Si no regresas, te prometo que ya no te volveré a buscar... nunca más.

Quise decirle algo más, pero solo atiné a soltar una palabra:

—Adiós.

Me volteé y caminé con paso ligero para alejarme rápidamente de Luis, porque yo no sabía por cuánto tiempo más podía seguir con esta farsa y dejarme traicionar por mis verdaderos sentimientos hacia él.

Cuando llegué a la puerta de mi edificio, la mirada de Paula era una interrogante ansiosa de chismes y de mucho más.

—Maggi, ¡ahora mismo me explicas lo que vi hace unos minutos!



Luego de subir y de contarle lo que sucedía —¡Qué remedio! No podía negar lo innegable—, ella se puso a chillar de la emoción. Me recordaba a nuestras charlas de años atrás, cuando éramos adolescentes y nos contábamos nuestras anécdotas amorosas.

—¿Te alegra saberlo? —le pregunté, dubitativa.

En ningún momento vi algún atisbo de reproche en el rostro de Paula. Todo lo contrario, parecía que le hacía ilusión.

—Por supuesto. ¿Por qué no debería? Me hace feliz saber que, después de tu divorcio, estés rehaciendo tu vida. ¡Y el chico es muy guapo! Has sabido escoger muy bien, picarona —dijo con su mirada tan inquisitiva. Parecía que estuviéramos planificando el atraco a un banco. Sacó una caja de cigarrillos de su cartera—. ¿Te molesta si fumo?

—No.

Encendió su cigarrillo marca Lucky Strike y le dio una bocanada.

Me quedé ahí, esperando a la pregunta que pensé que me soltaría. Pero, pasados unos segundos, la impaciencia me carcomía. Fue entonces que, decidí tocar el tema que ella había obviado:

—Me sorprende que no me hayas dicho que es algo menor para mí.

Volteó a observarme luego de soltar las cenizas de la colilla de cigarrillo. Después de ello, habló:

—¿Crees que te voy a reprochar por hacer algo que está a la moda?

—¿A la moda? —repetí, sorprendida.

—¡Ay, Maggi! ¿No me digas que no lees las revistas y ves programas de farándula?

—Bueno, no es un tema que me interese mucho.

—¿Acaso no sabes que está de moda que las mujeres mayores estén con hombres menores que ellas?

Abrí los ojos muy sorprendida. Mi amiga, con el pelo recientemente teñido de rojo, me recordaba a la presentadora de un programa de chismes farándula local, *Magaly TV*.

—Shakira con Piqué, Jennifer López con el brasileño Casper Smart, Sharon Stone con Martin Mica, Kylie Minogue y Andrés Velencoso...

Siguió hablando y hablando. Mencionó nombres de otras mujeres y hombres, los cuales nunca había escuchado en mi vida. Creo que me perdí cuando mencionó a Sharon Stone, a quien recordaba por ser la protagonista de una película noventera, *Bajos Instintos*.

—¡Dios! Te sabes la vida de todos los famosos —señalé un poco aburrida sobre el tema.

—Nada, ni te creas. Solo te he mencionado no más de unas diez parejas famosas que han pasado lo mismo que tú.

¿Solo diez? ¡Madre mía!

—Aparte —prosiguió —, que supongo que la diferencia de edad entre ambos no debe de ser mucha. ¿Cuántos años tiene? ¿Veintiuno? ¿Veintidós?

—Die... dieciocho.

—Oh, ¡vaya! Por lo menos es mayor de edad; aunque con esas trencitas y la barba incipiente que tiene, yo le echaba más. ¿Y sabes qué? —indicó, terminando de apagar su cigarrillo y bebiendo una copa de vino que le había servido—. ¡Hacen ustedes una pareja muy linda! Cuando los vi ahí, abrazados y besándose. Ayyy...

Comenzaba a sentirme muy incómoda con el tema, pero parecía que a Paula la comidilla de saber más de Luis y de mi vida amorosa la carcomía por dentro.

—Aunque luego me pareció que estaban discutiendo. ¿Primera pelea de novios?

El tocar este asunto hizo que ya no solo me sintiera fastidiada, sino también apenada. El cúmulo de tensiones y emociones tan tristes, que pensé que se había ido minutos antes, volvió a mí. Y las lágrimas regresaron.

—Maggi...

Le conté lo que estaba pasando y por qué había decidido terminar con Luis. Pero, luego de escucharme y de pasarme, por enésima vez, un pedazo de papel higiénico para sonarme la nariz, la mirada de reproche, que había esperado en ella antes, se dibujó en su cara.

—¡Eres una tonta!

—Lo sé —mencioné, mientras iba al baño para lavarme el rostro.

Cuando regresé, luego de echarme agua a la cara para enjuagar mis lágrimas, Paula estaba al lado de la ventana que daba para la calle.

—¿Ese no es el carro de tu enamorado? Me pareció verlo estacionado junto a ustedes mientras se daban besitos —dijo con ese tonito de voz que empezaba a fastidiarme.

Me asomé para ver si era cierto lo que me decía. Y así era, ahí estaba el coche blanco marca Toyota, con Luis en su interior. Él no se había ido, tal y como me lo había dicho.

—¿Podemos dejar el tema, por favor? —señalé con evidente fastidio, mientras volvía a sentarme en uno de los sofás de mi sala.

—Pero, Maggi...

—No quiero seguir hablando más de Luis Villarreal, ¡¿quieres?! —dije en un tono de voz muy enojado. La insistencia de mi amiga ya me estaba sacando de mis casillas.

—¡Espera un momento! Dijiste... ¿Villarreal?

¡Dios mío! Para cuando me di cuenta, ya había hablado demás.

—Ese bombón —señaló indicando con su mano en dirección a la ventana— de trenzas rubias que vi hace un rato es... ¿Luis Villarreal? ¿El hermano menor de Ada Villarreal? ¿Tu mejor amiga del colegio, con la que nos íbamos de juergas junto con el resto del grupo, cuando éramos adolescentes?

Solo atiné a asentir con la cabeza a la vez que intentaba tragar saliva.

—¡Madre santa! Entonces, si su hermano está en Lima, eso quiere decir que... ¿Ada y su familia están aquí, en la capital?

Volví a mover la cabeza en señal afirmativa.

—Ya todo empieza a tener sentido. Si ese bombón tiene los mismos ojos de Ada, ya decía yo.

El descubrimiento que hizo solo provocó que me sintiera más avergonzada de lo que ya estaba. No obstante, ya estaba harta de que se refiriera a Luis como «ese bombón». Más respeto hacia mí y mi exnovio, ¿ok?

—Y me dices que has terminado con él solo porque una *chibola*^[9] se metió entre ustedes

—Te pediría que ya no insistas más con el tema.

—Maggi, yo...

—¡Por favor! —grité.

Ya no quería tocar más el asunto y Paula ya había agotado la poca paciencia que me quedaba esta noche.

—Bien, no te enojas —dijo con gesto de ofendida.

Se sentó frente a mí. Dio un tímido sorbo a la copa de vino que estaba por acabarse, así que intuí que deseaba seguir bebiendo más.

Queriendo hablar de algo más agradable, opté por preguntarle el motivo de su inesperada visita a horas poco apropiadas.

—Quedamos en que me llamarías, ¿recuerdas? —me increpó.

—¡Dios mío! Discúlpame. Es que tengo la cabeza llena de tantas cosas y ando muy distraída.

—Es comprensible —dijo moviendo su cabeza con dirección a la ventana de la calle y haciendo una mueca con los labios.

—No empieces, ¡vamos! —señalé soltando una sonrisa. ¡Paula era terrible!—. Pero... si me olvidé de llamarte, ¿por qué tan tarde me telefoneaste? ¿No podías hacerlo en una hora más prudente?

—Bueno, sí, pero lo que pasa que...

Dio un gran suspiro. Vi que su semblante relajado cambió a uno de tristeza, parecido a cuando platicamos en el parque.

—¡Marcos y yo peleamos!

Me contó que, horas antes, su novio había ido a su casa para tomar un par de copas y luego salir a pasear. Mas, cuando decidió sincerarse con él y le planteó el tema que había tocado conmigo en nuestra charla anterior, Marcos se enojó; una reacción muy distinta a la que ella hubiera esperado de su futuro esposo. Y estaba muy triste por aquello. Era por esta razón que me buscó de nuevo y tan tarde; porque estaba desesperada y necesitaba desahogarse conmigo, ya que yo era la única persona, aparte de su novio, que sabía de sus temores y dudas respecto al matrimonio.

—En fin... Gracias, Maggi, por escucharme. La verdad es que necesitaba alguien con quien llorar mis penas —dijo mi amiga limpiándose, con un pequeño pañuelo, una lágrima que caía por su mejilla izquierda.

—¡Bah! Para eso estamos las amigas.

Nos dimos un gran abrazo de despedida. El taxi que había llamado para que la llevara a su casa había llegado; me di cuenta de esto cuando abrí la cortina de mi ventana y observé hacia la calle. Pero, también me percaté de que Luis estaba aún esperándome.

—Ese bombón está aún abajo —indicó, antes de cerrar la puerta de mi casa, ya que también había salido a la ventana para ver si venía su taxi—. ¿No vas a bajar a conversar con él?

—Prefiero que las cosas sean así.

—Pero, Maggi...

—¡Pauli, tu taxi te está esperando! —la interrumpí.

Soltó un gran suspiro de resignación. Luego de ello, habló:

—Ok, ok, no hablaré más del tema. Pero, antes deirme, déjame decirte que, si en verdad ese chico ha estado enamorado de ti todo este tiempo, no es justo que, por un desliz, lo alejes de tu vida. Piensa en ello, ¿está bien?

—Bien.



Después de que Paula se fuera, me quedé observando a Luis desde la ventana.

Hacía mucho frío. Si mi reloj interno no me fallaba, debían de ser aproximadamente las dos de la madrugada. Y él seguía ahí, tan fiel a mí, esperando por mi regreso.

Pero, decidí mantenerme fuerte en mi decisión. Fue así como, luego de ver un poco de televisión por cable, me fui a dormir aproximadamente a las tres de la mañana.

Antes de irme a mi cuarto, me acerqué de nuevo a la ventana para ver el carro blanco de él. En efecto, aún estaba ahí. ¿Hasta cuándo pensaría esperarme?

Haciendo tripas corazón, luego de darle la comida a Napoleón, me retiré a dormir, esperando que, con ello, mi mente y mi corazón se despejaran de todo lo malo que había pasado en aquel maldito día que quería olvidar.

Pero, como me fue imposible conciliar bien el sueño, sabiendo que tenía a alguien aguardando por mí, me desperté como a las cinco o seis de la madrugada. Aún estaba oscuro y en plena primavera de la ciudad era usual que, a esas horas, los primeros rayos del sol todavía se demorasen en salir.

Luego de dirigirme al baño para orinar, me picó la curiosidad por ver si estaba aún esperándome.

¡Quería que se fuera, que no me esperara más, que se fuera de mi vida! Pero... ¿era verdad?

¡La respuesta era no! Al solo ver de nuevo su coche, experimenté una gran algarabía dentro de mí, y provocó que me diera cuenta de lo que estaba yo haciendo.

De inmediato, me puse una cobija y salí como alma que llevaba el diablo. Rápido, llegué al ascensor y bajé los pisos. Cuando llegué a la puerta del edificio y salí, me dirigí hacia donde él estaba.

Estaba profundamente dormido. Se había puesto encima una manta para cobijarse del frío limeño que era aún inclemente en esta época del año. Contemplarlo así, tan tranquilo en los brazos de Morfeo, con una gran paz que emanaba, hizo que me emocionara mucho.

A pesar de la situación tan delicada en la que se encontraba nuestra relación, él insistía en seguir a mi lado, sin importarle el tiempo, el clima, la edad, el que yo lo tratara mal, los obstáculos de por medio... ¡Todas estas malditas cosas que estaban en nuestra contra, a Luis no le importaban en lo absoluto!

Como una maldita metáfora de cómo había sido su espera por mí desde tiempo atrás, él había aguardado muy paciente en su carro. De solo verlo así y reflexionar sobre esto, hicieron que me odiara por cómo lo había tratado.

Toqué la ventana de su auto con insistencia. Luis se despertó y abrió un poco aquella.

—¿Estás aquí? —pregunté.

—Nunca me fui —me respondió con una gran sonrisa en su somnoliento rostro.

—¿Por qué te quedaste?

—Por si me necesitabas —señaló con su típica sonrisa pícaro, pero ahora mezclada con una gran alegría.

—¿Puedo entrar?

—Pues si quieres, aunque te aviso que esta «habitación» no es tan cómoda... —dijo mientras abría el cerrojo de la puerta.

Yo no aguanté más. Abrí la puerta de inmediato y, literalmente, me lo comí a besos a Luis, el hombre que me quería y había esperado por mí, una vez más.

❁ Capítulo 16 ❁

Luis

Desde mi pelea y luego reconciliación con Margarita, hablamos largo y tendido en su departamento esa mañana. Me confesó todas sus dudas y temores acerca del porqué había pensado terminar conmigo. Una vez más, tuve que ser comprensible con ella. Traté de ponerme en sus zapatos.

No solo era tan pegada a las normas, a lo que el resto opinara de ella y al temor respecto a nuestra diferencia de edad; tenía miedo de volver a fracasar en otra relación amorosa. Me contó que sus padres aún le reprochaban sobre su reciente divorcio. Y si a eso le sumábamos lo que le habían inculcado, que un hombre y una mujer que habían concebido a un hijo antes del matrimonio debían casarse para siempre —¡Estupideces de su religión!—, pues había estado muy cerca de mandar todo al diablo, incluyéndome a mí.

A pesar de todas sus dudas y temores respecto a lo que teníamos, se sinceró y me confesó que no deseaba separarme de mí. Me dijo «Te quiero tanto», con varias lágrimas en los ojos, lo cual solo hizo que me conmoviera ante ella, la llenara de besos y de abrazos.

En ese instante sonaba en la radio la canción de un grupo mexicano, OV7. Como siempre, empecé a cantarle a Margarita, como a ella tanto le gustaba:

—*No hay otra mujer mejor que tú para mí...*

Luego de que acabó la canción, retomé mi conversación inicial.

—Te lo dije. ¡Te mueres por mí! —señalé mientras le cogía el mentón y le daba un gran beso a modo de recompensa.

—¡Hey! ¡No te creas tanto, querido! —dijo cogiéndome las manos con las suyas.

—Sí, claro, ahora hazte la desentendida —mencioné separándome de ella y cruzando mis brazos. Me apoyé en la pared de su sala, queriendo parecer un modelo sexy de portada—. ¿Quién me acaba de decir «Te quiero tanto»? —hablé con mi voz más gruesa, volteando el rostro hacia otro lado, queriendo destilar mi aura más sensual e ignorarla. ¡Ansiaba fastidiarla!

—No empieces, ¡vamos! —Me dio un leve codazo en mi pecho y sonrió.

—Auchhh. ¡Me has roto la costilla! —fingí e hice como si me hubieran dado un balazo al corazón.

—¡Zonzo!

Cuando encauzamos el tema más serio de nuestra conversación, le confirmé lo que había dicho antes: buscaría un trabajo para tener el dinero suficiente para cumplir con Diana y con mi hijo, pero yo seguiría con mi relación con ella.

No tenía la más mínima intención de volver con mi ex, menos casarme, como decía Margarita que en su religión le inculcaban que debía hacer una pareja si tenía un hijo.

—¿En serio les enseñan esas tonterías en la iglesia? —pregunté, incrédulo, sentado en uno de los sofás de su sala—. ¿Que dos personas se casen, aunque no haya un amor mutuo?

—Bueno, mi guía espiritual me inculcó desde pequeña que... —dijo parada a mi costado.

—¡Pues desde ahora yo seré tu guía espiritual! —la interrumpí, cargándola con mis brazos y llenándola de besos de nuevo, llevándola al sofá más grande para estar más cómodos los dos.

Con el transcurso de los minutos, los besos y abrazos dieron paso a algo más.

Recordando lo que había ocurrido en ese sillón hacía dos noches, me percaté de que nuestra relación estaba desarrollándose a un siguiente nivel. Pero, ya no pensaba con mucha claridad, solo me dejaba llevar.

Mis caricias hacia ella llegaron a un punto en que no se podían contener. Sin embargo, esta vez Margarita no opuso resistencia alguna como antes. Todo entre los dos transcurrió con ternura, con suavidad y con sensualidad.

Cuando llegó un momento en el que el fuego del ambiente ya no daba más, la frialdad volvió a mi cabeza. Fui directo al grano:

—¿Tienes protección?

Sus ojos se abrieron como platos. Lentamente, se separó de mí y se sentó a mi costado.

—No, no tengo —dijo con un gran rubor en su rostro, observando de manera fija a una de las macetas de margaritas que adornaban el centro de la mesa de su sala.

—No quiero presionarte ni nada —alegué mientras le acariciaba el pelo y le quitaba algunos mechones de su rostro. Estaba un poco despeinada producto de la «acción» anterior—. Solo que... Bueno, no sé, pensé que como estábamos así...

—Estás...

—¿Sí? —la animé a continuar.

—¿Estás seguro de que quieres dar el siguiente paso? —habló muy rápido y con una gota de sudor recorriendo su frente.

—¿Cómo? —dije sorprendido.

—Bueno, «eso» —indicó evidentemente sonrojada y con una mirada hacia un costado.

Era obvio que para ella tratar sobre estos temas era algo difícil. Después de todo, con la educación tan católica y rígida que había recibido, caí en la cuenta de que hablar sobre el sexo no era algo usual en Margarita.

Suspiré. Luego de eso solté una sonrisa.

—Mira, no lo sé. Si te confieso, creo que últimamente me he vuelto muy impulsivo contigo. Si te has sentido incómoda por esto, lo siento.

—Bueno... —indicó, aún algo apenada.

Iba a contestarle, pero algo me interrumpió. Era una llamada.

Abrí mi celular para ver quién era: ¡Diana! Pero, como no quería atenderla, apagué mi teléfono para que se diera cuenta de que no quería hablarle.

—¿No crees que es un poco descortés de tu parte?

—A ella no le va a faltar nada económico, pero no voy a permitirle que ande llamándome a cada rato para controlarme.

—¿Por qué lo dices?

—Ya hablé con ella ayer y le dejé las cosas bien claras. Pero, se empeñó en que quiere volver conmigo. ¡Y la conozco! Una llamada suya a estas horas —miré mi reloj que me indicaba las 08:12 am— es para decirme «*Buenos días, mi amor, ¿quieres tomar desayuno conmigo?*» —dije tratando de imitarla.

Se rio.

—Bueno... hablando de desayuno, ¿quieres que te sirva algo para comer? —dijo ya más relajada y con su semblante de antes.

—¡Por supuesto! ¡Tengo un gran apetito!

Se esmeró en servirme tres panes con huevo frito, un jugo de naranja, leche chocolatada en una gran taza —que parecía un mini balde y estuve picándole todo el rato con eso, diciéndole que me estaba equiparando a Napoleón— y un par de plátanos.

Luego de comer y antes de retirarme, ambos hicimos una promesa: que, pase lo que pase, estaríamos juntos.

Ya le había confesado mis sentimientos una vez más y ella hizo lo propio conmigo. Así que decidimos seguir con lo nuestro, a pesar de lo que se pusiera en medio.

No obstante, cuando le pregunté si estaba lista para dejar de esconderse de nuestra relación, estuvo aún dubitativa: me pidió tiempo. Una vez más, tuve que ser comprensivo y hacer uso de la paciencia que tanto me caracterizaba respecto a ella. Decidí no insistirle más con el tema.

De este modo, me despedí de ella y seguimos viéndonos como antes, pero con la seguridad de saber que Margarita me quería, tanto como yo a ella.



Luego de hablar con mi novia, quedaba pendiente decirle a mi familia lo que pasaba con mi ex.

A mi mamá la idea le sentó muy mal. No tragaba a Diana para nada, ya que siempre la había considerado muy engreída y soberbia. Se horrorizó de que hubiéramos tenido relaciones sexuales antes de casarnos. ¡Mi madre, como siempre, en la época de las cavernas! Pero, acepté sin chistar sus sermones; no me encontraba en posición de refutarle nada.

La reacción de Ada fue similar. Sin la presencia de mi madre, se la pasó regañándome al decirme cómo se me pudo haber olvidado usar un condón aquella noche con Diana. Yo solo me excusé de que, por culpa de la cerveza, no me acordaba de nada.

Mi hermana y yo, a pesar de la diferencia de diez años que nos llevábamos, teníamos la suficiente confianza como para contarnos nuestras intimidades, por ejemplo, nuestras relaciones con nuestras parejas. Cuando yo era adolescente y tenía dudas sobre temas sexuales, no tuve reparo en preguntarle. Ella era la única persona con la cual me sentía cómodo para hablar de eso.

Mi padre —tan machista, anticuado y autoritario con sus hijos— no era una persona con la que se pudiera hablar de estos temas, menos mi madre —tan religiosa y quien siempre le hacía caso en todo a él.

Ada y yo compartíamos algo más en común respecto a nuestra relación con ellos dos: ambos nos habíamos rebelado a la manera en que nuestros padres, sobre todo mi papá, querían que encamináramos nuestras vidas.

Antes de que Diana y yo tuviésemos nuestro primer encuentro sexual, le pregunté cuál método anticonceptivo era el más seguro. Ella me informó que no había uno 100% efectivo, pero me recomendó el preservativo, ya que este también protegía de las enfermedades de transmisión sexual, cosa que otros métodos anticonceptivos no.

Por toda esta confianza entre ambos, su llamada de atención hacia mí fue más severa. Más aún, cuando le informé que pensaba abandonar mis proyectos musicales para trabajar y mantener a mi hijo, la expresión en su rostro fue de gran decepción.

—Oye, ¿quieres decir que vas a tirar al agua todo lo que has luchado? —me increpó en mi cuarto, mientras me lanzaba una almohada en mi cara—. ¿Por una simple noche vas a abandonar tus sueños de tantos años, enano?

—¿Enano? ¡Soy más alto que tú por diez centímetros, bruja! —dije devolviéndole otro

almohadazo.

—¡Deja de cambiar de tema de conversación! Y ya, hablemos en serio —me indicó sentándose a mi lado, en mi cama.

—¿Y qué voy a hacer? ¡Dime! ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Uhm...

Se puso muy pensativa. Finalmente, como siempre, se convirtió en mi ángel de la guarda dándome consejos y demás.

—¿Estás seguro de que está embarazada? Porque yo la he visto igual, con su típica cara de «*Ay, me apesta todo*».

Me reí.

—Nunca la has tragado, ¿no?

—Arghhhh.

Hizo una cara de asco y el ademán de ahorcarse a sí misma.

A ella nunca le había caído bien Diana. Decía que solo era una niña engreída y que miraba por encima del hombro a muchas personas en Arequipa, siendo racista con la propia gente de su ciudad y solo por tener rasgos indígenas. Si lo analizaba en profundidad, se podría decir que estaba en lo cierto.

Cuando estudiábamos en Arequipa, era usual que en nuestra clase hubiera chicos con rasgos indígenas, cuyos padres tenían el dinero suficiente como para pagar la matrícula en un colegio privado y caro. En la fiesta de graduación de la secundaria, por un desplante que Diana le hizo a una chica de la clase por ese tema, me di cuenta del racismo asolapado que tenía. Pero, como estaba enamorado de ella en ese tiempo, pasé por alto ese detalle.

Ahora, como se podría decir que el solo hablarme de Diana me provocaba fastidio, sus defectos resaltaban más de la cuenta.

—Bueno, retomando nuestra conversación inicial, no creo que ella esté jugando con ese tema, ¡mierda! Un hijo es algo muy serio como para que me esté mintiendo.

—Ay, callejero, tú que te la das de un hombre que ha vivido mucho y no eres más que un niño...

—dijo observando hacia el techo y dándome un codazo levemente.

Cuando me decía que era un niño, la rabia me carcomía por dentro; porque eso era un indicativo de que yo no había crecido lo suficiente como para estar a la altura de Margarita, por mucho de que ella me hubiera dicho horas antes que me quería.

—Voy a cumplir diecinueve años en poco tiempo, por si no lo recuerdas.

—Huy, sí. ¡Mira qué grande eres! —señaló volviéndome a lanzar una almohada.

—¡No empieces, bruja! —Le devolví su ataque. Me esquivó moviendo su cabeza para un costado—. ¡¿Quieres dejar de molestar y seguir con lo que me estabas diciendo?! —exclamé muy fastidiado.

—Disculpas. Eh, bueno... A lo que iba, ¿cómo sabes que la tipa está de verdad embarazada?

Le conté que mi ex me enseñó una prueba de un análisis de embarazo. Y ahí el examen no mentía. Con el nombre de ella y con fecha de hacía un mes, un ginecólogo certificaba de que Diana Aponte estaba embarazada con dos meses de embarazo, ahora tres.

Releí el examen de embarazo una y otra vez, fijándome si podía tener algo falsificado, pero no era así. Parecía ser una prueba hecha de manera legítima.

Si alguna otra duda tenía, Diana me enseñó su estómago. Aunque yo no sabía de embarazos ni de nada parecido, podría afirmar que su vientre se veía ligeramente más hinchado que de costumbre. Hasta quiso que pusiera mi mano sobre su barriga para sentir cómo crecía mi hijo o

hija, aunque no sentí nada de nada al hacerlo.

—¡Caray! Entonces no creo que la tipa esté mintiendo...

—Hermanita, ¿no crees que sería el primero en dudar respecto a todo esto? ¿Quién es la niña ahora?

—¡No molestes! —Dio un fuerte suspiro de resignación—. Ni modo, Voy a tener que verle la cara de apesada de ahora en adelante, y diciéndome «*cuñadita*». Argghh. ¡Qué asco! —dijo con otra mueca de disgusto.

—¿Y tú crees que me hace ilusión? ¡Quería sacarla de mi vida para siempre! ¡Mierda! Más ahora que me interesa otra persona...

La cara que puso en ese instante fue de una auténtica interrogante.

—¿Estás de novio con otra chica?

—Bueno, se puede decir que recién estamos conociéndonos, aunque en el poco tiempo que tenemos nos hemos vuelto inseparables.

Después de todo, no mentía. Margarita y yo recién llevábamos poco tiempo de relación como pareja. Y en el poco menos de un mes que teníamos juntos, las cosas entre nosotros habían avanzado a pasos agigantados, no habiendo pasado ni un solo día en el que no hubiéramos dejado de vernos.

—Uhm... ¿Y ella sabe de este tema? —preguntó, muy sorprendida.

—Todo —dije con seguridad.

—¿Y cómo lo ha tomado?

Obviando los detalles, como su nombre, su edad, la cercanía que tenía con ella —y demás datos que pudieran identificarla indefectiblemente— le relaté todo lo ocurrido con Margarita. Ada se sorprendió de que la mujer que tanto quería siguiera aún a mi lado.

—¡Vaya! Yo en su lugar me hubiera separado de ti de inmediato.

—Y estuve muy cerca de perderla. Pero, a pesar de todos sus temores e inseguridades, me ha dicho que me quiere y que no se quiere separar de mí.

—Pues sí que la admiro, Lucho.

—Y yo más —dije con mucho aplomo, apoyando mi espalda en la cabecera de mi cama, sobre una de las pocas almohadas que había sobrevivido a mi «*guerra*» con mi hermana.

Se me quedó observando con curiosidad. Luego habló:

—Estás muy enamorado de ella, ¿verdad?

—¿Tanto se me nota? —pregunté, asombrado.

—Bueno, sí, los ojos te brillan mucho cuando hablas de esa chica.

Me sentí avergonzado y complacido a la vez. La verdad era que se me notase mi sentimiento hacia Margarita no era algo que quisiese esconder por mucho tiempo más.

—¡Tienes una cara de bobo que no puedes con ella! —gritó lanzándome otro almohadazo a mi cara.

—¡Idiota!

Le lancé otra almohada, la que tenía como apoyo de mi cabeza, y esta vez no pudo esquivar a mi ataque.

—¡Tarado!

—¡Tú empezaste, bruja! Pensé que habíamos hecho una tregua.

Soltó una carcajada.

Seguimos riéndonos. Me sentí tan relajado en esos instantes, como si lo que hubiera pasado horas antes, con Diana y luego con Margarita, no hubiera sido más que una pesadilla. Pero, la

pregunta que me hizo la bruja me hizo estar en alerta de nuevo:

—Y bueno, ¿cuándo voy a conocer a esa gran chica?

—¿Eh? ¿Quieres que te la presente? —pregunté, ligeramente aturdido.

¡Carajo! ¿Para qué abrí mi gran boca? Era evidente que, si le hablaba a mi hermana de mi novia, quisiera conocerla.

—Bueno, uno de estos días. Ya te avisaré.

—Bien, espero que no pase mucho tiempo para ello. Estaré encantada de conocer a esa chica que se ha robado el corazón de mi hermano.

—Bueno, sí —dije no muy convencido—, lo que pasa es que ella es muy tímida y...

Repentinamente, se levantó de la cama, como si fuera a tomar una importante decisión.

—¡Ya lo sé! —exclamó.

Se me quedó observando de manera fija.

Me quedé mudo. ¿Había descubierto quién era la mujer de la que estaba yo enamorado?
¡Mierda!

❁ Capítulo 17 ❁

Luis

—¿Qué es lo que sabes? —solo atiné a preguntar. Traté de disimular lo nervioso que me encontraba ante la exclamación de mi hermana.

Debía ir con cautela. Si había descubierto que yo tenía una relación con Margarita, trataría de convencerla de que no nos juzgara.

La bruja siempre había sido mi compinche en muchas cosas. Desde que éramos chicos, a pesar de nuestra diferencia de edad, habíamos compartido nuestros secretos. En más de una ocasión, el uno había ayudado al otro a tapar sus jugarretas ante nuestros papás para que no nos regañaran.

Durante el tiempo que tenía con Margarita, más de una vez intenté tocarle el tema. No a modo personal, sino del típico caso de un amigo de otro amigo que tiene una relación con una mujer mayor. Pero, cuando me armaba de valor para hablar sobre el asunto, recordaba los miedos de mi novia. Sus ojos llenos de temor, cuando me pedía tiempo para hacer frente a la sociedad, solo hacían que se me ablandara el corazón y me frenara ante mis intenciones de confesarlo todo.

De este modo, no tenía que pensar solo en mí, sino también en Margarita, en sus miedos e inseguridades, porque lo que menos quería era meterla en aprietos con sus padres y con los míos. Si ellos se enteraban ahora, podrían ocasionarle muchos problemas. Y quizá, al enfrentarlos, ella no estaría en capacidad para asumir sus desaprobaciones, no aún.

Ya antes, con el problema de Diana, Margarita me había demostrado que, a pesar de que me quería, era solo un ser humano, no tan perfecto como la había idealizado durante todos estos años. Era una persona con muchos temores y prejuicios en su vida. Pero, por encima de todo eso, se había dejado llevar por lo que su corazón le dictaba, anteponiendo sus sentimientos por mí ante sus miedos, y esto era una muestra de la gran mujer de la que yo me había enamorado.

Por todo esto, no me vi con el valor de confesarle a nadie lo que tenía con ella, pero ahora parecía que las cosas ya habían cambiado.

Yo estaba ahí, echado en mi cama, hablando con mi hermana. Pude sentir que las manos me sudaban y una gota fría bajaba por mi frente. Ada solo se me quedó observando con una expresión indescifrable. ¿Qué diablos tramaba?

—¡Ya lo sé pues, callejero! —habló levantándose de la cama.

Se cruzó de brazos y me miró de manera fija.

—A qué... ¿a qué te refieres?

¡Carajo! ¡Tenía el corazón en la boca!

—Ay, hermanito, tú no tienes remedio. —Suspiró observando hacia el suelo y negando la cabeza a modo de desaprobación.

<<¡Suelta de una puta vez lo que tienes que reprocharme, bruja! ¡Sí, estoy de novio con tu amiga! ¿Y qué?>>.

—Ya lo sé —continuó en lo que parecía ser una eternidad—. ¡Hazte una prueba de paternidad! Y así te sacas de dudas de si el niño que espera la apestada es tuyo o no.

«¡Menuda mierda! ¿Tanto teatro para eso? ¡Me la vas pagar, desgraciada!».

Si me hubiera sido posible, me hubiera levantado de mi cama, le hubiera lanzado dos almohadazos y la hubiera envuelto en una sábana, por toda la agonía que me había hecho pasar. Sin embargo, debía fingir que estaba sereno. Para mi mala suerte, mi sufrimiento en vano me delató.

—¿Qué diablos te pasa? —indicó moviendo el rostro y con una expresión de sorpresa—. Parece que hubieras visto un fantasma.

—Pensé que me ibas a decir algo que no sabía. ¡Yo que sé! —señalé con evidente fastidiado.

—¡Todavía que te quiero ayudar y te pones así!

—No me has dicho nada que yo no sepa —dije malhumorado—. Pero esas pruebas son carísimas y dinero no es algo que me sobre, lo sabes.

—Pues si trabajas desde ahora, de aquí para cuando nazca «tu hijo», señor padre del heredero de Diana... —Estaba picándome.

—¡No me llames de ese modo! Me da alergia de solo pensar en la idea —referí temblando y haciendo el ademán de que me picaba todo el cuerpo.

—¡Lo que sea! Trabaja y junta tu dinero para eso. También, no te comenté antes, pero conseguí un trabajo para hacer de *trainer* en otro gimnasio, en donde me pagan más —señaló, muy orgullosa.

—¿En serio? ¡Felicitaciones!

—Así es. Y si gano más dinero, eso quiere decir que te puedo prestar para tu problemita —dijo sonriendo de manera triunfal.

—¿De verdad? —pregunté, asombrado—. Mira que no quiero causarte inconvenientes. Ya me has ayudado antes con mis estudios de Música.

—Lucho, por algo eres mi hermano, y si está en mis posibilidades ayudarte, ten por seguro que haré lo posible para hacerlo.

Estaba conmovido por lo que me decía.

—Aunque me hubiera gustado darte una lección por la estupidez que cometiste —señaló mirándome muy seria. Luego su expresión se relajó—. Pero... creo que ya vas a tener suficiente con abandonar tus estudios universitarios, el grupo de rap, aguantar a Diana y lo que te espera por delante.

—Ni lo digas —dije, cabizbajo.

Hacerme la idea de todo lo que tenía que afrontar, me desilusionaba. Solo saber que, a pesar de todo, Margarita y mi hermana estarían a mi lado apoyándome, me hizo sentir mejor por toda la mierda futura que me esperaba.

—Y tu reacción ante esa noticia ha sido de lo más madura, Lucho. Así que... Pues eso, te ayudaré en lo que pueda. Y recemos para que el niño que espera Diana no sea tuyo.

—Gracias, hermana. ¡Te debo una!

—¿Una? Me debes varias, enano —señaló con una mirada de autosuficiencia.

¡Cómo te quiero, hermanita!



Lo que me quedaba por delante era conversar con mi padre, con los padres de Diana y con los

chicos del grupo de rap.

Como mi papá se encontraba en provincia, de visita a unos familiares, con mi hermana decidimos contarle la verdad cuando llegara. Pero, una llamada de él nos alertó de que ya lo sabía.

El padre de Diana, Vicente Aponte, Mayor retirado del Ejército Peruano, lo había llamado a su celular muy enojado la noche anterior. Le llevó quejas de que su hija lo había contactado diciéndole que me había portado como un patán con ella, que por ningún motivo había decidido regresar con su «niñita». Y ahí sí estaba en lo cierto, pero había algo peor.

Mi papá, tan pegado a la antigua, insistió en que yo me tenía que casar con Diana. El padre de ella le dijo que tenía un deber con su hija y que, sí o sí, tenía que hacerlo.

¡Estaban locos los dos! ¡Ni con un rifle en la sien lo haría!

—No pienso casarme, ¿bien? ¡Que te quede claro! —grité a través del hilo telefónico.

—¿Tienes los huevos para embarazar a esa niña y no querer asumir las consecuencias? —vociferó.

—Claro que las asumo. Le he dicho que trabajaré y que no les faltará nada a ella ni al bebé en lo económico. ¡Pero lo que tú y ese señor me están pidiendo es ridículo!

—¿Cómo? ¡Asume las consecuencias de tus actos y pórtate como un hombre!

—¡Lo hago! Pero tú y ese señor viven en la época de las cavernas. ¡En la actualidad nadie se casa por culpa de un hijo!

—¡Vas a asumir tus obligaciones y te casarás con esa chica!

—¡NI TÚ NI NADIE ME VAN A DECIR CON QUIÉN LO HARÉ! Cuando algún día me case, lo haré con la mujer que amo y no con alguien que solo quiere atarme por un hijo. ¿Te quedó claro?

—Luis, vas a hacer lo que yo te diga, si no...

—¿Si no qué? —le interrumpí. Sabía por dónde iban sus amenazas.

—¡NO VAS A RECIBIR NINGÚN CÉNTIMO DE MÍ! —Estaba muy fuera de sí.

—Tu apoyo económico me importa un comino, papá. Hace buen tiempo que has dejado de apoyarme en lo que verdaderamente me importa.

—Si te refieres a tus sueños estúpidos de ser cantante, puedes olvidarte de todo. AHORA SÍ, ¡NI LA UNIVERSIDAD TE PAGARÉ!

—Mejor para mí. Por si no lo sabes, tenía pensado que este semestre sería el último en el que estudiara Medicina —dije muy decidido.

Estaba harto de su falta de apoyo, de sus amenazas a mis sueños y de querer vivir mi vida como mi padre quisiera.

—Pues si así lo has decidido, que así sea. ¡Y ya hablaremos seriamente cuando regrese a Lima!

—Ven si quieres, que mamá te extraña. La tienes sola aquí, mientras tú te vas de fiesta por ahí —le reclamé.

Mi padre, a pesar de haberse jubilado, solía viajar mucho, con el pretexto de que quería disfrutar de sus últimos años de vida. Sin embargo, no llevaba a mi madre a sus viajes para que lo acompañara, lo cual me causaba mucha, pero mucha suspicacia...

—¿Quién te crees que eres para reclamarme así?! ¡No te metas en mis asuntos de pareja! —gritó hecho un energúmeno.

—¡Pues lo mismo te lo digo yo a ti! Así que, si quieres venir, hazlo, pero para acompañar a mi mamá, ¿bien?

—Luis, te repito que...

—Si vas a regresar para convencerme de que me case —le interrumpí—, te repito que será en vano. Nadie, repito, ¡nadie decidirá en mi vida! ¡¿ENTENDISTE?!

Y diciendo eso, colgué y tiré el auricular a uno de los sofás de mi sala.

¡Mierda! Siempre hablar con él me sacaba de mis casillas, pero ahora estaba más insoportable que nunca.

¿Quién se creía que era para obligarme a casarme? ¿Matrimonio? ¿A mi edad? ¿Estaba loco!



Esa tarde de domingo, luego del mal rato que me hizo pasar mi padre con sus amenazas, decidí ir donde los chicos del grupo de rap, los Five Minutes, para contarles lo sucedido con Diana y mis planes a futuro. Y se decepcionaron mucho.

Luego de que El Chino, Ariel e Iván se marcharan, Pablo, mi mejor amigo, estaba fumando marihuana en su garaje. No me había dirigido palabra alguna después de que les comunicara mi decisión de renunciar.

—¿Vas a decir algo o qué? —le pregunté mientras me sentaba a su lado.

Soltó una bocanada de humo. El olor a hierba me daba asco. Aunque en una ocasión me invitó a probarla, me negué a hacerlo. Después de eso, nunca más insistió en invitarme. Pero, siempre que nos reuníamos a practicar con el grupo, fumaba delante de nosotros; decía que solo con esto le venía la inspiración para crear las letras de nuestras canciones.

—¿Y qué quieres que haga, *huevo* ^{LOL}? ¿Que te felicite? ¡Eres un imbécil! —me dijo mirando al techo. Su gesto era serio.

—¿Qué voy a hacer, *bro*? La cagué, ya lo sé.

—A ver si me quedó claro... ¿Embarazaste a tu ex?

—Así es —señalé, afirmando con la cabeza.

—Pero, El Chino y los demás me contaron que te vieron ayer en plena «acción» con otra chica, que era mayor que tú. ¿Quién es esa?

Se refería a cuando mis amigos me vieron conversando con Margarita en la calle de su departamento, la noche anterior.

Respiré profundo. Me sinceré con él y le conté todo lo respecto a mi novia.

Pablo se soltó el gancho con el que tenía amarrado su pelo. Me observó con una cara entre divertida y enojada.

—O sea —refirió—, ¿embarazaste a tu ex, a la cual no soportas, pero estás de novio con tu gran amor de la infancia?

—Efectivamente.

—Lo dicho, Lucho. ¡Eres un imbécil! ¿Que imbécil? ¡Eres un reverendo baboso! —dijo dándome un *apanado* en la cabeza.

—Oye, deja de insultarme y de pegarme, ¿sí?

Ya estaba bien de ofensas, ¿no?

—¡Huevo! —gritó.

Se paró. Lanzó al tacho, que estaba en el garaje, los restos de su porro. Luego de ello, me habló:

—Hay algo que no sabes, Lucho. Ven, vamos para adentro para hablar con más calma.



Ya en su dormitorio, sacó un fólder con algunos documentos y me los entregó.

—Toma. Lee con calma y luego me dices qué opinas.

—¿De qué hablas? ¿Qué es esto? —pregunté mientras observaba el fólder rojo con un gran logo en forma de globo sobre él.

—Tú calla y hazme caso. Lee detenidamente esos papeles y luego me dices.

Obedecí.

El documento en cuestión era un contrato con una empresa de espectáculos llamada Global Entertainment Enterprises S.A., la cual organizaba eventos sociales y mini conciertos, en *pubs* y similares.

—¡Es un notición, huevón! ¡Nos van a contratar a los Five Minutes! —grité de alegría—. ¿Por qué no me lo dijiste antes!

—«Nos» son muchas personas. Lee concienzudamente, vamos.

Volví a repasar el documento. En la cabecera, luego de un espacio en blanco, señalaba lo siguiente:

«*a quien a partir de ahora, llamaremos EL DÚO*».

—¿Dúo? —pregunté, sorprendido.

—Así como lo lees. Te voy a contar todo con más detalle.

Me dijo que su hermano mayor, Eduardo, era un buen amigo de la infancia de Miguel Cobeñas, gerente de Global Entertainment Enterprises S.A. Esta empresa tenía proyectado hacer una audición para lanzar a un nuevo dúo musical masculino de música pop y baladas, a lo Andy y Lucas.

Miguel, sabiendo de la pasión por la música de su hermano menor, le habló a Eduardo de esta noticia y lo animó a que le dijera a Pablo para que se presentara a la audición que sería dentro de dos meses. Pero, a mi amigo le desagradó por completo la idea. Odiaba el género musical del pop y de las baladas románticas porque las consideraba cursis y pastelosas, muy lejos del rap que tanto lo apasionaba.

A su vez, él quería persistir en su sueño de salir adelante dentro del rap, ya sea con nuestro grupo o en forma individual, pero siempre dentro de lo suyo. No obstante, me habló que su padre, al igual que el mío, le dijo que ya estaba harto de que «desperdiciara el tiempo en tonterías».

Le había dado un ultimátum. O se dedicaba a estudiar con ahínco en la universidad, en la cual le iba fatal con peligro de desaprobado tres materias en el semestre, o se conseguía un trabajo para mantenerse. Como Pablo, al igual que yo, ya era mayor de edad, pues su *viejo* no estaba dispuesto a seguir manteniendo a un «vago bueno para nada».

—Y bien, ¿qué es lo que piensas? —me preguntó.

—Pues no sé. Si crees que lo tuyo es ser el próximo Alejandro Sanz de la canción romántica cantando *Pisando Fuerte* —dije agarrando su guitarra que estaba encima de una silla de su dormitorio, haciendo el ademán de que la tocaba y poniendo una mueca estúpida—. ¡Ay sí, pisando fuerte! ¡Chicas, láncenme sus calzones y sostenes, buah!

—¡Calla, idiota! —indicó, quitándome de mala gana la guitarra.

Solté una gran carcajada, al tiempo que me sentaba en la silla donde antes había estado su guitarra.

Imaginarme a mi amigo, con la barba larga, el pelo sin peinar en una cola, cantando baladas cursis, en un escenario ficticio y a miles de mujeres gritando por él, hizo que, literalmente, me muriera de risa. La barriga me dolía de tanto reírme.

—¿Vas a dejar de burlarte de mí? En tal caso, también tendrías que burlarte de ti mismo, huevón. Porque si te he contado esto es porque quiero que me acompañes —dijo con una mueca de

complicidad.

—¿Eh?

Me contó que, como a ambos nos apremiaba lo económico, no estaría mal probar suerte en dicha audición. ¿Quién sabe? Quizá sonaría la flauta, éramos escogidos y por ahí comenzábamos a ganar dinero. Cantando canciones cursis, traicionando a nuestros ideales; pero, para sacarnos del apuro temporal en el que nos encontrábamos, no estábamos para hacer asco a nada.

Ahí me di cuenta de que tenía razón, ¡cuánta razón!

—Pues no sé, *brother*. ¿Cantar canciones románticas? Arghhh —alegué con una cara de espanto.

—¿Nunca has cantado alguna canción de ese tipo? —me preguntó, para luego sentarse en la silla del costado de donde yo estaba, dándome un codazo y observándome con una cara inquisitoria. ¡Mierda!

¿Que si no había yo cantado canciones románticas? ¡Por supuesto! Desde que estaba con Margarita, me había vuelto en una versión peruana de cantantes como Pablo Alborán o Alberto Plaza. Pero eso solo era para mi novia y porque me encantaba ver sus ojos del gato con botas de Shrek cuando lo hacía.

Pero ¡caray! ¡Eso solo era para mi intimidad! El entonar canciones cursis frente a un gran público femenino era otra cosa, muy distinta a lo que esperaba de mi futuro como cantante.

Mi silencio debió de ser obvio para Pablo, que ahora el que imitaba a Alejandro Sanz y decía tonterías sobre mí era él.

—¡Ay, Margarita! Dime que canto muy bien, ¿sí, mi amor? —señaló con una mueca de idiota.

—¡Cállate, huevón! —hablé dándole un golpe en la cabeza.

—Sí, Luchito, sigue cantando para mí, ay —continuó actuando como zonzo, poniendo sus manos en su pecho izquierdo y observándome como retrasado mental.

—Mi novia no me dice «Luchito», ni yo le digo «mi amor». ¡Imbécil! —me quejé lanzándole un papel que encontré encima de su pupitre, el cual lo arrugué para que me sirviera de arma.

Él se rio y esquivó mi «ataque».

Luego de ser objeto de bromas pesadas por parte del bueno de Pablo, me contó que, inclusive, aparte del *casting* que estaba haciendo el gerente de Global Entertainment Enterprises, esta era dueña de un vídeo *pub* que se llamaba El Gato Azul, ubicado en el distrito de Lince. En este se solía hacer conciertos con *minicovers* de canciones de rock y pop de grupos famosos. En la actualidad estaban buscando con urgencia a un cantante que reemplazara al que se acababa de retirar la semana pasada.

Me dijo que me lanzara a la piscina. Entre este trabajo y la posibilidad de formar parte de un dúo masculino de baladas románticas, yo podría tener grandes opciones de conseguir ingresos económicos que me ayudaran a salir adelante en la situación tan delicada en la que me encontraba.

—Gracias por el dato, *brother*. ¿Y por qué me lo has dicho a mí y no al resto del grupo?

Después de todo, estaba en lo cierto. ¿Por qué había mantenido el secreto solo conmigo?

Cuando me contó sus razones, me sentí profundamente agradecido. Me di cuenta del gran amigo que era el huevón este.

Al resto de la banda no le urgía el dinero. Ellos tenían el apoyo de sus padres, en lo que a sus proyectos musicales se referían, y en lo económico también. Solo Pablo y yo estábamos entre la espada y la pared.

—Muchas gracias.

—No es nada, que tú y yo estamos en las mismas. Aunque... ¡yo sí sé usar un preservativo,

futuro papá!

—¡No empieces, huevón!

Luego de que siguiera burlándose de mí por lo de Diana y de mi futuro hijo, toqué un tema que me había causado suspicacia:

—¿Y cómo así tu hermano tiene el contrato? —pregunté, porque ese detalle era algo que no me cuadraba.

Ahí me confesó que, «sin querer», su hermano había cogido «prestado» una copia del contrato del dúo musical de esa empresa, cuando fue a visitar a su amigo en su oficina. Quería asegurarse de que, si mi amigo salía escogido para el *casting*, las condiciones de su contrato con dicha empresa fueran de las más beneficiosas.

—Eduardo se las sabe todas, ¿no?

—¡Ese siempre!

Soltó una risa.

Después de dejar las bromas atrás, le pregunté cuándo podría presentarme para el trabajo de El Gato Azul. Me informó que al día siguiente, lunes, a partir de las cuatro de la tarde.

Con las buenas nuevas, me fui de la casa de Pablo directamente donde mi novia para contarle de estas grandes noticias.



—Y bien, ¿qué opinas?

Margarita estaba sentada en su comedor bebiendo un jugo de naranja. Desde que estaba conmigo, se había vuelto adicta a este. ¡Mierda! ¡No había momento en que no lo tomara!

Yo estaba sobre el respaldo de uno de los sillones. Su perro estaba echado abajo de la puerta de la sala. Ella había querido encerrarlo para que no me gruñera como siempre, pero, ¡oh sorpresa!, Napoleón no lo había hecho en toda la noche. ¿Estaba comenzando a aceptarme?

—¡Estoy muy contenta! —respondió con una cálida sonrisa—. Estoy segura de que en cualquiera de las dos audiciones serás seleccionado.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro! Siempre he dicho que me gusta cómo me cantas.

—Eso lo sé —dije cruzando los brazos con mi pose de galán de telenovela. Me encantaba hacerme el chulo delante de ella—. Pero...

—¿Pero? —me preguntó, mirándome preocupada.

—Una cosa es cantar rap a nivel *amateur* y cantarte aquí en esta *cueva*, viendo cómo pones los ojos de cordero degollado cuando me contemplas hacerlo —dije intentando imitarla con una mirada de mujer completamente enamorada.

—¡Pesado!

Me reí.

Dejándome de bromas y volviendo al tema principal, le hice saber que sí, por mucho que me la diera de chulo delante de ella, tenía miedo de que no me aceptaran en esas audiciones.

—Bueno, yo de música no sé mucho, pero solo te puedo decir que tienes una voz preciosa. Y que, muy aparte de que seas mi novio, me encanta escucharte cantar. ¿Que me encanta? ¡Me fascina!

—¿En serio? —le interrogué, sorprendido.

—¡Por supuesto! Y aquí ya hablo objetivamente, aunque en casos así es muy difícil serlo.

Aparte de que, le pones mucho sentimiento en tus canciones y eso es algo que resaltar en ti, haciendo que cuando una te escuche cantar, se sienta muy conmovida contigo.

—¿De verdad, mi boquita?

Me sentí muy bien de escucharla. No aguanté más y corté la distancia que nos separaba a ambos. Me senté a su lado, la abracé y la llené de besos a Margarita.

—¡Yo que sé! Fue así cómo me conquistaste, bribón —señaló separándose de mí y bebiendo, de nuevo, su jugo de naranja.

—Oye, si sigues bebiendo tanto jugo, en un futuro en vez de tener hijos humanos vas a producir naranjos.

—¡Tonto! —exclamó sonriéndome.

Me encantaba bromearle. ¡Qué bella se veía con esa hermosa sonrisa y los hoyos en sus mejillas cuando lo hacía!

Con sus palabras, como hacía años atrás cuando era un niño, me transmitía tanta tranquilidad y, sobre todo, seguridad, que me creía capaz de conquistar el mundo entero. Y todo por ella. ¡Solo por ella!

—Me gustaría celebrar esta noticia. ¿Quieres salir a cenar? —Me paré de la silla y me dirigí a la puerta.

—¿Afuera? —me dijo, dubitativa.

—¿Y por qué no?

—¿Y si alguien nos ve? —indicó Margarita desviándome la mirada y observando el vaso de vidrio que minutos antes había tenido su jugo.

¡Otra vez la burra al trigo!

La verdad que, en ocasiones así, en las que quería salir con ella y pasarla bien para celebrar, o simplemente para relajarnos y divertirnos, me sentaba muy mal que me dijera que no. Pero, de nuevo, tuve que comprenderla y pasar la velada en su casa con lo que fuera.

—Entonces, ¿qué quieres comer? Tengo un hambre atroz y no quiero que cocines ahora. Yo invito.

—¿Está bien que lo hagas? Mira que vas a tener que ahorrar para lo de Diana...

—¡Olvida ese tema! Ahora solo quiero relajarme y celebrar el que no todo sea negro para mí —dije con determinación.

—Está bien.

Se le antojó comida china. Fue así como salí a un restaurante cercano para comprar tallarín chaufa para ella, y arroz chaufa con gallina para mí.

Luego de comprar la comida, pasé cerca de un *minimarket*. Como todavía me sobraba dinero, decidí adquirir una botella de vino para acompañarlo a nuestra cena.

Cuando llegué a su departamento, puse una música más movida en una emisora local, Studio 92. No quería nada de baladas ni de música lenta. Hoy quería divertirme a su lado y pasar un rato ameno.

Bebimos una copa del vino que yo había traído. Rápidamente, sus mejillas se pusieron coloradas y se podría decir que estaba más alegre que de costumbre.

—¡Por ti! ¡Por ti! ¡Yujuuu! —dijo levantando la copa, para luego ponerla en la mesa de su comedor, riendo de manera tonta y haciendo círculos en el aire con su otra mano.

Ahí me di cuenta de que no estaba acostumbrada a beber alcohol. El vino pronto la había relajado, provocándole hacer tonterías, las cuales hicieron que yo soltara una sonrisa de verla en ese estado.

—Vamos, Napoleón, que mamá está ocupada —expresó al tiempo que lo sacaba de la sala y lo guardaba en su patio.

Cuando regresó, se acercó lento hacia mí. Se me quedó observando de un modo muy peculiar, con una expresión divertida, como si su rostro fuera un poema.

—¿Qué pasa? —le pregunté

Me agarró de la mano, levantándose de mi asiento. Me arrinconó a uno de los sofás de un solo cojín y, literalmente, me abrazó y me devoró con sus besos.

¡Esta era la Margarita que yo hasta ahora desconocía!

❁ Capítulo 18 ❁

Luis

Al ser llevado por lo que Margarita estaba provocando en mí, yo no podía pensar con claridad. Simplemente perdí la cabeza y di rienda suelta a lo que mis instintos me dictaban.

No fue hasta, cuando Napoleón soltó un aullido lastimero, desde el patio de su departamento, como intuyendo la «acción» que estaba ocurriendo en la sala de su dueña, que la cordura regresó en mí. Me di cuenta de lo que estaba ocurriendo, lo cual no sería nada bueno para los dos, dadas las circunstancias actuales. Ella, producto de la embriaguez en la que se veía envuelta, no se estaba negando a las caricias poco inusuales que le estaba prodigando.

Hasta este instante, por muy increíble que pareciese, no la había visto nunca, repito, nunca, con una blusa desabrochada más allá de lo correcto o quitarse frente a mí aquella ropa tan holgada que solía usar. Pero, ahora la tenía ahí, echada sobre el sofá, con una sonrisa despreocupada, con el polo levantado, el sostén al descubierto y los calzones a medio ver, ¿eso era lo que yo quería de ella?

Ya antes, por no tomar las precauciones debidas y dejarme llevar por la pasión con Diana, estas acciones habían tenido sus consecuencias. Unas nefastas, pero consecuencias, al fin y al cabo; de las cuales recién me estaba haciendo una idea y me provocaban solo rechazo al escuchar cualquier cosa que se relacionara con mi exnovia, sino resentimiento hacia ella. ¿Quería que me sucediese lo mismo con Margarita?

Definitivamente, no.

No quería tener un hijo con ella, menos guardar como recuerdo que nuestra primera relación sexual fuera producto de su falta de conciencia sobre eso.

Decidí cortar todo lo que estaba pasando y me levanté del sofá, apartándome de su lado.

—Te... ¿Te *pasha* algo? —dijo levantándose del asiento al igual que yo.

Volteé para observarla. Su rostro estaba evidentemente desencajado y la risa medio torcida. Esa no era la Margarita que yo quería hacer mía, no.

En ese momento, sonó mi celular. Al verificar quién era quien llamaba, me fijé que era Diana.

¡Otra vez! ¡Mierda!

No contesté la llamada. Pero, siguió insistiendo y el teléfono no paraba de sonar. ¡Carajo!

—¡Ya vengo! —señalé al tiempo que salí al patio para atender la llamada, dejando a mi novia sonriendo tontamente encima de su sofá.

Cuando abrí la puerta del patio, Napoleón salió a mi encuentro y me mordió el pantalón. Le di un manotazo y salió corriendo rápido de mi lado.

—¡Maldito perro! ¡Ya me tienes hartos! ¡Tú y todo el mundo pueden irse a la misma mierda! —vociferé al tiempo que contesté el móvil.

—Lucho, ¿dónde estás? —preguntó mi ex.

—¡Qué te importa! —grité.

—¿Dónde estás? ¡Quiero verte ahora! —siguió insistiendo—. He venido a tu casa y no te he encontrado. ¿A dónde has ido tan tarde y un domingo?

—Estoy por ahí. No es algo de tu incumbencia, ¿te quedó claro?

—Soy la madre de tu futuro hijo. ¡Trátame bonito! —dijo con una voz entrecortada.

—¿Y eso qué? No es algo que me importe —susurré de mala gana—. ¿Me estás controlando acaso?

—¿Estás con otra mujer?

¡Ya comenzaban las tonterías!

—Y si así es, ¿qué pasa? ¡Puedo hacer lo que me dé la gana! —Alcé la voz.

—¡No puedes hacer lo que quieras! No ahora que tienes una responsabilidad conmigo y con tu hijo.

—¡Vete a la mierda! —grité, perdiendo el control.

—Lucho Villarreal, si no vienes a tu casa ahora mismo, ¡armaré todo un escándalo aquí, de lo cual te vas a arrepentir después! —exclamó llorando a través del teléfono—. Y si estás con otra mujer, será mejor que te vayas librando de ella, porque ten por seguro que te haré la vida imposible... ¡A ti y a esa perra! ¿Entendiste, maldito?

Corté la llamada y apagué mi celular.

¡Me sacaba de mis casillas! Sus amenazas, sus celos, el creer que podía controlarme... ¡Me tenía desesperado!

Ya estaba traspasando mucho la línea. ¿Hacer un escándalo? ¡Mi madre se moriría si lo hacía! Odiaba ese tipo de escenas, siempre había sido muy reservada y criticaba a la gente que ventilaba sus problemas en público. ¿Cómo reaccionaría si veía a mi ex haciendo lo mismo frente a nuestra casa?

Pero eso no era lo peor. Diana estaba comenzando a sospechar que tenía a otra mujer a mi lado. ¿De qué sería capaz si se llegaba a enterar de que yo estaba con Margarita? ¡Carajo!

Tenía que regresar a mi casa, calmarla para que no se atreviera a cumplir con sus amenazas y hacerle creer que no tenía a ninguna mujer a mi lado. ¡Por mi bien, por el de mi familia y, sobre todo, por el de Margarita!

Cuando regresé a la sala para dar por terminada mi velada con mi novia, la encontré ahí, echada en el sofá y durmiendo de manera plácida. ¡Qué tranquila se la veía y cuánta paz transmitía, tan distinta a toda la mierda que tenía que enfrentar!

Solo atiné a volverla a vestir. Fui donde su dormitorio para traer una cobija para arroparla para que no le diera frío. Al regresar a la sala y querer acercarme donde ella, Napoleón, con el cual había descargado antes mi rabia, estaba sentado a su lado y me empezó a gruñir.

—No le voy a hacer daño, perro feo.

Pero, seguía enseñándome los dientes de forma amenazadora, como un fiel guardián que defendía un tesoro infranqueable. Resuelto a no dejarme vencer, me acerqué donde Margarita, haciendo caso omiso a las amenazas de su mascota. Como si este comprendiera que mis intenciones no eran malas, solo se alejó de nuestro lado y se fue gruñendo hacia otro lado.

«Así está mejor».

Luego de colocar la colcha encima de ella, le di un beso en la boca.

—Siempre cuidaré de ti, Margarita —murmuré en su oído derecho.

Quería quedarme en su casa, si fuera posible toda esa noche, esperar a que se le pasaran los efectos de la borrachera y seguir lo que habíamos dejado pendiente, pero ahora ya del modo

correcto, con su consentimiento y entrega total. Ansiaba dormir a su lado, olvidarme de todo lo que me atormentaba y ser feliz con ella, solo con ella. Pero no podía hacerlo.

Dios, ¿por qué las cosas eran tan difíciles para nosotros? ¿Por qué ahora, que quería ser feliz, no podía serlo del todo? ¡Mierda!

Cogí un papel y un lapicero que encontré encima de uno de los muebles de la sala. Ahí le dejé escrito que me tenía que ir porque me reclamaban en mi casa, para que no se preocupara si no me veía a su lado cuando se despertara.

Poco antes de retirarme, cuando abrí el pestillo de la puerta de entrada del departamento, Napoleón me siguió. Ahora no me gruñía. Solo me observaba con unos ojos indescifrables. Finalmente, se me acercó y me lamió de manera tímida los zapatos.

—Perdóname, compadre. No quise pegarte, ¿sí? —indicó al tiempo que le acaricié la cabeza.

Soltó un aullido lastimero. Luego se puso boca arriba, como haciendo una tregua conmigo.

—Cuida a Margarita, ¿está bien? —señalé, sintiendo que un gran nudo me aprisionaba el pecho—. Cuidala, por favor.

Napoleón solo atinó a pararse y soltar un leve bufido, como respondiendo afirmativamente a mi petición.

Con la seguridad de saber que dejaba a Margarita en buenas manos, salí de su departamento... directo al infierno que esperaba por mí.



Al llegar a mi casa, ahí me estaba esperando Diana. Estaba sentada en el sofá de mi sala, donde la había visto el día anterior.

—Ya era hora de que llegaras —indicó observándome de manera fija.

—Tú y yo debemos hablar afuera. ¡Ahora! —dije cogiéndola de la mano y saliendo a la calle.

—Adiós, suegrita —gritó despidiéndose con un gesto de la mano y una sonrisa burlona a mi madre, quien nos observaba desde la cocina con mucha preocupación.

—¡Deja en paz a mi mamá! —le grité antes de cerrar la puerta de mi casa que daba para la calle.

Cogí el carro de mi padre y le dije que se subiera allí.

Luego de manejar un buen rato, fuimos a la plaza que quedaba cerca a mi casa. Ahí podríamos conversar con privacidad y con tranquilidad.

—¿Qué es lo que pretendes amenazándome así? —le increpé.

—Te llamo y me cuelgas siempre. Me ignoras... Me rechazas... Si no hago esto, no logro que me tomes atención. ¡No me dejas otra solución! —dijo llorando.

¡Madre santa! ¿Qué hacer? No quería que se pusiera así, y más en su estado.

—¿Y qué quieres? Me llamas a cada rato, me estás controlando, siento que me ahogo. ¡Encima me vienes con amenazas! ¿Qué diablos te pasa?

—¡Quiero regresar contigo! ¿Es que acaso no lo comprendes? —habló en voz baja al tiempo que lloraba.

—Compréndelo tú. ¡Lo nuestro se acabó hace tiempo!

—No. ¡Esto no se terminó! Porque lo que tengo dentro de mí no es algo que se acabe. Recién está creciendo. ¿Es que acaso no lo sientes tú? —alegó cogiendo mi mano derecha y poniéndola sobre su vientre.

No experimenté nada. Solo sentí que las tripas me crujían al no haber tenido oportunidad de

terminar mi cena en el departamento de Margarita.

—¡Basta! —grité apartando mi mano de su estómago.

¡Estaba harto de tanto teatro!

—Lucho...

—No puedes pretender que crea que el hijo que esperas es mío, ¿bien? ¿Quién me garantiza que no es de otro hombre con el que te acostaste? ¡Ahora me quieres hacer pagar el muerto, y todo para volver conmigo!

Sentí que su mano derecha se estampó con furia en mi rostro.

—¡MALDITO DESGRACIADO! —gritó fuera de sí—. ¿ME ESTÁS LLAMANDO UNA CUALQUIERA?

La mejilla izquierda me ardía. ¿Me merecía su cachetada?

—¿Cómo puedes decirme esas barbaridades, estúpido?! Si tú me encontraste virgen cuando yo me entregué a ti, ¿recuerdas?

Y ahí tuve que callarme.

Diana estaba en lo cierto. Cuando tuvimos relaciones sexuales por primera vez, hacía casi dos años atrás, ella era virgen. Así que sentí vergüenza de mí mismo.

¡Yo era un patán! ¿Cómo podía pensar que se hubiera vuelto una promiscua? Si fui yo quien la desvirgó hacía tiempo atrás...

—Y fue a tanta insistencia tuya porque tuvimos sexo esa vez. Todo porque decías que estaríamos juntos para siempre, por eso me entregué a ti. ¡Mentiroso!

—¡No lo soy! —alegué defendiéndome—. Esa vez cuando lo dije, en realidad sí lo sentí así.

Y ahí sí estaba en lo cierto.

Cuando le planteé tiempo atrás tener nuestro primer encuentro sexual, yo la quería. Entonces sí que la quería.

Quizá fui muy impulsivo y terco para eso, lo admito. Mis amigos siempre andaban pavoneándose de que habían perdido su virginidad antes de acabar el colegio. Sentía que me estaba quedando atrás. Así que, cuando terminé la escuela, pocos meses después y a tanta insistencia mía, Diana por fin aceptó tener relaciones íntimas conmigo. Y yo me sentí «realizado» entonces. ¡Machismo y estupidez de adolescentes, vamos!

Pero, lo que le dije en su momento no fue mentira. La quería para mí y quería seguir junto a ella. Entonces no aventuraría el infierno en el que se convertiría mi relación actual con mi ex.

—Lo que pasó en su momento fue real y cierto. Lo que te dije y lo que sentía no era mentira. Pero, ahora todo ha cambiado entre nosotros.

—¡Pues debes asumir tus consecuencias! —chilló.

—Oye, que luego no te obligué a seguir conmigo. Tú cambiaste. Te has vuelto insoportable con tus celos y con tus amenazas. ¡Me tienes asfixiado!

—¿Y tú acaso no eres celoso? —refirió limpiándose las lágrimas y observándome de manera sarcástica.

—¿Eh?

La miré perplejo.

—Admítelo, cuando estabas en Lima y yo allá, no parabas de llamarme y de viajar continuamente, creyendo que te iba a poner los cuernos con alguno de tus amigos.

—No comiences —señalé. Intuí hacia dónde iba a encaminar el tema.

Se refería a que, cuando vine a Lima para estudiar, me comentaba que había un «amigo» mío llamado Gustavo, quien aprovechando mi ausencia, no paraba de rondarla e invitarla a salir.

En más de una ocasión, luego de llegar a Arequipa, Diana me ponía al tanto del acoso de mi examigo. Y yo no dudaba, ni un segundo, en *hacerle el pare* a ese traidor y dejarle las cosas bien claras: ¡A mi entonces novia no la tocaba, porque si no lo iba a pagar muy caro!

—¡Eres tan celoso como lo es tu papá con tu mamá! ¡Acéptalo! Eres su vil reflejo, aunque te duela admitirlo.

—¡No empieces, Diana! Mira que me estás sacando de quicio —dije con rabia mientras apretaba el volante de mi carro.

Se refería a los celos incontrolables de mi padre.

Papá, machista como él era, era muy, pero muy celoso con mi madre. En más de una ocasión le hizo una escena en público humillándola cuando recibía un piropo por parte de cualquier tipo. Muchas veces, incluso, decía que toda la culpa era de ella por andar «provocando» a otros hombres al vestirse o comportarse de tal modo, y no le importaba la vergüenza por la que la hacía pasar.

¡Aborrecía eso en él!, entre eso y muchos defectos más. Por eso odiaba que me dijeran que me parecía a él. ¿Que odiar? ¡Detestaba que me compararan con mi padre! Y Diana era consciente de ello. ¡Esta condenada sabía muy bien cómo hacerme enojar!

—¿Y quieres saber algo más? —dijo con una risa torcida y observándome de modo desafiante.

—¿Qué cosa? —musité observando a la calle y sin dirigirle la mirada.

De solo escucharla me daban ganas de dejarla ahí y largarme de una puta vez. ¡Y bien merecido que lo tenía si lo hacía!

—Pues cuando estuvimos de novios, le hice caso a Gustavo —acotó con un tono de voz irónico que empezaba a odiar—. ¿Cómo te quedó el ojo?

Volteé a observarla.

—¡ME ESTÁS DICIENDO QUE FUI UN CORNUDO?!

Pensé cómo podía ser de irónica la vida. Hacía años atrás yo la adoraba. Ahora, con sus actitudes y palabras, podría decir que comenzaba a odiarla.

—¿Celoso? —dijo desafiándome, mientras me contemplaba con unos ojos llenos de cinismo.

¿En dónde quedó la chica dulce y comprensiva a la cual quise años atrás? ¿Esa muchacha que, con una cálida sonrisa, había logrado que mis demonios por mi amor imposible con Margarita durmieran por tanto tiempo? ¿De quién me enamoré en realidad? ¿Esta era la verdadera Diana, la cual mostraba ante mí su real rostro? ¿Me enamoré de una fachada nada más?

—ERES UNA... —dije cogiendo su mano derecha.

—¿Soy qué? —Me miró desafiante—. ¿Una cualquiera? ¿Alguien de lo peor? ¡Vamos, dímelo! —habló con esa sonrisa tan descarada.

Respiré profundo. No podía caer en su juego, no.

Solté su mano y solo atiné a tratar de concentrarme en otra cosa. Observar a la poca gente pasar por las calles a esa hora de la noche.

Necesitaba pensar en otra cosa. No dejarme llevar por todos los demonios internos que me decían que le devolviera su cachetada, la estrellara contra la pared y que le dijera todos los calificativos que se me ocurrían: ¡Putas! ¡Manipuladora! ¡Mentirosa!

—¡Estás celoso! ¡Admítelo! —continuó aún desafiante—. Y si estás celoso, eso quiere decir que aún sientes algo por mí, aunque te empeñes en negarlo.

—Más que celos, es decepción —respondí, conteniéndome las ganas de hablarle como le correspondía—. Ya hace buen tiempo que dejé de quererte y hoy me has demostrado que no hice mal en terminar nuestra relación.

—¡Mentiroso! Si fuera así, no estarías tan enojado ahora. Se te nota que te sentó muy mal la noticia de saber que estuve con tu amigo mientras tú estabas aquí, haciendo tus tonterías del *rap*.

¿Lo que ella decía era verdad?

Bien, podría ser cierto que estaba evidentemente desencajado. Nunca me hubiera imaginado que Diana, quien decía quererme tanto, no hubiera perdido la oportunidad en «adornarme la cabeza» en mi ausencia. Pero también había otra cosa más.

¡Mierda! El saber que alguien como yo, quien siempre estaba muy seguro, creyendo que sus novias se morían por uno, era en realidad todo lo contrario, no me sentó nada bien. Para nada.

Conocer que llevaba puesto el cartel imaginario en el pecho de «*Soy un cachudo*» me dolió como nadie, nadie, tenía la más mínima idea.

Pero ¿eran celos? ¿O más bien ver mi orgullo masculino hecho pedazos?

¡Carajo! ¡Toda esta maldita basura me estaba comiendo el cerebro!

Respiré profundo. Traté de no darle mucha importancia a lo que ella decía. No quería que me hiciera otra escena dramática de su parte, menos caer en su juego. Sin embargo, me era muy difícil guardar la compostura en esos momentos.

—¡Basta! ¡LO QUE HAYA PASADO ANTES YA NO ES ASUNTO MÍO! —Mi voz debió de escucharse en toda la plaza—. ¡Puedes estar con Gustavo o con quien mejor te plazca! ¡No quiero volver a saber nunca más de ti! ¿Entendiste?

Ella me observó con ¿miedo?

—Lucho... —susurró en un tono de voz casi imperceptible—. Lo siento, yo...

—¡SIGUE CON TU VIDA COMO YO LO HE HECHO CON LA MÍA! —la interrumpí mientras seguía gritando. Casi me desconocía.

—¿ESO QUIERE DECIR QUE TIENES A OTRA PERRA CONTIGO?

Me fulminó con la mirada.

—¿Ah? —hablé aturdido.

Y ahí me di cuenta de mi error. ¡Carajo! ¡Había hablado de más!

❁ Capítulo 19 ❁

Luis

—¡Confiesa, maldito! Estás con otra, ¿sí?

Diana no paraba de gritarme. ¡Me tenía hastiado!

Decidí ponerle un alto a esta situación, de una vez por todas.

—¡¿Y qué si lo estoy?! —le increpé observándola de manera penetrante a los ojos con mucha rabia—. ¡Puedo estar con quien me dé la gana! ¿Te quedó claro? ¡Tú no eres nadie para decirme con quién estar!

—¡Sí lo soy, desgraciado!

—¡NO LO ERES! —grité como un desaforado, que fácil mi voz podía oírse a más de varias cuadras.

¡Me había sacado de mis casillas!

Se me quedó contemplando de manera provocadora. La sonrisa tan cínica que tenía era una que nunca le había visto antes. Sus ojos café, aquellos que tanto quise una vez, destilaban una falsedad que la hacía totalmente irreconocible.

—¡Métetelo bien en la cabeza, maldito! Si no regresar conmigo, ¡SOY CAPAZ DE ABORTAR!

—¿C-Ó-M-O?

—¡Y tú serás el único culpable de todo! ¡Vivirás con ese cargo de conciencia para siempre!

Ahí ya estaba yo fuera de mí. Pero, su amenaza me importó muy poco.

Si quería matar al niño que tenía dentro, si era que yo no accedía a sus chantajes, me daba igual. Si por mí fuera, podía lanzarse de un cerro y morir para siempre, por muy egoísta que sonara. Lo único que quería era que se largara de mi vida y que me dejara en paz de una puta vez. Y así se lo hice saber.

—¡Haz lo quieras con tu cuerpo! Me da igual.

Pareció sorprendida con mi respuesta. Creía que podría manipularme a su antojo con sus amenazas. ¡Nada lejos de la realidad! ¡No iba a ser un títere en sus manos! No, señor.

—Además, me acabas de confesar que me traicionaste antes con Gustavo.

—¿Y eso qué?

—¿Cómo que qué? ¿Quién me garantiza que el hijo que esperas es mío? ¿Crees que me va a importar si decides matar al hijo de otro? Pues no. ¡TÚ Y ESE NIÑO ME IMPORTAN UNA MIERDA!

De nuevo, sentí que su mano tocó mi mejilla. ¡Otra cachetada de su parte! Pero esta vez no me quedé tranquilo.

Cogí su mano derecha con mucha firmeza y no se la solté. La observé con una furia incontenible, que si las miradas mataran, ahora mismo ella estaría agonizando.

—¡Suéltame! —rogó mientras intentaba zafarse de mi mano.

—¡Me vuelves a dar otra cachetada y no respondo! ¿ENTENDISTE?

Luego de soltarla, su actitud tan provocadora se amilanó. Nadie dijo una sola palabra más por un buen rato.

No iba devolverle su cachetada, no. Nunca le iba a poner un solo dedo encima a una mujer. Siempre me enseñaron a respetarlas y a quererlas. Pero, por muy caballeroso que quisiera ser, Diana me estaba sacando de mis casillas. Y ya estaba poniéndome dos veces las manos encima. Una tercera vez y no sé qué diablos hubiera podido ocurrir entre nosotros.

Quería dejar bien claro los límites entra ambos. Con mi reacción, por fin, Diana se calmó. Abrió la ventana para ventilar un poco el interior del carro. Hizo bien, porque, en momentos así, era necesario sentir el choque de algo frío para calmar nuestros ánimos. Sentir que estabas frío... lejano... calmado... Pero, estaba muy equivocado...

—Si no vas a regresar conmigo y te importa poco el niño que llevo conmigo, entonces no me dejas otra alternativa —señaló apoyando su codo en la abertura de la ventana del copiloto, moviendo muy nerviosa su puño derecho en el aire.

—¿Qué quieres decir? —pregunté de muy mala gana.

—Dices que yo no te importo, ¿no? Muy bien. ¡Entendido, malnacido! Pero... pero... —musitó volteando y con una sonrisa tan sarcástica.

¿Qué tramaba?

—Pero, si yo no te importo, dudo mucho que puedas decir lo mismo respecto a la perra esa que se está acostando contigo ahora, ¿sí?

¡Ya era demasiado! Podía decirme los insultos que quisiera y darme las cachetadas que se le antojaran, pero no iba a permitir que hablara así de Margarita.

—¡YO NO ME ACUESTO CON MI NOVIA NI ELLA ES UNA PERRA!

—Huy, ¿así que es verdad? —dijo con una mueca de satisfacción y moviendo la cabeza en señal de afirmación—. Bien, bien. Lo confesaste, Lucho. ¡Hay una maldita que ha ocupado mi lugar! ¡Muyyy bieeen!

¡Mierda! Otra vez abrí mi gran boca.

—Ya te lo dije antes. ¿Qué si tengo novia? ¡Hace tiempo que tú y yo terminamos! Lo que haga de mi vida no es algo que te incumbe.

—¡Está bien! No me incumbe, ¿no? ¡Muyyy bieeen! —siguió hablando y moviendo la cabeza afirmativamente. Su actitud me desesperaba—. Pero, como dije antes, no me dejas otra salida.

—¿A qué te refieres?

Soltó una carcajada. Se me erizaron los vellos al verla así. ¿Había perdido la razón?

Luego de reírse como loca, por fin habló:

—Pues tarde o temprano me enteraré de quién es la malnacida que ha ocupado mi lugar. Y ten por seguro, Lucho Villarreal, de que no quedaré tranquila hasta acabar con esa perra —me habló mirándome con un gran odio en sus ojos.

Al escuchar sus palabras, sentí que una gota de sudor bajaba muy lento por mi sien.

¿Qué me estaba diciendo? ¿Era una amenaza para mí? O peor aún, ¿para Margarita?

—¿Qué pretendes? Qué... ¿qué mierda estás hablando?

Volvió a reírse como loca. Y ahí me quedó claro todo.

Había dejado de ser la chica dulce de la que me había enamorado tiempo atrás. Ahora era una mujer completamente fuera de sí.

Luego de terminar su espectáculo, habló con esa sonrisa tan descarada:

—Lo que te dije, bastardo. Si no regresas conmigo, será mejor que cuides de tu «noviecita».

No vaya a ser que, quién sabe, algo malo le ocurra de casualidad —indicó poniendo una cara de «inocente»—. Tú sabes, Lima es una ciudad muy grande y peligrosa. Suele haber accidentes siempre, como atropellos, secuestros y asesinatos, ¿sí?

Al escuchar sus palabras, sentí que un baldazo de agua fría me cayó encima. Nunca creí que la obsesión de mi ex por mí llegaría a estos niveles tan extremos. ¡Jamás intuí que fuera capaz de estas cosas!

¿Diana estaba amenazando de muerte a mi novia? ¿La vida de Margarita corría peligro? ¿QUÉ MIERDA OCURRÍA AQUÍ? ¡POR TODOS LOS SANTOS!

Tuve que contener la gran rabia que me carcomía por dentro, porque en ese instante tenía ganas de abrir la puerta, darle a Diana un empujón, lanzarla de mi carro y no volverla a ver en toda mi maldita vida.

—¿Qué es lo que quieres? ¡Ve al grano! —dije arrastrando las palabras.

Casi tuve que obligarme a hablar, porque si ella hubiera sido hombre, no hubiera dudado, ni un segundo, de llenarle de golpes en todo su cuerpo, debido a toda la porquería que estaba soltándome en esos momentos.

—Quiero que termines con ella. ¡Y que te cases conmigo!

Escuchar sus palabras me provocaron un gran shock.

Nunca en mis dieciocho años de vida, había experimentado tanta rabia ni odio por una persona, pero ahora mismo lo estaba sintiendo. Diana me estaba convirtiendo en un ser que hasta ahora era totalmente desconocido para mí.

Tuve que aguantarme las ganas de soltar toda la furia que sentía; porque, si por mí hubiera sido, la hubiera matado a golpes en esos instantes.

—Mañana a las diez de la noche volveré a buscarte a tu casa. Y si no me tienes buenas nuevas, ¡atente a las consecuencias! ¿Comprendiste? —dijo sin quitarme de encima esa mirada llena de cinismo y de odio.

Me encontraba entre la espada y la pared. ¿QUÉ HACER, DIOS MÍO? ¡¿QUÉ HACER?!
❁ ❁ ❁ ❁ ❁ ❁ ❁

Luego de que Diana me obligara a dejarla en casa de sus tíos y con el *ultimátum* que me había dado, estaba desesperado. Necesitaba meditar muy bien las cosas sobre los pasos a dar.

No podía pedir consejos a mi hermana mayor. Ella no estaba al tanto de mi relación con Margarita. Menos a mi madre, quien, si se enteraba de toda la verdad, conociéndola, no solo le increparía a mi novia sobre su «traición» a la familia, sino que, lo más probable era que le dijera que me dejara en paz, habiendo Diana logrado su cometido de separarme de ella.

Decidí buscar a mis amigos de la universidad. Lo mejor era que pasara donde Pablo para conversar y pedirle algún consejo, que me permitiera ver con mayor objetividad esta mierda de situación. Necesitaba de alguien que me escuchara y que me dijera qué hacer.

Llamé a mi casa para avisarle a mi *viejita* que me quedaría a dormir en casa de mi amigo. No quería que se preocupara más de la cuenta, porque seguro que ya estaría nerviosa luego de la visita de mi ex.

Cuando llamé a Pablo para conversar sobre el tema, no tuve suerte. Dada la hora, casi la medianoche, lo más seguro era que estuviera ya descansando y apagara el teléfono para que no lo molestaran. Luego, llamé a los otros chicos del grupo de *rap*, pero nada, todos estaban descansando y con el teléfono no disponible.

¡Carajo! ¿QUÉ HACER? ¡POR DIOS! ¿QUÉ HACER?

Estuve dando vueltas y vueltas con el auto por un buen rato. Sin darme cuenta, llegué a la plaza en donde me había reencontrado con Margarita hacía casi un mes atrás y decidí estacionarme ahí a meditar.

Pensé y pensé bien las cosas por no sé cuánto tiempo. Cuando me di cuenta, el reloj de mi muñeca marcaba la una de la mañana.

En un momento, que abrí la ventana del conductor para ventilar el ambiente del interior y, quizá con ello, refrescar mi mente y resolver qué decisión tomar, unas flores de margarita, que estaban puestas elegantemente en uno de los jardines de la plaza, captaron mi atención. En especial una de ellas, la cual, a pesar de lo oscura de la noche, tenía un centro anaranjado que brillaba como ninguna otra cuando era alumbrada por la luz de la luna llena. Fue ahí que, al recordar la adicción reciente de Margarita por el jugo de naranja, solté una pequeña sonrisa. Y con ello, tomé una decisión.

Resolví regresar donde mi novia, porque era la única persona capaz de brindarme la tranquilidad que tanto necesitaba en este instante.



Debía de ser las una y media de la madrugada cuando llegué a su departamento. Lo más probable era que estuviera durmiendo plácidamente en su sofá, o quizá, ya se le hubiera pasado la borrachera y se hubiera despertado, hubiera leído mi nota y se hubiera ido a dormir.

Sabía que ella nunca apagaba su celular. Siempre lo dejaba prendido para que la alarma de aquel sonase para despertarla temprano para irse a trabajar. Pero, como había caído rendida anoche por el vino, quizá su teléfono estaba ubicado lejos de su alcance en esa ocasión, y con ello, el peligro de no despertarse temprano a la mañana siguiente.

Decidí llamarla a su casa. Quería asegurarme de que me atendiera para poder entrar y hablar con ella.

Margarita

Unos ladridos de Napoleón me despertaron. Cuando entreabrí los ojos para ver qué ocurría, escuché que el teléfono sonaba. Todo estaba muy oscuro a mi alrededor. Era de noche ya. ¿Qué hora sería?

Cuando me dirigí a tientas a tomar el celular que estaba colocado en la mesita junto al televisor de mi sala, grande fue mi sorpresa cuando escuché la voz de Luis a través del hilo telefónico.

—¿Puedo pasar? —me preguntó.

¿Cómo? ¿Él no había estado conmigo antes? ¿De qué me había perdido?

—Cla-claro —dije aún somnolienta. No estaba muy segura de lo que estaba ocurriendo.

Al prender las luces para apretar el dispositivo para hacerlo entrar, el reloj que estaba a la entrada de mi departamento marcaba las 01:40 am. ¡Caray! ¿Qué hacía él en mi casa a esa hora?

Antes de que Luis subiera, le di su comida a Napoleón, quien me miraba muy impaciente y con su plato de comida en su hocico.

—Está bien, chico. Mamá se olvidó de darte la comida —dije para luego cumplir con mis deberes y guardarlo en el patio, en su casita de perro.

Después de que Luis entró, me dio un gran beso y me abrazó por la cintura muy fuerte. Me cogió el rostro con sus manos y se me quedó observando. Algo le pasaba.

—¿Qué ocurre? ¿Todo bien? —le pregunté.

Sus ojos estaban brillosos. Me recordaron mucho a la noche anterior. No obstante, había algo más que me decía que las cosas no estaban bien.

Luis

Por más que quise sincerarme, ¡no fui capaz de hacerlo! No quería decirle a Margarita que su vida estaba en peligro si era que seguía a mi lado. Bastante tenía ella con sus temores e inseguridades, con el peligro de quedarse sin su casa y sin un puto céntimo, producto de la demanda de divorcio que su marido le había hecho, y con las presiones de su familia. Así que, decidí no ser una carga más en su vida.

Pero, si me iba alejar de ella para siempre, quería hacerlo de tal modo que nunca olvidara aquel amor que alguna vez nos había unido...

Cuando me preguntó qué me ocurría, alegué cualquier cosa entre verdad y mentira. Le dije que mi padre quería obligarme a casarme con Diana y que estaba harto de sus presiones. Así que, había ido a buscarla porque necesitaba conversar con ella para sentirme más tranquilo, que me perdonara por la hora en que lo hacía, pero la desesperación me consumía tanto que no podía hacerlo en otro momento.

—Bueno, no te preocupes. Supongo que todos hemos pasado por algún momento de nuestras vidas, en los cuales no podemos esperar un tiempo prudencial para que alguien escuche nuestros problemas —dijo cuando me servía la comida china que había calentado para mí y que había dejado yo en su cocina horas antes—. Por algo soy tu novia, ¿sí? Para apoyarte siempre cuando lo necesites —manifestó mientras me servía, para variar, un jugo de naranja.

—Gracias.

—No hay de qué. Y respecto a lo que me cuentas, pues sí que tu padre es terco. No ha cambiado en nada de lo que recuerdo de él. ¿Y tú qué piensas hacer?

—¡Por supuesto que no le voy a hacer caso! Él que diga lo que diga, pero a mí nadie me obligará a casarme con nadie, menos con Diana. ¡Por el amor de Dios!

En ese momento, mi estómago sonó. ¡Qué vergüenza! Las tripas ya estaban crujiéndome demasiado.

—¡Vamos, come! —me ordenó con una gran sonrisa.

Comencé a devorar la comida como un loco. Ahora, a su lado, la calma había vuelto en mí y con eso, el hambre atroz que tenía horas atrás.

—Sí que tenías apetito. —Se rio mientras recogía el plato de comida y el vaso del jugo.

Luego de ayudarla a lavar los platos y, ya en la cocina, la puse al tanto de lo que había ocurrido horas atrás por el vino que tomó. Se apenó muchísimo.

—¿En serio me puse así? —Le asentí con la cabeza—. ¡Dios santo! ¡Qué vergüenza! ¡Me quiero morir! —dijo con las mejillas sonrojadas para luego tapárselas con ambas manos—. Es que yo no soy de tomar, ¿sabes?

—Se nota. —Le sonreí.

—Y creo que la última vez que bebí alcohol fue en mi boda, hace seis años. Y si a eso le añadimos de que soy una pollo [\[1\]](#) total, pues....

Tuve que hacer un gran esfuerzo para no reírme frente a ella. No quería que se sintiera más avergonzada de lo que ya se encontraba.

—¡Ay, Dios! Lo siento mucho, Luis. En serio —siguió disculpándose cuando fuimos a su sala a continuar nuestra charla.

Me preguntó si quería ver televisión. Le dije que, por la hora, lo más probable era que no tardaría en marcharme y sería mejor que no nos entretuviéramos en una película por muchas horas más. Fue así como prendió su radio y le dije que sintonizara lo que mejor le apeteciera. Ella, como buena romántica que era, puso la emisora 93.1, Radio Ritmo Romántica.

—No te sigas disculpando, ¡vamos! Te pusiste muy liberal y apasionada. Pero ¿para qué mentirte? No voy a decir que me desagradó tu reacción. Todo lo contrario —le indiqué con una gran sonrisa para picarle.

—¡Pesado!

Reí.

Me encantaba siempre bromearle y que se picara con mis bromas. ¡Me relajaba tanto verla así!

—Pero ¿me dices que no pasó nada y que te fuiste así nomás? —preguntó, muy sorprendida.

—¡Pues claro! ¿Qué querías? ¿Que me aprovechara de la situación? —repliqué, un poco ofendido.

—Bueno, no, pero...

—Si te confieso, estuve cerca, muy cerca. Y se me pasó por la cabeza hacerlo, no te lo voy a negar. Tampoco estoy hecho de piedra, ¿sabes?

—Sí, tienes razón. Pero yo pensaba que...

—Margarita —la interrumpí—, nunca, pero nunca, te obligaría a hacer algo que tú no quisieras hacer conscientemente.

Margarita

Ahí, al saber que Luis, a pesar de la «acción» que había ocurrido horas antes, me había respetado, hizo que me sintiera muy conmovida y emocionada ante su actitud.

—Margarita —me indicó mirándome de manera penetrante—, nunca, pero nunca, te obligaría a hacer algo que tú no quisieras hacerlo conscientemente.

Me tomó del mentón y me besó... y se lo devolví. Luego nos abrazamos y nos dimos unas tiernas caricias. Sin embargo, en un momento determinado, detuvo sus besos y me observó de manera fija.

En ese instante, en la radio sonaba una canción de principio de los noventa, que me había gustado tiempo atrás, cuando yo era niña: *Todos mis caminos van a ti*, cantada por Ricky Martin y Sasha, cuando ambos formaban parte de Muñecos de Papel, un grupo musical del cual había sido una gran fan en los 90s.

Los ojos de Luis, por alguna razón que desconocía, los encontraba mucho más bellos que de costumbre. Sería producto del gran brillo que destellaban o vaya una a saber por qué motivo.

—Te pregunto ahora y consciente —mencionó—: ¿Quieres hacer el amor conmigo?

La letra de la canción que escuchaba en mis oídos, aunque la sabía de memoria años atrás, recién comenzó a tener significado para mí en ese instante.

—Sí —le contesté, muy nerviosa, pero segura de lo que hacía.

—Te quiero —me respondió, para luego abrazarme y besarme como nunca lo había hecho.

Y esa noche todo sucedió lenta y dulcemente. Tal y como la canción que escuchaba, mis caminos y los de Luis se juntaron para siempre.

❁ Capítulo 20 ❁

Luis

Esa noche con Margarita fue ¿cómo describirla? Las palabras sublime, maravillosa, fantástica o cualquier otra en el idioma español se quedarían cortas para ello. No tuve palabras o adjetivos para poder explicarlo. Simplemente supe que, en el momento en el que todos mis sueños y anhelos por tantos años se vieron concretados en mi unión con ella, fui el ser más dichoso sobre la faz de la Tierra.

Yo no era nada santo. Ya antes había estado con otras mujeres, aparte de Diana. Desde que terminé con ella en el verano pasado, no me dormí en mis laureles. Estuve con una chica que conocí en una reunión en la universidad —de la cual no supe nada más después— como con una prima de un amigo meses atrás en el cumpleaños de este, y también con una compañera de estudios que se me insinuó en una reunión de fin del semestre.

¿Mujeriego me catalogarían? No creo. Pero ¿para qué negarlo? Si se me presentaba una oportunidad, no me quedaba corto; iba a ello y, si lograba mi objetivo, no me cortaba ni un pelo. ¿Eso me hacía un Don Juan? No lo sabía. Saquen ustedes sus propias conclusiones.

En el caso de Margarita, el día que me reencontré con ella y tanteé el terreno, ya les conté que fui con todas mis «fichas». ¡El resultado fue mucho más de lo que yo esperaba! Pero, esa maravillosa noche entre nosotros todo fue tan distinto a las que había tenido con otras mujeres, y no me malinterpreten.

Perdí mi virginidad con Diana, a los dieciséis años. Ella era mayor que yo por un año, pero también era virgen. Y, muchas veces, la falta de experiencia en una pareja tan joven como nosotros nos cobraba factura en nuestro debut en esas lides.

Pero, en casi tres años que tenía de saber cómo actuar en este terreno, podría decir que algo había aprendido. Lo que sabía me sirvió bastante en esa noche con mi novia.

A mí siempre me había gustado estar enterado del tema. A diferencia de mis padres que tocaban el sexo como algo tabú, había sido bastante abierto al respecto desde pequeño. Aunque no me consideraba un erudito —¿Qué se creen? ¿Que tengo un consultorio erótico o algo parecido? ¡No molesten!—, pues algo sabía de ello.

En el caso de Margarita, a pesar de tener veintiocho y haber estado casada durante varios años, le costaba mucho tratar sobre nuestra intimidad en esa noche. No les voy a ahondar en precisiones íntimas porque eso me las guardaba yo (¿Qué quieren? ¿Que les relate detalles pornográficos?), pero podría decir con total seguridad que, desde que ambos éramos novios recién, por primera vez, me sentí mayor que ella en ese momento. Y todo gracias a esa gran noche entre nosotros.

Según me confesó después, en donde la entrega de ambos distendió de un modo tan natural y maravilloso, se sintió, por primera vez en su vida, consentida y mimada por un hombre. Su

exmarido, un bueno para nada como siempre —hasta ahora me preguntaba qué de bueno le vio— nunca había pensado en las inquietudes y expectativas de ella en su intimidad como pareja. La única conclusión a la que llegué fue que, era el típico machista que solo pensaba en sí mismo, mas no en su mujer. Pero ¿qué me sorprendía? ¡Era una raya más al tigre!

Debido a todo esto, a mi disposición con ella y a la confianza que le brindé, fue que la entrega entre nosotros fue la ideal y oportuna; porque no me hubiera gustado estar con Margarita cuando yo hubiera perdido mi virginidad y no hubiera sabido cómo tratarla, como me pasó con Diana debido a mi comprensible inexperiencia. En momentos así me confirmé el viejo dicho que escuché hace tiempo: *Lo que tiene que suceder, sucederá.* Y aquí yo le agregaría: *en su momento oportuno y adecuado.*

Lo mío con mi novia se dio en el momento más oportuno y adecuado que pudiera haber existido. Desde que se divorció, desde que me separé de Diana, desde que ambos nos reencontramos y desde que decidimos entregarnos el uno al otro, todo entre nosotros se había venido dando en el mejor y maravilloso momento de nuestros tiempos.

Sin embargo, había algo que empañaba esta ocasión tan extraordinaria de nuestras vidas. No sabía qué hacer cuando me despertara luego de dormir a su lado.

Quería quedarme siempre junto a Margarita, verla dormir profundamente, aunque roncara como un oso y se moviera más que mi perro cuando tenía pulgas. Solo quería estar a su lado para besarla, acariciarla y amarla muchas noches más aparte de esta.

No quería despertarme nunca, pero nunca. ¡Mierda!

¿Qué haría cuando los rayos del sol me dieran al rostro y me recordaran toda la basura que debía afrontar por culpa de mi ex? ¿Cómo enfrentaría su amenaza hacia Margarita? ¡Dios mío!

Margarita

¿Puede existir la felicidad absoluta? Yo creo que sí. Porque hoy, después de que decidiera entregarme a Luis puedo afirmar, con toda seguridad, que estoy enamorada de él. Nunca pensé que la vida, después de mi desastrosa separación, me tuviera guardado algo tan maravilloso. Y eso era Luis para mí.

Ya de por sí, luego de su confesión, hacía casi un mes atrás, mi mundo había cambiado. Pero hoy, en esta noche, puedo decir que mi vida había dado un giro de 180° grados, porque hoy me he sentido amada como nunca lo había sido, y todo gracias a la ternura y dulzura con la que Luis me había tratado.

Por muy inverosímil que sonase, en aspectos tan íntimos con él como los de esta noche, me sentí como una aprendiz a su lado.

A Luis le confesé algunas inquietudes que tenía respecto al sexo. Él, a diferencia de mi exmarido, con quien perdí mi virginidad en mi noche de bodas y se burlaba de mí cuando le señalaba lo mismo —o simplemente las ignoraba y no las tomaba en cuenta— fue muy condescendiente. Con paciencia, me animó a decirle todo sobre las dudas y temores que tenía; ya que, debido a mi personalidad tan conservadora y el modo en el que había sido criada, hablar sobre estos temas no era algo que fuera usual y fácil en mí. Pero, a su lado me sentí muy cómoda en este aspecto tan importante de una pareja. Y lo más importante, me sentí comprendida como nunca me había ocurrido.

Sin embargo, si por un lado Luis me demostró una gran madurez respecto a este tema; por otro lado, conocí en él la otra cara de la moneda.

Y es que sí. No todo puede ser perfecto en él. ¡Solo tiene dieciocho años y es un chico como tal! Con muestras de inmadurez también, las cuales descubrí esa noche y a la mañana siguiente.

A pesar de todo esto, a mí me gustan ambos lados de Luis. Como el niño que muchas veces se mostraba. Como el hombre que me apoyaba y me brindaba tanta comprensión en algo tan íntimo. A fin de cuentas, todo esto formaba parte de él, y yo lo quiero tal y como es.



Cuando me desperté a las 07:00 am para dirigirme al estudio contable para otro día de labores, Luis no quiso que me separara de su lado.

—¿Vas a trabajar? —me preguntó con los ojos entreabiertos. Estaba cubierto con varias frazadas encima, mientras me agarraba de un brazo. Se hallaba somnoliento.

—¡Claro! —le indiqué mientras cogía una bata para vestirme y dirigirme a la ducha para bañarme—. Entro a las 9. Si me demoro más, voy a llegar tarde.

—¿Puedo ducharme contigo? —señaló de manera pícaro, no sin antes levantarse de la cama.

—¿Eh? —pregunté muy sorprendida con su propuesta.



Después de bañarnos mutuamente y algo «más», le dije para prepararle desayuno. A él se le antojó cinco panes con queso y jamonada, junto a su infaltable café con leche y dos porciones de ensalada de fruta. ¡Cuánto comía este chico! Le agregué un buen vaso de jugo de naranja, a lo que él seguía bromeándome, diciendo que ¡quería convertirlo en un árbol de naranja!

Cuando procedí a vestirme con mi ropa habitual de trabajo, me pidió no ir ese día.

—¿Te puedes quedar hoy conmigo? —me dijo cuando ya estaba lista para dirigirme a la empresa.

—¿Cómo? —señalé con evidente asombro—. ¿Por qué me pides eso?

—Quiero pasar más rato contigo —me indicó acercándose a mí y abrazándome por la cintura.

—Pero debo trabajar...

—¿No puedes llamar e inventar cualquier excusa? Que estás enferma o algo parecido.

—Me encuentro muy bien. Hoy he amanecido mejor que nunca —alegué con una sonrisa.

—Sí, lo sé. ¿Por qué será? ¡Picaroono! —dijo dándome un ligero codazo, luego un beso en la boca y acariciándome muy dulce la mejilla.

—¡Pesado!

Se rió con esa sonrisa tan bribona que tenía.

Sonreí con él. La verdad era que comenzaba a cogerle el gusto a cuando me picaba con sus bromas e indirectas.

—Ya, en serio, me gustaría pasar el resto del día contigo, mi boquita. ¿No puedes inventarte cualquier pretexto para no trabajar hoy?

—Pues...

Lo medité bien. Ese día me tocaba una jornada tranquila. No tenía ningún informe contable urgente que presentar ni apoyar en ninguna declaración de impuestos inaplazable. Las declaraciones de los clientes asignados a mi cargo habían sido entregadas con el debido tiempo la semana pasada. Así que, por ese lado, podía respirar tranquila.

Pero, no me gustaba faltar así por así al trabajo. Aunque mi jefa me señaló, días atrás, que podía tomar mis vacaciones para tener algo de calma debido a los problemas que el divorcio de César me aquejaba, no vi oportuno pedirlo. El mantenerme ocupada en la contabilidad más la compañía de Luis habían sido mi mejor terapia post divorcio.

Y ahí me encontraba: con Luis a mi lado, insistiendo en que me quedara con él, prodigándome tanta ternura con sus caricias y besos, a los cuales debía confesar que me estaba volviendo adicta. Por otro lado, la razón que me decía que debía portarme como siempre, responsable con mis labores y obligaciones. ¿Qué hacer?

—No sé, no creo que sea conveniente —acoté—. ¿Tú no tienes clases en la universidad?

—Me da igual —respondió para luego seguirme dando un beso en la oreja—. ¡Para lo que me queda! Pienso abandonar mis estudios, ya lo sabes. Con esta tontera de lo de mi ex, debo ponerme a trabajar y todo lo que eso conlleva.

Me causó algo de decepción escucharlo.

Siempre consideré que los estudios en una persona eran algo *muy* necesario. Y, aun cuando Luis tenía que trabajar para cumplir con sus obligaciones de padre, esto no significaba que tenía que dejar de lado la lucha por sus sueños, ¿o sí?

—¿Es prudente que lo hagas? Quizá si trabajas a medio tiempo y luego estudias en la noche. Puedes hacer un traslado a la Facultad de Música, mira que...

—Margarita —señaló abrazándome con una mano por la cintura y la otra poniéndola sobre mi boca a modo de callarme—, sobre mi futuro me encargo yo. ¡Hoy solo quiero vivir el presente! Contigo, aquí y ahora —dijo para luego seguir con sus besos en mi cuello y oreja.

Bastó que la chispa entre los dos volviera a encenderse debido a los mimos que me daba, para dar yo por vencida mi batalla moral. Así que decidí llamar al trabajo para excusarme ese día.

—Ya vuelvo. Voy a llamar a mi jefa —indiqué, dejándolo en mi habitación.

Me justifiqué con Constanza, alegando que me había venido la menstruación con unos dolores, los cuales eran tan insoportables que me habían tumbado en la cama y que, a pesar de tomarme un desinflamante, este no había menguado en modo alguno mi «suplicio». Ella me llenó de consejos de cómo quitarme el maldito dolor como tomar agua caliente y poner una bolsa tibia sobre mi abdomen bajo y que, si el dolor persistía, no dudara en acudir a su ginecólogo de cabecera.

Luego de sentirme fatal por inventar una excusa tan burda, regresé a mi cuarto. Grande fue mi sorpresa cuando escuché desde el pasadizo las grandes carcajadas de Luis.

—¿Qué ocurre? —le pregunté cuando abría la puerta de mi habitación

—¡Estos payasos de Quico y del Chavo! ¡Son unos idiotas! —Se rió mientras jugaba con el control remoto en su mano. Había encendido el televisor de veinte pulgadas que tenía en el rack de mi dormitorio—. Está dando *El Chavo Animado*. Me encantan estos *huevones* y sus payasadas. ¿Vienes a verlo conmigo? —me indicó para luego dar palmaditas con su mano al lado izquierdo de la cama, como señal para que me sentara a su costado.

—¿Ah? —señalé bastante sorprendida.

¿A Luis le gustaba ver dibujos animados? Pero, lo pensé bien. Y ahí me di cuenta de su lado infantil.

No debía asombrarme de que le gustara ver dibujos y cosas parecidas. El niño dentro de él había salido a relucir en este momento. Después de todo, ¡solo tenía dieciocho años!

Luego de que él llamara a su casa para avisarle a su madre que «estaba en la universidad» y no se preocupara por él («*Luchito, por favor, no te olvides de desayunar en la cafetería. Aún estás en etapa de crecimiento y debes comer bien*»), pasamos el resto de la mañana y de la tarde

juntos.

Vivir estas horas a su lado fue una experiencia muy distinta a ocasiones anteriores. Entre nosotros hubo una intimidad tan cercana y natural, que me pareció que nos conociéramos de toda la vida.

Hasta antes de la noche previa, nuestra relación era de simples novios, si me dejaba explicar. No era lo mismo que él viniera todas las noches, nos pusiéramos a ver televisión, escuchar música, apreciar cuando me cantaba y... Ahora compartíamos intimidad y muchas cosas más.

Me mostró diferentes aspectos de su vida cotidiana, como su gusto por los dibujos animados, su predilección por las figuritas de un álbum de Ben 10 (según me confesó, ¡estaba en un gana-gana con su hermano menor para ver quién lo completaba primero!) y más sobre sus gustos estrafalarios respecto a su modo de vestir. En especial, las botas de militar desgastadas que llevaba puestas me fastidiaban. Según él, mientras más raídas y sucias estuvieran, «mejor» le asentaban.

Ahora comenzaba a conocer más del Luis humano. El Luis niño, con sus gustos raros y poco comunes, los cuales no solía ver en hombres de mi edad, como el Luis hombre, tan comprensivo en aspectos tan importantes como el sexo. Y me encantaba apreciarlo así, porque mientras más compartía con él, mucho mejor me sentía a su lado.

Mas, luego de que la mañana entre los dos transcurriera de un modo tan maravilloso, con el transcurrir de las horas algo cambió. Percibí que algo lo preocupaba y que no me estaba contando todo lo que le ocurría. ¿Tendría que ver con lo de Diana?

Me sentí algo incómoda al respecto. No sabía si tocarle el tema o no. Pero, quería que las cosas entre nosotros se vinieran dando en el mismo curso que hasta ahora. Fue así como reuní fuerzas para encauzar la conversación respecto a lo que yo quería:

—¿Todo bien?

Me encontraba cocinando su plato favorito: ají de gallina. Me estaba ayudando a deshilar el pollo en pequeños trozos para dicho fin. Tenía la mirada un poco ida, una señal de que, en efecto, algo le molestaba.

—Luis, ¡te estoy hablando! —insistí.

—Ah, sí —dijo prestando atención—. ¿Me decías? —Volvió a su actitud despreocupada.

—Te pregunto si todo está bien.

—Sí, se me hace muy fácil hacer esto —dijo mientras seguía deshilachando la carne—. Nunca ayudo a mi madre en estas cosas, pero contigo lo hago encantado —señaló con su característica sonrisa.

—No me refiero a eso —acoté observándolo de manera fija.

—¿Entonces?

—Es que...

Tuve que respirar muy profundo para seguir con lo que quería decir. No deseaba parecer impertinente, pero la espina que sentía dentro de mí no me dejaba tranquila. Tenía que despejar mis dudas a como dé lugar:

—Creo que algo te preocupa. —Dejé el *bowl* de la cocina sobre el repostero y acaricié sus manos de él—. Cuando a veces te hablo, parece que estuvieras en Marte.

Se me quedó mirando con aprensión. Levanté mi rostro lo suficiente como para estar a pocos centímetros del suyo. La distancia entre nuestras estaturas era bastante. Siempre me pregunté cuánto medía Luis. ¿Un metro ochenta? Pero, hice mi mejor esfuerzo para estar frente a frente a él.

Con una mano aparté una de sus trenzas rastas que tapaba uno de sus bellos ojos. Quería observarlo fijamente para ver si, a través de ello, podía descubrir qué era lo que aquejaba a su alma y tratar de solucionarlo entre los dos.

—¿Todo está bien? ¿No hay algo de lo que quieras conversar?

Luis

Cuando Margarita me preguntó si algo me ocurría, no supe qué responder. Y ahí, como si alguien leyera mi mente, fui literalmente salvado por la campana.

Sonó el timbre. Ella se separó de mí y fue a atender al contestador.

—Es un mensajero de un centro de conciliación —me indicó.

—¿Qué querrá?

—Ni idea. Está bien, ahora bajo, señor —le contestó a quien hablaba a través del comunicador—. Ya vuelvo.

Cuando se fue, estaba en *shock*. Margarita, como cuando era un niño, era capaz de descubrir que algo andaba mal en mí.

En ese tiempo, a pesar de que yo me quería hacer el tipo duro, porque quería aparentar ser mayor y odiaba que la gente me viera llorar, ante ella me era imposible disimular. Margarita tenía un don especial para leer en mi interior. Cuando algo me fastidiaba, bastaba un par de sus palabras para sentirme en total confianza. Y yo no dudaba ni un segundo en soltarle todo lo que tenía dentro.

Si una de las cosas que me enamoró de ella entonces era la comprensión y tranquilidad que me brindaba, al escucharme y aconsejarme luego de confesarle mis preocupaciones, las cuales eran mayormente por mis metidas de pata. Pero, ahora no se trataba de travesuras de niño.

Debía tratar de aparentar que todo estaba bien, porque no quería que comenzara a invadirme con preguntas incómodas. No sabía por cuánto tiempo más podía soportar esta farsa, porque cuando la tuve ahí, observándome firmemente y agarrándome las manos, sentí que me iba a derrumbar por completo. Y no quería hacerlo, ya que todavía no había resuelto cómo afrontar lo de Diana.

Solo había decidido pasarla bien al lado de Margarita, mientras disfrutábamos de nuestra intimidad y cosas cotidianas. Me había sentido tan bien en su compañía mientras nos duchábamos juntos y nos entregábamos mutuamente, como ayudarla a sacar la basura, limpiar su dormitorio, así como en la preparación del almuerzo... Con todo aquello, caí en la cuenta de que esto era lo que quería para mi vida futura: estar con ella para siempre.

Decidí tomar una resolución: contarle todo lo que de verdad sucedía. Y si, a pesar de aquello, ella quería seguir a mi lado, pues bien. Si era todo lo contrario, tendría que aceptar su decisión de manera hidalga, pero me llevaría el recuerdo de todo lo que viví a su lado, lo cual, aunque hubiera durado poco, había sido intenso e inolvidable para mí.

Pero, la pregunta que yo me hacía era ¿cuándo confesarle sobre el chantaje de Diana? ¿Cuándo era oportuno? ¡Dios mío! ¿Cuándo?

Mientras me encontraba sumergido en el mar de mis pensamientos, un sonido de mi teléfono me distrajo. Al ver qué era, me fijé que era un mensaje de texto. ¡Era Diana!

«Llamé a tu casa para saludarte, pero no te encontré. Te hago recordar que debes

deshacerte de tu perra. Disfruta las pocas horas que te quedan con ella, jojojo».

¡Mierda! ¡Siempre jodiendo la desgraciada esta! ¡Me tenía hastiado!

Apagué mi celular y lo lancé con furia al piso. Éste cayó rápido debajo de uno de los sofás. Parecía que se le había roto la pantalla. ¡Carajo!

En ese instante, regresó Margarita con unos documentos. Y su semblante era de evidente preocupación.

—¿Quién era? —le pregunté.

Ella lanzó los papeles a la mesa de su comedor y me abrazó. Estaba llorando.

—¿Qué sucede? —insistí, mientras la acunaba en mis brazos y le daba masajes en la espalda para calmarla.

Se separó de mí y se sentó en una de las sillas del comedor. Hice lo propio a su lado y le di un vaso con agua para que se calmara. Después de esto, me habló:

—¡Es César! Mira lo que me ha enviado —me informó mientras me entregaba varios papeles.

Leí los documentos en cuestión. En estos César Valenzuela, de treinta años, solicitaba una conciliación de divorcio, reparto de bienes y pago de alimentos. El cara de *nerd* decía que hacía un mes se había quedado sin trabajo, por lo que le ¡requería a Margarita que le pasara una pensión económica para su manutención! Además, por si esto no fuera poco, como él «había pagado» religiosamente la hipoteca del departamento de ella y, ante su estado de «mendicidad», pretendía quedarse con la propiedad de este porque «no tenía en dónde vivir».

—¿Cómo puede hacerme eso? —dijo llorando—. Yo sola he estado pagando la cuota de la hipoteca desde que él se fue de la casa. También, ¡alega que no tiene trabajo! Pero bien que tiene dinero para irse de putas y pagar los caprichos a su nueva novia, según me he enterado. ¿Y quiere que lo mantenga y quedarse con el departamento? ¡Es un sinvergüenza!

Tuve que contenerme de no llenar de golpes la mesa del comedor al verla así, porque no quería formar un espectáculo y que ella se asustara ante mi reacción. Ya tenía suficiente con los requerimientos de su ex.

Los calificativos de patán, caradura, ruin y demás se quedaron cortos para calificar a ese tipejo. ¡Era un hijo de puta! Si lo hubiera tenido cara a cara lo hubiera molido a golpes sin chistar, por preocuparla y hacerla llorar. ¡Esto no se le hacía a la mujer con la que habías estado casado por varios años! ¡No, señor!

—Lo que él es... ¡ES UNA MIERDA! —indiqué mientras me paraba de la silla y lanzaba los documentos del sinvergüenza al suelo.

Se me quedó observando con un gesto desencajado. Debió de haberle sorprendido mi reacción, así que tuve que controlarme.

Rápidamente, tomé los documentos y me senté de nuevo a su lado. Le di un beso en la mejilla y le agarré su mano derecha.

—Lo siento —le susurré—. Es que ¡estoy tan indignado!

—No te preocupes. Lo entiendo, porque también lo estoy. Debo poner al tanto a mi abogada de lo que ocurre. ¡Voy a llamarla!

Margarita se limpió las lágrimas de su rostro y se dirigió a la sala. Cogió su teléfono fijo y digitó un número.

—¿Aló, Cinthya Huerta? ¿Qué tal? Te habla Margarita Luque.

Luego de hablar con su abogada y de contarle lo que sucedía, quedó en ir a su oficina ese día a las tres de la tarde, con los documentos que le habían llegado.

—Ya estoy más tranquila.

—¿Qué te dijo?

—Dice que no me preocupe. Que es una simple invitación a conciliar, la cual es paralela al juicio de divorcio que tengo con él, pero que no tiene validez alguna. Lo más probable es que la haya enviado para presionarme, *ad portas* a la audiencia del juzgado que tenemos en diciembre. También, al ser el cónyuge culpable en el divorcio...

—¿Me puedes hablar en cristiano? —la interrumpí.

¡No entendía ni un carajo de lo que me estaba diciendo!

Ahí me explicó que, en un juicio de divorcio ambas partes presentaban sus pretensiones al juez, principalmente respecto a los bienes en común, la tutela de los hijos y si había alguna pensión económica que una expareja tenía que hacer al otro. En el caso de ella y de su exmarido, al no haber tenido niños, lo único que estaba en disputa era la propiedad del departamento.

A su vez, los documentos enviados por el granuja ese, haciéndose la víctima de no tener dinero para mantenerse, eran un trámite paralelo al divorcio. Pero que, lo más probable era que aquel no prosperara, porque debía solicitarlo ante el juzgado que estaba viendo su caso y que, si lo hacía, él tenía todas las de perder.

Para empezar, Margarita tenía todos los recibos de las cuotas del pago de la hipoteca en su poder, como prueba de que ella sola había corrido con esos gastos. Por este lado, podía desbaratarse la mentira de su exmarido de que él las había pagado.

También, el estado de pobreza que el patán alegaba era mentira. Este había heredado hacía poco dos edificios de su padre al fallecer. Y la renta del alquiler de estos le daba los ingresos suficientes como para subsistir. ¡Otra mentira!

Y si esto no bastaba, en el caso de un divorcio, el juez que veía el caso principalmente le daba la razón a la mujer —algo bueno del feminismo actual. ¡Bien por ellas!— que había sido engañada. Mi novia tenía todas las de ganar, porque había muchas pruebas de que el bribón le había sido infiel durante años.

Pero, todavía había mucho que hilar; un juicio de divorcio era largo. Si bien Margarita podía estar tranquila porque las cosas estaban a su favor, los documentos enviados la habían sobresaltado sobremanera. El imbécil de su ex no perdía oportunidad para molestarla y presionarla. ¡Hijo de puta!

—La verdad es que lo desconozco —dijo aún acongojada.

—¡Es una mierda de tipo!

En ese momento, para variar, mi estómago me volvió a jugar una mala pasada y sonó de manera escandalosa. ¡Qué vergüenza! Ella solo atinó a sonreír, mejorando su semblante. Los hoyos de su mejilla hacían juego con sus gruesos labios cuando se reía. Esta combinación la hacían ver más bonita que nunca. ¡Me encantaba verla así!

Cuando miré mi reloj para ver por qué me moría de hambre, me di cuenta de que ya era la 01:03 pm. ¡Con razón las tripas me crujían!

—Bueno, mi abogada quiere que le lleve los papeles para revisarlos y conversar con más tranquilidad. Y no va a estar en su oficina hasta las 04:00 pm. Así que, voy a terminar de cocinar para llenar esa pancita que me está reclamando —dijo sobándome el estómago y sonriéndome—. Y luego me voy a ello, ¿bien?

—¡Perfecto! Que luego de comer debo ir a mi casa a cambiarme. Acuérdate de que tengo la audición en el *pub* del hermano de mi amigo a las cinco

—Cierto...



Luego de cocinar y almorzar, Margarita se cambió para ir donde su abogada. Como andaba con el tiempo justo y aún no había saciado mi apetito, me dijo que podía servirme más de la comida que quedaba en la olla.

«¡Comes como un camionero! Te he servido un plato de sopa más el segundo en un tazón grande, junto a tres frutas y un jugo de naranja. ¿Y aún tienes hambre?».

«Tengo que alimentarme bien. ¿No escuchaste que mi madre dijo que aún estoy en crecimiento?».

«¿Más?».

Después de que se fuera y la animara con que su abogada le daría buenas noticias, volví a almorzar.

Cuando ya me iba a mi casa, un sonido en mi celular me advirtió de un mensaje de texto recibido. Al abrirlo para ver quién era el remitente y el contenido del mensaje, lo que leí me puso de piedra:

«Ya sé quién es la perra de tu novia. Y no creo que a tu familia le guste lo que descubrí. Me dan pena ustedes dos, jojojo. ¡Pobres imbéciles!».

¡Era Diana! ¿Cómo diablos había descubierto de que Margarita era mi novia? ¡Mierda!

❁ Capítulo 21 ❁

Luis

Luego de revisar el mensaje de texto de Diana, procedí a llamarla de inmediato. Tenía que zanjear este tema de una vez y averiguar si mis peores temores eran ciertos. Pero, después de digitar su número, el sonido de llamado no se escuchaba. Al contrario, me dirigía directamente al buzón de voz.

El mensaje que se podía escuchar en la casilla de voz era de lo más surrealista:

«Sé que te mueres por contactarme. Y como te conozco más que a la palma de mi mano, en estos momentos estoy inubicable. Así que pues, mi adorado Lucho, esta noche nos encontraremos a las 10 pm como hemos quedado, no sin antes tenerte preparada una sorpresita».

¡Hija de puta! ¿Qué mierda era lo que tramaba?

La llamé tres veces más, pero sin éxito alguno. Decidí no insistir. El solo escuchar su voz de ese modo tan sardónico, hizo que se me escarapelara todo el cuerpo.

Resolví olvidar ese asunto y tratar de concentrarme en la audición que tenía. Pero, tenía la cabeza hecha un manojo de nervios. Toda la tranquilidad que había obtenido durante las horas que había estado con Margarita se había esfumado del todo. Solo una angustia apretaba mi pecho a medida que transcurrían los minutos y mi encuentro con Diana estaba cada vez más cerca.

Después de ir a mi casa, hacerle saber a mi madre sobre el *casting*, me cambié de ropa y me dirigí al vídeo *pub* El Gato Azul, donde tenía la audición prevista. Ahí me reencontré con el hermano de Pablo, Eduardo.

—¿Nervioso? —me preguntó.

Yo estaba sentado en una silla junto con otros participantes de la audición. Un joven con el pelo desgarrado y vestido de negro acababa de salir de la habitación, donde había pasado la prueba con los evaluadores. Eduardo salió detrás de él y anunció un descanso de cinco minutos. Me saludó efusivo y se sentó a mi lado.

—Un poco. Nunca he participado en una cosa de estas —le dije luego de soltar una bocanada de un cigarro que estaba fumando para calmar mi inquietud.

—Si eres tan bueno cantando como dice mi hermano, no creo que tengas problema alguno. Tranquilo. Solo sé tú mismo —señaló dándome una palmada en el hombro y una sonrisa de ánimo.

Me reveló que él, junto a tres socios de su empresa, eran los encargados de la evaluación del *casting* y que la competencia estaba muy reñida, ya que había muy buen nivel entre los aspirantes a cantante que se habían presentado.

—Eres el siguiente, Lucho. ¡Suerte! —me animó para luego dirigirse a la habitación de la que había salido.

—¡Gracias!

Apagué el cigarro que tenía y lo eché a un bote de basura.

Respiré y exhalé profundo tratando de calmar las hormigas que me invadían en el estómago. De pronto, tuve unas ganas locas de salir corriendo de ahí y mandar al diablo lo que tenía delante. ¡Estaba hecho un total manojo de nervios! ¡Mierda!

Tantas eran mis preocupaciones por el tema de Margarita y de Diana, y las inseguridades que me invadían, que no me podía concentrar en lo que tenía que hacer. Y esto se reflejó en mi audición, ya que no me fue tan bien como yo esperaba.

Tuve que cantar dos canciones ochenteras junto con el grupo musical al que iba acompañar. Una era *Persiana Americana* de Soda Stereo, un grupo argentino muy famoso por esa década. La otra canción era *El Baile de los que sobran* de Los Prisioneros, un grupo chileno de rock.

Después de darme cuenta de que mi actuación había sido muy inferior a la que yo esperaba — ¡Malditos nervios e inseguridades!— y verlo reflejado en las miradas de desaprobación de mis evaluadores, pude ver la luz al final del túnel. Cuando ya daba mi oportunidad por perdida, la última canción que me tocaba entonar era una de Hombres G, *Te quiero*. Y aquí decidí jugar todas mis fichas.

Como Margarita decía que, cuando le interpretaba una canción romántica lo hacía con tanto sentimiento, resolví hacerlo del mismo modo. Fue así como me imaginé de que ella estaba sentada junto a los evaluadores.

Dirigí mi mirada a un punto vacío. Y ahí la vi. Con su bello rostro, su hermosa boquita de caramelo y sus pequeños ojos color café, observándome de manera dulce y animándome con ello, como diciéndome «Canta para mí». Y esto bastó para que yo diese lo mejor de mí.

Interpreté la canción asignada con todo el sentimiento que me era posible. Le dije cantando «Te quiero» a la Margarita imaginaria que me sonreía amorosa, como tantas veces le había declarado, ya sea en secreto y en solitario durante todos estos años, como durante este corto tiempo que estaba con ella.

El cambio de la percepción de los evaluadores ante mi interpretación fue la anhelada. Vi que asentaban la cabeza en señal de afirmación y conversaban entre ellos mientras seguía con lo mío. ¡Genial!

Luego de mi actuación, se me informó que eso era todo por hoy, si había sido seleccionado, ellos se pondrían en contacto conmigo, así que dieron mi prueba por terminada.



No muy seguro de que hubiese sido escogido, pero con una leve esperanza debido a mi última actuación, procedí a irme a mi casa. Sin embargo, luego de despedirme de Eduardo y agradecerle por la oportunidad brindada, cuando ya me iba y estaba en el estacionamiento del lugar, uno de ellos me detuvo. Era un hombre de mediana edad, con el pelo cano y bien vestido. El reloj de brillantes que llevaba en su mano izquierda indicaba que era de una buena posición económica.

—Muchacho, ¿tienes un minuto? —me preguntó.

—Sí, señor —respondí, algo sorprendido.

—Acércate, por favor —me indicó mirando de reojo para ambos lados y dirigiéndose a una esquina del estacionamiento.

¿Por qué tanto misterio? Algo no me terminaba de convencer, pero le hice caso y hablé con él.

El hombre se presentó como Roberto Santa Cruz, buscador de talentos y mánager de cantantes y grupos musicales. Era un tipo que llevaba muchos años en el mundo de la música, por lo que me

contó. Se había quedado gratamente asombrado con mi última interpretación. También, me veía con muchas cualidades como cantante de música romántica, pero lo que siguió a continuación me dejó helado.

Según pude entenderle, a pesar de ser socio del hermano de Pablo en la empresa que veía las audiciones, el tipo tenía sus propios negocios en solitario. De este modo, estaba interesado en manejar mi carrera. En palabras textuales de él «*con mi talento y los contactos que él podía brindarme, la fama y el estrellato estaban a la vuelta de la esquina para mí*».

Cuando le pregunté si Eduardo estaba al tanto de la oferta que él me hacía, lo negó con total desparpajo. «*A los peces gordos como yo, él se los aseguraba antes que a cualquier otro, sea su socio o no*».

Asqueado de la traición de la que estaban invitándome a formar parte, agradecí «gentilmente» su propuesta. Le hice saber que si estaba interesado no dudaría en ponerme en contacto con él, gracias a la tarjeta de color gris que me había entregado, en la cual se podía leer su teléfono y correo de contacto.

Y ahí ya me encontraba ante otra encrucijada. Otra para variar, en mi «tranquila y apacible vida».

Por un lado, el ego que siempre me caracterizaba no cabía dentro de mí. El saberme que un tipo del negocio musical me veía con gran potencial y quería manejar mi carrera provocó que me sintiera orgulloso.

Por otro, no me gustaba para nada el secretismo con el que tipo se manejaba. No quería formar parte de una traición hacia Eduardo y su empresa, quienes amablemente me habían brindado una mano, junto a Pablo, en una situación de tanto apremio como la mía.



Con el cerebro hecho un revoltijo por todo lo que me ocurría, me dirigí a mi casa. Pero, antes de llegar, decidí llamar a Margarita para hacerle saber cómo me había ido en la audición. Obvié contarle la propuesta del traidor ese y me concentré en contarle con lujo de detalles la interpretación que hice de la canción de los Hombres G, con especial énfasis en la inspiración que tuve imaginándome a ella presenté ahí.

—¡Guau! Supongo que todos se habrán quedado gratamente sorprendidos al escucharte cantar, ¿sí?

—Eso no se pregunta, Margarita, pero...

—¿Pero? —preguntó con aprensión.

—Ellos no pusieron sus ojos de cordero degollado como cuando tú me oyes cantarte —señalé poniendo mi voz más gruesa de lo normal.

—¿Cómo?

—¡Ellos no se mueren por mí como tú! Ya sabes. Si fuera así, ya tendría a los evaluadores en mi bolsillo, ¿no crees?

—¡Pesado! —La oí mascullar.

Reí a panza suelta. El solo conversar con Margarita por unos instantes hacía que me relajara totalmente, olvidándome de todo lo que me preocupaba.



Ya en casa, las cosas no eran de lo más tranquilas para mí. Mi padre había llegado de su viaje

a provincia y me estaba esperando muy impaciente, seguro para continuar con nuestra discusión del día anterior.

Se encontraba sentado en la sala con mi mamá. Ada estaba hablando con una amiga en el teléfono fijo que estaba en una mesita del salón.

—Hola, papá y mamá —dije luego de cerrar la puerta principal.

Papá no me contestó, solo se quedó observándome de una forma muy severa. Aún debía de seguir enojado por nuestra discusión.

La tensión en el ambiente era palpable. Mi madre no se levantó de su asiento a recibirme con un gran abrazo ni a preguntarme si me apetecía comer algo, como siempre solía hacerlo cuando yo llegaba a casa. Al contrario, tenía la frente arrugada y cogía muy nerviosa de la mano izquierda a mi padre, sin quitarle la vista de encima.

—Blanca, quiero que Ada y Memo vayan a sus habitaciones, y que no salgan de ellas. Necesito hablar con Lucho a solas, ¿entendido?

Ella asentó la cabeza sin chistar. Como siempre, le obedecía en todo lo que él le decía.

—¡A mí no me ordenas qué hacer, papá! Que ya estoy bastante mayor como para que me trates como a una niña —replicó mi hermana, apartando el auricular del teléfono de su oído por un momento.

Mi padre la observó con una mirada de reprobación. Una batalla más de la guerra que no daba tregua alguna para los dos.

—Necesito hablar con tu hermano. Voy a tocar un tema muy delicado con él. ¡Obedéceme!

Ella se despidió rápido de su amiga. Colgó el teléfono, se levantó de su asiento y volteó a hablarle de nuevo a mi padre:

—Si te refieres a la futura paternidad de Lucho, estoy enterada de todo. Y no comparto tu idea de que el enano este —habló asintiendo su cabeza en dirección a mí—, por muy idiota que sea (¡No me defiendas, hermanita!) se case a sus dieciocho años. ¡Por Dios, papá! ¿En qué época crees que vivimos?

—Hija, este no es un tema que te incumba.

—Sí me importa. Lucho es mi hermano, después de todo. Así que me quedaré aquí para apoyarlo en lo que haga falta.

—¡Ada, hazme caso y vete a tu cuarto! —gritó levantándose de su asiento y observándola con firmeza.

—¡No me voy! —insistió alzando la voz también.

—Bruja, no te preocupes. Puedes irte —mencioné, tratando de apaciguar los ánimos. No quería que el asunto empeorara más de la cuenta.

—Pero, Lucho... —me dijo contemplándome con preocupación.

—Tranquila —alegué, tomándola de los hombros para tratar de tranquilizarla—. Ya verás que todo va a estar bien.

Me observó con una mirada de ansiedad. ¡Siempre tan preocupada por mí!

—Está bien. Me voy... pero solo porque tú me lo pides, enano —indicó para luego dirigirse a la escalera que daba a los dormitorios del segundo piso—. De todos modos, estaré atenta por si me necesitas, ¿sí?

—Está bien.

Luego de que ella se fuera y mi madre hiciera lo propio con Memo —quien estaba jugando en el patio con mi perro—, me quedé a solas con mi padre. Él volvió a sentarse en uno de los sillones de la sala y se quedó callado por unos minutos, los cuales se me hicieron eternos.

¡Maldita sea, papá! ¡Si había algo que soltar, que lo hiciera de una vez!

—Así que has decidido enfrentarme de nuevo —habló, por fin.

—Te dije que nadie va a decidir en mi vida... —acoté, sentado en el otro extremo del salón.

No quería tenerlo cerca de mí.

—Debes casarte con esa chica —me interrumpió.

—¡No pienso hacerlo!

—¡Claro que lo harás! ¡ES UNA ORDEN!

—¿Orden? —hablé, pasmado.

—Lo que has oído, Lucho. Y ya está todo planificado —refirió más tranquilo y muy orondo por tocar un tema del cual se moría por hablar.

—¿Qué estás diciendo? —pregunté, desesperado. Sentí que estaba empezando a sacarme de mis casillas—. ¡Al grano, papá!

—Pues bien, hablé con Vicente Aponte ayer y creo que no va a haber problema alguno. Como tú y esa niña son mayores de edad, supongo que será cuestión de simples papeleos. Mañana mismo iremos a la municipalidad a averiguar cuáles son los requisitos de la boda y...

¿De qué diablos me hablaba? ¿Mayoría de edad? ¿Simples papeleos? ¿Requisitos para la boda? ¡No! Aquí todo iba muy, pero muy mal. ¡¿Qué carajos era todo esto?!

—¡Ni una mierda! —lo interrumpí levantándome de mi sitio y alzando la voz.

Sentí que el mundo se me venía encima y que la cabeza me iba a estallar. ¡Ya estaba llegando a mis límites!

—¡¿Qué se creen tú y ese señor?! —continué gritando—. ¡¿Que pueden decidir y planificar sobre mi vida sin siquiera tomar en cuenta lo que pienso y siento?!

—¿No estabas enamorado de esa chica? —me replicó muy tranquilo mientras yo ya estaba fuera de mí.

¡Mierda! ¿Acaso no se daba cuenta de que con su indiferencia hacia lo que le decía me estaba volviendo loco?

—¡Hace tiempo lo que ella y yo teníamos se acabó! —exclamé, tratando de hacerle entrar en razón—. ¿No lo recuerdas, papá?

—Pues para jugar a ser mayores y dejarla embarazada a ti se te olvidó, ¿sí? —me contestó observándome a modo de reprimenda.

Me quedé callado. No supe qué responderle ante lo que sabía que era una metedura de pata de mi parte. Y él pareció complacido ante mi silencio.

Sabía que le deleitaba tenerme en esa posición; como si yo fuera un niño a quien debía reprochar, por no comportarse de manera debida y aceptar sin réplica todo lo que me tuviera que decir.

Pero mi mutismo duró por poco tiempo. No iba a darme por derrotado, ni mucho menos iba a reconocer que él moviera los hilos de mi destino. No, señor. ¡Por muy padre mío que fuese, no iba a mandar en mi vida! Fue así como decidí cambiar de estrategia.

—Ok, ¡está bien! ¡Acepto que la cagué al emborracharme y acostarme con Diana sin tomar la debida precaución! —alegué, sentándome y tratando de volver a la calma.

Quizá si cambiaba mi actitud podía convencerlo de que abandonara sus órdenes.

—¡Entonces debes asumir las consecuencias de tus actos!

—¡Claro que pienso asumir las consecuencias de mis acciones! Buscaré trabajo, le daré mi apellido al bebé y le pasaré una pensión. Pero ¡lo que me pides es ridículo! ¡Yo no me puedo casar con ella! Ahora más que nunca... ¡no puedo hacerlo, papá! —exclamé, desesperado.

—¿Y por qué no? —preguntó, mostrándose muy interesado en la última frase que había yo dicho.

Y con esto, resolví sincerarme y hacerle saber mis sentimientos. Quizá con ello se le ablandara el corazón y lo hiciera cambiar de parecer.

—Ya no la quiero. Estoy interesado en otra mujer —señalé, muy decidido en lo que decía.

—¿Qué? —expresó, muy sorprendido.

Los ojos se le salieron de su órbita. Parecía que lo que le decía era lo que menos se había esperado. ¿Lo haría cambiar de opinión al fin?

—Lo que te he dicho.

—Eso es un mero capricho tuyo, seguro. —Volvió a su gesto adusto de antes—. Algo pasajero, ya te olvidarás.

¡Carajo!

—¡No lo es! ¡Estás equivocado!

—Seguro que es una chiquilla que conociste por ahí. Te ilusionaste con ella, pero estoy seguro de que la olvidarás si te casas con Diana. Han sido novios por bastante tiempo...

—Papá —lo interrumpí—, ¡no es así! No me puedo olvidar de esta mujer si me caso con Diana.

—¿Cómo estás seguro de que no?

Ya no sabía qué más argumentar para convencerlo. Fue así como mi gran boca me metió en otro aprieto, de nuevo, y dije algo que no debía haber soltado, no todavía:

—Yo llevo enamorado de ella por varios años.

—¿Qué dices? —preguntó, bastante asombrado.

Como mi boca siempre era más rápida que mi mente, me di cuenta de que había metido la pata. ¿Qué la pata? ¡Metí las cuatro!

Mas, decidí meditar bien lo que iba a decir a futuro, porque no quería que mi padre empezara a hacer conjeturas sobre quién era la mujer de la que había estado enamorado todo este tiempo. Cuando llegara el momento oportuno de confesar a todo Dios que Margarita y yo estábamos juntos, esto debía ser una decisión de los dos. Pero, en este instante, esta no era algo que ambos hubiéramos resuelto revelarlo.

Pensando en una milésima de segundos una burda excusa, decidí mentirle, pero a medias.

Le dije que durante toda la secundaria había estado enamorado de una muchacha de un grado superior en mi colegio de Arequipa, la cual respondía a un nombre ficticio. Que me había reencontrado con ella hacía pocos meses atrás, porque habíamos coincidido en la universidad, con tan buena suerte para mí que, ahora que yo ya había crecido, ella me había visto como un hombre y, por fin, me había dado bola. Y con esto, por fin, mis sueños de adolescente enamorado se habían concretado, haciéndome el hombre más feliz de la Tierra.

En resumen, le hice saber todo lo que me había ocurrido con Margarita, pero obviando los detalles que pudieran identificarla con total seguridad.

Luego de que me escuchara, vi que el gesto en él cambió a uno indescifrable. No sabía si lo había convencido o no al abrirle mi corazón y confesarle lo que nunca le había dicho a persona alguna.

Y ya no quería pelearme más con él.

Podíamos tener discusiones sobre mi futuro profesional, sobre mi corte de pelo, sobre mi modo de vestir, sobre los amigos con los que me juntaba... Pero, sobre mi relación de pareja era algo que no iba a permitir que nadie interfiera, porque de ello dependía mi felicidad. Y si ya la

había conseguido, luego de tantos años de sufrir y esperar por Margarita, no iba a consentir que nadie, por muy padre mío que fuese, interfiriese en ello.

Como el silencio en el ambiente era de lo más tenso y la espera de su respuesta me mataba de ansiedad, decidí insistir. Prácticamente, le rogué para que cambiara su actitud hacia mí y los planes que tenía para mi vida.

—Por favor... —referí, observándolo firme a sus ojos y buscando dentro de ellos el amor de padre que debía tener, con la consiguiente comprensión que debía acompañarlo—. Por favor, papá. No me pidas casarme con Diana. *¡No lo hagas!*

Se me quedó mirando sin inmutarse. Pero, el ceño fruncido que tenía se relajó. A continuación, suspiró. Finalmente, abrió la boca para decirme:

—Hijo, yo...

En ese instante, mi perro con un pedazo de pollo bajó corriendo las escaleras, perseguido por Memo. Ambos se dirigieron a la sala y armaron todo un despelote.

—¡Big! ¡Ven acá, bandido! —gritó mi hermano mientras trataba de coger al perro, quien saltaba de sofá en sofá para no ser atrapado.

¡Qué mierda!

Justo en ese momento, mi celular sonó. Cuando lo abrí para ver a qué respondía, era un mensaje de texto de Diana:

«Estoy algo impaciente por delatarte ante todos. No puedo esperar hasta las diez para hacerlo. Así que estoy afuera de tu casa. Sal ahora para conversar, maldito».

Me dirigí a la ventana y ahí la vi, parada y observándome desafiante.

En ese momento, un pedazo de carne de pollo, producto de la pelea entre mi hermano y mi perro, salió disparado hacia mi cara, ensuciándomela. ¡Qué carajos!

—¡Ya basta, Memo! ¡Mira lo que me has hecho! —dije de mala gana, limpiándome con una mano la mejilla sucia y cogiendo con la otra a The Notorius B.I.G. del pescuezo.

—Se ha comido toda mi cena —se quejó mi hermano.

—¡Esto te pasa por llevarlo a tu cuarto a jugar y a dormir! —señaló mi padre.

—Exacto —dije mientras le sacaba del hocico a mi perro un pedazo de hueso y carne.

Lo saqué al patio. Le serví bastante en su plato de comida para que no anduviera comiéndose la de otros. Luego me dirigí al baño para lavarme mi rostro.

—Diana ha venido a buscarme —le dije a mi *viejo* cuando salía del baño.

—Dile que entre.

—No, hay un asunto que debemos hablar en privado. Voy a salir para conversar con ella.

—¿Es sobre lo que me has contado, Lucho? —preguntó con su típico gesto indescifrable.

Me había sorprendido de que me interrogara por ello. ¿Estaba preocupado por mí debido a lo que le había confesado?

—Ella ya está enterada de eso, papá.

—Entonces, eso quiere decir que...

—Necesito hablar con ella, ¡ahora! —lo interrumpí—. *A solas.*

No me respondió nada ni me reprochó ni me deseó suerte. Nada. Lo interpreté como un *«no demores que debemos continuar con nuestra charla»*.

—Ya regreso —le dije.

Abrí la puerta y salí de mi casa para hablar con Diana, quien me esperaba impaciente con sus amenazas hacia mí y, seguro, hacia Margarita. Si en verdad era cierto que había descubierto que era mi enamorada, ¿qué ocurriría?

❁ Capítulo 22 ❁

Luis

Cuando salí de mi casa para conversar con Diana, observé que estaba fumando mientras me esperaba. ¿En qué diablos pensaba? ¿Fumar en su condición?

—¡Deja ese cigarro! —le repliqué mientras le quitaba el pitillo que llevaba en su mano derecha y lo ponía lejos de su alcance.

—Ya era hora de que salieras, bastardo. ¡Devuélveme eso! —gritó al tratar de quitarme en vano el cigarrillo.

—¿Cómo se te ocurre fumar estando embarazada?

—¿Ahora te importa? —refirió, dejando sus intentos por hacerse del pitillo—. Ya te dije ayer que, si quería, abortaba a tu hijo.

Tuve que contenerme las enormes ganas que tenía de zarandearla y decirle todo lo que se merecía, pero no quería armar un escándalo en la calle para que mis vecinos vieran lo que ocurría.

—Bien, yo solo te advierto que no es bueno fumar en tu condición...

—¿Tú vas a ordenarme, Lucho? —señaló con una sonrisa tan cínica, que me daba ganas de mandarla al carajo ahí mismo—. Será mejor que busquemos un lugar más privado para conversar, ¿no crees?

—Vamos al carro de mi papá. ¡Sígueme! —le ordené de muy mala gana, mientras soltaba el cigarro que tenía en mi mano al suelo y lo pisaba con mi pie derecho.

Cuando me disponía a ir al garaje para sacar el auto, lo que a continuación habló me dejó helado:

—¡Quiero que vayamos a un hotel! —me gritó.

Volteé y la observé. Estaba tan desafiante con su sonrisa tan sarcástica, que odiaba desde lo más profundo de mi ser.

—¡¿C-Ó-M-O?! —exclamé, pasmado ante su propuesta.

¿Qué mierda estaba insinuando? ¡Había perdido totalmente los cabales! ¿Irme yo a un hotel con ella? ¡Nunca más!

—¡Estás loca! —vociferé azuzando las manos, mientras ella reía a carcajadas. Parecía sacada de una película de terror con mezcla de humor negro.

Una vecina que pasaba por el lugar con su perro se me quedó observando con curiosidad. Era una vieja viuda que vivía a dos casas de la mía y siempre estaba pendiente de todos.

En situaciones normales la hubiera saludado, pero estaba fuera de mis casillas. Lo único que quería era llevarme a Diana lejos de ahí para luego terminar la charla que teníamos pendiente de ayer. Quería saber cuáles eran sus amenazas y descubrir si era cierto que había descubierto que Margarita era mi novia.

La agarré de la mano. Avanzamos varios metros más allá. Nos metimos dentro de una vivienda abandonada que estaba en la esquina de mi calle. Quería estar en un sitio donde nadie más nos viera, para dejarle bien claro la situación entre nosotros.

—¡No pienso ir a un lugar de esos contigo nunca más! Si es por ahí por donde van tus intenciones, puedes sacarte esa idea de la mente de una puta vez... —dije mientras la arrinconaba a una pared a medio construir.

—Huyyy, ¡qué modales! Nunca pensé que te pondrías así de vulgar conmigo, cariño —señaló mientras reía sarcásticamente—. Pero ¿sabes? Me gustas más cuando estás así de enojado. Te hace ver más atractivo, Lucho —indicó entretanto trataba de acariciarme la mejilla.

Le retiré con brusquedad la mano de mi pómulo izquierdo y retrocedí para salir de su alcance. El simple roce de su mano en mi piel, mezclado con esa actitud tan cínica y desvergonzada de su parte, provocaban que empezara a sentir asco de todo esto.

—¡Ni muerto vuelvo a tener sexo contigo!

Cambió su mirada de enfado a una de provocación. Trató de nuevo acercarse a mí y lo que hizo a continuación me dejó pasmado.

—Leí no sé en dónde que cuando los hombres se enojan, destilan mucha testosterona. Y es cierto. Te ves tan varonil, Lucho —susurró en mi oído.

Me quedé inmóvil y sin capacidad de reacción.

—Y creo que la casa de aquí está deshabitada, ¿cierto? Buen lugar que has escogido. Me excitas tanto —mencionó mientras lamía mi lóbulo derecho y seguía con sus caricias para seguirme provocando.

Cogió mi mano izquierda, la puso sobre uno de sus pechos mientras con su otra mano se desabotonaba la blusa que llevaba puesta, dejándolos al descubierto. Comenzó a besarme con frenesí en los labios y no opuse resistencia.

Estaba comenzando a perder la razón. Me hallaba a punto de caer en dicha tentación porque, más que bien, Diana no era nada fea, todo lo contrario. Siempre se había caracterizado por ser una chica muy atractiva, quien no pasaba desapercibida ante el ojo masculino de otros, lo cual hizo que me llenara de orgullo de ser su novio tiempo atrás. Pero, cuando me encontraba inmerso por la pasión que comenzaba a invadirme, la imagen del dulce rostro de Margarita vino a mi mente.

¡¿Qué mierda estaba yo haciendo ahí con mi ex?! Y lo peor aún, ¿qué carajos estaba yo haciéndole a mi novia?

Fue ahí que entré en cordura y me aparté con brusquedad de ella. Retrocedí varios metros fuera de su alcance y decidí poner punto final a aquella embarazosa situación.

—¡Vístete! —le ordené.

—¿Qué? —señaló con una expresión de aturdimiento.

—No te traje aquí para esto. Tenemos un tema pendiente de qué hablar. Para eso fue que viniste a buscarme, ¿sí?

No le sentó nada bien mi rechazo. Su mirada llena de insinuación dio paso a una llena de furia, observándome con un rencor infinito, el cual se podía visualizar a través de sus grandes y profundos ojos negros.

—¡¿Osas rechazarme?! —gritó.

—Lo que quiero saber de una puta vez es ¡¿qué te traes entre manos?! Me refiero a tu mensaje de texto ese...

—¿Así que quieres saber si descubrí quién es esa? —me interrumpió vociferando.

—¡Sí! —Levanté la voz también.

—¿Y qué si lo hice? —indicó mientras terminaba de abotonarse la blusa que momentos antes había estado abierta—. ¿Qué más te da? Si es que ya debes haber terminado con esa maldita perra, tal y como quedamos ayer, ¿o no?

No le respondí a su pregunta, no del modo en que expresara palabra alguna. Pero mi silencio fue tan evidente para Diana, ya que su expresión severa y llena de rencor desfiguró totalmente su bello rostro.

—¿Así que no has cumplido con tu promesa? Bien, ahora mismo voy tu casa y le digo a todos quién es esa perra —indicó, muy enojada.

Seguía desafiándome, pero había algo que aún no me quedaba claro.

¿Había descubierto quién era Margarita? ¿O mis temores eran infundados? Mi paciencia ya estaba llegando al límite y resolví no comportarme como un idiota: iba a desvelar de una vez el misterio y saber a qué estaba jugando.

—Estás muy segura de quién es mi novia, ¿no? —dije cruzándome de brazos y observándola con atención—. ¿Por qué no me lo dices de una maldita vez, en vez de andarte con amenazas y demás teatreros?

No quise mostrar ni el más mínimo atisbo de miedo o preocupación ante ella. ¡Ya estaba harto de todas sus tonterías! ¡Si quería jugar con fuego, pues fuego iba a tener!

—¿Cómo? —preguntó, asombrada por mi reacción.

—Que si estás tan segura de saber quién es mi novia, ¡hasta ahora no me has mencionado su nombre! A mí me parece que, en realidad, ¡no sabes ni una mierda! —expresé en voz alta mientras me acercaba muy desafiante hacia ella y la arrinconaba contra la pared de madera—. Y solo vienes aquí, dándotelas de mujer fatal y demás basuras, las cuales no pegan con tu cara de niña buena y mimada.

—Lucho, yo...yo...

Toda la seguridad y burla que la caracterizaban antes desaparecieron totalmente de su rostro. Sus cejas se ampliaron, mientras se mordía muy nerviosa el labio inferior.

—Si estás tan convencida de saber quién es mi enamorada, te doy total libertad de ir donde mi familia y decírselo —dije muy seguro.

—¿Qué? —musitó en un tono de voz casi imperceptible.

Su cara terminó por desencajarse por completo. Parecía que mi reacción y todo lo que le decía le cayeron como un balde de agua fría. Quería tenerme a su merced como un títere, pero eso era lo que menos se esperaba de mí.

—Total —proseguí muy tranquilo—, lo pones como si fuera algo prohibido, pero mi relación es como cualquier otra. Así que, ¡por mí puedes hacer lo que te venga en gana!

—¿Todo lo que yo quiera? —preguntó volviendo a mostrarse desafiante—. Bien, recuerda lo que me estás diciendo, Lucho. A tu noviecita puede pasarle algo...

¿De vueltas a sus amenazas? ¡Carajo! ¡No, no, no! ¡Ya me estaba sacando de quicio!

La sangre me hervía por dentro. Sentí que algo muy fuerte golpeaba mi pecho con muchas ganas de explotar. Quise destrozar todo lo que tuviese frente a mí. En ese instante, solo tuve deseos de golpearla hasta la saciedad hasta que no quedara nada de ella y se tragara todas sus amenazas hacia Margarita y a mí. ¡Me desconocí por completo!

¡Estaba hasta la coronilla de sus provocaciones y demás mierdas! Fue así como la siguiente reacción que tuve fue una que nunca tuve me ocurrió con alguna mujer.

—¿Sabes qué? —le interrumpí—. ¡ME TIENES HARTO! —grité mientras le apretaba con mucha fuerza su mano derecha y la apoyaba contra la pared.

—Lucho, ¡me duele! —alegó muy nerviosa.

No le hice caso. Por alguna razón desconocida me gustaba tenerla ahí, con su cara de miedo y dolor, mientras yo seguía estrujándole muy fuerte su mano.

—Me estás haciendo daño, ¡suéltame! —rogó.

Pero no le obedecí. Seguí en lo mío, ahí, observándola de manera fija, directamente a sus ojos, mientras la confinaba contra la pared.

—TÚ TE ATREVES A HACERLE DAÑO A MI NOVIA Y TE JURO QUE NO RESPONDO, ¿ENTENDISTE?

La frente y mentón de Diana comenzaron a sudar. Sus ojos estaban tan llenos de miedo, mientras seguía mordiéndose el labio inferior y pasando saliva. Trató, en vano, de librarse de mi apretón con su mano que estaba libre. Aproveché esto para coger su mano izquierda, levantársela y apoyarla contra la pared, tal y como lo hacía con la derecha.

—¿ENTENDISTE?

No me respondió, pero seguía mostrando el mismo miedo de antes, ¿o era terror hacia mí?

Asintió con la cabeza varias veces. Parecía que mi comportamiento la había sorprendido de tal modo que, fue incapaz de confirmar a mi pregunta articulando palabra alguna. Sin embargo, luego me pareció escuchar que susurraba algo.

—¿Qué dijiste? ¡NO ESCUCHE!

La observé con todo el resentimiento que me estaba provocando en estos momentos. Me pareció que mi rostro brillaba con total furia al verme reflejado en los ojos de Diana. Si tenía que ponerme de ese modo para que dejara sus amenazas y poner a salvo a Margarita, lo haría, aunque me desconociera a mí mismo en ese instante.

—Que sí. ¡Lo entendí! —musitó.

—Bien.

—Ahora suelta mis manos, por favor.

Y así lo hice.

Siguió observándome con los ojos llenos de temor mientras se apartó de manera lenta. Caminó unos pasos hacia la izquierda. Vi que observó por el rabillo de sus ojos a una de las tablas que tapaban una de las entradas de la casa en ruinas, por la cual habíamos entrado.

—¿Ya te quieres ir? —dije con una sonrisa.

No me respondió. Solo me miró con rencor, apartó una de las maderas y salió rápidamente de la casa. La seguí en el acto.

—¿Das nuestra conversación por terminada? —le pregunté cuando la alcancé. Quise tomarla de la mano, pero ella la retiró.

En unos segundos, estábamos frente a mi casa. Tocó el timbre de la puerta con insistencia y mucha impaciencia.

—¿Para qué tocas? Si yo tengo llave... —añadí.

—Tengo miedo de ti. ¡No quiero estar ni un minuto más a tu lado a solas! —gruñó interrumpiéndome.

—Oh, ¿ahora me temes? —dije de modo irónico, mientras cruzaba los brazos y le sonreía.

¿Cómo habían cambiado las cosas entre nosotros! Si hacía unos minutos yo estaba muerto de miedo por sus amenazas. ¡Fue cambiar el chip y la tortilla se había volteado! Ahora la tenía como un conejito asustadizo, huyendo de su cazador, en este caso, ¿yo?

Mi padre salió y abrió la puerta.

—Oh, chiquilla, ¿cómo estás? Entra...

Diana no esperó a que mi papá terminara de invitarla a pasar a mi casa. Pronto entró a la sala, dejándonos a los dos en el umbral de la puerta.

Él se quedó observándome de un modo entre sorprendido e inquisitivo. Era evidente que la escena lo había dejado con más de una interrogante. Me hice el inocente y no solté prenda alguna.

—No sé nada —alegué hipócritamente para después entrar a la casa.



El resto de la velada surgió con evidente calma para mí. Para sorpresa mía, Diana les informó a mis *viejos* que no estaba de acuerdo con los planes de su papá de que ambos nos casáramos. Y lo que me dejó atónito por completo fue su «confesión».

Les contó que se había dado cuenta de que, nuestra relación de novios había terminado por completo. Había asumido con «madurez» que ya no la quisiera y que no iba a obligarme a estar a su lado por un hijo. De este modo, iba a regresar a Arequipa y hacer su vida por su cuenta, aún a pesar de los planes que su padre tenía para ella y para mí. Cuando llegase el momento, nos avisaría de su parto para que mi familia y yo pudiéramos conocer al niño.

¿Esto era un sueño o qué?

Luego de que terminara la cena —mi padre poco menos forzó a Diana a alimentarse por ser una futura madre— y yo me ofreciera a llevarla a casa de sus tíos, ella se negó por completo.

—¡Ni te atrevas! —susurró luego de cruzar el umbral de la puerta principal de mi casa.

—Bien. ¿Es un hasta luego, entonces? —dije cruzando los brazos y soltando una leve risa.

—¡No creas que se me va a olvidar lo de hoy! —indicó al mismo tiempo que observaba hacia el lado izquierdo, con dirección a la avenida principal, supuse que para ver si venía algún taxi que la llevara donde sus tíos.

—Bueno... —le dije moviendo la cabeza a un lado, de manera inocente.

La verdad era que estaba muy complacido con todo lo sucedido. Si bien después reflexioné y me di cuenta de que quizá me había pasado de la raya al amenazarla y tratarla de ese modo —desconociéndome por completo hasta ese momento— el resultado había sido mucho mejor de lo que esperaba. Y al final eso era lo único que me importaba.

Diana había comenzado a temerme. No sería un pelele entre sus manos y, si tenía que actuar y amenazarla de esa manera, aunque yo perdiera un «poco» los estribos, lo demás no me interesaba. Aquí lo único significativo era que me dejaría en paz... y a Margarita también.

—Disfruta de tu tranquilidad por ahora —masculló observándome con furia—. Pronto tendrás noticias de mí. ¡Adiós! —dijo para luego dirigirse a la avenida principal, donde seguro tendría más opciones de tomar un taxi que la llevase a su destino.

—¡Cuídate a ti y al bebé! —le grité mientras la veía irse de mi barrio y de mi vida. Por el momento...



Después de que todo volviera a su cauce y me quitara de encima el problema de Diana, respiré tranquilo. Tenía el tema de mi ex «controlado», si podía calificarlo de algún modo.

Mi padre quiso retomar nuestra charla anterior y tratar el asunto de mi actual novia, pero le pedí privacidad. No me encontraba en posición de confesarle mi relación con Margarita aún. La felicidad que me invadía por tener zanjado mi problema con Diana me tenía impaciente. Fue así como inventé cualquier excusa para pedirle prestado el carro, dirigirme al departamento de mi

novia y contarle las buenas nuevas.

Ya en la casa de Margarita, ella no se lo creía. Sus pequeños ojos rasgados se abrieron de par en par cuando le conté todo lo que me había ocurrido ese día: lo de la audición, la propuesta del socio del hermano de Pablo y la decisión de Diana de alejarse de mí, obviando, por supuesto, los detalles de mi exabrupto y descontrol con ella.

—¿De verdad? ¡Pellízcame para ver si no estoy soñando! —me dijo luego de beber, por enésima vez, su jugo de naranja y dejar el vaso sobre la mesa.

Estábamos sentados en su comedor. A mí me había servido una taza de café con cinco panes con *hot dog* frito. Entre broma y broma, me había dicho que mi relación con ella la llevaría a la quiebra por todo lo que comía. Yo alegué que no se preocupara, ya que muy pronto iba a trabajar y pagaríamos cada uno la mitad de nuestros alimentos.

—¿Qué te parece si te hago algo mejor? —pregunté mientras me levanté, la cogí de la mano para levantarla de la mesa, le sonreí pícaramente y le indiqué con la cabeza con dirección a su cuarto, un indicativo de que me apetecía «algo más».

Ella solo me devolvió la sonrisa, formándose en sus mejillas aquellos hermosos hoyos que comenzaba a adorar.

—¡Granuja! ¿Solo piensas en eso? —dijo dándome un ligero codazo en mi cintura.

—¿Se te ocurre alguna otra manera mejor de celebrar que todo esté saliendo tan bien? —indiqué mientras la abrazaba por la cintura y la besaba de manera suave en sus gruesos labios—. Porque solo quiero estar contigo. Y me siento muy alegre de que las cosas estén yendo mucho mejor de lo que creía. ¿Acaso tú no lo estás, mi boquita?

—¡Por supuesto! —señaló mi linda novia—. Contigo soy muy feliz, Luis —dijo mirándome con sus preciosos ojos negros.

—Yo también.

Finalmente, la besé en la boca y ambos nos dejamos llevar por la felicidad que nos embargaba en ese instante.

❁ Capítulo 23 ❁

Margarita

Desde que las cosas entre Luis y su ex se arreglaran, llegaron unos momentos de calma. Podría decir que los días que vinieron fueron maravillosos. ¡Nos habíamos vuelto más inseparables que nunca!

Mientras esperaba los resultados de las audiciones y trataba de buscar trabajo en cualquier cosa, su padre, después de llamarle la atención por meter la pata con su ex, había tratado por todos los medios de que convenciera a Diana para que cambiara de decisión. Pero, su hijo se había mantenido firme en su resolución. Ella no tenía la intención de casarse con él ahora que estaba embarazada y Luis tampoco quería hacerlo. Como ambos ya eran mayores de edad, no iban a ceder a que sus padres influyeran en sus vidas.

Según se enteró por medio de su mamá, los padres de su ex estaban muy decepcionados con su familia por lo que él le había hecho a su «nena». El papá de Diana se comunicó con ellos y les dijo que «*si su hijo no se casaba con su "niñita" podían dar su amistad por terminada*». El señor Villarreal le contestó que, ante ello, nada podía hacer. Tanto su hijo como Diana habían dejado bien claro que iban a hacer sus vidas por su cuenta. Inclusive, después de que aquella regresara a Arequipa, Luis padre la había llamado varias veces por teléfono para hacerla cambiar de parecer, pero ella se había negado a atenderlo. Ante todo esto, el panorama para Luis y para mí era de lo más favorable.

Por lo sucedido, a su padre no le quedó más remedio que asimilar la decisión de su hijo. Y, por muy increíble que sonase, resolvió tomar otra actitud que dejó a más de uno sorprendido, incluido al propio Luis. Le había dicho que no quería que abandonara sus estudios y que, por el momento, mientras durase el embarazo de Diana, él le podría ayudar a cubrir su parte de los gastos médicos que aquel conllevara. Pero que, lo más importante de todo, era que Luis por ningún motivo dejase de ir a la universidad porque, más que bien, si él deseaba aspirar a cualquier trabajo medianamente decente y bien remunerado, con la edad que tenía y su nula experiencia laboral, no podría pretender a un puesto donde le pagaran bien.

Como aún se encontraba cursando lo que en su universidad llamaban Estudios Generales — estudios de dos años de materias diversas, entre obligatorias y electivas, previas a la Facultad de Medicina, donde verdaderamente le dictasen cursos de su especialidad—, el señor Villarreal se empeñó en que mi novio aún no había descubierto su verdadera vocación. Entre discusión y discusión, estaba tratando de convencer a su hijo en que se diese una oportunidad en continuar sus estudios de Medicina cuando le tocara. Ya si en ella, luego de un tiempo prudencial, se daba cuenta de que aquello no era lo suyo, podría pedir un traslado a otra facultad. Aunque, claro, siempre a una carrera de lo que el señor llamaba profesión rentable: Derecho, Ingeniería, Contabilidad... Vamos, las que eran calificadas como tradicionales.

Luis me había consultado qué hacer al respecto. Le dije que la ayuda de su padre era mucho más de lo que yo hubiera aspirado ante su metedura de pata. De este modo, podía estar más relajado y seguir con sus ilusiones intactas de ser un cantante en el futuro, ya que él, muy oportuno, le había ocultado a su papá sobre la audición a la que había acudido y de la otra que estaba próxima, y les había solicitado a su madre y a Ada que no dijeran ni un ápice de ello, las cuales le obedecieron en lo absoluto. A su vez, si quería estar bien con su padre, quien ya estaba de su parte por decirlo de algún modo, más le apetecía llevar la fiesta en paz. Seguir con sus estudios y en secreto con su vocación, tal y como lo venía haciendo hasta hacía poco, eran lo ideal para que tuviera, por lo menos, un tiempo prudencial hasta que las cosas mejorasen.

Lo que sí me extrañó fue que me relatara que su padre se había mostrado interesado en conocer a su actual novia, demasiado para mi gusto. Cuando le increpé si era que había hablado de más, se sinceró y me dijo que sí.

—¿Qué fue exactamente lo que le dijiste? —le interrogué un viernes, mientras ambos estábamos muy cómodos sentados en el sillón de mi sala viendo una película.

Era nuestra clásica noche de viernes de cinéfilos *frikis*, como Luis nos había catalogado a las ocasiones donde tocaba ver una película escogida por cada uno. Esto era porque se había vuelto muy común entre nosotros que, luego de ver alguna, nos hartábamos de comentar los pros y contras de lo que habíamos apreciado; con una crítica tan insidiosa que podíamos, fácil, según palabras textuales de él, «*aspirar a ser críticos de cine*».

Luis me «aconsejó» que mandara mi carta a un diario local para desplazar al tipo de la columna de crítica de cine, con mis impresiones de aspirante a ser la próxima Spielberg peruana. Aduje que no sería este, porque él no había ganado un Óscar hacía casi veinte años. Todo lo contrario, yo sería la próxima Kathryn Bigelow, la primera mujer en ser premiada por un Óscar a Mejor Director en el 2010. Claro estaba si dejaba la contabilidad y me ponía a estudiar Dirección de Cine.

Fue así como entre broma y broma, mientras veíamos *El Libro de Eli*, una película protagonizada por Denzel Washington, Luis había soltado algo que no debió habérmelo dicho antes, según me di cuenta después, y era el inusitado interés de su padre en conocerme. De esta manera, le increpé y quise que me contara con lujo de detalles la conversación que ambos habían tenido.

Como algo que ya se había hecho común en él, se tapó la boca con la mano derecha y puso sus grandes ojos marrones como plato; un indicativo de que había hablado de más, haciéndome recordar al gesto que solía hacer cuando era niño y se veía descubierto por alguna travesura que había cometido.

—Bueno, le conté una verdad a medias... —dijo no muy convencido, arrugando sus pobladas cejas y su frente, sonriendo levemente con su cara de yo-no-hice-nada-malo.

—¿A medias? —le pregunté con curiosidad mientras lo miraba con cara de reproche.

En ese instante, Napoleón vino hacia nosotros. Se sentó en el sofá en el cual Luis y yo estábamos cómodos y abrazados. Parecía que tenía la intención de separarme de él.

—¡Oye tú, perro feo! ¿Qué te pasa?

Mi mascota le gruñó.

—Margarita es mi novia por si no te has enterado, perro horrible —le replicó Luis.

—Hey, no le digas así.

Napoleón soltó un bufido. Después, colocó su cabeza y su cuello en mi regazo, empujando a mi novio con sus patas traseras y dándole la espalda, ignorándolo con totalidad. Luis hizo una mueca

y soltó su abrazo de muy mala gana

Por más que me contuve y quise taparme la boca con mi mano izquierda, no pude evitar soltar una carcajada. El espectáculo ante mí era de lo más risible. Estaba segura de que, si le hubiera contado a cualquiera que mi novio y mi perro tenían una batalla particular por ver quién se hacía con mi atención y caricias, dudo mucho de que alguien me lo hubiera creído, pero ¡era cierto!

Luego de su «batalla», me confesó cómo había sido esa conversación con su papá. Y me di por complacida. Él se las había ingeniado de manera oportuna para mantener a salvaguardo mi identidad y que él no sospechara nada de mí.

Cuando la película que estábamos viendo terminó, le dije para ver la cinta que yo había escogido: *Guerra de novias*.

—¿Te parece si la vemos más tarde? —señaló mientras se levantaba del sofá—. Total, no hay apuro. Es viernes y no necesito irme temprano. Ya les dije a mis *viejos* que había una fiesta de la universidad y que me iba a quedar a dormir en la casa de Pablo.

—Lo tienes todo fríamente calculado, ¿no? —Le sonreí.

Levantó las cejas y puso una cara de granuja.

—Yo siempre, ya sabes —dijo muy jactancioso.

—Pero ¿por qué no quieres ver la película ahora? ¿Tienes hambre acaso? —pregunté intuyendo que, debido a su voraz apetito, lo más probable era que deseara que le preparase algo para comer.

Negó con la cabeza. Luego me cogió de la mano y me levantó de mi sitio, haciendo que Napoleón hiciese lo propio de mi regazo donde dormía tranquilo.

—Lo siento, perro feo —dijo mientras observaba victorioso a Napoleón y este hacía lo propio con ¿sorpresa?

Después, en un acto que me pareció muy infantil, pero que después, al recordarlo, solo hizo que me riera y me diera cuenta de que era muy propio de Luis en su «guerra de machos» que se había desatado entre él y mi perro, sucedió que la batalla de hoy la «ganase» mi novio: ¡le sacó la lengua mientras me llevaba a mi dormitorio! Napoleón solo atinó a soltar un leve bufido para después echarse al suelo de la sala, con el tronco totalmente pegado al suelo mientras observaba de reojo a Luis.

—¿Ah? —pregunté, sorprendida.

—¡Es mi turno de estar con Margarita! —le informó a mi perro.

Pude escuchar un ladrido desde la sala, antes de que Luis cerrase la puerta de mi cuarto con nosotros dentro de este.

¡Hombres! O, mejor dicho, ¡machos! ¿Quién los entendía?



Al día siguiente, antes de irse a su casa, Luis me hizo una proposición que me emocionó, pero que también me puso dubitativa: quería que fuera a pasar con él un día entero en las afueras de la ciudad.

En Lima estábamos terminando el mes de noviembre y el verano estaba próximo. La temperatura comenzaba a ser agradable y podíamos planificar una visita al Club Campestre de los Ingenieros, ya que el padre de su mejor amigo, Pablo, era ingeniero civil, socio de dicho club, y su hijo podía facilitarnos a Luis y a mí la entrada.

Al principio me mantuve indecisa. Aún no me sentía segura ni preparada para que alguien me

viera junto a Luis en un lugar distinto al que no fuera mi departamento.

—¡Vamos, no seas así! —exclamó antes de abrir la puerta y de retirarse.

Napoleón estaba mordiendo las cintas de sus botas, a lo que él le gritó para ahuyentarlo y que lo deje en paz. Mi perro se fue luego de que le dijera «¡Lárgate!». Parecía que la guerra entre los dos no daba tregua.

—¡Oye, no lo trates de ese modo...!

—¡Siempre me fastidia! —acotó, malhumorado.

—Pensé que ya se estaban empezando a llevar mejor. ¿No me dijiste que lo dejaste cuidándome la vez pasada?

Me refería a cuando él me contó que le había encargado a Napoleón velar por mí la noche en que me emborraché.

—Sí, pero... ¡tu perro siempre anda jodiéndome! ¿Cómo quieres que reaccione? Ayer con la tontería de que me gruñó y se sentó entre nosotros. Hoy en la mañana se comió parte de mi desayuno y ahora quiere malograrme mis lindas botas.

No pude evitar soltar una sonrisa.

Respecto a que Napoleón se comiera su desayuno, estaba en lo cierto. Le había preparado un café y cuatro panes con palta, ¡y aquel le había quitado dos en un descuido! Para compensar las travesuras de mi perro, no me quedo más remedio que darle a mi enamorado tres panes más, pero esta vez con algo más exquisito: pollo deshilachado.

Con referencia a sus «hermosas» botas, ahí no le daba la razón. Los zapatos marrones de marca Caterpillar que Luis lucía en esa ocasión no serían nada del otro mundo, si no fuera porque le había hecho unas modificaciones, volviéndolas estrafalarias, pero que hacían perfecto juego con su vestimenta, a la que no me llegaba a acostumbrar. El diseño encima de ellas, que un amigo zapatero de su familia había pintado a pedido expreso de Luis, era de lo más horrible que había visto en un calzado masculino. No podía evitar fruncir el ceño cada vez que las observaba, por lo que procuraba no dirigirles la vista cada vez que podía.

—Oye, Margarita, ¡no me cambies de tema! —reclamó en voz alta, sacándome de mi nube de pensamientos sobre el calzado poco ortodoxo que utilizaba.

—¿Cómo? —pregunté, haciéndome la inocente.

Por un lado, ¡sus zapatos me tenían espantada! Por otro, ellos habían sido la excusa perfecta para desentenderme del paseo dominguero al que me quería invitar. Fue por esto que pensé que, por un instante Luis se había olvidado de su propuesta y se marcharía dejando atrás este tema. ¡Qué equivocada estaba!

—¿Y bien? ¿Me vas a acompañar o no?

—No sé... —señalé, meditando sobre los pros y contras de ir a ese viaje.

Si me sinceraba, estaba algo cansada de estar siempre escondiéndome de los demás en mi relación con él. En más de una oportunidad había surgido el tema de ir a bailar, al cine o a comer algo por ahí. Vamos, lo normal que hacían dos personas cuando tenían una relación. Y me había dejado un mal sabor de boca al darme cuenta de que no podíamos ser como las demás parejas.

Pero mi temor, el cual ya se estaba convirtiendo en pánico, se apoderaba cada vez de mí cuando me imaginaba que alguien pudiera encontrarme con Luis. El solo pensar en el qué dirían nuestras familias, junto a las miradas de desaprobación y reproches hacia nosotros (en especial a mí) provocaban que mis ansias de tener una relación normal de pareja se vieran truncadas. Todo esto era más fuerte que yo y no podía enfrentarlo, y así se lo hice saber.

—Margarita, ¡vamos a ir a pasear a las afueras de la ciudad! ¿Cuáles son las posibilidades de

que algún conocido nos vea juntos? Es una de las pocas oportunidades que tenemos de salir de esta «cueva» y gozar de la vida.

—Sí, tienes razón, pero una nunca sabe. En el peor de los casos, alguien nos puede ver y ¿te imaginas todo el escándalo que se armaría?

—¡En Lima somos nueve millones de habitantes! —Y estaba en lo cierto. Nuestra ciudad era una urbe inmensa que se había convertido en un gran monstruo cosmopolita—. Sería mucha casualidad que, de toda esta cantidad, justo los que nos conocen nos vieran en uno de los tantos clubes campestres que hay en las afueras, ¿no crees?

—Sí, pero... ¿Quién sabe? Con nuestra mala suerte, quizá alguien nos pueda ver y ¿te imaginas todo lo que pasaría después? Me reclamarían por andar con alguien más joven que yo. Ay, Dios, ¡no quiero ni imaginarlo! —afirmé azuzando los brazos y moviendo la cabeza en señal de negación.

Comencé a sudar frío de solo pensar que el peor de mis temores se pudiera concretar.

—¿Aún sigues con eso? —dijo evidentemente fastidiado, con una mueca de enojo y cerrando la puerta principal del departamento que minutos antes había abierto.

Se me quedó observando sin mencionar palabra alguna. Luego, se apoyó en la pared y cruzó los brazos. Respiró profundo y me desvió la mirada para dirigirla al suelo. Sus labios se veían tensos mientras los movía como si estuviera masticando algo, una evidente señal de que la conversación entre los dos había llegado a un punto muerto, en el cual no nos poníamos nunca de acuerdo.

—Mira, Margarita —refirió de un modo pausado, mientras volvía a dirigirme la mirada—, ya sé que aún no es el momento adecuado para dejarnos ver en público y mucho más si lo de Diana aún está reciente...

—Así es. —Afirmé con la cabeza.

—Tampoco te estoy pidiendo que salgamos de la mano en nuestro barrio o en los distritos de Lima.

—Lo sé, lo sé. Pero, si te confieso, ¡aún no estoy lista para salir a ninguna parte contigo! Sea cerca o lejos de aquí —indiqué con determinación.

—¿Quién nos va a ver? Somos jóvenes y quiero disfrutar de la vida contigo. Solo te estoy pidiendo irnos a las afueras por *un día* para pasarlo bien —habló observándome con sus ojos llenos de tristeza. Sus cejas estaban ligeramente arrugadas—. ¡Dios santo! —Alzó la voz—. ¿Es tan difícil esto?

—Es que... ¡es muy apresurado! No lo sé... yo... —dije con verdadera angustia.

—¿Sabes...? —Frunció el ceño y se quedó mudo por un momento.

Los segundos pasaron lentamente y no añadió palabra alguna más. Solo me observaba con desdén y fastidio. No sabía por qué se había quedado callado por tanto rato y me miraba de ese modo, con reproche, tan diferente a como estaba acostumbrada a que lo hiciera, con amor y mucha ternura. Quise romper el hielo entre los dos y continuar nuestra conversación.

—¿Qué? ¿Qué pa...? —pregunté tratando de cogerle una de las manos que tenía apoyada en su pecho.

—¡Ya me estoy cansando de toda esta situación! —me interrumpió en voz alta, zafándose de mi agarre.

Se retiró de la pared, me dio la espalda para luego dirigirse a la sala.

Era la primera vez que lo veía con esa actitud hacia mí. Bastante hastiado y levantándose la voz. ¿Qué estaba ocurriéndole?

Luis estaba al lado de la ventana de la sala que daba a la calle, con las manos en los bolsillos de su pantalón, de espaldas, como aquella vez que se me declaró y me dijo todo lo que sentía por mí, solo que en esta ocasión todo era tan distinto.

A pesar de que los rayos del sol iluminaban con todo su esplendor esa mañana en el salón, pude percibir que el día era más gris que de costumbre. Su rechazo era algo a lo que no estaba acostumbrada a recibir. Me sentí fatal de ver esta actitud en él, porque hasta minutos antes siempre, y repito, *siempre*, se había caracterizado por ser muy comprensivo, cariñoso y tierno conmigo. Pero hoy, ¡todo era tan distinto! Por primera vez, desde que habíamos comenzado nuestra relación, lo sentí muy lejano.

Ahí reflexioné y me di cuenta de que su comportamiento era entendible. Llevábamos casi dos meses de relación, habíamos pasado por tantos problemas en tan poco tiempo y habíamos sabido enfrentarlos juntos con nuestro amor. Pero, había algo que fallaba desde el comienzo. Y si bien esto podía haberse asolapado, hoy todo salía a flote: el impedimento de mostrarnos en público como una pareja común y corriente.

Me acerqué hacia él para abrazarlo y cogerlo de la mano. Esta vez no me rechazó, pero tampoco me correspondió. Simplemente siguió observando al horizonte, a los techos de las casas de mi barrio y a las personas hacer sus vidas como cualquier otra. Luego vi que bajó la mirada a la calle de mi casa. Ahí respiró profundo y después habló:

—Qué irónica es la vida, ¿no? —manifestó con una mueca, para luego sonreír torcidamente y mover la cabeza como si estuviera negando algo—. ¡Una puta mierda es lo que es! —habló en voz alta.

—¿Cómo? —pregunté, asombrada.

—¿Ves eso? —indicó con su cabeza con dirección a la calle.

Bajé la mirada a donde él observaba. Solo veía a la gente ir y venir, como cualquier mañana de un sábado cualquiera.

—¿A qué te refieres?

—Pues si te fijas bien, al lado de la puerta principal del edificio verde del frente, hay un carro rojo estacionado donde hay un hombre al volante. Está esperando a una mujer que vive en el séptimo piso, y no es el esposo de la señora.

—¿Qué dices?!

En ese instante advertí que, en efecto, había un coche, del color que Luis había señalado estacionado, enfrente de mi calle. Sin embargo, no distinguí nada inusual. ¿Cómo podía saber lo que me había relatado con solo verlo?

La confusión en mi rostro debió de ser evidente, por lo que él continuó:

—Lo que te dije. Ese señor que está ahí con ella —refirió con su dedo índice derecho con dirección a una mujer, quien en ese instante salía del edificio y se dirigía al auto estacionado— es su amante y viene a verla cada vez que su marido se va de viaje.

Cuando me dijo aquello, miré hacia donde me indicaba para verificar si lo que me decía era verdad. Ahí una mujer, la cual sería más o menos de mi edad, de largos cabellos rubios, abrió la puerta del coche para entrar dentro de este. Pero, el conductor salió del vehículo y la abrazaba de manera efusiva, prodigándole apasionadas caricias sin pudor alguno, haciendo que ella tuviera que contenerlo al retirar su mano de su trasero.

Al mirar un poco mejor dicha escena, me di cuenta de que yo la conocía. Era Elsa Martín, una mujer casada que se acababa de mudar con su familia al edificio vecino meses atrás. Justo coincidió su mudanza con mi separación con César, porque el día que este trajo al camión para

llevarse sus cosas, aquella había hecho lo propio para mudarse. Ella era madre de dos niños pequeños y, según recordaba de ese día, su marido era un hombre con características físicas muy distintas de aquel que la acompañaba esta mañana. Lo que decía Luis era correcto.

Después de saludarse y acariciarse, ambos entraron al coche y salieron rápido de ahí con rumbo desconocido.

—¿Cómo te diste cuenta de lo que ocurría? Esa mujer lleva algún tiempo ahí y nunca me había fijado en que le fuera infiel a su esposo.

—No necesito vivir aquí para darme cuenta de lo que ocurre en los alrededores. Y siempre me he caracterizado desde pequeño por ser muy observador, por si te has olvidado —explicó a modo de recriminación, contemplándome molesto y luego desviando su mirada hacia el lado derecho.

Ahí le di la razón. Recordé que, de niño era muy curioso y andaba preguntando por cada cosa, poniendo a más de un adulto en apuros, yo incluida. Siempre se había caracterizado por ser muy perspicaz y este asunto de mi vecina no era la excepción.

—Pero si quieres saberlo, te diré que, más de una vez que esperaba en la calle a que me abrieras la puerta, observé a dicha señora entrar y salir de ese edificio con su marido. Luego la vi con su amante varias veces más. No necesito ser Sherlock Holmes para llegar a esa conclusión.

Asentí con la cabeza en señal de afirmación. Después de todo, lo que decía tenía mucha lógica. Si no fuera porque en ese instante la situación entre nosotros no era una de las mejores, hubiera soltado una pequeña sonrisa y le hubiera dado un codazo por convertirse en la vieja chismosa de mi barrio.

—¿Y qué es lo irónico de todo esto que estamos hablando? —pregunté, queriendo encauzar nuestra charla a lo que él había dicho.

Volvió a contemplarme con sus ojos llenos de fastidio y con una mueca de decepción. ¿Qué era lo que le molestaba tanto? ¿Qué relación tenía la vida de mi vecina con lo que habíamos estado conversando?

—No lo has entendido aún, ¿no? —preguntó, negando con la cabeza y suspirando.

Luego de eso se dirigió a la puerta del departamento.

¿Se iba a ir ya? ¿Y nos íbamos a despedir de este modo, dejándome ahí, sin saber qué era lo que le estaba ocurriendo? ¿Sin tener yo idea del porqué decía que la vida era tan irónica?

No lo seguí. Solo me quedé parada al lado de la ventana mientras lo veía irse de mi lado. Este era uno de esos momentos en los que te quedabas como una estatua, sin saber qué decir o qué hacer ante una situación determinada.

Abrió la puerta para salir. Pero, antes de retirarse, observó hacia el suelo y volvió a negar con la cabeza. Finalmente, habló:

—Cuando te sientas dispuesta a salir al mundo conmigo —dijo contemplándome muy triste—, aun a pesar de que no tenemos una relación prohibida, a diferencia de otros que sí y que no tienen reparo alguno en mostrarse, me avisas, ¿sí?

Luego se fue y cerró la puerta muy fuerte, retumbando el portazo en todas las paredes de mi departamento.

Esa resonancia, que seguía escuchándose en el ambiente, hacían eco en mis oídos con las últimas palabras que Luis me había dicho antes de irse, las cuales sonaban persistentemente, una y otra vez, como si estuvieran taladrándome los tímpanos. Percibí que el corazón se me aprisionaba queriendo salirse de mi pecho, mientras que una tibia lágrima corría por mi mejilla derecha ante la partida del hombre que yo quería. Me sentía muerta en vida y en mi mente solo gritaba en silencio «¡No te vayas!».

❁ Capítulo 24 ❁

Luis

—Oye, *huevo*n. ¡Despierta!

Las palabras de Pablo junto con el pedazo de papel enrollado, que me había lanzado a la cara, me habían sacado levemente de mi ensimismamiento. Ambos nos encontrábamos en la cafetería de la universidad junto a otro grupo de amigos, charlando de todo y de nada.

No había prestado atención de lo que ellos estaban conversando. Creo que planificaban una fiesta o algo. Estaba tan perdido en mis pensamientos respecto a Margarita, que nada de lo que ocurría a mi alrededor me importaba.

—*Brother*, ¿estás aquí? ¿O tengo que mandar un cohete a la luna para que te traigan? — Escuché que dijo Ariel.

Desde la última charla que tuve con ella había pasado varios días sin que tuviésemos comunicación. Creí que después de irme enojado de su casa me detendría en el ascensor de su edificio para decirme que cambiaría de parecer, pero nada. Esperé en vano a que me llamara ese sábado o al día siguiente, pero tampoco lo hizo. Y así pasamos varios días distanciados el uno del otro, los cuales se me hicieron eternos, como si hubiera pasado cien años para mí.

¿Tanto le importaba a ella el qué dirían los demás sobre nosotros para mantenerse varios días alejarse de mí?

Tan acostumbrado había estado en verla a diario, que no pasar siquiera un día a su lado se me hacía insoportable. Todo lo que yo hacía durante estos días era simplemente por inercia, el bañarme, el comer, el venir a la universidad, asistir a clases y estar con mis compañeros, sin nada más que me motivase, hacían que la rutina me fuese insufrible. ¡Me encontraba muerto en vida!

—Oye, *choche*, creo que Lucho está con la gripe. ¡Seguro tiene fiebre! ¿No ves cómo sus mejillas se pusieron rosadas cuando Pablo le lanzó el papel?

En más de una ocasión intenté llamar a Margarita desde mi celular, pero más pudo mi orgullo. No obstante, creo que diez u once veces acudí a un locutorio cerca de la universidad, llamado *Manchitas*, para comunicarme con ella, ya que cuando se llamaba de esos lugares no salía identificado el número emisor. Cuando me contestaba, yo colgaba de inmediato.

¡Me comportaba como un niño haciendo esas tonterías! Y yo que me las quería dar de hombre maduro antes... ¡Era solo un estúpido!

Pero, desde la última vez en que la dueña del locutorio me observó con mal gesto y me atendió de mala gana («¿*Para eso vienes aquí? A jugar y a hacerme perderme el tiempo nomás, ¡tonto!*»), ya que siempre entraba a su negocio sin consumir nada (por una llamada de menos de cinco segundos, como siempre era en mi caso, no te cobran), no regresé nunca más a ese lugar. Y ahora me encontraba desesperado, porque sin siquiera escuchar la voz diariamente de ella diciéndome «*Hola*», era como si algo faltara en mi vida... ¿Mi vida? ¡Mi vida era una pura

mierda!

—Quizá está con la regla y ni nos avisado. Por eso está así, con cara de baboso y ni nos hace caso. Oye, Chino, ¿seguro que no tienes pastillas de esas, que siempre usas tú para los dolores menstruales?

—Ay, sí. La chinita siempre está con sus dolores de Pepe Rojas.

—¡Calla, imbécil!

Si no fuera porque la última broma de mis amigos sí fue escuchada por mí —ya que era una de las payasadas que inventé y siempre era recurrente en nuestro grupo— no hubiera sonreído y soltado una carcajada. Mi cúmulo de pensamientos y emociones tristes por Margarita había sido gratamente interrumpido. Y todo gracias a mis amigos. ¡Bien!

—Sabía que volverías en ti si le tomaba el pelo al Chino con tu broma, *choche* —dijo Pablo mirándome con complicidad y sonriéndome.

Le devolví la mirada y solté una mueca. ¡Qué buen amigo era este *huevón*!



Ese jueves, luego de la última hora en la que me había tocado Historia en la universidad, me despedí de mis amigos. Pero, antes de salir por la puerta principal, fui alcanzado por Pablo.

—Oye, *brother*, ¿todo bien?

—¿Por qué lo preguntas?

—Estás ido desde hace días. Se te nota en la cara. Vamos, te invito un par de cervezas y conversamos más a gusto, ¿te parece?

Asentí con la cabeza.

Nos fuimos a un bar cerca llamado La Cabañita. El lugar era rústico y uno muy concurrido por la gente de mi universidad, para comer en las tardes y beber cerveza en la noche. Si bien por las fechas —exámenes finales en muchas facultades— estaba menos lleno de lo habitual, era el indicado para una charla amical con mi compadre.

—*Bro*, si es por el tema de las audiciones —dijo Pablo mientras me pasaba una botella de cerveza marca Cristal—, siento que no te escogieran.

No necesitaba que me lo hiciera recordar. Al igual que la llamada de Margarita, había estado esperando en vano que su hermano o alguno de sus socios se pusieran en contacto conmigo. Al no sonar mi teléfono fijo o mi celular, era evidente que habían escogido a otro de los chicos que se presentó para la audición del cantante de *pub*. Todo esto había hecho que mi ánimo en los últimos días estuviera por los suelos. ¡Mierda!

—¡Son unos idiotas! No saben lo que se pierden. Tú cantas muy bien.

—No me hagas acordar de ese tema —dije de mala gana mientras apoyaba mi rostro sobre mi mano derecha—. ¡Ya no me interesa! —mentí.

En el fondo, sí me importaba un poco. Pero, mi arrogancia se veía mellada al saber que habían preferido a otra persona en lugar de mí, el gran Luis Villarreal, el que todo lo conseguía y ganador de todo. ¿De todo? ¡Puras mierdas!

—Pero aún queda el tema de la audición del próximo dúo musical que piensan lanzar, Lucho. Ese de temas románticos y cursis. Y Eduardo me dijo que te vio muchísimas posibilidades cuando cantaste no sé qué canción de Hombres G. Los impresionaste, *huevón*. Quizá si te presentas...

—¡Bah! —lo interrumpí mientras bebía sin parar otro vaso de cerveza más—. ¡No me importa! ¿Sabes?, por un lado, mejor. No sirvo para estar cantar canciones aburridas. Lo mío es el *rap*. ¡No

sé cómo me dejé convencer por ti para que me presentara a esas audiciones! —exclamé en voz alta mientras negaba con la cabeza y lo miraba de mala gana.

Pablo me contempló sorprendido. Parecía que se había sentido ofendido. Y estaba en lo cierto.

—¡Oye, imbécil! No me andes reprochando —dijo malhumorado—. Mira que quise ayudarte y te avisé de las audiciones para echarte una mano. ¿Y así me respondes? ¿Qué culpa tengo yo si no te eligieron?

Me percaté de que me había pasado de la raya, así que me disculpé con él. Le hice saber que el tema de las audiciones, si bien me había decepcionado, no era un asunto que me preocupara tanto porque ya no urgía de un trabajo. Le relaté cómo había sido el asunto de Diana y del apoyo que me había dado mi *viejo*.

—Entonces, si tienes ese tema bien manejado, ¿por qué tienes ese *cacharro*? Encima, andas en unas fachas. Desde que te conozco, sé que has querido parecer una mezcla rara, entre hippie, rasta y rapero, pero... —Movi6 la cabeza.

—¿Cómo?

—¿No te has visto al espejo, Lucho?

Y fue ahí que me di cuenta a qué se refería.

Hacía días que no me afeitaba. ¿Cuándo había sido el último día que lo había hecho? ¡Mierda! No lo recordaba...

Había estado inapetente. Mi madre me preguntó si estaba mal del est6mago, ya que no le parecía normal que su Luchito comiera solo una fruta y un jugo en el desayuno. Desvié sus preocupaciones maternas, diciendo que estaba tan preocupado por la cercanía de los exámenes en la universidad que solo me concentraba en estudiar. Se tragó el cuento, no sin antes decirme que debía acudir al médico de la familia, si era que mi poco apetito continuaba después de las evaluaciones de mi facultad.

También, desde que no había visto a Margarita, me había sido dificultoso conciliar el sueño. Normalmente, si no era fin de semana y no iba a visitarla, me acostaba alrededor de las 11:30 pm o la medianoche. Pero, desde que no la veía, me había pasado muchas noches en vela, las cuales después me pasaban factura, porque provocaban que en más de una clase me quedara dormido, o simplemente no asistiera por quedarme a echar una siesta en los jardines de la universidad. Sin olvidar que, las ojeras de las malas noches debían de ser evidentes en mi rostro.

—*Huev6n*, ¡tienes una cara de los mil demonios! —exclamó dejando el vaso de cerveza en la mesa y mirándome muy serio—. Pareciera que no te bañaras en días. También, no estás asistiendo a clases. ¡Y eso que estamos a puertas de los exámenes finales! Cuando te hablamos, ni caso nos haces. No eres el mismo de antes. ¿Qué mierda te pasa, Lucho?

¿Tanto se me notaba lo mal que la estaba pasando desde mi pelea con Margarita?

Llevaba varios días sin decirle nada a nadie de lo que me ocurría. Como había sido hacía años, me había guardado lo que sentía por ella y toda la mierda que me afectaba respecto a mis sentimientos. Pero, parecía que ahora todo había sido más evidente si lo comparaba con años anteriores.

Si me analizaba bien, cuando me enteré de que Margarita se iba a casar, lloré solo en mi habitación. Maldije todo lo que quise y cuanto quise. Andaba decaído y desgano en casa, a tal punto de que mis padres se preocuparon por mí, pero yo supe desviar sus sospechas y no solté prenda alguna. Nadie nunca, y repito, nunca, me vio derramar una sola lágrima por ella. Y mi rendimiento en el colegio, ese año en que ella se casó, no se vio mermado, todo lo contrario. Mis notas escolares fueron sobresalientes, como siempre.

Había transcurrido solo unos días desde nuestra pelea, pero para mí era una eternidad. La estaba pasando mal, *muy* mal. Pensé que eso había sido como antes, en el que solo se me notara levemente mi tristeza, nada más. ¡Qué equivocado estaba!

Fue ahí, con las preguntas de mi amigo de evidente preocupación, acompañado del efecto de relax que la cerveza me estaba produciendo después de beberme varios vasos, que solté toda la mierda que me invadía por dentro. ¡Ya no podía más!

—¡Te estás metiendo en un pozo sin salida! —dijo Pablo, negando con la cabeza, luego de contarle acerca de Margarita y de que me moría de ganas de hablar con ella, pero que no tenía valor para hacerlo.

El temor de que me siguiera diciendo «No quiero que nos vean en público», mezclado con mi orgullo herido porque creía que era ella la que tenía que buscarme y no yo, me hacían imposible intentar volver a llamarla a su teléfono y entablar una conversación decente.

—Pues no sé, *brother*. Si tanto quieres buscarla y arreglarte con tu enamorada, llámala. A veces te tienes que tragar el orgullo.

—Tienes razón... pero ¡esto es demasiado! Se avergüenza de estar conmigo, ¿sabes? — exclamé para después seguir tomando cerveza—. ¿Quién diablos nos va a ver en el club de tu padre? ¡Carajo! ¿Quién, *huevón*? Dime, ¿QUIÉN?

Se me quedó observando sin decirme nada más. Era evidente que no tenía una respuesta a mi pregunta, aunque tampoco quería que me la contestara. Sabía que la única persona capaz de hacerlo y acabar con toda mi agonía no era él, sino Margarita.

Ante el silencio que siguió a nuestra charla, llené de cerveza dos veces seguidas al vaso de vidrio que tenía delante de mí. Creía que con la bebida amarga que pasaba por mi garganta podía desaparecer toda la desazón que llevaba dentro. Quería olvidar a Margarita, cuánto la quería y cuánto daño me hacía saber que se avergonzaba de mí...

Continué bebiendo sin parar, hasta que mi amigo me dijo «¡Basta! Te invité un par de tragos para conversar, no para que te conviertas en un alcohólico». Insistí, pero él se opuso. Argumentó que, si seguía bebiendo así ese día, tan temprano y con el ánimo en el que me encontraba, nada bueno iba a pasar, y si seguía poniéndome tan pesado, se iba a ir y a dejarme solo.

Me enojé con él por su respuesta, pero le indiqué que por mí podía irse si quisiera. Tenía dinero suficiente para seguir tomando toda la cerveza que se me antojaba. Así que, me despedí de mi amigo. Después, fui donde el dueño del local para pedirle más cerveza y poder beber a mis anchas.

Cuando estaba en el mostrador y, antes de pagar las cervezas que había solicitado, Pablo se dirigió hacia mí y me sacó a la fuerza del lugar.

—Pero ¿qu...? —dije tratando de oponer resistencia, pero la borrachera me lo impedía.

Cuando ya estábamos fuera del local, insistí en volver, pero él me detuvo. Persistí, sin embargo, no me dejó. Finalmente, me zafé de su agarre, lo mandé a la mierda y le dije que desapareciera de mi vida.

A pocos metros de tocar la puerta principal de entrada al *pub*, me alcanzó y me dio un golpe en el rostro. No pude esquivarlo y me desplomé al piso, junto con mi mochila. Mi celular que estaba en el bolsillo izquierdo de mi pantalón cayó también.

¡Mierda! ¡Qué fuerte golpeaba el condenado!

—¿Qué carajos te pasa, idiota? ¿Por qué me pegas? —dije tumbado en el suelo, junto a mis penas, mientras me cogía con una mano la mejilla derecha donde el desgraciado me había golpeado.

—¡Mírate, *huevón!* —gritó.

—¿Cómo?

—Tomando sin parar porque te has peleado con tu novia... —indicó muy enojado—. ¡Das pena, Lucho!

—¡Y A TI QUÉ MIERDA TE IMPORTA! —exclamé muy molesto, mientras trataba de agarrar mi mochila y me levantaba del suelo—. ¡Déjame en paz y lárgate, baboso!

—Bien, si quieres convertirte en un patético borracho y tirar toda tu vida a la mierda, por culpa de una mujer, por mí encantado —indicó negando con la cabeza y mirándome con reproche—. Pero no voy a volver a preocuparme por ti, *huevón*.

—¡Para lo que me importa, imbécil! —dije con una mueca.

—Y además no está decir que desde ahora no formas más parte de los Five Minutes. ¡No quiero a un triste borracho en mi grupo!

No le respondí. Solo lo miré con un gran resentimiento, mientras me contemplaba con lástima. Posteriormente, siguió su camino y me dejó solo.

En ese momento, tanto el grupo de rap, como la amistad de Pablo y demás cosas que hasta hacía unos momentos me importaban, se habían ido al carajo debido a la lástima que sentía por mí mismo. ¡Y todo porque la mujer que quería se avergonzaba de andar conmigo! ¡Maldición!

Cogí mi mochila y me levanté del suelo. No supe muy bien qué hacer después: si volver al restaurante para tomar solo y ahogar mis penas en un vaso de cerveza, o irme a mi casa y seguir esperando en vano la llamada de Margarita.

Pero, decidí inclinarme por lo segundo. Total, ¡qué más daba! No quería que nadie más me viera en esa patética situación. Ya suficiente tenía con el puñetazo que Pablo me había dado, junto con su llamada de atención y el estado tan deplorable en el que me encontraba.

Antes de retirarme, me percaté de que me olvidaba del celular. Este yacía tirado, metros más allá de donde me había caído antes. Al agacharme para recogerlo, una llamada entró. Abrí mi teléfono rápidamente, esperanzado de que fuera Margarita, mas no fue así.

—¿Lucho? —Una voz femenina me habló.

Al principio, no reconocí a la dueña de aquella voz, aunque se me hizo familiar.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

La mujer detrás del teléfono se identificó como Ernestina Aponte. ¡Era la madre de Diana! ¿Para qué me llamaba?

—Oh, señora, ¿qué tal? ¿Cómo están Diana y el bebé? —dije aún un poco aturdido con la situación.

—Muy bien. Justo llamaba para hacerte saber que mi hija fue hoy más temprano a hacerse una ecografía. Ella y el bebé están en perfecto estado de salud.

—Me alegro mucho. Mándele saludos de mi parte, por favor. Pero ¿por qué no me ha llamado ella para contármelo?

Sin embargo, luego caí en la razón de que Diana no se comunicara conmigo. La forma en que nos habíamos despedido semanas atrás no había sido de las mejores, así que era comprensible que su madre me llamara.

—Mi hija no ha querido que te avisara, pero creo que es justo que lo sepas.

—¿Qué ocurre? —hablé, preocupado.

—Bien, lo que pasa es que en la ecografía ya han detectado el sexo del bebé, Lucho. ¡Y es una niña!

¡Me quedé estupefacto ante la noticia! Sin saber cómo ni por qué, un gran sentimiento de

algarabía y euforia me embargó.

Me despedí de la madre de Diana, agradeciéndola por mantenerme al tanto de las buenas nuevas, no sin antes decirle que por favor la cuidara a ella y a la bebé de la mejor manera. La mujer fue muy amable conmigo y me señaló que le haría saber a su hija de mi sincera preocupación por ellas dos.

Cuando hice clic para cortar la llamada, una nueva sensación comenzó a invadirme. Me sentí *muy* feliz, de un modo en el que nunca había experimentado, haciendo que todo el dolor que sentía por mi pelea con Margarita desapareciese en un santiamén.

En ese instante, una pareja joven, como de aproximadamente veinticinco años, pasó junto a mí. El hombre cogía a un bebé en brazos, el cual lloraba sin parar, para luego darle palmaditas en la espalda para calmarlo. La mujer buscaba con desesperación en su maletín lo que eran ¿pañales?

—¡Apúrate, Esther! Que está gritando mucho —se quejó el tipo.

—¿Dónde diablos está? Te juro que lo puse aquí.

Luego de que la señora registrara durante unos segundos su maletín, encontró lo que buscaba: un biberón.

Rápidamente, se lo pasó a su pareja, quien le dio de beber al bebé. Al mirar bien a este, me di cuenta de que era una mujercita, ya que tenía una pequeña cinta floreada alrededor de su cabecita. La niña, después de tener en sus manos el ansiado alimento, dejó de lloriquear. Todo volvió a su calma.

El padre acurrucaba entre sus brazos a su pequeña hija, mirándola con dulzura, mientras ella lo observaba con sus grandes ojos negros. Luego los cerró para concentrarse en beber de la leche de su biberón. Era un cuadro de lo más tierno que alguna vez podía imaginar.

La joven familia siguió su camino.

Me quedé ahí, observándolos, pensando que, después de todo, tener un hijo y cuidar de él no era tan malo como había pensado al comienzo, cuando me enteré del embarazo de Diana. ¿Era el sentimiento paternal lo que empezaba a nacer en mí?

Feliz por la noticia de que iba a ser padre de una mujercita, tiré a la mierda mi dolor, mi autocompasión y mi orgullo herido. Quise comunicar de la buena nueva a la única persona que en ese momento llenaba mis pensamientos: Margarita.

¿Qué importaba si nos habíamos distanciado por sus temores? ¿Qué importaba si yo creía que ella era la que debía dar el primer paso y llamarme? ¡A la mierda! Solo me interesaba la alegría que me invadía y quería compartirla con la mujer a la que tanto quería.

Quise comunicarme con ella desde mi celular, pero me di cuenta de que no tenía saldo. ¡Mierda!



Me dirigí rápido al locutorio donde días antes había acudido para llamarla. La mujer, dueña del negocio, me abrió la puerta y me observó con desconfianza.

—¿De nuevo vas a entrar sin consumir? Porque te advierto que ahora sí te cobraré la llamada que hagas, así sea de un solo segundo. ¿Te quedó claro? —señaló de mala gana.

—¡Está bien! —repliqué al mismo tiempo que fui donde la cabina número cuatro, que ella me indicó que estaba libre para utilizar.

Antes de abrir la puerta de la cabina telefónica, se escuchó en el ambiente *Te quiero* de Hombres G. Al principio, creí que era la música que la dueña del local había puesto en su

negocio, pero me equivoqué. Era una canción que se escuchaba muy cerca de mí. Luego me di cuenta de qué significaba.

Días atrás, antes de distanciarme de Margarita, me había bajado esa canción a mi celular y la había asignado para ella, por lo que significó esa canción el día de mi fallida audición. Pero, como después de eso nos habíamos peleado, no había tenido oportunidad de escucharla cuando recibiera una llamada de ella.

Rápido, abrí mi mochila y busqué entre todas mis cosas el tan mentado aparato para contestarlo. Con desesperación, saqué mis cuadernos, separatas y fotocopias, junto con mis lapiceros que en forma desordenada se hallaban.

Finalmente, me hice de mi tan preciado teléfono y contesté. En efecto, era Margarita la que me llamaba:

—¿Luis? —La escuché decir a través del hilo telefónico.

—¡Mi boquita! —exclamé con gran felicidad.

¡Dios santo! ¡Cuánto extrañaba su voz!

❁ Capítulo 25 ❁

Margarita

Hacía varios días que me había distanciado de Luis y eso me había destrozado el alma.

No sabía muy bien qué hacer. Si ceder en mi posición y acompañarlo al club donde él me había invitado, aún con el más grande de mis temores apretando en mi pecho y tratar de disfrutar de la vida junto a él; o mantenerme firme en mi resolución y no ceder a su propuesta.

Extrañaba a Luis mucho, demasiado. Como siempre había estado acostumbrada a que viniera a diario a mi casa, el pasar los días sin saber de él, de no tener su compañía, de no escucharle sus bromas, de no sonreírme tan pícaramente, de no pedirme que le hiciera algo de comer, de no tener su olor... ¡Echaba de menos todo lo que él significaba en mi vida!

Cualquier cosa que yo hacía lo relacionaba rápido con Luis. Hasta labores tan cotidianas como cocinar, sin la ayuda que él siempre me proporcionaba, provocaban que me sintiera desgana de todo. Por muy estúpido que pudiera sonar, pero eran estos pequeños detalles, en los que compartías cualquier tontería con el hombre que querías, y luego, al darte cuenta de que no estaba ahí contigo, hacían que el distanciamiento me fuese algo bastante duro de afrontar.

En el trabajo me iba fatal. Me habían asignado dos informes contables para entregar a dos clientes muy importantes. Pero, estaba tan distraída pensando en las musarañas (sí, claro. ¿Alguien conocía a una con trenzas rastas y una hermosa mirada de pillo?), que antes de firmar el boceto final del informe que iba a entregarle a mi jefa, se me dio por leer lo que había hecho. Y grande fue mi sorpresa cuando me percaté de los errores garrafales que había cometido. ¡Había confundido los ingresos con los egresos de cada empresa!

Antes de entregar semejante bodrio a Constanza, lo cual podría acarrear mi despido inmediato —bueno, quizá no tanto—, le informé que me encontraba muy mal por los temas de mi divorcio, ya que «César había hecho unas peticiones adicionales a la demanda inicial». Fue la primera mentira burda que se me ocurrió. Como sabía que Coti era muy sensible con estos temas de rupturas de pareja, se tragó todo el cuento, no sin antes ser enfática y decirme que tratara de separar mi vida personal de la laboral.

Me sentí muy mal al respecto, pero nada podía hacer. El tema de Luis y nuestra pelea me tenían en otro planeta, pensando todo el día en él, haciéndome imposible concentrarme en mi trabajo y cumplir con mis labores asignadas. Y ni hablar de mi vida como soltera.

En mi departamento todo estaba hecho un desastre. Hacía días que no había dado ni una simple barrida. Todo estaba desordenado, sucio y fuera de su lugar, a tal punto de que, en más de una ocasión no recordaba en dónde había dejado mi peine o mi bolso, siendo una tortura el buscarlos en todos los rincones de mi casa.

Inclusive Napoleón había sentido mi «ausencia». Ya había olvidado la última tarde en la que lo había sacado a pasear, porque estaba más preocupada en pasarme viendo películas románticas

en cable mientras lloraba por los desamores de los protagonistas. Él dependía de mí para comer y en más de una ocasión, si no fuera porque me reclamaba con un ladrido o con una gracia —sentándose frente a mí con su plato en su hocico— no hubiera reparado en ello.

Ni qué decir de mi aspecto personal; estaba descuidado. Todo llegó a su clímax una mañana, cuando me observé en el espejo para alistarme para ir a trabajar. Observé que las ojeras en mi rostro eran tan grandes y todo por no dormir del modo debido por echar de menos a Luis. Fácilmente hubiera podido ser confundida con el protagonista de *Kung Fu Panda*. ¡Qué horror!

A todo esto, se le sumaba que casi o nada me apetecía comer. Normalmente me consideraba delgada, talla 30 en pantalón. Pero, tanta era mi inapetencia desde que Luis se había ido, que creía haber bajado varios kilos desde que nos habíamos distanciado.

Mi madre se había dado cuenta de todo esto. Como era usual, venía a mi casa y no perdía oportunidad en regañarme por lo descuidada que la tenía. Pero, un día en el que me trajo de comer un estofado de pollo que ella había hecho, uno de mis platos favoritos, mi inapetencia fue tan evidente por el desgano con el que comí, que me preguntó qué era lo que me ocurría. Yo «alegué problemas en el trabajo, lo cual me producía mucho estrés». Mamá me creyó. Al paso que iba, me podría graduar de mentirosa compulsiva.

Sin embargo, por si todo esto fuera poco, aquí no acababan mis penurias. Faltaba lo peor: mi impaciencia y desesperación por aguardar en vano una llamada de Luis.

Desde el día en el que se fue, más de una vez esperé a que viniera a mi departamento a buscarme. Cuando por algún motivo sonaba el timbre de mi puerta, salía disparada a contestar para ver quién era. Pero, la decepción me embargaba cuando no era la persona que esperaba. Me pregunté si lo mejor sería llamarlo o no.

Me mantuve en un mar de indecisiones por varias veces. Cuando me encontraba próxima a digitar el número del celular de Luis, más podían mis miedos —la clásica mirada de alguien observándome con reproche y diciéndome «Eres una *robacunas*»— y me moría de la angustia. Al experimentar esto, soltaba el auricular de mi teléfono y mis intenciones iniciales de contactarlo se veían truncadas.

Por si esto no fuera poco, comencé a recibir varias llamadas sospechosas. En mi teléfono fijo y en mi celular salía como emisor «*Número desconocido*». Cuando les contestaba con «¿Hola?», de inmediato me colgaban. Esto se dio religiosamente durante varios días más.

Al principio, pensé que la persona que me llamaba podría ser un extorsionador. Justo en las noticias había salido que estaba de moda el chantaje telefónico. Más de un ingenuo había sido estafado por teléfono, ya que quien se comunicaba alegaba falsos premios o el secuestro de un familiar, dando instrucciones a la víctima para después obtener grandes sumas de dinero a cambio. Pero, luego lo pensé bien y me di cuenta de que este no era mi caso, ya que no lograba entablar una conversación decente con quien llamaba, todo lo contrario. Quien sea quien fuese simplemente quería escucharme decir una palabra, nada más.

Después pensé si estaba siendo víctima de un acosador, porque el que me colgaran, luego de escuchar mi voz, no me parecía algo normal. Para rematar la situación —¡Cómo no!—, justo para esos días había visto una película en la que una chica era víctima de un hombre trastornado, el cual se había obsesionado con ella y empezaba su acoso de esa manera. Demás no está decir que me asusté mucho, ya que la protagonista no terminó de muy buena manera: fue violada y secuestrada por varios días, aunque después liberada luego de todo el trauma por el que tuvo que pasar.

Me asusté tanto con el tema que, siempre que caminaba por la calle, cada tanto observaba de

rejojo hacia atrás por si alguien me estuviera siguiendo. Me volví tan paranoica que, hasta decidí comprar un disparador de gas para defenderme de mi acosador telefónico y tomar clases de defensa personal.

Pero, con el correr de los días, las llamadas Speedy Gonzáles —como yo las bauticé— cambiaron. Ahora ya no se dignaban a querer escuchar mi voz y colgarme, no; simplemente mi teléfono timbraba una sola vez y la llamada se cortaba de inmediato. Y siempre era el mismo emisor: «*Número desconocido*».

En más de una ocasión intenté responder rápido a la llamada entrante en el primer timbrado, pero todo fue igual. Lo único que escuchaba era el típico sonido del auricular siendo colgado, para mi desesperación y angustia extrema. Llegué a preguntarme si no me estaba obsesionando con este asunto, porque después de tener un miedo inicial por dichas llamadas, comencé a tener un interés poco inusitado (e ilógico) sobre aquello. No obstante, decidí tranquilizarme, meditar bien qué estaba ocurriendo y elaborar teorías sobre quién podría ser mi famoso Fantasma telefónico, como lo bauticé después.

¿Quién sería la persona que me estaba haciendo esas llamadas poco usuales? Pues bien. Estas habían comenzado dos días después desde que Luis y yo nos habíamos distanciado. Estas ocurrían cuando me encontraba libre de mi trabajo (y dispuesta para conversar con quien me estuviera llamando): en la mañana, alrededor de las 08:00 am, antes de irme al estudio; a la 01:00 pm, en el horario de descanso; y a las 06:00 pm, cuando era mi hora de salida. Quien fuera que me llamara sabía muy bien de mi rutina. ¿Quién podría ser?

Mis padres sabían de mi horario laboral, pero dudaba mucho de que anduvieran con jueguitos telefónicos con las personas, menos con su única hija. En tal caso, si mi mamá quisiera llamarme en uno de sus típicos sermones de charla madre-hija, no dudaría ni un segundo en hablar horas y horas conmigo, sobre «lo descarriada que era mi vida actual de mujer independiente y divorciada».

¿César? Pues bien, podría ser él, pero no se cortaría ni un pelo en hablar conmigo e insinuarme alguna de sus propuestas para retomar nuestra relación. De ser el caso en que anduviera un poco indeciso en este asunto, a tal punto de no poder pronunciar palabra alguna sobre ello, ¿por qué recién lo había hecho días después de mi pelea con Luis?

Así que, la respuesta a mi pregunta solo podía corresponder a Luis y solo Luis. Eso y que su inmadurez lo llevarían a cometer actos de este tipo (de lo más infantiles, ¿para qué negarlo?), pero que me hicieron renacer dentro de mí la esperanza.

Con todas estas conclusiones, la impaciencia empezó a carcomerme, porque cuando intuí que era el responsable de mis llamadas fantasmas, estas dejaron de llegar y, con ello, la desesperación de pensar que él ya no quería buscarme comenzó a apoderarse de mí.

Cada tanto, cuando mi teléfono sonaba, corría como un rayo para contestar. Lastimosamente, la persona que llamaba no era él, lo cual hacía que me dieran unas ganas enormes de colgar de inmediato, pero tenía que contenermelas porque, más que bien, ¿qué culpa tendría el/la susodicha de lo que me ocurría? Como mis llamadas fantasmas dejaron de llegar, empecé a creer que Luis ya no me llamaría, sino que vendría a buscarme a mi departamento, quizá para darme una linda sorpresa.

En una de esas ocasiones, en las que luego de trabajar y venir a mi casa me encontraba dándome un duchazo, el timbre sonó. Esto fue para mí como un combustible interior. «¡Es Luis! ¡Es Luis!», me dije de un modo tan eufórico, que la emoción no cabía dentro de mi pecho.

Salí disparada de la ducha, solo vestida con una bata, para ver si de verdad era él quien estaba

afuera esperándome. Tanto fue mi ímpetu por ir a contestar, que no me di cuenta de que el piso de mi baño se encontraba ligeramente mojado.

Todo fue tan rápido, que no me percaté de lo que pasó en tan poco tiempo. Solo sentí que caía al piso en fracción de segundos. Tuve que poner mis manos sobre las frías mayólicas para no hacerme daño en la cara y destrozarme la nariz o algo más. El dolor físico que percibía en mis manos y brazos por los cortes que me había hecho no era nada comparado con el que sentía por dentro desde hacía días atrás.

Y ahí me encontraba, tan dañada en mi cuerpo como se encontraba mi alma. Sucia, mojada y con lo que parecía ser mi pie izquierdo luxado, porque cuando intenté levantarme, este me dolía horrible y no me respondía.

¡Dios mío! ¿Por qué todas estas cosas tenían que pasarme? Bien había escuchado una vez que las desgracias no venían juntas, y tenían razón, porque esta caída era solo la guinda al pastel de toda la serie de tristes acontecimientos que me habían ocurrido desde que me había peleado con Luis.

El timbre siguió sonando varias veces más, mas no pude contestar. Apelando a las pocas fuerzas que me quedaban, me arrastré hasta la puerta principal para atender al llamado. Cuando, por fin, apreté el botón del intercomunicador, el timbre dejó de sonar. ¡Maldición!

¿Quién era quien tanto había insistido en buscarme? Porque, quitando mi madre, nadie más se había dignado en visitarme desde que Luis y yo habíamos peleado. Ella y mi padre andaban de retiro con un grupo de la iglesia en Cerro Azul, un balneario al sur de Lima, desde el lunes pasado. Lo más probable era que fuera mi novio, sí. ¡Con la mala suerte que siempre me acompañaba, había perdido mi única oportunidad de reencontrarme con él y hacer las paces! Pero, si era así, ¿por qué no me llamó al teléfono luego de no poder abrirle la puerta? ¿Quizá por vergüenza? ¿Por orgullo? ¿O porque tenía algo importante que decirme solo en persona?

Con todas estas interrogantes, resolví dejar todas mis dudas atrás. Me moría por hablar con Luis, ¿para qué negarlo? En el estado tan desastroso en el que me encontraba, necesitaba que alguien me ayudara a llevarme al doctor. Mi pie izquierdo aún no me respondía y, por más que tratara de apoyarme en él para caminar decentemente, todos mis esfuerzos eran fútiles. Con mis padres lejos de la ciudad, la única persona que me podía ayudar en estos instantes era Luis, solo Luis...

¡Al diablo con mis temores! ¡Al diablo con el qué dirán! Tenía que reconocerlo: me moría de ganas de mirar sus bellos ojos, su hermosa sonrisa y de sentir de cerca su olor, sus caricias y sus besos; tenerlo conmigo, a mi lado, como antes, en el que su compañía era algo tan necesaria para mi existencia, como el oxígeno para un ser vivo. Tenía tantas ganas de llamarlo y decirle «Te extraño. Me haces falta. Por favor, ven y ayúdame».

Me arrastré como pude a una pequeña mesita de la sala donde tenía mi celular. Lo cogí y digité su número sin dudar. La voz al otro lado del teléfono me sonó tan acogedoramente amable y cálida. Tanto era que lo echaba de menos, que solo atiné a llorar después de que lo escuché decir «¡Mi boquita!».

Luis

Luego de responderle a su llamado, lo que oí me dejó preocupado. Pude percibir un ligero sollozo, lo cual hizo que me preocupara sobremanera por ella.

—¿Estás bien? ¿Te ocurre algo?

—Bueno, sí, solo que...

La escuché respirar profundo. Algo me decía que estaba conteniéndose de llorar, porque lo que oí después, entre su voz entrecortada y un quejido, provocó que lo segundo hiciera inentendible al primero, una muestra de que algo malo estaba ocurriéndole.

—¡Por Dios, Margarita! ¿Qué mierda pasa? ¡Me tienes preocupado! ¡¿Por qué lloras?! —grité.

Sentí la mirada de los clientes y de la dueña del locutorio sobre mí. Poco me importaba. En ese momento, la desesperación por creer que algo malo le había ocurrido era lo único significativo para mí.

Si alguien le había hecho daño, como su exesposo, juré que iría de inmediato donde el malnacido para hacerle saber lo que era bueno y que a ella nadie la tocaba. Pero, lo que escuché luego, me hizo darme cuenta de que estaba muy equivocado:

—Tú no has venido a buscarme hace un rato, ¿no? —dijo en un tono de voz casi imperceptible, como si le costara mucho debido al llanto que la había invadido.

—¿Cómo?

Tuve que apelar a la poca paciencia que me quedaba para insistirle en que se calmara y que contara hasta diez, antes de proseguir con nuestra charla. Tanta era la felicidad que había tenido, al enterarme de mi bebé sería una mujercita, que saqué fuerzas de no sé dónde para tratar de mostrarme sereno. Se tranquilizó y me contó todo lo que había pasado.

—Pues no, yo no he ido para allá hoy —acoté con falsa tranquilidad—. Pero ¿sabes? Parece que hemos estado conectados telepáticamente —dije con alegría.

Y era cierto. A pesar de la separación que habíamos tenido, me encantaba saber que teníamos esta comunicación a la distancia. Algo difícil de explicar, pero era un sentimiento indescriptible: el darse cuenta de que esa persona que tanto querías estaba sincronizada contigo.

—Justo estaba a punto de llamar... —agregué, pero fue interrumpido abruptamente por ella.

—¡Te he echado de menos! —La oí gritar—. No sabes cuánto, Luis. Te extraño, te extraño, te extraño muchísimo.

El llanto la invadió de nuevo.

¡Dios mío! Si la seguía escuchando llorar de ese modo, ya no sabía por cuánto tiempo más podía mantenerme sereno y seguir con mi farsa de hombre calmado. Por lo general, me gustaba dárme las de tipo duro, pero escuchar llorar a la mujer que quería, de ese modo y tan lejos, y más con el tiempo en el que nos habíamos mantenido separados, hacían que el corazón se me partiera en dos.

—Pero ¿todo está bien?

Debía asegurarme de que todo estaba bien con Margarita y que su llanto no solo era producto de la distancia que entre nosotros se había dado. Porque el llorar así, ni aun cuando discutimos por lo de Diana, era normal. ¡Algo más le ocurría y debía saberlo a como dé lugar!

Fue ahí que me contó que alguien tocó con insistencia la puerta y su posterior caída. ¡Mierda!

—Ya, tranquila. No trates de forzar tu pie. Siéntate donde mejor puedas. Ya estoy yendo para allá —le referí tratando de mantener la serenidad.

—Por favor, Luis. Ven a mi departamento. ¡Te necesito! —me rogó.

Estaba *mu*y preocupado por ella, pero debía fingir que todo estaba bien. Seguía chillando sin parar, no sabía si era por el dolor de su caída o por la emoción de volver a comunicarnos. El hecho era que me necesitaba y yo a ella más que nunca, provocando que una nube de emociones quisiera salir de mi garganta, derrotándome por completo.

—Me haces falta... ¡Te quiero! —La escuché decir.

Eso fue todo. Mi lucha interna de sentimientos acumulados dio paso a una derrota, provocando

que me fuera rápido a la última cabina del locutorio, una al fondo y vacía, para que nadie fuese testigo de las emociones que me embargaban.

—Yo también te quiero —le dije en voz baja, mientras sentía que mis ojos me ardían más que nunca. No quería que nadie me escuchara decirlo y me viera de ese modo. ¡Qué vergüenza!

Después de despedirme y prometerle que en un segundo estaría con ella, me limpié el rostro con un pañuelo que tenía a la mano. Salí rápido de la cabina telefónica y me acerqué al mostrador de la dueña. No recuerdo exactamente cuál moneda fue la que saqué de mi bolsillo, pero pagué con la primera que tuve en mi mano, con tal de que la señora me dejara en paz y dejara de decirme «¿De nuevo vas a entrar sin consumir?».

No me recibió la moneda, la cual yacía sobre el pasabilletos verde que estaba encima de su mostrador. Solo me miró con expresión curiosa, como preguntándose «¿Y a este qué mosca le ha picado?».

—Por todas las llamadas anteriores que no hice —le indiqué, guiñándole el ojo derecho.

—¿Todo bien, joven? —dijo con evidente preocupación.

—¿Por qué lo dice? —Fruncí el ceño.

No era común que la señora, quien siempre tenía un gesto adusto, me observara de un modo protector, por decirlo de algún modo. ¿Tan evidente eran en mi rostro los sentimientos que había experimentado durante mi conversación con Margarita?

—No me gusta ser entrometida, aunque... —dijo negando con la cabeza y sonriendo, como dándose cuenta de que estaba hablando demás—. Creo que mis cabinas tienen un producto que produce alergia a los ojos, ¿no cree?

Sonreí y agradecí que tuviera el tino de no preguntarme por mi vida, como sí lo hubiera hecho otra mujer entrometida.

—Sí, eso debe de ser.

—Voy a limpiarlas más tarde con alcohol para que no vuelva a pasarle a otro cliente lo de usted.

No pude evitar reírme.

Incliné la cabeza a modo de despedida. Pero, cuando abrí la puerta del local, la mujer me llamó.

¿Y ahora qué era lo que quería? ¡Margarita me estaba esperando con impaciencia!

—¡Oiga, usted! Se está olvidando de algo.

Tenía en su mano una moneda de S/. 5.00 nuevos soles^[12] y quería dármela. Me negué rotundo.

—¿Cómo le voy a cobrar si no ha hecho ninguna llamada? —Insistió en devolverme lo que le había pagado.

—Pero...

—Vamos, se lo regreso, aunque solo por esta ocasión, ¿bien? —indicó, muy amable.

—Mejor recárgueme mi saldo —le pedí al tiempo que le dictaba mi número telefónico.

Cuando estaba a punto de tomar la puerta para irme, algo me detuvo.

Un hombre había entrado con un perro poddle manchado, quien, justo en ese instante, procedió a levantar la pata y a orinarse al lado de la puerta principal.

—¡Mierda! ¡Otra vez, Inocencio! Mira que te lo he dicho varias veces —gritó la señora—. ¡No traigas a Manchitas aquí! Esta vez te encargarás tú de limpiar su porquería, ¿te quedó claro?

—Oye, pero si Manchitas es solo un perro incomprendido... —alegó el hombre.

—¡Qué incomprendido ni que mierdas! ¡A tu perro no me lo traes más por acá!

—Hey, que este también es mi negocio y puedo traerlo las veces que quiera. Somos socios, ¿se te ha olvidado?

Ambos seguían enfrascados en su discusión, sin importarle el resto. El perro, quien parecía ser inconsciente de lo que su desliz había producido, yacía cómodo sentado en el asiento del mostrador del locutorio. Cada vez que alguno de los socios hablaba, movía la cabeza con dirección a cada uno, como diciendo «Yo soy el amo y señor de todo, y ustedes son solo unos simples humanos». ¡No pude evitar soltar unas risas al ver ese *show*!

Producto de ese escenario, me relajé por un instante. Me fui del local ya más tranquilo hacia donde Margarita, la mujer que yo tanto quería y que esperaba por mí.

❁ Capítulo 26 ❁

Margarita

Me encontraba sentada a duras penas en una de las sillas de mi comedor. Napoleón estaba echado a mi lado. Me había lamido el pie izquierdo, provocándome un gran dolor, seguro creyendo que con eso me curaría mi luxación. Me preguntaba qué pasaría por su cerebro. Lo más probable era que creyera que, con ese simple gesto, yo volvería a caminar. ¡Qué tierno y fiel era mi querido perro!

Volvió a levantarse del piso en otro afán de lamerme el pie. Tuve que impedirselo. No quería que me provocara, sin querer, otro dolor como antes.

—No —le ordené mientras me agachaba para apartar con mi mano su hocico de mi pie.

Soltó un leve gemido. De nuevo insistió.

—¡Que no!

¡Qué terco era!

Mi teléfono sonó. ¡Mi corazón comenzó a latir de la emoción! Estaba segura de que era Luis para hacerme saber que ya estaba aquí. En efecto, era así.

—¿Es usted Margarita Luque? —Lo escuché decir a través del teléfono con un tono de voz muy formal.

—Luis, qué bueno que ya est...

—Señorita, no me ha contestado a mi pregunta.

—¿Cómo? —pregunté, sorprendida.

—Le pregunté si usted es Margarita Luque.

¿Me estaba preguntando por mi nombre? ¿A qué estaba jugando? Bien, supuse que, como siempre, quería sorprenderme con sus clásicas bromas y piques conmigo. ¡No había cambiado para nada! Así que, le seguí la corriente.

—No, no soy Margarita Luque. Me llamo Fulgencia Eufrosina Austragilda Efracia —contesté tratando de contenerme la risa.

Mencioné los primeros nombres ridículos que se me vinieron a la mente. De solo pensar que, de verdad, pudiera existir alguna pobre mujer que tuviera de verdad esos nombres tan absurdos —aunque, ¿quién sabe? Había de todo en esta viña del Señor— sentí pena de aquella.

Soltó una risotada al otro lado de la línea. Seguro que le hizo mucha gracia mi improvisación. Ay, Dios, ¡cómo extrañaba oírlo reírse así!

—Bien, señorita Fulgencia Eufrosina Austragilda Efracia. Soy don Pantuflo Anacleto de Rocavalle y Fuengirola.

¡Ahora era yo la que no podía aguantar la risa! Solté una carcajada ante el nombre tan ridículo que dijo, a pesar de que el dolor de mi pie me seguía dando guerra por los hincos que me provocaba.

—Me encuentro aquí, en la puerta de su departamento, señorita. Recibí hace media hora su llamado de S.O.S. Y me pregunto, ¿cómo puedo hacer para rescatarla? —habló con una voz muy grave, algo muy común en él cuando quería imitar a algún actor de televisión.

—¡Cierto!

La emoción de alegría que sentí dio paso a la realidad.

¿Cómo haría para abrirle la puerta? Tendría que arrastrarme con mucha dificultad o saltar como una coja hasta ella. Si apenas me había sentado a la silla al lado de mi teléfono, ahora tenía que bregar de nuevo para hacerlo entrar al edificio y luego a mi casa. No quería esforzarme doblemente para ello, así que opté por una salida.

—Espérame un rato, Luis. Ahora te vuelvo a llamar, ¿está bien?

—¿Cómo?

—Confía en mí —alegué—. Pero, antes de cortar, quiero decirte que estoy muy feliz de que estés aquí...

Sentí que las emociones estaban traicionándome otra vez. La ola de sentimientos tristes por echarlo de menos y por mi dolor físico quería vencerme de nuevo, pero me contuve. No era momento para llorar.

—¡Ya te echaba de menos! —añadí.

Una pequeña lágrima cayó por mi mejilla derecha. ¿Dije que no iba a llorar? ¡Al diablo! Había vuelto a ser una llorona.

—¡Yo también, mi boquita! —mencionó con su cálida voz, tan amable y reconfortante como siempre.

Corté la llamada y procedí a hacer lo que tenía pensado para que todo fuera más sencillo para nosotros.

Luis

El vigilante del edificio conversó con Margarita por teléfono; ella le explicó lo que sucedía y le pidió que le hiciera el favor de hacerme entrar.

Cuando me encontraba en el ascensor para llegar a su apartamento, el tiempo se me hizo eterno. Me pareció que el visor del ascensor que indicaba el piso número uno, luego dos, iba más lento que un caracol. La espera en cada nivel duraba lo mismo que el trayecto de la universidad hasta la casa de mi novia. ¡Mierda!

Ya cuando toqué la puerta, se demoró en abrirme. Supuse que era comprensible, debido a que no podía moverse bien debido a su caída.

Cuando la vi en el umbral de la puerta, no dudé ni un segundo en levantarla del piso y abrazarla muy fuerte. Dios mío, ¡cuánto, pero cuánto la había echado de menos!

—¡Te he extrañado horrores! —dije mientras la tenía envuelta en mis brazos y la besaba en la frente, en la nariz, en las mejillas y en la boca.

—Luis...

Ví que grandes lágrimas corrían por sus mejillas. Se las limpié con mis manos al tiempo que una gran sonrisa iluminaba su rostro. Definitivamente, Margarita era una llorona empedernida.

La ayudé a servirle de apoyo, entretanto ella saltaba de un pie y se sentaba en una silla.

—¿Te duele mucho? —pregunté al tiempo que no sabía qué hacer con su pie: si tocárselo para

tratar de aminorar su dolor, o todo lo contrario, dejarlo ahí, tal y como estaba, suspendido en el aire.

—Mayormente cuando me apoyo en él o me lo toco. Por eso es que trato, en lo posible, de evitar hacerlo.

La cogí de la mano derecha y se la acaricié para tratar de reconfortarla. En un segundo estaba tan cerca de ella, que pude sentir su respiración tan cerca de mí.

No esperé más. La tomé de la nuca con mi mano izquierda, acerqué su cabeza hacia mí y la besé en la boca, aún a pesar de la urgencia de la situación.

Echaba muchísimo de menos la sensación de tenerla así conmigo, porque la distancia entre nosotros, si bien no había sido tan larga si se comparaba con una línea de tiempo normal, para mí había significado una eternidad. El momento mágico entre nosotros era maravilloso. Tan corto y tan sublimemente infinito a la vez.

No obstante, las emociones iniciales dieron paso a una más fuerte. El estar así, en esta situación con ella, tan solo vestida con una simple bata y con el pelo mojado como lo tenía, removían dentro de mí esos hormigueos que solo te producían el besar y acariciar a la persona que amabas.

Tuve que contenerme con lo que estaba ocurriéndome, porque no era oportuno estar en «acción» en estos instantes. La aparté brevemente de mí.

—¿Nos vamos al doctor? —pregunté.

Me observó con una gran felicidad en sus ojos y una enorme sonrisa tonta. El saberme el ser el causante de aquellos, hizo que el orgullo no cupiera dentro de mi pecho.

—Sí, pero ¿me ayudarías a cambiarme de ropa, por favor?

—Oh, verdad. ¡Es obvio que no puedes ir, así como estás, casi sin ropa!

Me dirigí hacia su habitación y tomé lo que me había indicado que debía vestir. Su ropa interior, un par de medias blancas, sus zapatillas negras con rosa marca Reebok, un buzo negro de dos piezas y un polo blanco con una imagen de un ¿dinosaurio rosa? ¡Ajá! Margarita, a quien le había detectado que le disgustaba mi afición por los dibujos animados, gustaba de usar polos estampados con dibujos de *Los Babysaurios*; un motivo más para fastidiarla después.

Luego de ayudarla a cambiarse de ropa, con suma delicadeza para que no le hiciera daño a su pie, volvió con otra petición:

—No quiero sonar pesada, pero ¿me harías un par de favores más?

—¿Eh?

Me pidió que le diera la comida a su perro y que apagara el balón de gas de su cocina. Con esto último hizo bastante hincapié. Así que, verifiqué por partida triple si la palanca roja de ese aparato estaba baja porque, según me contó después camino a la clínica, el otro día su vecina había dejado su gas sin apagar y por poco explotaba su departamento debido a su imprudencia.

Después de hacer mis deberes, me pregunté cómo facilitaría a Margarita el caminar hasta el primer piso. No podía apoyarse en ambos pies, así que la interrogué sobre si tenía alguna silla de ruedas o un bastón:

—Oh, sí —dijo con una sonrisa—, justo ayer dejé de usar mi silla de ruedas viniendo del asilo de ancianos.

¡Dios! ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo se me ocurría preguntarle eso? Era obvio que no tenía ninguna de aquellas cosas.

—Total, ya que soy mayor que tú, pues seguro que decidirás después internarme en un lugar de esos debido al Alzheimer que padezco —manifestó muy seria—. Por cierto, ¿quién eres tú?

¿Cómo te llamas? —añadió haciendo un gesto de desconcierto y observando el techo, como si buscara musarañas.

—¡Tooonta!

Soltó una leve carcajada. Parecía que ahora era ella la que le había agarrado el gusto a las bromas irónicas y pesadas que siempre le hacía. ¡Se habían invertido los papeles!

Al darme cuenta de la soltura con la que se comportaba ahora, si la comparaba con el día en que ambos nos reencontramos tiempo atrás, se me ocurrió hacer algo bien simpático.

—¿A qué clínica te llevo? —pregunté.

—A la Internacional. Ahí me cubre mi seguro médico, pero debo llevar mi DNI para identificarme antes de la consulta con el doctor.

—¿Dónde está?

—En mi cuarto, dentro del primer cajón de la mesita de noche.

—Está bien, ahora vengo con eso.

Asintió con la cabeza.

Luego de hacerme con su DNI, en el cual se podía apreciar su nombre completo (Margarita Dalia Luque Díaz, nacida el 08 de mayo de 1983), cogí una casaca negra, la cual sabía que era su favorita. La noche comenzaba a asomar y la temperatura empezaba a estar más fresca, así que necesitaba abrigarse.

Al darle su casaca para que se la pusiera, le entregué su cartera que estaba encima de la mesa del comedor. Guardó ahí su DNI, su teléfono, sus llaves y algo de dinero. Se puso su bolso al hombro. Posteriormente, me pidió que la ayudara a levantarse para que pudiera andar, pero me negué.

—¿Cómo? —me preguntó con sus ojos como plato.

—No vas a andar, mi boquita.

—¿No?

Volví a negar con la cabeza.

Me puse mi mochila en la espalda, muy firme en ambos brazos. Me acerqué donde ella y, como quien no quería la cosa, con mucho cuidado por su pie, le extendí mi brazo.

—Luis, ¿qué estás haciendo? —preguntó, muy sorprendida.

—¿Tú que crees? —dije observándola con picardía.

Con mucha dificultad y con cuidado por el tema de su pie, la levanté del sofá para llevarla en brazos. Luego la besé en la frente, mientras ella solo atinaba a sonreír de manera tierna.

—¿Sabes qué? ¡Pesas mucho, condenada! —señalé poniendo una falsa mueca de «esfuerzo».

Era cierto que pesaba, pero tampoco era que fuera mucho; lo normal en una mujer de su edad y tamaño. Inclusive, yo diría que Margarita estaba más delgada de lo que la había visto días atrás. ¿Estaría a dieta o algo? ¡Pero si era de contextura fina!

Decidí reprocharle por estar a régimen alimenticio, pero me contuve. Recordé que yo había estado inapetente en los días que habíamos estado distanciados. De este modo, no me encontraba para nada en posición de llamarle la atención.

—Oye, ¿qué modo de llamarme es ese, condenado? —dijo quitándome de mis pensamientos, mientras se aferraba muy fuerte a mi cuello, cuando nos encontrábamos en el umbral de la puerta de su departamento.

—Veo que te ha gustado el apodo, ¿no, condenada?

—Así es, condenado.

Mostró una gran sonrisa de oreja a oreja junto a los dos pequeños hoyos que se le formaban en

las mejillas. No pude menos que reírme ante ello.

Después de un instante, con algo de dificultad por llevarla en brazos, cerré fijamente la puerta, para dirigirnos a la clínica.

—¿No tienes miedo de que alguien nos vea juntos en la calle? —pregunté dubitativo mientras estábamos en el pasadizo esperando a que llegara el ascensor para bajar.

—Si te digo que no, te mentiría —afirmó observándome muy seria—. Pero, en este instante, solo me interesa estar contigo así.

Yo sonreí ante su respuesta.

¿Ya habría dejado Margarita sus temores acerca de nuestra relación? No lo sabía. Ya después hablaríamos con más calma sobre este tema. Pero, lo que sucedió ese día fue un gran avance hacia lo que vendría en un futuro para nosotros...

❁ Capítulo 27 ❁

Margarita

Camino a la clínica y después de transcurrida la emoción inicial de nuestro reencuentro, le pregunté a Luis por el aspecto tan desprolijo en el que se encontraba. No era usual verlo tan descuidado, en especial, con esa barba de no afeitarse en varios días. ¿Era que había decidido cambiar de *look*?

—He estado pensando en otras cosas y he descuidado mi aspecto en estos días —dijo mientras me agarraba la mano derecha con nerviosismo.

No me miró cuando me habló. Todo lo contrario. Volteó su rostro a la ventana del taxi. Este se había detenido en el cruce de un semáforo.

Decidí no insistir en ese tema. Conocía esa reacción de él cuando se sentía incómodo ante alguna pregunta; era la misma de cuando era niño. Me dio gusto saber que, en algunas cosas, no había cambiado para nada desde que lo había dejado de ver años atrás. Inclusive, aquella sensación aumentó cuando me di cuenta de que, ambos habíamos llegado a un punto en el que no necesitábamos hablar para darnos cuenta de lo que le sucedía el uno al otro. Era como un nivel de complicidad de pareja que solo se alcanzaba cuando había la suficiente compenetración entre un hombre y una mujer. El solo percatarme de ello provocó que sonriera como tonta.

Afuera del carro podía verse a las personas cruzar apresuradas la vía peatonal. Los conductores tocaban la bocina sin parar. Un policía de tránsito movía con una barilla roja mientras dirigía el tráfico. Algunos vendedores ambulantes nos ofrecían diversos productos por la ventana, como CDs de música, libros pirateados, pequeños frascos de productos de ¿potencia sexual? Nuestro trayecto había coincidido con la hora punta. ¡La ciudad era un caos total!

Pero, a pesar del bullicio que se apreciaba en el exterior, dentro de mí se vivía una gran calma. Me encontraba muy feliz y con una gran paz interior al saberme acompañada de Luis, el hombre al que tanto quería y a quien tanto había echado de menos durante todos estos días. El solo sentir el roce de su mano con la mía me producía una gran tranquilidad, la cual era como un bálsamo al pesar que había experimentado durante su ausencia, provocando que esta solo fuera un lejano recuerdo.

Un vendedor ambulante le ofreció a Luis unos muñecos de *El Chavo del 8*. Soltó una risa mientras le preguntó cuánto costaba.

—Mira, se parece a ti —señaló con el dedo índice derecho hacia una muñeca de La Chilindrina.

—Oye, ¿qué comparaciones son esas?

¡Otra vez la burra al trigo!

—Si bien no me acuerdo cuando eras niña, he visto fotos tuyas con Ada cuando ambas tendrían doce o trece años. —Sonrió con picardía. Su típica cara de «Voy a molestarte, mi boquita»—.

Solías usar dos coletas cuando tenías esa edad. Y con tus pecas, solo te falta usar lentes para parecerte a ella. ¡Es que eres igualita a la Chilindrina! —dijo soltando una carcajada.

—Si tú lo dices... —dije con evidente «enfado» mientras le daba un pequeño codazo.

Reí a panza suelta, uniéndome a su relajo.

¿Cómo se las ingeniaba Luis para hacerme olvidar mis pensamientos iniciales y divertirme ante cualquier tontería? Esta era una de las cosas que me encantaba y hacía que cada vez me enamorase más de él, porque con un par de bromas suyas, era capaz de olvidarme de todo y de solo sonreír.

—¿Me da una? —pidió Luis mientras le entregaba un billete al vendedor. Éste le entregó la muñeca justo a tiempo, ya que el taxi comenzó de nuevo a andar.

—¿No crees que estás un poco grande para las muñecas? —dije para fastidiarlo y tratar de «vengarme» de su broma anterior.

—No es para mí.

—¿No?

—No. Es para para ti, mi boquita. —Me observó con picardía al tiempo que me entregaba la muñeca.

Lo quedé mirando con asombro. La interrogante en mi rostro debió de ser evidente, ya que me contestó sin necesidad de que le preguntase algo:

—Tómalo como un regalo de reconciliación, ¿bien? —añadió mientras me soltó por un momento la mano, me acarició la mejilla y me miró con ternura.

Cogí la muñeca y le agradecí. Apoyé mi cabeza en su hombro y lo abracé por la espalda. Hizo lo propio conmigo, aferrándose a mí con su mano izquierda.

Empecé a contemplar la muñeca con mi mano libre. Era una hecha de manera artesanal, de esas fabricadas a base de un molde de un juguete original. Al observarla con atención, llegué a la conclusión de que Luis estaba en lo cierto: ¡Me parecía a La Chilindrina cuando yo era niña!

Cuando llegamos a la Clínica Internacional, él preguntó a uno de los vigilantes si tenía una silla de ruedas para mí. ¡Ni que me estuviera muriendo! ¡Qué exagerado era!

—Es para ayudarte a movilizar. ¿O puedes caminar con tus dos pies? —preguntó con una mueca ante mi reclamo.

Empujó mi silla de ruedas y comenzó a llevarme a la sección de «Emergencias», la cual estaba al lado izquierdo de la clínica. El edificio era uno grande, de construcción moderna, al cual había acudido solo un par de veces antes, desde que tenía mi seguro médico particular: una vez para que me vieran una gripe que me atacó meses atrás y en otra ocasión para un control rutinario con el dentista.

Ya en la recepción, me identifiqué con la enfermera de la clínica y le expliqué de mi caída. Le entregué mi DNI, mientras ella hacía el trámite burocrático de verificar que mi seguro médico estuviera en regla.

—Si te estuvieras muriendo, ¿también te harían esperar? —señaló Luis de mala gana, mientras me acariciaba con una mano mi mejilla derecha y con la otra mi mano izquierda—. No sabía que en las clínicas privadas fueran así de exquisitos.

—Como ven que no es nada de vida o muerte y estoy haciendo uso del seguro, pues... —dije resignada y encogiéndome de hombros.

Sabía que, si se acudía a un centro de salud particular y se pagaba la cita, de inmediato te atendían. No obstante, cuando se hacía uso del seguro médico y no fuese nada que sea de vida o muerte, las barreras burocráticas no eran un tema del que las clínicas privadas estuvieran exentas.

—Oh, mira. ¡Una joven pareja! —Escuché que decían dos señoras de mediana edad que pasaban por nuestro lado.

Aquellas mujeres debajo de sus casacas lucían unos polos blancos con unos logos publicitarios. Parecían ser voluntarias en programas para enfermos con cáncer o algo de ese estilo.

—Seguro que ella va a dar a luz. ¿No es adorable? —dijo una con gafas negras.

¿Que yo iba a alumbrar un hijo de Luis? ¿Se referían a que estaba subida de peso y por eso creían que estaba embarazada? ¡Imposible! Si había estado inapetente por varios días. Así que... lo pensé mejor.

Llegué a la conclusión que, al ponerme encima la casaca negra que él me había dado antes de salir de mi casa, al quedarme aquella tan ancha, podía parecer una mujer encinta. De solo imaginarme que, lo que ellas decían podía ser realidad en un futuro, me sentí muy feliz. Sin embargo...

—Oye, Margarita, esas señoras están locas, ¿no? —me dijo al oído—. ¿Tú embarazada de mí? ¡Están locas!

—¡Baja la voz! ¡No seas impertinente! —le susurré.

Sí. Mi alegría fue efímera... por la reacción de Luis y por lo que las mujeres dijeron a continuación:

—Oh, Aurelia, ¿escuchaste lo que dijo ese mocoso? —refirió la señora de contextura gruesa a la de lentes.

—Sí, Teresa. ¡Nos equivocamos! ¿Qué va a ser ese niño la pareja de esa mujer tan guapa? Si te fijas bien, con esas trenzas, esa facha y con esos modales que tiene, no está a su altura.

Las dos lo miraron con desprecio, de arriba abajo. Como decíamos en Perú, literalmente «lo barrieron con los ojos».

—Pienso que debe de ser su primo o hermano pequeño que la ha traído de emergencia —dijo una susurrándole al oído a la otra.

Ambas hacían el ademán de conversar en voz baja. Pero, hablaban en un tono de voz lo suficientemente alto para ser escuchadas.

—Yo creo que ni eso, ¿eh? Tiene toda la pinta de ser un delincuente, con la ropa que lleva puesta.

—Sí, debe de ser.

¿Pero qué les pasaba a estas señoras?! No sabía si decir algo para ponerlas en su sitio o solo ignorarlas.

Cuando aún estaba dubitativa sobre cómo reaccionar, Luis se me adelantó:

—¡Oigan, ustedes! ¡Viejas brujas! ¿Tienen algo contra mí? —gritó.

—¿Y a este mocoso qué le pasa? —refirió la mujer de lentes.

—Si tienen algo que decirme o les molesta, háganlo frente a frente, «señoras». En vez de hablar en voz baja como dos viejas amargadas y angurrientas —dijo de mala gana y enfrentándolas.

Ambas pusieron una cara de espanto.

—¡Teresa, mejor vámonos! No vaya a ser que este delincuente quiera robarnos algo. —Lo miró con mezcla de rabia y miedo

—Sí, mejor. ¡Qué miedo me da!

—¿Qué pasa? —exclamó Luis soltando mi silla y dirigiéndose hacia donde ellas estaban, mientras azuzaba los brazos—. ¿Ahora me temen?

Las dos mujeres lo miraron con desdén. Lo ningunearon y se fueron hacia la puerta principal del edificio, siguiendo su camino. Y para mí mejor, las quería fuera de nuestro alcance.

Vi que Luis quiso ir detrás de ellas, pero moví la silla para ir donde él y tratar de contenerlo. Lo agarré de la mano.

—¡No les hagas caso!

—¿Crees que debo dejar que me traten de ese modo ese par de viejas locas y quedarme así por así? —señaló zafándose de mi agarre—. ¿Como si nada hubiera pasado? —reclamó muy enojado y levantando la voz.

Las enfermeras del lugar voltearon a mirar hacia nosotros. Habíamos llamado la atención de todos con lo sucedido. ¡Qué vergüenza!

En la cara de él se podía ver una gran furia. Su ceño estaba fruncido. Sus ojos despedían un terrible destello. Se mordía los labios y se los relamía, mientras observaba a las dos mujeres irse de la clínica a través de la puerta principal. Apretaba sus manos con fuerza, mientras levantaba su puño izquierdo en el aire. Se podía apreciar que estaba agitado, ya que respiraba con rapidez. ¿Qué estaba ocurriéndole?

En este instante no era el chico tierno y atento que había sido conmigo, al ayudarme y recogerme de mi departamento; todo lo contrario. Parecía estar invadido por una gran furia que había desfigurado su bello y gentil rostro. ¡Desconocía esa mirada en su cara y esa horrible actitud en él!

Traté de calmar la situación. Intenté de nuevo de agarrarle, pero ahora de ambas manos. Quería que se tranquilizara para que el asunto no llegara a mayores.

—¿Y qué vas a hacer? —hablé de forma pausada—. ¡Vamos, cálmate!

No me contestó, solo me ignoró por completo. Seguía dirigiendo su mirada llena de malicia hacia las mujeres que ya se estaban yendo de la clínica.

¡Diablos! ¡Este no era el Luis que conocía! Era uno que me desoía cuando le hablaba, muy distinto a aquel que había ido a buscarme para reconciliarnos.

Su nueva actitud me dolió. Hirió mi orgullo, ya que parecía prestarles más atención a unas desconocidas que a mí.

Me enojé. El curso de mis siguientes palabras fue una muestra clara de ello:

—Luis...

—¿Eh?

—¿Te importa lo que unos extraños digan de ti?

—¿Cómo?

—¿Para eso me has traído aquí? ¿Para pelearte con esas mujeres? ¿O para ayudarme a que me atiendan de mi pie? —hablé muy seria.

—Bueno, yo... —refirió algo desconcertado.

—Luis...

Pude ver que su rostro estaba más calmado. ¡Bien!

—Si para eso me has traído a la clínica —proseguí—, entonces mejor ya no me acompañes, ¿sí? Gracias por ayudarme, pero ya estoy bien sin ti. Ya te puedes ir.

Parecía que mis palabras comenzaron a surtir efecto en él. Así que decidí mantenerme tranquila, pero firme en mi posición.

—No, Margarita, ¿cómo dices eso? —señaló ya más tranquilo.

Su rostro volvía a ser el de siempre: el de una mirada noble y una sonrisa cálida.

Se volvió y se arrodilló en frente de mí, observándome con atención.

—Discúlpame. Se me fue la cabeza. Lo siento, mi boquita —me indicó al mismo tiempo que me besaba ambas manos.

—Señorita Margarita Luque, el doctor Felipe Arias de Traumatología la va a atender. Por favor, pase al consultorio seis. —Oí que la enfermera de recepción informó.

—Ya voy.

—Te esperaré aquí —dijo Luis.

Asentí con la cabeza. Me fui donde la enfermera me había indicado.



El médico que me vio me sacó una placa de rayos X a mi pie. Esta determinó que tenía un esguince. De este modo, me aplicaron una pequeña bota de yeso para inmovilizarla ¡durante tres semanas!

Después de darme indicaciones de guardar descanso absoluto y no hacer esfuerzo alguno, me sacaron una cita para dentro de tres semanas, fecha programada en la que me sacarían «mi nuevo zapato», como le bauticé a mi botín.

Al salir del consultorio médico, busqué con la vista a Luis. Tal y como me lo había prometido, estaba esperándome.

Estaba sentado en una de las sillas del pasadizo. Se le veía cabizbajo, con los codos de sus brazos apoyados en sus rodillas y lo mismo su mentón en sus manos. Pero, ni bien me vio, su cara se le iluminó. De inmediato se levantó de su asiento y fue a recibirme con una cálida sonrisa.

—¿Y eso? —preguntó señalando con su dedo índice izquierdo mi pie.

—Bueno, mírame tú. —Moví mi rostro con dirección a la bota de yeso.

—¡Dios santo! ¡Ahora te has convertido en la prima de Robocop! Toda estática, con esta bota de yeso. ¡Oh, qué fea! Ya no me gustas —dijo con su tono de voz grave de soy Luis-actor-de-doblaje-de-televisión.

Reí ante su ocurrencia.

Volvía a ser el chico de siempre, que tanto me gustaba. Relajado, sonriente y bromista. ¡El hombre que tanto me tranquilizaba y del cual me había enamorado!



Después de tramitar con la enfermera la silla de ruedas y un par de muletas que mi seguro médico cubría, para poder llevármelos a casa, él me preguntó si tenía hambre. Por la hora en que salimos de la clínica, ya tocaba cenar.

—Claro que sí, pero ahora no voy a poder comprar ni cocinar nada. ¡Ayyy!

—También me muero de hambre, Margarita.

—¿Tú cuándo no tienes apetito? —pregunté fastidiándole.

—Aunque no te lo creas, últimamente he estado inapetente, ¿eh?

—¿En serio? —dije, incrédula.

Estaba en lo cierto. ¿De cuándo acá Luis no tenía hambre? ¿Algo malo le ocurría?

Pero, después de meditarlo por un momento, me di cuenta de lo que sucedía. Al igual que yo, se lo veía descuidado en su aspecto físico. Y, como yo, había estado inapetente también.

¡Dios santo! De solo percatarme de lo mal que la habíamos pasado ambos durante nuestra breve separación, me emocioné, a tal punto de que tuve que contenerme porque no se me escapara alguna lágrima.

Rápidamente, le cogí su mano derecha. Soltó una leve sonrisa. Me observó con su típico gesto de «Aquí estoy yo, no te preocupes» y no dijimos nada más sobre ese tema. Era bastante evidente que, ambos nos habíamos dado cuenta de lo que nos había ocurrido en nuestra ausencia.

—¿Vamos a comer a una cafetería cercana? He visto que hay varias en los alrededores. De paso que... ¡estrenas tu silla de ruedas nueva! ¿Te parece bien? —dijo guiñándome el ojo y sonriendo de manera traviesa.

Le devolví el gesto y acepté su propuesta.

Fuimos a cenar a un restaurante pequeño, de estilo familiar, llamado Mucho Gusto. El local era acogedor y quedaba ubicado al frente de la clínica en donde me había atendido.

Pedí una hamburguesa de pollo para comer, una gelatina y un té para beber. Cuando le tocó a Luis hacer el pedido, todo volvió a ser como siempre.

Observaba como un niño pequeño la cartilla del menú mientras le ordenaba a la mesera su pedido: ¡un jugo de fresa, un café, tres panes con chicharrón, dos tamales, tres queques y un flan! La muchacha, de aproximadamente veinticinco años, se sorprendió ante la solicitud de él. Reí al ver cómo se le iluminaban los ojos de Luis, mientras observaba las imágenes de la comida en la carta y a los cuadros de diferentes alimentos que adornaban las paredes del lugar. Definitivamente, ¡su apetito volvía a ser como antes!

Cuando nos trajeron nuestros pedidos, y mientras comíamos, hablamos de manera amena de cómo nos había ido durante nuestra separación. Me contó que no lo llamaron para las audiciones, de su ausentismo a clases y de su pelea con su mejor amigo.

Le pregunté la razón de esta última, pero no quiso ahondar en detalles. Simplemente me dijo que el chico le propinó un puñete en plena calle. Pero, por lo que me contó, me di cuenta de que Luis estaba equivocado en su actitud.

—Creo que Pablo tiene razón —le repliqué—. ¿Cómo se te ocurre querer emborracharte un jueves y tan temprano?

—Sé que estuve mal y actué como un idiota, pero tenía mis motivos para hacerlo —dijo desviando su mirada de mí y observando la comida que tenía frente a él.

¡Otra vez la misma actitud!

Intuí sobre el porqué quiso embriagarse y ya no ahondé más en el tema. A mí también me había ido fatal en el trabajo y en otros aspectos. Aunque no quería que se dedicara a la bebida cada vez que tuviéramos una pelea, no me encontraba en posición de regañarlo.

Yo no había sido un ejemplo de sensatez durante nuestra separación, todo lo contrario. Si me analizaba bien, en mi caso el reproche sería el doble. Luis, por lo menos, tenía la excusa de su edad para actuar de forma inmadura. Pero yo, con veintiocho años, si bien no me había dedicado a tomarme varias copas como él, tampoco había actuado con cordura. Me había dejado llevar por el dolor y me había abandonado a mi suerte.

¡Oh, sí! ¡Yo era el balance perfecto de madurez que nuestra relación necesitaba! ¿A quién quería engañar?

Debí de estar tan aturdida por mi autorecriminación, que no me di cuenta de lo que ocurría a mi alrededor, hasta que Luis cogió mi mano.

—Margarita...

¡Tenía una cuchara con un pedazo de gelatina apuntando a mi boca!

—¿Estás inapetente de nuevo? —continuó mientras me observaba fijo y me sonreía—. Porque si es así, tendré que hacer contigo lo que hacía mi mamá conmigo de niño. Ahí va el avioncito, comeee —dijo al tiempo jugaba con la cuchara, haciéndola volar en el aire para luego dirigirla

hacia mí.

Solté una leve carcajada. Le obedecí y abrí mi boca para que me diera de comer la gelatina. ¡Solo a él podían ocurrírsele estas cosas!

En el transcurso de nuestra cena, me prometió que trataría de arreglar las cosas con Pablo. Después de todo, era un buen amigo, quien siempre lo había apoyado en todo y tenía razón en enojarse con su mala actitud.

También quise preguntarle si él era el responsable de mis famosas llamadas fantasmas, pero en un primer momento no lo hice. Según me contó, se había aficionado a ir a un locutorio cerca de su universidad porque supuestamente su teléfono celular «se había malogrado».

—Ah, ¿sí? —mencioné entretanto agarraba al famoso aparatito, el cual yacía colocado estratégicamente en la esquina de la mesa donde estábamos comiendo—. ¿Y me puedes decir qué era lo que se le estropeó?

—No podía hacer llamadas —dijo muy orondo para luego darle un mordisco a uno de sus tamales—. El teclado iba mal.

—¿Y cuándo lo arreglaste? —pregunté mientras cogía al celular en mi mano y lo observaba con cuidado. Parecía estar en perfectas condiciones—. Porque hoy me llamaste antes de venir a mi *cueva*.

—Justo ayer lo recogí del técnico —dijo antes fruncir el ceño y de pasar saliva.

—Entonces, tú no eres el responsable de las llamadas fantasmas que he recibido desde hace días —alegué con falsa tristeza y negando con la cabeza—. Porque alguien me llamaba, pero luego me colgaba cuando me escuchaba. ¡Me siento desilusionada! Pensé que eras tú el que me llamaba para querer reconciliarnos...

Se puso colorado como un tomate.

¡Delatado! No hizo falta saber más. Bebí de mi taza de té para tratar de contener la risa que se moría por salir de mí.

Cuando nos encontrábamos esperando a que nos trajeran la cuenta de nuestro consumo, me dijo que le faltaba contarme algo más.

—¿Y eso? —pregunté.

Yo estaba jugando con la muñeca de La Chilindrina, mientras le hacía trencitas al pelo que llevaba. Quería hacer que se pareciera a «su padre», para bromearle a Luis.

—Pues hoy recibí una llamada de la madre de Diana —dijo muy emocionado—. ¿Y adivina qué? —Tenía una gran sonrisa.

Parecía que quería levantarse de su silla y gritarlo a los cuatro vientos. No le veía esa alegría en el rostro desde el día de su confesión de amor en mi departamento.

—¿Se van a mudar del país tu ex y su familia?

No tenía ni idea de qué era a lo que él se refería, pero si esto que preguntaba era cierto, por mí mejor. La quería bien lejos a ella de nuestras vidas.

—No, más bien me dijo que a Diana le hicieron una ecografía. Y, ¿qué crees? ¡Voy a ser papá de una mujercita! —señaló poco menos que gritando.

Estaba eufórico, muy eufórico. Y tanta era la emoción en su voz, que llamó la atención del resto. La gente que estaba sentada a nuestros alrededores volteó su rostro hacia nosotros, mirándonos con invasiva curiosidad.

No sé qué pasó en ese momento. Por una razón que desconocía, sentí un ligero pinchazo en el corazón que hizo que este se me encogiera. Una pequeña acidez comenzó a invadir mi estómago. El nudo que experimenté en la garganta hizo que empezara a toser inesperadamente.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó al tiempo que se acercó a mí y empezó a masajearme la espalda.

—Sí.

Pero no era cierto. Toda la felicidad que había experimentado por nuestra reconciliación había desaparecido en un santiamén.

¿Por qué me sentía tan desolada?



Camino a mi casa, mi tristeza continuó. Luis me habló y bromeó como siempre. Sin embargo, no le prestaba atención. Me encontraba ida, muy ida.

En el pequeño taxi que nos llevaba a mi departamento, me sentí como si estuviera presa dentro de la pequeña bota de yeso que aprisionaba mi pie. Presa del *smog* que se respiraba en la ciudad. Presa del encogimiento que aprisionaba a mi corazón y se moría por salir. Presa de las lágrimas que pugnaban por escapar de mis ojos.

Ya cuando nos instalamos en mi casa y Luis me facilitó movilizarme a mi cama, trayéndome de manera atenta todo lo que fuera necesario para mi comodidad, se sentó a mi lado.

Prendí la televisión que estaba en mi cuarto. Quería distraerme con cualquier cosa que me permitiera esclarecer mis sentimientos.

Antes de tomar el control remoto para buscar alguna película en qué entretenerme, cogió mi mano izquierda. Me observó con atención a los ojos y después me habló:

—¿Me puedes decir qué te ocurre? —me preguntó de manera pausada.

—Nada. No me pasa nada... —mencioné mientras evitaba con mucha dificultad las ganas de llorar.

Rápidamente, desvié mi mirada de la suya y cogí el mando de la televisión. Empecé a hacer clic en aquel para cambiar canal por canal, hasta que me detuve para ver una de las comedias favoritas de Luis, *Two and a Half Men*.

El protagonista era uno de los ídolos de él. Pensé que, quizá con eso, podría distraerlo para que no me siguiera preguntando sobre aquello a lo que no sabía qué contestar. Sin embargo, me siguió observando de tanto en tanto mientras miraba la TV, pero traté de hacerme a la que no se daba por aludida.

Cuando terminó el episodio doble de la serie, ya eran las diez y media de la noche. Estaba cansada y quería descansar de todo lo ocurrido ese día. Mi caída, mi reconciliación y la montaña de sentimientos negativos que me invadían habían mermado todas mis energías. Se dio cuenta de que me la había pasado bostezando durante la última media hora en que estuvimos viendo televisión, así que optó por decirme que ya se iba, no sin antes tratar de abordar nuestra conversación anterior:

—¿Estás segura de que todo está bien, Margarita? Porque si hay algo que hice mal sin darme cuenta, por favor, dímelo. Que me siento mal al no saber qué es lo que te molesta —me susurró a mi oído.

El foco del techo de la habitación estaba apagado. Solamente la lámpara de la mesita de noche y la televisión iluminaban mi habitación. Pero, luego de oír hablar a Luis, de un modo tan preocupado y sincero por mí, con el consiguiente beneplácito que aquello me provocaba, una luz llegó a mi mente y me hizo conocer el porqué me sentía de ese modo.

Con las palabras de él a milímetros de mi aliento, solo quise dejarme llevar. Por primera vez,

desde que él y yo éramos novios, tomé la iniciativa en nuestra intimidad.

—¡Guau! ¡Me sorprendes, Margarita! —dijo cuando le hice saber mi petición—. Ya que siempre era yo el que.... bueno, tú ya sabes... —Sonrió con picardía.

—Quiero que nuestra reconciliación se cierre con broche de oro.

—Tienes razón, mi boquita. Y me encanta que te vayas soltando de este modo, con iniciativa propia —indicó mientras comenzaba a besarme en el cuello. Luego de un momento, se detuvo—. Pero ¿aún con tu bota de yeso? No quiero que por mi culpa te dé otro esguince y te partas en dos —dijo sonriendo y poniendo siempre el toque de humor para estas situaciones.

—¡Qué exagerado eres! Pero será cosa de acomodarse y de hacerlo con cuidado, supongo —acoté mientras le devolvía su gesto—. ¿O acaso crees que no se pueda?

—Por supuesto que sí. ¡Todo es posible entre nosotros!

Después de unos breves segundos, en el que todo comenzó a fluir de modo natural entre nosotros, interrumpió lo que estaba haciendo para hacerme una observación:

—¡Un momento! —exclamó mirándome con los ojos como plato—. ¡Hoy no traje protección!

—No te preocupes. Que no estoy en mis días fértiles —alegué.

—Bien —dijo para luego continuar besándome en el cuello y dejarnos llevar por lo que sucedía en ese momento.

Y así me aproveché la situación... Pero de un engaño, porque si yo echaba cuentas, sí me encontraba en mis días de peligrosa concepción.

Mentí.

Sí, lo hice, porque caí en la conclusión de que estaba celosa de su ex y de la niña que ella esperaba. Me di cuenta de que yo era egoísta y que solo quería a Luis para mí. Con la revelación que me hizo y con lo emocionado que lo había visto ante la noticia que me había dado, sentí que se podía alejar de nuevo de mí... Pero ahora para siempre. Y yo ya no quería pasar por ese suplicio de separarme de él. ¡No otra vez!

Actué mal, lo sé. Pero, cuando los celos, inseguridades, temores y egoísmos agobiaban totalmente tu corazón, todas las emociones positivas que alguna vez experimentaste desaparecían por completo. Solo hacías caso a lo negativo, ignorando por completo lo que te decía la razón. Y lo peor de todo, no pensabas en las consecuencias nefastas que te podía llevar una mala decisión, tomada solo por el dolor que oprimía a tu ser.

❁ Epílogo ❁

—¿César, a dónde vas?

El frío del aire se colaba por la ventana esa noche, a pesar de ser verano. Había olvidado cerrarlas al quedarme dormida en el sofá, mientras veía televisión y esperaba, en vano, que mi marido llegara a la hora de la cena.

Como meses antes, como ahora, había querido prepararle algo muy entusiasmada. Hoy, un día de febrero, era el aniversario de nuestro matrimonio y había querido que fuera una noche especial.

Me había esforzado en buscar el tipo de vino que sabía que le gustaba. Había indagado en una tienda cara por el par de gemelos que hicieran juego con el nuevo terno que se había comprado. Había negociado con una agencia de viajes unos precios de promoción para pasar un fin de semana a las afueras de la ciudad... pero todo fue en balde.

Era la 2:19 am, según el reloj que podía verse en el recibidor. Él acababa de llegar y el sonido de la puerta me había despertado. Lo último que recordaba era haber llorado y comerme el cubo de helado que había comprado como postre para esa noche —de lúcumas, su favorito. Luego de esperar en vano durante varias horas a que viniera, había decidido comérmelo yo sola como «venganza». ¡Vaya tontería!

Una vez que hizo su aparición, decidí no saludarlo, menos atenderlo ni calentarle la cena. Su tardanza y posterior ninguneo, como meses antes, como ahora, eran una rutina constante en nuestra relación.

En los últimos tiempos nuestra relación se había enfriado; demasiado. Sus continuas infidelidades, varias justificándolas en que yo era una aburrida y tradicional en la cama, habían sido el común denominador entre nosotros.

Prácticamente dormíamos en camas separadas. Palabras de amabilidad, muy pocas. Llamadas, cero. Y así hasta dos meses atrás, en que todo estalló.

La Navidad última, César la había pasado con sus padres, aunque días después, al encontrarme con mi suegra en el supermercado, descubrí que no era así; y esto fue la gota que colmó el vaso. Cuando regresó a la casa, luego de Año Nuevo, aduciendo la misma mentira, lo encaré y le dije para acabar nuestra relación.

¡Ya estaba harta de sus mentiras! ¡Ya estaba harta de sus rechazos! Ya estaba harta de él... y de este matrimonio que no era más que una farsa de lo que alguna vez fue.

Pero como entonces, como antes, y quizá como ahora, con sus encantos, sus bonitas palabras y sus promesas, falsas como antes, falsas como ahora, me pidió una última oportunidad. Juró que cambiaría, que a su amante dejaría, que por su amor por mí en nuestro matrimonio se esforzaría... ¡Vaya mentira!

A las seis de esa tarde lo había llamado cuando estaba haciendo las compras para la cena. Me confirmó que llegaría dos horas después y con un falso «Te quiero, Margarita», se despidió. No obstante, antes de escuchar el clic que daba por terminada nuestra llamada, algo capturó mi

atención.

Una risa femenina, quizá de burla, quizá de complicidad, se podía escuchar al otro lado de la línea. Mi instinto hizo que se prendieran de inmediato las alarmas. «¿Estará de nuevo con otra mujer?», pensé. Sin embargo, quise desechar esa idea.

El día anterior había estado muy amoroso conmigo, fiel a la promesa que me había hecho después de Año Nuevo.



—Margarita, ¿lo hacemos antes de que vayas a trabajar? —me había susurrado cuando me cepillaba los dientes.

Luego de prodigarme muchas caricias y besos, casi nuestro deseo se consumió esa mañana, pero tuve que detenerlo.

Hacía tres días había ido donde mi ginecóloga para que me chequeara. Debido a que era verano y que yo sudaba mucho, esto había provocado que tuviera un escozor poco usual en mi zona íntima.

—Usa esto cada ocho horas durante dos semanas —me había prescrito luego de firmar la receta—. Y, obviamente, nada de relaciones durante el tratamiento —terminó de acotar, observándome muy comprensiva.

La había asaltado con muchas dudas, preocupaciones quizá más de la cuenta. Por ahí deslicé la idea de si podía tener intimidad, sabiendo cómo era César a veces de impaciente conmigo.

—He dicho que nada de relaciones sexuales, Margarita —dijo con firmeza mientras entrelazaba sus dedos—. Total, por un par de semanas sin sexo, él no se va a morir, ¿o sí?

—Sí, pero... —dije, dubitativa.

Llevábamos poco tiempo de estar reconciliados desde Año Nuevo. Prácticamente era como si hubiéramos tenido una segunda luna de miel. Casi a diario teníamos relaciones. Salíamos al cine o a pasear los fines de semanas. César había vuelto a ser el hombre de antes, del que me enamoré, y tenía miedo de que yo la pudiera malograr...

¿Dije que yo la pudiera malograr? Sí, porque como antes, como ahora, me sentía culpable, muy culpable.



—¿Otra vez vas a negarte? —preguntó fastidiado luego de que le dijera que no podía acceder a su petición.

—Ya te expliqué —me apresuré en justificarme.

Me preocupaba ver ese gesto de enojo en su rostro. Como entonces, como ahora, tenía miedo de que le cayera muy mal lo que le acababa de decir. Me sentía culpable de que, por algo que yo no podía controlar, todo lo que habíamos avanzado durante las últimas semanas se fuera al traste.

—Pero solo va a ser por pocos días —agregué con timidez mientras sonreía para tratar de aligerar la tensión—. La doctora me ha dicho que no puedo y yo...

Quise tomarlo cariñosamente del brazo, pero me rechazó.

—¡Ya me sé la misma tontera de antes! —afirmó para luego salir del baño, dando un portazo.

La puerta retumbó en todas las paredes de la habitación. Salté temerosa mientras me abrazaba a mí misma de nervios, pero no por el sonido de la puerta, no.

El revoloteo de miles de mariposas en mi interior, al tiempo que percibía un halo frío en la

espalda de un viejo fantasma de inseguridad que me invadía, provocaron que acudiera al lavabo para vomitar.

Mi cuerpo se sentía debilitado, pero esto no se comparaba en nada con cómo me sentía en espíritu.



—Te estuve esperando —le dije mientras él entraba al cuarto, luego de llegar.

Esperaba a que se disculpara, pero fue en vano. Ni siquiera me dio las «Buenas noches» o se molestó en excusarse por su tardanza.

—¡César! —Alcé la voz mientras iba a nuestra habitación.

—¿Y ahora qué quieres? —dijo con fastidio mientras seguía viendo su ropa, pulcramente ordenada, colgaba de los ganchos del armario.

—¿Me vas a decir por qué llegas a esta hora?

No recibí respuesta a pesar de que le repetí mi pregunta. Simplemente sonrió y se encogió de hombros mientras seguía en lo suyo.

—¡César, te estoy hablando! ¿Por qué llegas tan tarde si habíamos quedado en cenar juntos y luego salir por nuestro aniversario?

Lo cogí del hombro al tiempo que me colocaba entre él y el armario para capturar su atención. Como respuesta a mi insistencia, por fin, se dignó a dedicarme una sarcástica sonrisa.

—¿Aniversario de qué? —Rio con burla.

Se apartó de mi lado y me dio la espalda. Le insistí con más preguntas, mas me volvió de ignorar.

Por un momento me quedé callada. Seguía en su rutina de cambiarse, guardar su ropa en el armario al tiempo que ordenaba otras, ignorándome como si no existiera... como antes, como ahora.

—Me he quedado lista y arreglada para salir a festejar contigo, ¡y me dejaste plantada! ¿Por qué me haces esto? —dije mientras trataba, en vano, de limpiarme las lágrimas que corrían por mis ojos.

Estos se hallaban negros producto del rímel que se corría. Todo mi rostro debía hallarse negro en ese momento, pero no se comparaba en nada a la sombra que cubría mi alma.

—¿Por qué?! —seguí preguntándole, implorante, por una respuesta ante su cruel actitud.

—¿De nuevo vas a llorar? —Me miró con fastidio.

Quise responderle como se merecía, pero no podía. Era tanta mi respiración entrecortada, que me impedía formular palabra alguna. Y hubiera seguido así varios minutos más de no ser porque, en ese instante, lo vi tomar una silla y empujarlo al armario. Parecía ser que se subiría a ella y no estaba equivocada.

—¿Qué...? ¿Qué haces?

Caminé hacia él. Estaba sacando una de las maletas pequeñas que se hallaban sobre el armario.

—¿A dónde vas?! —grité desesperada mientras veía que sacaba la maleta para luego ponerla sobre la cama.

Le volví a reclamar, pero fue en vano. Continuaba en lo suyo, guardando y acomodando su ropa, como si no hubiera nadie más en la habitación. Me ignoraba, como antes... como ahora.

Luego de cerrar la maleta, procedió a dirigirse a la sala, no sin antes ser perseguido por mí.

—César, ¿a dónde vas?

Lo cogí del brazo con firmeza. Merecía una respuesta, ahora.

Antes de encaminarse a la puerta para irse, se detuvo. Me miró con desdén para luego formular:

—¿Quieres saber a dónde me voy?

Asentí, dubitativa por miedo ante su respuesta. No obstante, debía tomar el toro por las astas.

—Me voy a la playa a pasar el fin de semana... con mi amante. —Se inclinó hacia mí y me sonrió con sarcasmo—. ¿Contenta?

Cientos de lágrimas bañaban mis mejillas, por más que no quería darme por derrotada. La cabeza empezó a darme vueltas y a dolerme al escucharlo formular más palabras.

—Tú has vuelto a rechazarme como antes y —frunció el ceño— creo que sería bueno darme una oportunidad con una mujer que sí me atienda, no como otras... —Me miró con desdén—. ¡Esta relación está muerta!

—¡No pudimos tener relaciones en la mañana porque me lo ha prohibido la doctora! ¿Acaso no lo entiendes? —hablé desesperada.

Él meneó la cabeza.

—¡Excusas, siempre das excusas, Margarita! «Ay, que me duele la cabeza». —Su voz se hizo más aguda para imitarme.

—Sabes que sufro de migraña. ¡Incluso tengo que tomar pastillas medicadas!

—«Ay, que estoy con la menstruación. La próxima semana será».

—Bien sabes que la regla me viene con dolores insostenibles. Si hasta te conté que me habían aconsejado cambiar de doctor para que me hicieran otros exámenes.

—«Ay, que no quiero hacerlo en esa posición. ¿Qué dirá la gente?».

—¡Eres un cerdo asqueroso! —grité indignada, creyendo que lo ofendería, pero me equivoqué. Soltó una carcajada.

—Un cerdo que ahora ha decidido cambiarte por otra. —Sonrió con cinismo.

Agarró su maleta para irse, pero se lo impedí. Se la quité y la empujé metros más allá.

—¿Y ahora qué? —Alzó la voz.

—¡Eres un mentiroso! ¡Un mentiroso!

—¿Vas a hacerme otra escena? —Rodó los ojos.

—Me prometiste que ibas a cambiar... Me rogaste que te diera otra oportunidad... —dije al tiempo que trataba, de nuevo, de evitar llorar.

—¿Y acaso no lo hice? ¿No volví a ser atento contigo? ¿No te di regalos? ¿No pasé algunos domingos a tu lado, en lugar de irme con mis amigos?

—Sí, pero...

—¿Y todo para qué? Para que volvieras a tu actitud de antes... fría... distante... seca... como una flor, fría y marchita.

—¡Ya te expliqué por qué no pudimos tener relaciones! ¿Es que acaso no lo puedes entender?

Hizo un mohín y negó con el rostro.

—Ya me sé el mismo cuento de antes... Y volverás como siempre, a inventarte excusas para todo y no cumplir con tus labores de esposa, como te corresponde.

—¿De qué labores hablas? —pregunté, indignada.

—Pensé que eras una mujer tradicional, apegada a la iglesia, que había sido criada para contraer matrimonio, respetar y complacer a su marido, formar un hogar...

—¡Pero claro que me criaron así! ¿Acaso no nos conocimos en la catequesis?

—Lo primero lo cumpliste. Pero complacerme, no.

—¿Es que acaso no lo entiendes?! —hablé, desesperada.

Pero él no me respondía. Seguía hablando solo, como si yo no existiera, como antes... como ahora.

—Menos creo que podamos formar un hogar como Dios manda. Después de varios años juntos, no hemos tenido hijos y es tu culpa.

—¿Mi culpa?

Asintió y me miró con displicencia.

—¿Te dije para hacernos ver con un doctor, pero siempre te negaste!

—En la vida voy a aceptar que me hagan exámenes invasivos. ¡Me niego totalmente!

—¡Ya ves! —Sacudí la cabeza, muy decepcionada—. Nunca pusiste de tu parte.

—¡Ni lo haré! Cuando pasan estas cosas siempre es la mujer la que falla y...

—Pero ¿qué dices? —grité, indignada.

—Y lo siento —cogió su maleta—, pero no puedo quedarme mucho rato más. Otra está esperándome afuera.

—¿Eh? —Pestañeeé varias veces.

—Una mejor que tú, que sí me complace. No es una flor seca ni marchita. Y, lo más maravilloso: podrá darme la familia que tú nunca pudiste. —Agachó la cabeza y me miró muy serio—. Creo que está embarazada.

«¿Q-U-É?».

—¿Qué? —dije en un susurro al tiempo que mi cuerpo caía sobre mis rodillas.

Toda la cabeza me daba vueltas. El dolor sobre mi pecho me apretaba. Sentía que me faltaba el aire.

Miles de lágrimas más cayeron por mis mejillas. Lo miré implorante al tiempo que le preguntaba, y me preguntaba: «¿Por qué, César? ¿Por qué?».

¿Qué había hecho tan mal para que me tratara de esa manera?!

—Si te vas por esa puerta, te juro que esto se acabó, ¡para siempre! ¡Se acabó! —dije con el poco orgullo que me quedaba—. Mañana mismo tendrás todas tus cosas en la puerta para que te las lleves.

No me respondió. Se encogió de hombros y cerró la puerta.

Me quedé ahí... sola... sola con Napoleón que lloraba conmigo... sola con mi tristeza que me ensombrecía la vida.

Tal y como me había dicho César, me había vuelto como una flor seca... marchita... en una maldita noche que se me hizo eterna.



Mi mente voló al pasado, presente y futuro, rebobinando frases que habían marcado, y marcarían, el curso de los pétalos que deshojaban mi vida.

«Una mejor que tú, que sí me complace. No es una flor seca ni marchita».

«¿Qué hice mal en mi matrimonio, Coti? ¿Qué? Dios mío, ¿qué?».

«Margarita, ¡esas cosas pasan! Mirame a mí, me he divorciado también. Pero no es el fin del mundo. Ya tendrás una segunda oportunidad».

«¿Tener una segunda oportunidad?».

«¿Me volveré otra vez a enamorar? ¿Alguien me volverá a amar?».

«Soy el hermano menor de Ada Villarreal, Luis. ¿Se acuerda de mí?».

«¿Sabes? Nunca te lo dije antes, porque entonces era solo un mocoso y era algo imposible para mí, pero siempre me has gustado. Cuando era más chico, en silencio te observaba y soñaba con crecer rápido para que te fijaras en mí».

«Tienes una boquita de caramelo que me encanta. Eres más que un gusto».

«Diana tiene tres meses de embarazo. Está esperando un hijo mío».

«Yo te amo, Margarita».

«Nunca, pero nunca, te obligaría a hacer algo que tú no quisieras hacer inconscientemente».

«Te pregunto ahora y consciente: ¿quieres hacer el amor conmigo?».

—¿Estás segura de que quieres hacerlo? Disculpa si soy muy insistente, pero...

Luis me había ayudado, con cuidado por mi bota de yeso, a echarme en la cama.

El pie lo tenía inmóvil en su posición. Con suma delicadeza, había empezado a besarme y acariciarme para estimularme para lo próximo que venía. Pero, en tanto en tanto, se detenía y me preguntaba si estaba segura de continuar, si nada me dolía, si me sentía cómoda.

—¡Claro que quiero! —me apuré en responder—. ¿Por qué lo dudas?

—Sé que a veces soy muy impulsivo cuando quiero tener sexo contigo, pero en tus condiciones, yo... no me siento muy seguro... —dijo rascándose la cabeza y sonriendo con nerviosismo.

—¿Te preocupas por lo que me pase?

—Obvio.

—¿No te molesta que tenga la bota de yeso?

—¡Claro que no! Es decir —se apoyó a un costado de la cama—, me muero por hacerte el amor luego de pasar varios días alejados, pero...

Su dedo índice se deslizó sobre mi cintura, que había dejado al descubierto al levantar mi polera. Percibí que empezó a dibujar tímidas líneas sobre mi pecho izquierdo, provocando que me estremeciera.

—¡No quiero hacerte daño! —agregó—. Tu seguridad me importa más que mis ganas de tener sexo, ¿sí?

Sentí que en mi interior algo se encendió, como hacía pocos meses, como ahora, como el futuro que quería para mí.

«¡Excusas, siempre das excusas, Margarita!».

Esas palabras, dichas con tanta crueldad tiempo atrás, eran tan distintas a las cálidas palabras, de amor y de ternura, que Luis me prodigaba.

«¿Tener una segunda oportunidad?» me volvía a preguntar a mí misma, luego de mi ruptura con César. Y ante mí, con aquellos ojos claros que me contemplaban con tanta adoración, como hacía pocos meses, como ahora, como el futuro que quería para mí, tenía mi respuesta.

—Te quiero, Margarita. ¡Te extrañé tanto!

—Yo también —dije, emocionada.

—Y nunca, pero nunca, haría algo adrede que te dañara, ¿me oyes? —Tomó mi rostro con sus amorosas manos—. ¡Nunca! Eres lo más importante para mí.

—Luis... —hablé al borde de las lágrimas.

Me sentía importante. Me sentía renacida. Me sentía florecida.

A diferencia de antes, que con César me había sentido una flor solitaria, seca y marchita, ahora con Luis era tan diferente. Con sus gestos, con sus besos, con sus atenciones, con su amor, había

regado aquella flor desfallecida, una margarita abandonada, para ahora volver a florecer, al creer que era posible de nuevo querer.

Al ver su rostro inclinado hacia mí, cerré los ojos para esperar a que me besara, mas no fue así. Lo siguiente que me dijo me hizo volver a la realidad, a aquella dura realidad que, por más que quisiera, me era imposible de ignorar:

—Y ahora que seré padre de una bella mujercita, ambas serán las mujeres más importantes para mí.

Tragué saliva.

«Una mejor que tú, que sí me complace. No es una flor seca ni marchita. Y, lo más maravilloso: podrá darme la familia que tú nunca pudiste».

Si había vuelto a florecer, lo había sido por solo cuestión de segundos.

Como aquella noche de verano, como esta de primavera, la noche se me hizo larga, solitaria, vacía... Más todavía, cuando antes de apagar la luz de la habitación para crear un mejor ambiente, me preguntó, por enésima vez, si quería hacerlo.

—Claro que sí —respondí.

—Pero yo no tengo protección —dijo en su último intento por ver si me arrepentía—. Y tú no tienes nunca condón porque dices que te da pena comprarlos en la farmacia. —Me dedicó una de sus típicas miradas pícaras.

Mi mente voló al pasado, presente y futuro, rebobinando frases que habían marcado, y marcarían, el curso de los pétalos que deshojaban mi vida.

—Ya te dije, Luis... —Hice una pausa—. No estoy en mis días fértiles.

La luz se apagó... Y yo con ella.

FIN

Mantengámonos en contacto

Me gusta tener una relación muy cercana a mis lectores. Será quizá que, por mi experiencia de *feedback* continuo que la plataforma de Wattpad (en donde empecé a publicar mis historias) me ha brindado que ahora en Amazon, me gustaría ampliar esta relación con quien, como tú, ha decidido leer esta historia.

En mis redes sociales soy muy activa, pero no tanto como en mi grupo de Facebook, en donde continuamente comparto material que en otros lados no, como imágenes que han inspirado en mi escritura, fotografías de modelos o actores que han inspirado a la descripción física de mis personajes, sueños, anécdotas de mi escritura, a veces encuestas, datos extras, así como los propios lectores comparten sus teorías, fanarts, e incluidos ilustraciones propias y ¡hasta memes!

Si quieres formar parte de este pequeño grupo de lectores, te invito a unirte aquí al grupo de Facebook que tengo:

<http://www.facebook.com/groups/SagaPoesias>

A su vez, si solo quieres estar pendiente de mi trabajo, te invito a seguirme en mis otras redes sociales:

-Página de Facebook:

<https://www.facebook.com/CinthyHuertaEscritora>

-Instagram

https://www.instagram.com/cinthyhuerta_/

-Twitter

https://twitter.com/CinthyHuerta_

Por último, y no más importante, me gustaría saber tu opinión sobre *Decídete, Margarita*, por lo que, me serviría de mucha ayuda que me dejaras tu puntuación y tu comentario en la parte correspondiente de Amazon que tiene para ello.

Y eso es todo. ¡Gracias por tu apoyo!

[2] Rostro.

[3] Sazón.

[4] Chicos, jóvenes, muchachos.

[5] Cuadernos o libros pequeños que los adolescentes y/o jóvenes suelen coleccionar, en los cuales están las letras de las canciones de los grupos o cantantes de moda.

[6] Es un plato típico del Perú, cuya preparación consiste en gallina cocida y posteriormente desmenuzada, junto con una crema de ají amarillo y pecanas, acompañada de papas.

[7] Policía municipal.

[8] Cuando una pareja, a pesar de haber terminado su relación amorosa, decide de nuevo tener relaciones sexuales, pero sin compromiso alguno.

[9] Niña, chica menor.

[10] Idiota, tonto, imbécil.

[11] Forma coloquial de Perú a referirse a una persona que está poco acostumbrada a beber alcohol.

[12] Equivalente a un dólar y medio.